

MARÍA LAURA GAMBERO

*Hasta que
decidas regresar*



HASTA QUE DECIDAS REGRESAR

María Laura Gambero
2019

ÍNDICE

HASTA QUE DECIDAS REGRESAR

INDICE

PREFACIO

PRIMERA PARTE TRAICIÓN

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

SEGUNDA PARTE CRIMEN

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

TERCERA PARTE CASTIGO

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 43

CAPÍTULO 44

CAPÍTULO 45

CAPÍTULO 46

CAPÍTULO 47

Epilogo

Agradecimientos

PREFACIO

Ingresó a la oscura habitación y se dirigió directo a la ventana donde, luego de correr las cortinas, abrió los postigos permitiendo que la luz de la mañana otoñal inundara la estancia. Luego se volvió hacia el anciano dedicándole una amplia sonrisa que ocultaba tristes emociones.

Hacía ya casi seis meses que se había visto obligada a internarlo en un centro especializado para adultos mayores con enfermedades crónicas. Lo había hecho luego de comprobar que prácticamente no podía respirar sin asistencia. La aterraba que se asfixiara estando solo en su departamento mientras ella trabajaba.

—Buen día, se te ve muy bien —mintió—. ¿Cómo pasaste la noche?

El anciano se acomodó mejor contra las almohadas y procuró respirar lo más hondo que sus deteriorados pulmones le permitieron. Lo hizo con suavidad como los médicos le habían enseñado para no agitarse.

—Mejor que ayer —declaró con voz áspera y débil antes de sucumbir ante un ataque de tos.

Su cuerpo se debilitaba a pasos agigantados. Día tras día la enfermedad avanzaba silenciosa, arrolladora e implacable, consumiendo la poca vitalidad que le quedaba. Recuperó la respiración y volvió su atención a su nieta. La miró con algo de condescendencia.

—¿No tendrías que estar trabajando? —preguntó desorientado.

—Hoy no —respondió ella con soltura—. Mi jefe está de viaje. Me tomé el día.

—¡Otra vez de viaje! —exclamó con sarcasmo—. ¿Dónde fue ahoraz?

—Beijing —respondió.

—¿Para qué fue a China? —preguntó con interés—. ¿Piensa trasladarse allí?

La chica le sonrió a modo de respuesta. La divertía el interés que su abuelo mostraba por su trabajo y por todos los que formaban parte del nuevo mundo al que ella ahora pertenecía. Según él mismo había confesado, le agradaba escucharla hablar de su desempeño; disfrutaba de saber con quién se relacionaba y todo cuanto descubriría. Estaba muy orgulloso de sus logros y no perdía oportunidad en decirlo.

Lo cierto era que cuando su nieta hablaba de las vidas de sus compañeros de trabajo o, del mundo en el que su jefe se movía, parecía que su dolencia se aplacaba y mantenía su convicción intacta. Ella no tenía idea del rol que ocupaba. Ni siquiera sospechaba que además de ser una vasta fuente de información, era una importante pieza en su plan maestro. Así sin saberlo, era sus ojos dentro de Cementera Rauch.

Odiaba a los Rauch; a todos ellos. Quería a toda esa maldita familia destruida como lo había estado la suya; quería verlos en la ruina; quería ver su nombre y su prestigio en el lodo, pisoteado y que el mundo entero descubriera, de una vez y por todas, que eran unos embusteros de primer orden; gente sin escrúpulos, capaces de cualquier cosa con tal de permanecer en la cima.

Por momentos parecía que era solo resignación lo que bombeaba su corazón y, así como el aire que bregaba por alcanzar sus pulmones se escurría, lo apremiaba la certeza de que la hora de que su nieta conociera la verdad se acercaba. Así y todo, era muy consciente de que, una vez que pusiera el asunto en sus manos, la vida de su niña mimada cambiaría drásticamente.

A pesar de todo, asumiendo que no era mucho lo que podía hacer para evitarle el sufrimiento, la contempló. Era tan parecida a su madre que le robaba el aliento, arrastrándolo al pasado. Tenía la misma cabellera rubia y los mismos ojos color café que su Aurora. El viejo suspiró. Tras la muerte de los padres, él había preservado su infancia cuidando de que creciera ajena a tanta muerte. Su nieta había crecido feliz y se había convertido en una bella mujer. Sin embargo, el tiempo escaseaba y la hora de la verdad había llegado.

Lamentablemente la salud no lo había acompañado y ese era el único motivo por el cual no había cumplido su cometido. A ella le tocaba cerrar el círculo. Era la última de los Landívar.

—Nosotros deberíamos ser ricos —la interrumpió, como si el pensamiento hubiera escapado de su mente, cuando ella hablaba de la magnífica fiesta que Rauch había ofrecido en su mansión—. Si tan solo hubiese cumplido mi promesa.

Lo miró con paciencia y algo de amargura. De tanto en tanto el viejo caía en esa afirmación que para la joven no tenía ni sustento ni lógica alguna.

—Vos no me creés —protestó él con cierta ofuscación—. Pero tiempo atrás, mucho antes que tu madre naciera, éramos inmensamente ricos. Mi familia, nuestra familia, era una de las más adineradas de la ciudad. Los Landívar éramos dueños de una reconocida empresa Constructora. La mejor del país, la más querida y nos la robaron.

Lo dejó hablar, porque cuando hablaba del pasado una suerte de alivio parecía aflorar en su semblante. Sin embargo, en esta ocasión desvariaba, se perdía en el tiempo y entre sus palabras se filtraba un odio tan crudo que la sobrecogió. Ella nunca lo había escuchado hablar así.

La apenaba verlo en ese estado cuando había sido un hombre fuerte y robusto; un pilar en su vida. La temprana muerte de sus padres la había dejado bajo la tutela de su adorado abuelo. Gracias a él ella era quien era; gracias a su incondicional abuelo no había perdido ni la alegría, ni las ganas de vivir.

Pero el hombre se moría y ella nada podía hacer al respecto más que cuidar que sus últimos días fueran lo más llevaderos posible. Se le estrujaba el corazón de sólo ver el esfuerzo que hacía para hablar; para respirar. No obstante, su mirada parecía no perder el vigor, sus ojos transmitían la férrea determinación que siempre había demostrado tener en la vida; eso le daba esperanzas. El hombre era un luchador.

—Si llego a ver que te agitás —le indicó con un dedo en alto—. Se terminó la charla.

El viejo asintió dedicándole a su nieta una sonrisa débil. Respiro hondo, tan hondo como sus pulmones enfermos le permitieron.

—Tengo algo muy importante para contarte —alcanzó a decir antes que un exceso de tos lo interrumpiera.

—Tranquilo, abuelo, por favor —dijo la chica cuando notó que empezaba a agitarse nuevamente—. Acordate lo que pasó la última vez —lo amonestó. Se acercó a la cama asustada—. Respirá. Vamos despacio, abuelo, respirá tranquilo.

El viejo cerró los ojos cansado, débil. Llevaba años batallando contra los recuerdos; años mortificándose por no haber podido devolver el prestigio a la familia, por no haber acabado con los malditos que les había arruinado la vida cuando tuvo la oportunidad. Se avergonzaba de no haber tenido las agallas de enterrar un puñal en el pecho de ese mal parido cuando pudo hacerlo. Lo llenaba de furia la suerte que había corrido el hijo de ese traidor tras el accidente aéreo. El presente lo encontraba sin fuerzas para el accionar, condicionado por un cuerpo deteriorado e inservible, pero con la cabeza suficientemente lúcida para planear el último movimiento. Llevaba años planificando el siguiente paso. Esta vez no fallaría y la bomba estallaría en las manos del último Rauch y todo se desmoronaría.

—Escuchame, —continuó. Un nuevo exceso de tos lo obligó a detenerse una vez más. Ella le acercó un vaso con agua y lo ayudó a beber—. Las pruebas están entre mis cosas —intentó continuar, pero se ahogó—. Tenemos que sacar todo a la luz. Hay que desenmascararlo.

—Abuelo, basta —lo amonestó y en su voz se mezcló tanto el enojo como la preocupación—. Podemos conversar más tarde —agregó al tiempo que pulsaba el botón para llamar a la enfermera—. Tranquilizate y respirá...

El hombre cerró sus ojos brevemente, y procuró regular la respiración como los médicos le habían enseñado. Pero la compuerta se había abierto y el estigma que pesaba en su alma fluyó liberando años de silencio; el momento de pasar el legado a la última de la familia había llegado. Ella debía cerrar el círculo.

—Entre los documentos está toda la verdad —insistió haciendo caso omiso de las reprimendas de su nieta—. En el arcón está todo Todos tienen que saber.... Prometeme que tratarás de publicarlo... podrías subirlo a esa internet para que el mundo entero lo sepa...tenés que sacar todo a la luz. El buen nombre de nuestra familia ahora está en tus manos —agregó con un hilo de voz.

—Está bien, está bien —accedió ella no muy convencida de lo que estaba diciendo—. Lo prometo. Ahora tranquilo.

Una enfermera ingresó a la habitación y con cara de pocos amigos se apuró a chequear los signos vitales. Le dispensó una dura mirada a la muchacha que con preocupación contemplaba a su abuelo desde el otro lado de la cama.

—Señorita, esta no es hora de visita —le recordó con sequedad—. Su abuelo debe descansar. Nosotros le avisaremos —sentenció la enfermera tajante.

En silencio se retiró de la habitación. Cuando presenciaba ese tipo de episodios y debía dejar la clínica en medio de una de las crisis que tanto aquejaban a su abuelo, una angustia abrumadora la envolvía. Caminó largo rato, cuadra tras cuadra, vagando como en una nebulosa sin rumbo, aferrándose a los recuerdos felices en los que con su abuelo reían, compartían la vida. Sabía que lo perdía, pero no estaba preparada para continuar sin él.

No tenía idea de cuánto llevaba caminando, cuando su celular vibró en su bolsillo. Lo atendió mecánicamente

—Hola —dijo mecánicamente.

—La estamos llamando de la Clínica Alberdi —anunciaron con voz monocorde—. Necesitamos que venga cuanto antes.

—Estoy en camino —respondió.

PRIMERA PARTE TRAICIÓN

CAPÍTULO 1

Buenos Aires, agosto 2015

—Nikita, ya llegué —anunció al entrar en el departamento.

Cerró la puerta tras de sí, y fue directo a la cocina donde, luego de dejar su bolso sobre la mesada de acero inoxidable, tomó la tijera que siempre guardaba en un cajón.

—¿Dónde estás, preciosa? —insistió al abrir el envase de comida para gatos. Vertió el contenido en el pote azul y alzó la vista buscándola. Sonrió al ver a la bella siamesa contemplándola desde la cima de la alacena. La instó a bajar—. Vamos, vení que traje tu cena.

Nikita maulló una respuesta. Con dos elegantes saltos descendió y se acercó con suma distinción. Al llegar junto a su alimento, alzó la vista y miró a su dueña; maulló, entornando los ojos, en clara señal de reclamo.

—Ya sé, bombona, no volverá a suceder —se excusó—. Es que estoy con la cabeza en demasiadas cosas últimamente.

Contempló a la gata acercarse a su alimento pensando lo mucho que su abuelo disfrutaba de la compañía de Nikita. Se la había regalado para uno de sus cumpleaños y recordaba claramente que el obsequio lo había tomado por sorpresa, pero había guardado silencio para no mortificarla. Tras la internación, la había llevado a vivir con ella; había sido una buena decisión. Con delicadeza le acarició el cabeza primero y el lomo después, provocando que la bella siamesa se arqueara de placer.

—Comé tranquila —comentó, movilizada por los recuerdos—. Voy a ducharme.

Ya bajo la ducha, lentamente fue sintiendo como el peso del día comenzaba a abandonarla. Le estaba demandando un gran

esfuerzo equilibrar sus emociones. Por un lado, el recuerdo de su abuelo, por otro la promesa que le había hecho y por último su vida, su trabajo, su futuro.

Cuatro meses completos habían transcurrido desde que su abuelo partió. Cuatro meses de repasar recuerdos, de esbozar sonrisas tristes y llorar hasta vaciarse. Cuatro meses interminables desde el instante en que perdió a la única familia que tenía hasta el día en que finalmente enfrentó el vacío que su partida provocó.

Dejó la ducha y se envolvió en una cómoda bata de toalla. Durante los meses pasados no se había sentido entera para enfrentar los secretos que con tanto celo su abuelo guardaba, pero entendía que ya no podía postergarlo más. Esa noche, acompañada por una buena botella de vino, intentaría comprender de qué se trataba realmente la promesa que su abuelo le había arrancado en su lecho de muerte. No solo la deuda que sentía tener con él comenzaba a pesarle, sino que, además la llenaba de frustración.

La semana anterior había finalmente ingresado al departamento de su abuelo. Lo más movilizador había sido encontrar un sobre dirigido a ella aguardándola sobre la mesa del comedor. En su interior había una larga carta en la que su abuelo le hablaba de su familia materna, de cómo, habiendo sido una de las familias más respetadas de la ciudad, les habían arrebatado todo, desde la vida misma hasta una empresa que les pertenecía. De todas sus desgracias culpaba a un tal Enrique Rauch y con él maldecía a toda su descendencia. La carta concluía con una serie de indicaciones que su abuelo le aconsejaba seguir para que todo salga bien.

Ese descubrimiento la había sorprendido sobremanera. Ella trabajaba para un Rauch. No le agradaban ese tipo de coincidencias. Meditando sobre cuál sería la relación entre el tal Enrique y su jefe dejó el cuarto de baño y regresó a la cocina en busca de una botella de vino. Desde que había leído la carta no podía dejar de preguntarse, ¿por qué su abuelo nunca lo había mencionado? No lo comprendía.

Con una copa de vino en su mano se dirigió a la sala pensando en las últimas palabras del viejo, su última confesión y la gran cantidad de interrogantes que de esas palabras se desprendían. Su

mirada se detuvo en el viejo arcón que descansaba bajo uno de los ventanales. Se acercó lidiando con la sensación de estar a punto de abrir una caja de Pandora; eso la asustaba un poco.

En algún punto sentía estar violando un santuario. El viejo arcón había estado en la habitación de su abuelo desde siempre, y ella lo asociaba a grandes secretos. La angustiaba un poco aceptar que estaba a punto de constatar que justamente de eso se había tratado. Lo abrió y en cuanto lo hizo, un añejo aroma a encierro la alcanzó estremeciéndola.

En el interior encontró gran cantidad de carpetas de diversos tamaños; también libros de actas, contables y mercantiles de tapas de cuero con el rótulo de Constructora Landívar en la portada. Los tomó preguntándose si tendrían algún valor y los hojeó muy por arriba, consciente de no tener la capacidad para evaluarlos. Lo mejor sería llevarlos a analizar, concluyó.

Por lo pronto, descubrir que su abuelo no había desvariado del todo la tranquilizó y la aterró en partes iguales. Dejó los libros a un costado y volvió su atención al arcón. Lo siguiente que detectó fueron tres libretas sujetas por un lazo negro. Las tomó y al observarlas más detenidamente comprobó que eran los diarios personales de su abuelo; o eso creyó. El primer registro databa de 1959. Bebió un poco de vino y leyó algunos párrafos salpicadamente. Un odio encarnizado se filtraba entre líneas y estaba directamente relacionado con el nombre de Enrique Rauch. Dejó las libretas de lado y continuó descubriendo el contenido del arcón.

Lo siguiente que divisó fue un sobre papel madera con el rótulo "Rauch" en el centro. Lo tomó intrigada. Era pesado y grueso, estaba lacrado. No pudo evitar que a su mente llegara la imagen de Manuel Rauch, su jefe; el jefe supremo a quien todos respetaban; el ingeniero, como solían llamarlo en la cementera. Pensó en él como lo que era, un hombre apuesto, que rara vez sonreía; un hombre, tan seguro de sí que acobardaba y al mismo tiempo inspiraba admiración y distancia. En su empresa, todos hablaban bien de él. Era exigente, pero justo; un jefe que escuchaba a sus empleados y sostenía que valía la pena apoyar y capacitar a su personal. Un jefe

que jamás había mostrado ni maldad, ni deseos de hacer sentir mal a nadie.

Contempló el sobre con algo de desconcierto, preguntándose cuál sería su contenido. Sin perder más tiempo retiró una de las sillas y con el sobre en su mano se sentó. Lo abrió con cautela. El escrito contenía aproximadamente cuatrocientas páginas, amarillentas por el paso del tiempo, tipeadas a máquina y a doble espacio. A primera impresión dedujo que el que tenía frente a ella era un borrador en el que, a juzgar por las anotaciones en los márgenes, había estado trabajando su abuelo; reconoció la letra manuscrita. Lo hojeó con curiosidad, sin detenerse en nada en particular; saltando entre página y página. El documento estaba dividido en tres partes: traición, crimen y castigo y el nombre Rauch aparecía en casi todos los párrafos.

Centró su atención en los comentarios hechos en lápiz en el margen derecho; se los notaba desdibujados, pálidos. Acercó la hoja a la luz. *Esta historia merece ser contada*, leyó. Siguió buscando más anotaciones como esa y la más significativa la halló en la página doscientos cuarenta. *Pagarán buen dinero por todo esto*, rezaba y estaba asociada al accidente aéreo de Antonio Rauch. ¿El padre del ingeniero? se preguntó desorientada.

La situación parecía ponerse seria y merecía ser analizada con detenimiento. Esforzándose por comprender lo que tenía entre manos. Bebió un poco de vino y volvió a foja cero. Al igual que la libreta de su abuelo, el primer capítulo databa de 1959 y comenzaba hablando de la familia Landívar, su composición y la actividad comercial que desarrollaban. La lectura le resultó amena, el contenido interesante y sin darse cuenta la prosa la fue envolviendo de modo tal que tardó en asimilar que el relato involucraba a su familia materna.

No había notado lo mucho que la lectura la estaba afectando hasta que la gata maulló trayéndola de nuevo al tiempo presente. «¿Qué es todo esto abuelo?» se preguntó. Tenía tantas preguntas para hacerle. La prosa transmitía tanto rencor que la había empezado a afectar.

Llevaba leído más de la mitad de la primera parte cuando decidió detenerse. La mayoría de lo que allí se narraba estaba relacionado con la familia Landívar y el modo en que Enrique Rauch los había estafado. Una angustia intensa se había alojado en su pecho y hasta podía sentir el modo en que la sangre se convulsionaba de indignación. Su abuelo había sufrido mucho por la temprana muerte de sus padres y la pérdida de su hermana. Había quedado prácticamente en la calle gracias a las maniobras de Rauch. Era detestable.

Le dolía la cabeza. Se puso de pie poniendo distancia con el pasado. Estaba cansada, lo mejor sería continuar la lectura del borrador al día siguiente. Lo regresó a su sobre y luego al arcón. Sus ojos se posaron en las libretas negras que habían pertenecido a su abuelo. ¿Estarían allí las respuestas que necesitaba? Tomó una y decidió llevarla con ella a la cama. Antes de cerrar la tapa volvió a mirar al interior del arcón, recién entonces detectó una última carpeta. La tomó.

La horrorizó descubrir que contenía varias fotos de Manuel Rauch en distintas situaciones. Allí estaba su apuesto jefe entrando a la residencia; brindando una conferencia; conversando con algunos empresarios o dando una nota. También encontró anotaciones sobre la familia Rauch Mondini. «¿La estafa de Enrique Rauch alcanzaba al ingeniero?» se preguntó abrumada. Le resultó demasiado y sintió el peso de la promesa hecha a su abuelo acumulado sobre sus hombros. Respiró hondo, una vez más su instinto le decía que empezara desde el principio y que no sacara conclusiones apresuradas, tenía que conocer toda la historia.

CAPÍTULO 2

Bajó de su vehículo y encaró las puertas corredizas que se abrieron automáticamente para darle paso al interior del Espigón A del Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Caminaba firme, con paso seguro a pesar del cansancio que se acumulaba sobre sus hombros. Lo seguía su chofer cargando su maletín con la portátil y algunos papeles que pensaba analizar durante el vuelo.

Manuel Rauch era, ante todo, un hombre ocupado. Un hombre aferrado a la convicción de que su misión en la vida era hacerse cargo de sus obligaciones y responsabilidades. Por agobiante y complicado que pareciera, estar al frente de un imperio, en él se apreciaba natural. Sus dominios abarcaban desde una Cementera, herencia paterna, pasando por una Editorial y una galería de arte que con su hermana Gimena habían aportado al patrimonio familiar, hasta una cadena hotelera de renombre internacional, herencia materna. Sus días transcurrían entre viajes y reuniones, y su éxito se cimentaba en su capacidad para formar equipos de trabajo, en lo bien que sabía delegar y en su aguda visión de futuro. Era un hombre que comía y dejaba comer, característica que le proporcionaba gran respeto entre sus pares y sus subalternos.

A sus cuarenta y tres años, Rauch mantenía el cuerpo delgado, moldeado a fuerza de actividad física que buscaba más despejar la mente que tonificar los músculos. Su cabellera castaña apenas mostraba hebras blancas a los costados del rostro. Era su fisonomía, seria y alerta los que evidenciaban el peso que su existencia acarrearía.

—Buenas tardes, Ingeniero —lo saludó la muchacha con una sonrisa.

—Buena tardes, Ester —dijo él devolviéndole el saludo con cordialidad.

—Ya está todo listo —informó la chica mientras atravesaban el hall principal hacia la puerta que los llevaría a la sala de pasajeros frecuentes—. El vuelo está en horario, las condiciones climáticas, hasta donde me han informado, son óptimas —agregó—. El señor Olazábal, aún no ha llegado.

—Excelente —fue la escueta respuesta—. Llamalo a ver qué lo está demorando.

Ester asintió y lo miró de reojo, con respeto. El hombre ya se había refugiado en su celular. Siempre hacía lo mismo, y ella había llegado a la conclusión de que era su manera de evitar el contacto con los demás mortales. Era verdaderamente un hombre atractivo, elegante y sofisticado; eso era algo que Ester siempre pensaba cuando tenía que acompañarlo a algún sitio. Entre su poderío y su elegancia, Manuel Rauch atraía las miradas, tanto masculinas como femeninas. Cualquiera que lo viese percibiría fácilmente su poder y todo lo que representaba. Lo llamativo, en él, era que no se mostraba ni soberbio, ni engreído teniendo en cuenta su condición. Manuel Rauch era simplemente distante, inalcanzable e inabordable; pero nadie ponía en duda que tenía sus pies sobre la tierra.

Luego de cruzar una puerta de vidrio esmerilado, se sumergieron en un pasillo elegantemente alfombrado que los condujo hasta una puerta de doble hoja que una empleada de la aerolínea abrió al verlos acercarse. Sin molestarse en mirarla, pero agradeciendo el gesto, Manuel ingresó.

—Ingeniero Rauch, ¿cómo está usted? —lo saludó la encargada de la sala con una sonrisa ancha de labios carmesí—. ¡Cuánto hace que no lo veo por aquí!

A ella sí le dedicó una sonrisa, Ester lo notó, y la sorprendió que la saludara con un beso en la mejilla. Tal vez la diferencia estaba en que la mujer podía ser la madre del ingeniero; por lo menos eso fue lo que Ester pensó.

—¿Cómo está, Zulma? —saludó Manuel—. Creo que las últimas veces que viajé a Estados Unidos estabas de licencia.

—Sí, mi hija tuvo su primer bebé—comentó orgullosa la mujer—. Me instalé dos meses con ella en San Francisco—aclaró. Estiró su

mano hacia Ester cuando la chica le extendió el pasaporte y el ticket de pasaje de su jefe—. Acomódese tranquilo ingeniero que en cuanto tenga noticias de Migraciones le hago saber.

—Gracias, Zulma—respondió Manuel.

Caminó hacia el interior de la sala seguido por Ester. Al pasar estrechó manos con dos diputados que como él viajaban a los Estados Unidos de América. A la distancia saludó a un par de empresarios a quienes conocía solo de vista. Se ubicó en un sillón y volvió a su celular.

—¿Gusta beber algo, ingeniero? —preguntó Ester.

—Si, por favor, un café—respondió Manuel sin mirarla—. Y agua mineral.

Solícita, Ester se apuró a obtener lo que su jefe le había indicado.

—Si le parece bien, iré a esperar al licenciado Olazábal—agregó al colocar lo solicitado sobre la mesa baja frente a él.

Manuel alzó la vista hacia ella.

—Perfecto Ester, gracias —dijo con voz firme y gesto serio—. No es necesario que te quedes hasta que salga el vuelo; puedes retirarte una vez que Raúl llegue.

—Gracias ingeniero —dijo la chica dedicándole una sonrisa que él no retribuyó—. Buen viaje, lo estaré esperando a su regreso.

Manuel asintió, pero no sumó comentarios. Consultó su reloj. Eran cerca de las siete de la tarde, su vuelo saldría en poco más de una hora; detestaba las esperas en los aeropuertos. A su modo de ver, era una completa pérdida de tiempo, pero perder un avión era un contratiempo aún mayor; solo por eso no llegaba sobre la hora.

Su celular vibró y sonrió al ver que se trataba de su hermana que, desde el hotel de Villa La Angostura en la Patagonia argentina, le enviaba una foto arrojándole un beso y deseándole buen viaje. Se puso de pie y caminó hacia uno de los ventanales desde donde se apreciaba la pista de despegue. La llamó, le hacía mucho bien hablar con Gimena. Tras casi cuatro años de distanciamiento haber recuperado el cariño de su hermana era algo que lo confortaba muchísimo.

Dialogaron varios minutos sobre temas diversos hasta que el vozarrón de Raúl Olazábal lo obligó a mirar sobre su hombro. Sonrió

al verlo. Raúl saludaba a Zulma, sin interrumpir la conversación que mantenía por teléfono; podía apostar que, dada la amplia sonrisa que habitaba en su rostro, debía estar hablando con Nadine, su pareja desde hacía varios años.

—Pensé que no llegaba más —comentó al dejar caer su portaje en uno de los sillones que enfrentaba a Manuel—. Un accidente a la altura del peaje. Caótico.

—Por eso es importante salir con tiempo, lo bueno es que ya estás acá—sentenció Manuel luego de despedirse de su hermana—. Te manda saludos Gime.

—¿Sigue en La Angostura? —preguntó Raúl con entusiasmo. Manuel asintió pensativamente—. ¡Qué bueno! Me alegro por ella. ¿Supongo que está con Mirko? —deslizó sabiendo que entraba en terreno resbaladizo. Manuel volvió a asentir—. Si tengo que serte sincero a mí me cae bien.

—Reconozco que no es tan bruto como pensaba, ni tan desagradable como creía —accedió guardando su celular en el bolsillo de su saco—. También, reconozco que la quiere y que a Gimena se la ve feliz. Pero ya veremos cómo termina aquello. Te recuerdo que no puede salir del país por sus problemas con la ley.

—Dejalo tranquilo, Manuel —protestó Raúl desestimando el comentario de su amigo—. Yo le tengo fe.

El gesto de Manuel no decía lo mismo, de momento, tenía sus reparos sobre su futuro cuñado. Se estiró hacia el pocillo que su asistente le había alcanzado y terminó el café. Miró a Raúl que volvía a llevarse el celular a su oído. Él miró el suyo cuando este vibró. Era un mensaje de WhatsApp de un número desconocido. Intrigado lo leyó; *Cierto rumor ha llegado a mis oídos. A su regreso hablaremos*. No le dio demasiada trascendencia, dedujo que debía tratarse de un periodista que deseaba coordinar una entrevista y se estaba haciendo el intrigante. Pero no le agradó que tuviese su número privado, eso no era algo habitual. Tomó nota mental del asunto.

—Nadine te manda saludos—dijo Raúl una vez que concluyó su comunicación.

Manuel asintió, esforzándose por sonreír, y miró a su amigo. «Nadine», pensó contrariado. Ella era un gran obstáculo en sus planes; el motivo por el cual daba tantas vueltas para plantear un cambio de estructura en las altas esferas de Hoteles Mondini.

Nadine era chilena. Era médica, neurocirujana de excelente reputación en su país. Trabajaba en el Hospital San Juan de Dios de la ciudad de Santiago de Chile, algo que no ayudaba a los planes de Manuel. Raúl la había conocido durante un simposio que se había llevado a cabo en Buenos Aires, más precisamente, en el Hotel Emperador Mondini, tres años atrás. Fue un flechazo a primera vista y, aunque sus mentes racionales intentaron minimizar el impacto, el corazón ganó la pulseada.

Dos largos años duró la pulseada entre Nadine y Manuel para retener a Raúl; y ganó quien tuvo las mejores armas y los más firmes argumentos. Raúl terminó instalándose en Santiago de Chile y Manuel debió conformarse con que dirigiera el Hotel que la cadena Mondini tenía en esa ciudad y que desde allí se ocupaba de coordinar la región.

Pero los tiempos habían cambiado y Manuel precisaba a Raúl de regreso. Lo necesitaba en Buenos Aires, punto. Era un desperdicio tener un directivo como él en Santiago de Chile, cuando en realidad debía estar a su lado, dirigiendo la cadena en su totalidad. Lo quería como CEO de la corporación. Lo necesitaba ocupando el asiento que tiempo atrás ocupó su padre. Pero Manuel sabía de sobra que Nadine no tenía intenciones de dejar su Santiago natal, mucho menos acceder a que su pareja se instalase solo en Buenos Aires. Tenía que moverse con cuidado si deseaba convencerlo.

—Se te ve cansado —comentó Raúl luego de terminar su café.

—Lo estoy —respondió Manuel sin apartar la mirada de su celular—. Llegué ayer de Australia —comentó—, tengo los días un poco trastocados.

—No tendrías que volar tan seguido—repuso Raúl con preocupación—. ¿Trajiste algo para dormir en el avión?

—Sí, pero todavía no me recupero de lo que tomé para el viaje anterior, además, quiero estar lúcido mañana —respondió luego de

beber un largo trago de agua—. Tengo que analizar unos documentos, así que pienso aprovechar.

Raúl lo miró con detenimiento, notando lo visiblemente cansado que Manuel estaba. Si bien, desde que Gimena había regresado a su vida se lo apreciaba más sosegado todavía faltaba para que el cambio se reflejara. Como siempre, su aspecto general era impecable, pero eran sus ojos los que acusaban recibo de la presión.

—Disculpen—dijo la mujer llamada Zulma al acercarse a ellos. Ambos elevaron la vista y la miraron—. Los pasajeros del vuelo ya están embarcando. Así que si me acompañan.

Detestaba volar. Para él subirse a un avión era una tortura a la que debía someterse regularmente y a la que no terminaba de acostumbrarse. Suponía que el principal motivo de su rechazo era el recuerdo del accidente que su padre había sufrido dieciocho años atrás y que lo dejó en estado vegetativo. Respiró hondo alejando esos pensamientos, lo mortificaba reparar en toda aquella experiencia, pero era un recuerdo que llegaba a él con cada despegue. En algún punto aceptaba que la tortuosa experiencia de volar fuera un contundente recordatorio de porqué estaba donde estaba y cuáles eran sus orígenes. Nada era gratis en la vida.

Aterrizaron en la ciudad de Miami a la hora estipulada, y una vez que descendieron y se ocuparon de los trámites pertinentes, Manuel y Raúl fueron conducidos hasta un salón donde los aguardaba la asistente de la empresa aérea privada que habían contratado para el vuelo interno.

La mujer los guió hacia un sector privado del aeropuerto. Manuel caminaba serio, escuchando con discreción la comunicación que Raúl mantenía por teléfono con Nadine. En algún punto envidiaba a su amigo que llevaba una existencia confortable, feliz podía llamarla; tenía un excelente pasar económico, un presente profesional maravilloso y, a su lado, la mujer que amaba y que lo amaba con locura. A diferencia del suyo, en el rostro de su amigo siempre habitaba una sonrisa. Todo el mundo empatizaba con Raúl.

Una vez que abordaron la pequeña máquina que los llevaría a Las Vegas, Manuel extrajo su portátil para continuar analizando

cierta documentación sobre el asunto que deseaba conversar con su amigo.

—Bueno, ¿qué se supone que vamos a hacer en Las Vegas? —preguntó Raúl una vez que el avión tomó vuelo—. Andrea me envió solo el pasaje en esta ocasión.

—Vamos a la Convención Internacional Hotelera—anunció sin levantar la vista de los documentos que estaba observando—. Asistiremos a la cena de Clausura y a mantener un par de reuniones.

«¿Manuel en un encuentro de esas características?» pensó Raúl confundido. Se acomodó en el asiento y agradeció el café que la azafata de abordaje le entregaba.

—Seré curioso—insistió Raúl al cabo de unos segundos—. ¿Por qué no vino Brenda o Juampi?, si ella se encarga de cuidar tu imagen y él suele ocuparse de este tipo de eventos.

—Resolví que no era necesario que Brenda nos acompañe en esta ocasión. Juampi está en Ámsterdam ocupándose de otro asunto —respondió evasivo pero firme—. Además, nos van a entregar una importante distinción y querían que estuviera presente para recibirla —agregó con aplomo como si eso lo explicara todo—. Soy el dueño ¿no?

—¿Perdón? —exclamó Raúl sin dar crédito a lo que escuchaba—. ¿Distinción? ¿Desde cuándo vos recibís distinciones en persona?

—Bueno, esta me interesó —repuso con sequedad—. Es la distinción a la Excelencia y Travellers's Choice —continuó—. Por lo que me han dicho, tendré que dar un breve discurso en la cena de gala. Creo que será beneficioso para futuros proyectos. Además, quería que viniéramos nosotros dos. Quiero contarte algo.

Raúl se recostó contra el asiento y lo estudió con algo de desconfianza. Todo el comportamiento de Manuel era extraño.

Manuel se estiró y tomó una de las botellas de agua que la azafata había dejado sobre la mesa. Consciente de que su amigo aguardaba una explicación un poco más amplia, bebió un poco meditando sus próximas palabras.

—Estoy pensando en abrir una nueva línea de hoteles—anunció de la nada cambiando radicalmente el tema de la conversación.

Raúl se irguió en su asiento, intrigado. La cadena Mondini tenía un lote de veinte hoteles distribuidos en las mejores ciudades del mundo. El último que habían inaugurado se encontraba en Beijing y si bien a Manuel le había costado convencer al directorio y a los inversionistas, el nuevo establecimiento había sido una exitosa decisión. Pero aún no se recuperaba la inversión.

—¿Nueva línea? —exclamó Raúl tratando de seguir la línea de pensamiento de su amigo.

—Sí, me gustaría crear una línea de hoteles boutique, una serie de establecimientos para un público más excéntrico —prosiguió Manuel—. Algo pensado en el estilo *Milenials*; parejas jóvenes sin hijos, con dinero; gente que prioriza la comodidad, el buen gusto, la sofisticación. Pensaba en un lugar con ambientes comunes que se presenten como muestras de arte; habitaciones temáticas, basada en las obras de artistas locales. Pocas plazas, pero exclusivas.

Raúl lo miraba sin dar crédito a lo que escuchaba. Lo conocía de sobra y podía anticipar que no había dicho todo lo que buscaba decir.

—¿Para qué querés meterte en algo así? —preguntó con interés—. Tenemos veinte lujosos hoteles que atender, ¿para qué ampliarte con algo nuevo que demandará mucho tiempo y dinero?

Manuel no dijo nada, pero tomó clara nota mental de que Raúl había dicho “tenemos”. Con cierta displicencia, pasó a analizar un nuevo documento que extrajo de una carpeta. Lo estudió brevemente y se lo extendió a su amigo que, entre intrigado y desconfiado, lo tomó.

—¿Este es el informe que pensás presentar al directorio para que acepte tu proyecto? —preguntó hojeándolo. Manuel asintió—. Es interesante y ambicioso, lo reconozco.

—Lo es. Hay un público que busca este tipo de lugares. Ya he pedido un informe al respecto —aclaró poniéndose de pie—. Pienso convocar al directorio ni bien volvamos a Buenos Aires. Estoy convencido de que será un éxito.

Manuel aguardó expectante al notar que Raúl leía cada vez con mayor atención. Hacía dos horas que volaban y aún restaba la misma cantidad de tiempo para aterrizar en Las Vegas. Era el mejor momento para hablar de ese asunto; Raúl no tenía donde ir, no tenía forma de eludirlo.

—Se ve bien—prosiguió Raúl que empezaba a mostrarse, por lo menos, intrigado—. ¿Lo hablaste con Almirante?

Manuel bebió un poco de agua, sabiendo que se acercaba a las puertas de una posible discusión.

—No. Ese es otro asunto que deseo hablar con vos —sentenció firme—. Leopoldo Almirante tiene los días contados en la cadena. En realidad, hace rato que quiere dar un paso al costado —respondió haciendo referencia al desempeño del CEO de la Cadena Hotelera.

Raúl alzó la vista sorprendido por el comentario.

—Vaya, no tenía idea—deslizó pensativo. Miró a Manuel ceñudo, con cierta desconfianza—. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—En este mismo momento—respondió con sorna.

—¿Qué tenés pensado? —preguntó Raúl con voz contenida volviendo al asunto—. Supongo que ese punto es más urgente que tu nuevo proyecto.

Alzó la vista ante la falta de respuesta de su amigo y lo miró con reparo. La cabina se llenó de tensión.

—Sí —aceptó Manuel—, debo resolver ese asunto antes de lanzar el proyecto —agregó con voz cansina. Elevó el mentón brevemente adoptando una actitud altiva—. Después de mí y de mi hermana, tu familia es quien más acciones tiene en el negocio —le recordó Manuel con contundencia—. Necesito que te involucres más, Raúl, es un desperdicio que te am pares en un cargo regional.

Raúl bajó la vista, visiblemente contrariado y arrojó el documento sobre la mesa con resignación al advertir que había mucho más tras lo que Manuel estaba diciendo.

Manuel le permitió cavilar dándole el margen para que asimilara sus palabras. Disimuló su satisfacción al notar el gesto de exasperación que sobrevoló el rostro de su amigo. Estaba entendiendo.

—Raúl, escuchame, es importante —insistió Manuel con autoridad inclinándose hacia su amigo—. La cadena Mondini es el imperio que levantaron nuestros abuelos y que, a nosotros, de alguna manera, nos toca sostener —continuó, reforzando el ataque.

Raúl lo contempló con suspicacia. Olía a trampa, siempre olía a trampa cuando mantenía ese tipo de conversaciones con Manuel. No era que temiera que su amigo lo timara, era, más bien, palpar la sensación de que, de un modo u otro, lo estaba guiando a dónde él deseaba sin perder ni por un segundo el control de la conversación.

—Una nueva línea de hoteles—continuó Manuel arrollador—. Hoteles más exclusivos, más refinados, será nuestro aporte. Tu carta de presentación.

—¿Nuestro aporte? —preguntó Raúl ahora atento a las palabras de su amigo—. ¿Mi carta de presentación? ¿Hablamos de un cincuenta – cincuenta entonces?

Manuel le sonrió con sorna, sabía que había conseguido atraer su interés. Asintió levemente, pero su semblante demostraba claramente que estaba pensando más allá de las palabras de Raúl.

—Podría ser —accedió y lo miró con cierta arrogancia.

La chispa de la tentación se reflejó en el semblante de Raúl que volvió a analizar el documento que descansaba sobre la mesa. Manuel, al notarlo, redobló sus argumentos para terminar de seducirlo. Le habló de los dividendos, del estudio de mercado que había encargado y de su convicción de que sería un rotundo éxito. Muy pocos ofrecían lo que ellos podrían ofrecer.

—El proyecto me gusta —balbuceó Raúl como si pensara en voz alta. Alzó la vista y miró a Manuel. Le costaba no desconfiar, conocía de sobra a su amigo y seguía sintiendo que se guardaba un as en la manga; así y todo, preguntó—: ¿Cuál es la condición para tan tentadora propuesta?

—Quiero que lideres el proyecto —disparó certero—. Pero, te quiero en Buenos Aires para hacerlo —remató con mayor contundencia—. Esa es mi única condición.

Raúl Olazábal se dejó caer contra el respaldo del asiento y miró a su amigo con mayor reparo. Ahí estaba el verdadero asunto, claro y concreto. Podía apostar a que toda la conversación había sido

guiada para llevarlo al nudo de la cuestión. Cada vez que podía, Manuel deslizaba su fastidio respecto de su trasladado a Santiago de Chile. No era secreto para él que su esposa y su mejor amigo, no podían ni verse. No comprendía de dónde provenía tanta animosidad y procuraba mantener la armonía, pero le dolía que dos personas tan importantes en su vida no pudieran hacer el más leve esfuerzo de tolerarse por él.

—Sabes muy bien que Nadine no quiere dejar Santiago—respondió con algo de tensión—. Pero lo voy a pensar—dijo finalmente—. Ya encontraré la solución.

—Por Dios, no tenés nada que pensar—estalló Manuel sin dar crédito—. Este proyecto será un éxito. Estoy seguro de que así será y estoy dispuesto a invertir capital privado para arrancar. Y si mis pronósticos no fallan, en dos años podremos abrir una o dos locaciones más. Es una oportunidad única.

Raúl lo miró ahora con recelo y no se molestó en disimular su contrariedad.

—No vivo solo, Manuel —le recordó con aspereza—. No puedo tomar una decisión de este tipo sin consultar a mi esposa. Nadine tiene una vida profesional que para ella es importante.

—Mucho más que la tuya, evidentemente —masculló sin molestarse en disimular su ofuscación.

La conversación fue interrumpida por la azafata que se asomó para indicarles que se ubicaran en sus asientos y ajustaran sus cinturones. Estaban descendiendo y en breves minutos aterrizarían en Las Vegas.

Una gran tensión quedó instalada entre ellos luego del intercambio de opiniones. En silencio, descendieron de la pequeña aeronave sin siquiera mirarse.

Manuel era consciente de que gracias a su planteo el siempre alegre talante de su amigo había desaparecido por completo. No se incomodó por ello, entendía que era algo que tenía que suceder. Ya había sido bastante condescendiente con Raúl, lo necesitaba más involucrado en el negocio.

En la entrada principal del esplendoroso Hotel Bellagio de la luminosa ciudad de Las Vegas, que era donde se llevaba a cabo la

Convención, personal del establecimiento los aguardaba para conducirlos al exclusivo *Penthouse* que ocuparían. Una vez allí, Raúl encaró directamente la habitación que ocuparía y cerrando la puerta con excesiva brusquedad aniquiló cualquier posibilidad de hacer las paces. Manuel suspiró. Conocía a Raúl, y sabía que debía darle espacio para que el fastidio se evaporase. Así era siempre, a su amigo nunca le duraba demasiado el enojo. Ese era parte de su gran encanto.

Resignado, Manuel resolvió darse un buen baño de inmersión, para relajarse un poco. Luego dormiría para lucir un buen aspecto en la cena de esa noche. Además, debía repasar el discurso que llevaba preparado.

CAPÍTULO 3

Dejó el ascensor leyendo la nota central de la revista que acababan de hacerle llegar. Hacía un mes que había pautado que esa entrevista fuera publicada justamente en ese número para que la información se difundiera en el marco de la Convención Hotelera que reunía en la ciudad de Las Vegas a las personalidades más destacadas en el rubro.

Ana Inés Lammens sonrió satisfecha con el resultado. Ingresó a la habitación sin levantar la vista de la revista. La nota dejaba bien parada a Armendaris Construcciones, la empresa para la cual trabajaba y resaltaba la idoneidad de Patrick Carson su superior, tal como este había deseado.

Armendaris Construcciones tenía su oficina matriz en la ciudad de Los Ángeles y desde allí, dirigía las sucursales distribuidas en distintos puntos de Estados Unidos y del resto de América. Era una corporación de prestigio mundial y consolidado liderazgo local; contaba con una vasta experiencia en la construcción de centros comerciales, plantas industriales, centros de salud, hoteles y casinos, además de desarrollos urbanos en general.

La oportunidad de formar parte de la prestigiosa Constructora había llegado de mano de un amigo de su padre, a quien Ana había encontrado en un evento en Miami y quien la presentó a Donald Carson, presidente de la constructora. Por aquel entonces, recientemente divorciada e instalada en Estados Unidos con un futuro incierto, Ana no había perdido la oportunidad que se le presentaba; necesitaba un trabajo.

Los primeros pasos fueron complicados, pero dada su impecable apariencia, su destacada instrucción académica sumada a los cuatro idiomas que manejaba, no le costó mucho adueñarse de la Dirección de Relaciones Públicas, cuando el puesto quedó vacante.

Sus logros la llenaban de seguridad. Hacía ya dos años que estaba en ese puesto y cada paso que daba en su carrera profesional, la convencía más y más de que había tomado la decisión correcta al dejar Argentina para comenzar una nueva vida lejos de su familia y principalmente lejos de Manuel.

Terminó de leer la entrevista deleitándose con cada respuesta; luego prestó atención a las imágenes que acompañaban la información. Patrick Carson, el Director Ejecutivo de la Constructora, se veía apuesto, vital y por sobre todo lo demás, transmitía poder y seriedad. Sonrió, orgullosa y sumamente conforme con el resultado de la entrevista.

Hacía toda una semana que se encontraba en Las Vegas atendiendo reuniones en el marco de la Convención Hotelera. A Ana no la entusiasmaban en lo más mínimo las reuniones de esa índole, le recordaba demasiado su época de casada; principalmente le recordaba a su exesposo.

Para colmo de males, el encuentro se desarrollaba en el hotel Bellagio, el mismo en el que se había alojado la primera vez que había visitado Las Vegas al acompañar a Manuel en uno de sus tantos viajes. Por aquel entonces, llevaban menos de un año de casados y lo tenía tan idealizado que besaba el piso que él rozaba. De ese viaje, Ana recordaba claramente que, su ahora exesposo, había estado tan ocupado durante el día que, no queriendo molestarlo, solía deambular sola por los distintos hoteles y casinos buscando con qué entretenerse. Con cierta nostalgia también recordó que por las noches él la compensaba por su ausencia; a su manera había sido feliz.

Su celular la trajo al tiempo presente alejando los recuerdos de Manuel, siempre la angustiaba pensar en él. Miró el aparato, era un mensaje de Patrick Carson, que le indicaba la documentación que necesitaba para las reuniones programadas para esa tarde. Ana asintió resignada, ya habían hablado de ese asunto. Se apuró a responderle para tranquilizarlo; esa era una de sus funciones.

Carson le agradaba. Era un hombre atento con quien, de tanto en tanto compartían alguna salida. Ana era consciente de que el hombre deseaba mucho más de lo que ella estaba dispuesta a

aceptar, pero lo manejaba con claridad; Patrick Carson no era el hombre adecuado para volver a intentarlo. «Tiempo al tiempo, Anita», se decía cuando la duda la asaltaba. Todavía no se sentía lista.

Un nuevo mensaje ingresó a su celular. Frunció el ceño y leyó con atención. *Una última cosa, decía Carson, me acaban de confirmar que Manuel Rauch Mondini, el dueño de Imperio Mondini, arribará a la ciudad en cualquier momento. Durante la cena recibirá una distinción. Necesitaría acordar una reunión con él.*

Ana tardó en reaccionar. Su mente pareció paralizarse al igual que su corazón. «¿Manuel? ¿Acá?», se preguntó azorada. Manuel no solía participar de ese tipo de Convenciones. Su ex tenía un séquito que lo representaba en los distintos eventos a los que lo invitaban. Manuel, no era devoto de sociabilizar; todo lo contrario. «¿Qué demonios hace acá?».

Un nuevo mensaje ingresó a su teléfono en forma de audio. Era de Carson que insistía con que necesitaba contactar a Rauch. Ana sintió cómo un nudo se iba gestando en su garganta a medida que escuchaba las palabras de Carson. Hablaba de Manuel, como si de un príncipe se tratara y, dado que a sus oídos había llegado que el hombre en cuestión estaba al frente de la cementera argentina que llevaba su nombre, lo tentaba entablar contacto con él en vista a la licitación que Armendaris pretendía ganar en la región sudamericana.

Su rostro se ensombreció levemente, como siempre le ocurría cuando pensaba en él. Hacía más de cinco años que se había divorciado de Manuel Rauch y aún le costaba asimilarlo, más por la frustración, que los recuerdos de su fracaso le provocaban, que por los sentimientos que podía profesar por él.

Durante los años se habían cruzado pocas veces, el último encuentro había sido tan solo cuatro meses atrás, cuando Ana visitó Buenos Aires donde, entre otras cosas, había asistido a la inauguración de la Editorial Rauch, que su ahora excuñada presidía. Le agradaba Gimena, siempre sonriente, siempre luminosa y entusiasta; tan diferente a su hermano. Manuel seguía siendo una verdadera incógnita para Ana ni siquiera durante los casi seis años

que estuvieron casados logró comprenderlo. Pero, lo cierto era que le costaba mantenerse firme y segura ante su presencia. Había algo en el modo en que él la miraba que la movilizaba; reproche, asombro y algo más en lo que Ana prefería no pensar.

Divorciarse de Manuel Rauch fue una de las decisiones más dolorosas que se vio obligada a tomar, pero también había sido el primer paso hacia su libertad; el camino para descubrir sus propias capacidades. Gracias a eso, Ana estaba aprendiendo a conocer sus propias fortalezas y a sopesar sus debilidades. Era una nueva mujer la que había resurgido, hasta encontrarse a sí misma.

Dejó de pensar en Manuel, la angustiaba hacerlo, lo había amado demasiado y saberse no correspondida, sumado a la desilusión que le generaba el fracaso de su matrimonio, la entristecía enormemente. Ana se irguió y respiró hondo, no tenía ningún sentido seguir pensando en todo aquello. Caminó por la habitación y tomó una botella de agua de la pequeña heladera ubicada bajo un escritorio. Bebió un poco y se acercó al amplio ventanal desde donde se apreciaba la bellísima fuente del hotel.

¿Cómo podía ser que siguiera movilizándola de ese modo? Era una estupidez sentirse como se sentía y lo sabía. No podía permitir que los recuerdos volvieran a doblegarla, creía haberlo superado. Suspiró resignada, preguntándose si llegaría el día en que se sintiera libre de su poder; el día en que sus recuerdos no estuviesen contaminados por la implacable presencia de Manuel.

Afortunadamente durante el resto de la tarde, estuvo entretenida coordinando reuniones y pautando futuros encuentros entre Patrick Carson y los distintos CEO de las más reconocidas cadenas hoteleras. Mientras la reunión tenía lugar, Ana se las ingeniaba para que fotos y detalles del encuentro llegaran a los periodistas especializados que se ocupaban de difundir los detalles del proyecto que la Constructora llevaba adelante.

—Todo está siendo más productivo de lo que esperaba — comentó Patrick luego de concluir la última de las reuniones. Se detuvo junto al ascensor y miró a Ana con satisfacción—. Estamos a punto de cerrar nuevos contratos. Por lo pronto esta noche anunciaremos el futuro hotel que se levantará en esta ciudad —

comentó entusiasmado. Consultó su reloj—. Tengo apenas cuarenta minutos para cambiarme.

—Eso estaba por decirte, pero no has parado de hablar—deslizó Ana divertida—. Se ve que fue productiva esta última reunión. Te noto entusiasmado.

—Muy, querida mía, muy entusiasmado —repuso orgulloso. Ingresó al ascensor seguido de Ana—. A propósito, Charlie no se quedará a la cena. Así que voy a pedirte que me acompañes en la mesa —deslizó con cara angelical.

Ella se lo quedó mirando con hastío. Siempre le hacía lo mismo y, como lo conocía de sobra, lo primero que guardaba en su maleta era un vestido de etiqueta en caso de que debiera acompañarlo.

—Por supuesto —accedió Ana resignada—. Nos encontramos en la entrada del salón, quince minutos antes.

No podía evitarlo. Se vistió y se arregló para la cena imaginando el momento en que quedara frente a frente con Manuel. «¿Habrá viajado solo?» se preguntó intrigada, «seguramente no. Siempre viaja acompañado» se auto respondió. «¿Quién lo acompañaría esta vez?» En dos ocasiones lo había visto acompañado por una despampanante rubia que no perdía ocasión de tocarlo. Sin embargo, durante el último encuentro, en su propia residencia, se presentó solo. En esa ocasión, habían conversado poco, ella así lo había querido; la intimidaba demasiado el modo en que la miraba. Tenerlo cerca la hacía dudar de todo.

Respiró hondo y se contempló en el espejo, satisfecha con su imagen. Esa noche lucía el oscuro cabello recogido, dejando despejado su rostro anguloso de rasgos finos. Sus ojos oscuros resaltaban luminosos y expresivos. Llevaba un vestido negro, recto, largo hasta el suelo, con un sugestivo tajo lateral. Una delicada gargantilla con rubíes engarzados era el único accesorio que lucía. Afortunadamente la joya no había sido obsequio de Manuel. Antes de dejar la habitación le echó un último vistazo a su imagen. Le gustó lo que veía, se sintió elegante. Suspiró y se deseó suerte en más de un sentido.

CAPÍTULO 4

Manuel era muy consciente de que la cadena Mondini, no le llegaba ni a los talones a los grandes monstruos como Hilton, NH o Sheraton, pero había aprendido a codearse con los mejores a base de temperamento, orgullo y sensibilidad a la hora de dar una opinión. Con el tiempo había alcanzado su objetivo, pues gozaba de una excelente reputación por encontrarse muy bien representado en las veinte ciudades más visitadas del mundo. Si a eso se le sumaban distinciones, como la que iba a recibir esa noche, podía decirse que la cadena Mondini se mantenía en el primer plano y engrandecía su prestigio.

Esa noche se había vestido con esmero, sabía que los hombres y mujeres que allí se encontrasen destilarían sofisticación, exitismo y, por sobre todas las cosas, superioridad; no deseaba desentonar. Impecablemente enfundado en un traje de etiqueta Armani, se acercó a la puerta de la habitación de su amigo, quien no había dado señales de vida desde que arribaran.

—Ya es hora Ra—dijo con firmeza, pero con cordialidad.

Adrede utilizó el apodo con el que solía dirigirse a su amigo para intentar suavizarlo, pero no surtió el efecto deseado. Raúl salió de la habitación hablando por teléfono y ni lo miró.

Manuel revoleó los ojos con resignación, pero no dijo nada. Sin cruzar palabra dejaron el *penthouse*.

La cena de gala de la Convención se llevaría a cabo en el *Ballroom* principal del majestuoso Bellagio. Era un ambiente esplendoroso iluminado por grandes arañas de caireles, decorado por alfombras azules con arabescos dorados y pesados cortinados color champagne que ocultaban sus paredes. El salón era de amplias dimensiones, podía albergar más de mil personas con suma comodidad, convirtiéndose en el ambiente perfecto para recibir a los

dueños, directivos y representantes de las cadenas hoteleras más destacadas del mundo.

—¡Qué imponente! —deslizó Raúl con la admiración reflejada en su rostro al contemplar el salón.

Manuel lo miró de lado y le dedicó una sonrisa cómplice. Eran las primeras palabras que salían de su boca desde que habían aterrizado. Ya había pasado lo peor.

Un hombre de aspecto distinguido y sofisticado, se les acercó para darles la bienvenida. Era nada más y nada menos que Marshall Wheeler, el presidente de la Convención y un viejo conocido de las familias de ambos.

El viejo Wheeler, tenía especial aprecio por Manuel y, si bien en algún momento había tenido serias intenciones de incorporarlo a su familia, no había tardado en descubrir que no era un hombre fácil y hubiese terminado generando más daño que alegrías. Mejor dejar las cosas como estaban.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Wheeler mientras lo guiaba hacia la mesa que ocuparían—. Compartí con ella una cena hace unos meses. Se la veía muy bien, como siempre.

—No sabía que se habían visto—repuso Manuel con soltura. Le dedicó al hombre una sonrisa taimada—. ¿Alfonso estaba con ustedes?

—Creo que Alfonso tenía asuntos que atender en Londres—respondió el hombre con naturalidad—. No voy a hacer más comentarios, muchacho.

Raúl esbozó una sonrisa sardónica, ganándose un guiño por parte de Wheeler.

—¿Tus padres Raúl? —quiso saber Wheeler con sincero interés.

—Muy bien, disfrutando del retiro de papá —comentó con soltura—. La mayor parte del tiempo están viajando.

—Esa es una vida que me está tentado últimamente—deslizó—. Vamos que quiero presentarlos.

Fue una cena tan formal y aristocrática como prometía ser. Los hombres vestían de estricta etiqueta, las mujeres lucían costosos

vestidos de reconocidos diseñadores internacionales. Nadie se perdía detalle de nada.

Dado que era uno de los premiados, Manuel fue ubicado en la mesa principal junto a Wheeler y los presidentes de las corporaciones hoteleras más importantes. Manuel reconocía que seguramente Wheeler había tenido mucho que ver con que la Cadena Mondini fuera merecedora del premio institucional teniendo en cuenta las dificultades que la región presentaba.

Manuel estaba en su salsa en esa cena, donde el glamour, la sobriedad y la sofisticación parecían marcar el ritmo de las conversaciones. Desde pequeño había sido criado para codearse con esa gente, para asumir el liderazgo y avanzar; había estudiado en los mejores establecimientos para convertirse en lo que era; la imagen y el conductor de su imperio. La distinción que recibiría esa noche, lo enorgullecía, porque era un importante reconocimiento de sus pares y eso tenía gran valor para él.

Durante la cena departió sobre las nuevas políticas del gobierno de su país en materia económica, algo que interesaba a sus compañeros de mesa pues todos ellos tenían uno o más establecimientos en la ciudad de Buenos Aires y otros tantos distribuidos por el país. También hablaron de China, del nuevo y vasto mercado que allí se abría y de los beneficios que se obtenían plantando bandera en Beijing.

Los presentes degustaban su postre cuando Marshall Wheeler se puso de pie y se acercó a la tarima ubicada sobre un pequeño escenario. Luego de agradecer a la concurrencia, brindó un breve discurso sobre la importancia de la Convención, para luego, sin mayor dilación, presentar a los ganadores de los Premios a la Calidad y al Servicio otorgado por la entidad que él presidía. Primero fue el turno de Alí Munir Zaleh, presidente de la Cadena Alimet que se destacaba en el medio oriente. El discurso fue breve y muy aplaudido.

—Muchas gracias y felicitaciones, Ali —dijo Wheeler con una amplia sonrisa. Hizo una pausa y tomó la siguiente estatuilla que una asistente le extendió—. A continuación, me complace mucho entregar la siguiente distinción a un hombre que aprecio

sinceramente. Conocí a su abuelo y a sus padres. Casi podría decir que lo vi crecer hasta convertirse en mucho más que el rostro de un imperio.

Un cosquilleo intenso lo inundó al escuchar su nombre junto a la referencia de sus antecesores. Orgulloso se puso de pie y caminó erguido hacia la tarima donde Wheeler lo aguardaba con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Luego del abrazo y las palmadas, y de recibir la estatuilla, Manuel giró para enfrentar al auditorio. Tenía un breve discurso preparado y con la soltura y el aplomo que lo caracterizaba se dirigió a los presentes que con atención escuchaban. Estaba casi terminando de hablar cuando a la distancia su mirada se topó con la de Ana, que lo contemplaba con una sonrisa de emoción y ojos húmedos. Amplió la sonrisa sólo para ella, y bajó la vista, de pronto abrumado por las emociones. Una vez que concluyó, descendió envuelto en aplausos.

—Felicitaciones—lo saludó Raúl al acercarse desde otra mesa—. Muy buen discurso.

—Gracias—respondió Manuel sobrevolando el lugar con la mirada. Volvió su atención a Raúl—. Me pareció ver a Ana entre los presentes.

Raúl frunció el ceño con incompreensión, luego miró hacia el gran salón en busca de un rostro conocido.

—¿Ana? —preguntó no pudiendo entender—. ¿Tu Ana?

—Ya no es mi Ana —balbuceó él, dedicándole una mueca a su amigo—. Pero sí, de ella hablo.

—No sé... no la vi.

Fueron interrumpidos por varios colegas que se acercaron para saludarlos. Raúl aprovechó para alejarse a saludar a un viejo conocido de estudios. A la distancia Manuel creyó divisar a Ana entre los presentes. Intentó seguirla con la mirada, pero, dada la gran cantidad de personalidades que se acercaba a saludarlo, la perdió de vista.

—Manuel, muchacho —dijo Wheeler llamando su atención.

Manuel se volvió hacia la voz del anfitrión, el único que en ese recinto podía llamarlo de ese modo; el único a quien se lo permitiría.

Le dedicó una sonrisa suave y posó momentáneamente su mirada en el hombre que lo acompañaba.

—Manuel, quiero presentarte a Patrick Carson —dijo Wheeler con cordialidad—. El Sr. Carson es Director de Construcciones Armendaris. Son quienes se encargarán de levantar mi nuevo hotel en la ciudad.

—Encantado Mr. Rauch —dijo el hombre estirando su mano para saludarlos—. Tenía muchos deseos de conocerlo.

Estrecharon sus manos con cordialidad, mientras Wheeler hablaba de la excelencia y el profesionalismo con que la gente de Armendaris trabajaba.

—Deberías pensar en extender tus horizontes, Manuel —deslizó Wheeler con sutileza—. El refinamiento de un Mondini es lo que falta en esta ciudad.

—No sé, Marshall —respondió mostrándose extrañamente dubitativo—. En realidad, confieso que es otro tipo de emprendimiento el que me está tentando últimamente —terminó diciendo sin pretender mostrarse descortés.

—Bueno, sí puedo ayudarlo en ese nuevo emprendimiento no dude en contactarme —se apuró a decir Carson para suavizar el momento—. Aunque, en realidad, tenía muchos deseos de reunirme con usted por asuntos relacionados con su Cementera.

El cambio de objetivo interesó a Manuel, que enfrentó al hombre con renovado interés.

—Me gustaría acordar una reunión para poder hablar de futuros negocios —dijo Carlson con seguridad. Manuel asintió dándole a entender que le parecía bien—. Excelente. Le encargaré a una de mis asistentes que se contacte con su secretaria para coordinar una reunión —continuó diciendo Carson dispensándole una contagiosa sonrisa.

Por sobre el hombro de Carson, Manuel divisó a Ana conversando animadamente con Raúl y eso dispersó su atención.

—Me parece bien, Mr. Carson —dijo Manuel con cordialidad al intercambiar tarjetas con el hombre, quería sacarse de encima al hombre para poder acercarse a Ana—. Estamos en contacto. Será un placer hacer negocios con ustedes.

—Ha sido un placer conocerlo finalmente —dijo Carson y estiró su mano para estrechar la de Manuel—. Ahora si me disculpan.

El hombre se alejó y Manuel lo siguió con la mirada hasta verlo detenerse junto a Raúl y Ana que conversaban sonrientes. Frunció el ceño al ver que Carson intercambiaba unas palabras con ella. Fue entonces cuando Ana miró sobre su hombro a Manuel. Lo saludó con una leve inclinación de cabeza acompañada por una sonrisa suave que él no pudo devolver. En algún punto, lo fastidiaba que ella siempre pusiera distancia, como si quisiera eludirlo. Casi involuntariamente, Manuel dio un paso hacia ella, pero se detuvo en cuanto Ana se volvió hacia Carson, que se inclinaba hacia su oído para hablarle.

Permaneció un instante observándolos, le hubiera gustado poder acercarse a saludarla o a cruzar un par de palabras con ella. Lo frustraba no poder manejarse con libertad. Lo mismo le había sucedido en China, cuando la encontró, así también fue en la presentación de la Editorial de Gimena unos meses atrás.

—Esa es tu ex, ¿no? —preguntó Wheeler arrojándose a Manuel—. No la recordaba tan hermosa.

Manuel asintió sin sumar comentarios. Se volvió lentamente hacia el hombre procurando que no se notase cuánto lo afectaba verla.

—Bueno, parece que Carson está encantado con ella —deslizó—. Yo lo estaría si tuviera un par de años menos.

Manuel detectó un dejo malicioso que no llegó a comprender, pero que no le agradó del todo. Su mirada seguía en Ana, que ahora conversaba con Carson. El americano le dedicaba una sonrisa que mostraba muchos significados ocultos y que ella respondió con naturalidad.

—Un consejo muchacho, no es sano quedarse enganchado con una exesposa—deslizó Marshall con frialdad—. Es una piedra con la que tropezarás toda tu vida, o te la sacas de la cabeza o vas por ella. Pero no te quedes a mitad del río; sé muy bien de lo que hablo.

Manuel sintió el impacto de las palabras de Wheeler, pero se esforzó por disimularlo. Alzó el mentón en actitud altiva y sobrevoló el lugar con la mirada.

—Creo que iré por un trago —comentó con arrogancia—. Nos vemos luego, Marshall.

—Disfruta tu noche, Manuel.

Súbitamente ofuscado, Manuel deambuló por el lugar. De pasada tomó una copa de champagne e intercambió saludos con algunos de las personas que se cruzaba a su paso; pero no tenía deseos de conversar. Poco a poco se fue alejando y salió a la gran terraza para respirar aire puro. Apartado de la pequeña multitud que aún permanecía en el salón, cotejó su celular. Tenía un mensaje de Gimena; otro de su secretaria informándole que acababa de enviarle un correo con distintos puntos que necesitaba le indicara; por último, divisó un número que no conocía. Lo pasó por alto.

CAPÍTULO 5

Hacía semanas que sufría de insomnio, Apenas lograba dormir un par de horas por noche. Lo atribuía a los constantes cambios de horario y a sus crecientes responsabilidades. Esa noche no estaba siendo distinta a las demás, de modo que, sin deseos de encerrarse en su habitación, donde seguramente Raúl estaría hablando con Nadine, salió a dar un paseo.

Disfrutando de sentirse anónimo, dejó el hotel y ya en la calle se mezcló entre la gente. Lo que más le gustaba de Las Vegas era el modo en que podía desaparecer en esa marea humana de turistas internacionales, jubilados locales y jóvenes entusiastas que llegaban a ese paraíso de la diversión extrema con un solo objetivo en mente: disfrutar sin medirse.

Caminar lo ayudaba a organizar sus pensamientos, a evaluar los pros y los contras de lo que se avecinaba. Más allá del proyecto que deseaba poner en marcha, lo ofuscaba la reacción de Raúl. A su entender, el Directorio estaba compuesto por gente de mucha edad; era hora de que sangre nueva tomara las riendas de la cadena. Era hora de *aggiornarse*. Tenía que fomentar ese recambio cuanto antes; estaba perdiendo tiempo y dinero. Pero Raúl parecía no entenderlo.

Una hora más tarde, sintiéndose ya más relajado de cuerpo y despejado de mente, regresó al hotel. Mientras aguardaba el elevador consultó su reloj. Era apenas pasada la medianoche; casi las cinco de la mañana en Bs. As. Podría enviarle un correo a su secretaria para que lo leyera en cuanto llegase a la oficina por la mañana. Sus pensamientos, fueron interrumpidos por el zumbido de su celular. Se apartó un segundo y frunció el ceño al notar que se trababa del mismo número que las veces anteriores. Leyó el mensaje ceñudo.

¿Lo enorgullece ser quién es?

Sin segundas consideraciones, reenvió el mensaje a su directora de Relaciones Públicas, a lo que agregó: *Es el tercer mensaje que recibo de esta persona. Solucionalo.*

A la distancia Ana lo observaba procurando aplacar sus emociones antes de acercarse. Cada vez que lo tenía cerca los años de distanciamiento, se reducían a nada. Ningún hombre podía hacerle sombra, mucho menos reemplazarlo en su corazón; pero cómo dolía recordar su indiferencia. Bajó la vista, sabiendo que no podría marcharse sin cruzar dos palabras con él. Añoraba su voz ronca, un poco seca, un poco profunda, pero como todo en él, única.

—Piedra libre al premiado tratando de evitar a la multitud —dijo Ana al acercarse.

Conmovido por el sonido de su voz y movilizado por su perfume, Manuel ladeó la cabeza para mirarla. Le dedicó una sonrisa suave; genuina.

—No estoy evitando a nadie —respondió Manuel. Se estiró para saludarla con un beso cuando ella llegó a su lado—. Pero si pensé que vos me estabas evitando a mí.

—Jamás —mintió con convicción—. Estaba trabajando —aclaró Ana, tragándose la incomodidad. Se ocupó entonces de cambiar el ángulo de la conversación—. Felicitaciones. Todos hablan de vos. Fue un muy buen discurso.

—Muchas gracias —repuso él orgulloso—. Esperemos que ayude al negocio.

Manuel bajó la vista y vio las fichas que Ana cargaba en sus manos. Frunció el ceño y señalándolas le preguntó si tenía debilidad por las traga monedas.

—No —respondió con algo de osadía. Lo miró con picardía—. Póquer.

Con delicadeza abrió su pequeño bolso de mano y dejó caer dentro una gran cantidad de las fichas.

—No sabía que jugabas póker —dijo él por lo bajo sin ocultar su sorpresa.

—Hace años que aprendí a jugar —fue la respuesta de Ana. Lo miró de soslayo y hasta algo desafiante—. Recordás a Rafael, el chofer que me acompañaba cuando estábamos casados.

Manuel asintió, aunque no lo recordaba, pero poco importaba eso, deseaba escuchar la explicación.

—Pues bien, él me enseñó.

—¿El chofer? —preguntó convencido de haberse perdido algún detalle.

—Sí, Rafael —aclaró Ana—. Se ve que le daba pena, porque cada vez que vos me cancelabas algún compromiso, o simplemente decías que venías a cenar y no aparecías —continuó Ana con un tono suave, sin atisbos de sarcasmo o rencor—, Rafael me enseñaba a jugar.

—No lo puedo creer —deslizó Manuel de pronto contrariado.

Desvió la vista intentando imaginar la cantidad de veces que habría jugado póquer con el chofer en la cocina de su departamento; lo que directamente estaba asociado a sus ausencias; lo que indirectamente apuntaba a que sus empleados hablarían a sus espaldas sobre su relación matrimonial. Lo detestaba.

—¿Qué no podés creer? —lo apuró ella—. Partidas memorables tuvimos con Rafael en la cocina del departamento. Te aseguro que se llevó mucho más que un sueldo en más de una ocasión. Pero también he tenido mis victorias.

—Me pregunto si todas tus respuestas ocultan algún reproche hacia mí —masculló finalmente.

La miró y en esta ocasión se topó con una mirada tan sarcástica que la desconoció. Ella lo estaba disfrutando. Terminó sacudiendo su cabeza negativamente, resignado, pero no levantó el guante en esta ocasión. No tenía ganas de discutir.

El elevador hacía rato que había llegado y permanecía frente a ellos con sus puertas abiertas para recibirlos, pero ninguno parecía tener intención de interrumpir la conversación.

Era la primera vez desde que se habían divorciado que se encontraban solos, conversando cara a cara, sin interrupciones y sin la necesidad de simular frente a terceros. Y, aunque Manuel aceptaba que era merecedor de cada uno de los reproches de Ana, no estaba dispuesto a perder la oportunidad de prolongar la

conversación; quería escuchar su voz, disfrutar de su perfume. Reacomodó sus pensamientos.

—Pensaba tomar un trago antes de acostarme —comentó y miró a Ana con intención—. ¿Me acompañas un rato al *Lilas*?

Sorprendida por la inesperada propuesta, Ana se tomó unos segundos antes de responder. La idea de alargar la conversación en el mejor bar del hotel fue por demás tentadora. En algún punto, lejos de las presiones de sus responsabilidades, Manuel parecía ser el de siempre, el de antes. La sonrisa brotó involuntaria en su rostro, y lentamente asintió.

Caminaron en silencio y en dos ocasiones la imagen de ambos fue reflejada en altos espejos que vestían las paredes del ancho corredor. Ana contuvo el aliento al verse caminando a su lado; era tan extraño, tan movilizador.

Ingresaron al bar. Era elegante, lujoso y tan distinguido como las personas que allí se congregaban. Un grupo de mujeres reía mientras otras maldecían por no poder vencer a una máquina tragamonedas. Un poco más alejado un hombre bebía una cerveza sin apartar la vista de la muchacha que frente a él retocaba su maquillaje. La música suave que sobrevolaba el ambiente convertía el lugar en un sitio relajado, romántico e íntimo. En medio de esa atmósfera, Manuel guió a Ana a través del salón hacia la parte trasera.

Se sentaron junto a la barra, ajenos a lo que sucedía a su alrededor. El *bartender* no tardó en presentarse y ordenaron un Cosmopolitan para ella, un whisky doble para él.

—Conocí a Carson hace un rato —comentó Manuel, desbaratando todas las sensaciones románticas que Ana había percibido y ubicando la conversación en un plano laboral. Continuó —: ¿Tenés una relación con él y te envió a convencerme de que debo hacer negocios con ustedes?

Ana lo miró indignada. Allí estaba el hombre del que había querido desembarazarse; el hombre frío, áspero y distante que parecía no registrar nada más que trabajo a su alrededor; no había tardado nada en aparecer. ¡Qué desilusión!

—Si tengo o no algo con Patrick no debería importarte —respondió enfrentándolo y esforzándose por usar el mismo tono con el que Manuel se había dirigido a ella—. Además, jamás me prestaría a algo como lo que estas insinuando.

Molesta y dolida intentó ponerse de pie, pero Manuel se lo impidió. Se disculpó con ella, pidiéndole que no se fuera. Algo en el tono que utilizó en esta ocasión logró que desistiera.

—Lo siento, no tendría que haber dicho eso —reconoció.

—En eso estamos de acuerdo —sentenció con rigidez—. Además, nunca se me hubiese ocurrido que vos podrías ser un futuro cliente de Armendaris —comentó—. Si Patrick me hubiera consultado, le hubiera dicho que no perdiera el tiempo; definitivamente no calificás para nuestros proyectos.

Manuel permaneció varios segundos digiriendo el comentario, tanto por lo displicente como por su significado. No solo lo afectó el categórico modo en que lo había descartado, sino la contundencia con que lo expresó.

—¿Por qué no califico, si se puede saber? —preguntó en algún punto contrariado.

—Porque tenés un estilo muy europeo —respondió con seguridad—. Sé cuál es el sello que Patrick quiere imponer y no tiene nada que ver con tu cadena. Eso es seguro.

Ana bebió un poco de su trago consciente de que Manuel la observaba mientras analizaba sus palabras.

—En realidad, según dijo, era de la Cementera de lo que quería hablar conmigo —aclaró Manuel.

Bajó la copa y asintió comprendiendo mejor por donde venía el asunto.

—Entonces puede que tenga que ver con una licitación de la que escuché hablar —dijo casi como si estuviera pensando en voz alta. Lo miró con suficiencia—. Tiene que ver con un centro comercial que están por construir en Mendoza —comentó con soltura—. Hace rato que Armendaris quiere entrar en el mercado latinoamericano.

A Manuel lo volvió a sorprender la firmeza y la claridad con que ella hablaba. Era dueña de una seguridad y un aplomo que nunca había notado.

Por su parte, Ana, satisfecha de haberlo sorprendido, se refugió una vez más en su bebida, sintiéndose victoriosa. Era como gritarle en la cara que había seguido con su vida sin necesitarlo ni a él ni a sus millones; era como ganarle pequeñas batallas que la llenaban de orgullo.

—¿Y Raúl? —preguntó al cabo de unos segundos intentando cambiar de tema, no deseaba hablar de trabajo con Manuel—. Raro no verlo con vos...

—Debe estar teniendo sexo virtual con su mujer —fue la osca respuesta de Manuel.

Ana abrió grande los ojos y lo miró sorprendida. No era que Manuel no fuera despectivo por momentos, solo que rara vez lo era con Raúl. En realidad, nunca se enojaba con Raúl; nadie se enojaba con Raúl. ¿Qué estaba sucediendo?

—No creo que a Nadine le agrade eso —comentó Ana al pasar. Pero la reacción en el rostro de Manuel le dio a entender que no le interesaban los gustos de la esposa de su amigo—. Parece que ella no te cae bien.

—No sabía que conocías a Nadine —deslizó sin molestarse en responder la pregunta.

—La conocí hace unos meses —explicó Ana con simpleza. El rostro de Manuel mostró claramente su incordio—. Almorzamos juntos cuando visité Santiago. Mi hermano Rodolfo fue quien los presentó, ¿no lo sabías?

Manuel se encogió de hombros restándole importancia y clavó la vista en el vaso de whisky sintiendo la mirada de Ana recorrer su rostro. Era raro sentir ese contacto sobre su piel, como una caricia que despertó tantas sensaciones que por un instante se perdió en ellas.

—¿Discutiste con Raúl? —aventuró intrigada.

Él sacudió su cabeza sin dar crédito a que ella pudiera leer tan bien su rostro. ¿Siempre había tenido ese don?

—No discutí con Raúl —se sintió en la obligación de explicar—. Solo intercambiamos opiniones.

—Un intercambio lo suficientemente intenso como para terminar el altercado sin hablarse —aventuró Ana tratando de entender—. No

se me ocurre un motivo por el cual ustedes discutan hasta tal punto.

—El asunto es bastante sencillo —sentenció con fastidio—. Lo necesito en Buenos Aires y Raúl no lo quiere entender —se encontró diciendo y ni él pudo creer estar justificándose—. No me sirve que siga instalado en Santiago de Chile —agregó y la indignación afloró sin que pudiera contenerla—. No puedo creer que sea tan pollerudo para no darse cuenta de que todos perdemos con su capricho.

Fastidiado por su propio exabrupto, bebió un buen trago de whisky y lo ofuscó más todavía sentirse analizado por Ana. La miró con enojo demostrándole que era consciente de lo que estaba haciendo. Se encontró con una mirada franca, firme y segura de parte de ella que no tuvo reparo en sostener la suya.

—¿Algún comentario que te haya quedado atragantado y tengas ganas de compartir conmigo? —la alentó con actitud estoica, convencido de que ella tendría algo áspero para agregar.

—La verdad que sí —repuso. Sus miradas se encontraron, pero ninguno la apartó—. No le vas a ganar a Nadine, si es eso lo que estas pretendiendo. Sos vos el que se está encaprichando. Te puedo asegurar que Raúl, en estos momentos, no está tratando de decidir cómo le va a decir a Nadine que se marcharán de Chile.

Hizo una pausa para darle tiempo a que asimilara lo que estaba queriendo decir. Pero no notó reacción de parte de él, que seguía mirándola a los ojos como abstraído.

—Tenés que entenderlo, Manuel —prosiguió y en su voz no se notó ni sarcasmo ni acidez. Era un consejo bien intencionado el que le estaba ofreciendo—. En estos momentos Raúl debe estar tratando de encontrar la manera de seguir con su vida sin defraudarte a vos. Porque él no va a volver a Buenos Aires, eso te lo aseguro.

—¿Por qué estás tan segura? —disparó contrariado. Lo frustraba perder esa batalla y que fuera justamente ella quien le aclaraba la situación, no ayudaba—. Un almuerzo con ellos y ya te sentís una experta en su relación...

—La ama, Manuel —respondió y cierto pesar se filtró en su voz—. Ambos se aman y son muy felices juntos llevando la vida que

llevan. No intentes destruir eso porque vas a perder a tu amigo.

Un nuevo silencio los envolvió. Ana terminó su trago, considerando que ya era hora de marcharse. Y estaba a punto de hacerlo, cuando Manuel se volvió hacia ella mirándola de tal manera que la cohibió.

—Siento mucho tener más sentido de la responsabilidad que Raúl —exclamó y en sus ojos bramó una extraña mezcla de enojo y amargura.

—Yo no lo habría puesto en esos términos, pero bueno, conociéndote entiendo a qué te referís —respondió Ana sosteniéndole la mirada una vez más—. Afortunadamente no todos vemos las cosas a tu manera; cada uno tiene sus prioridades...

—Otro dardo envenenado —masculló.

Ana no agregó más comentarios. De pronto, le resultó demasiado para una sola noche. Era claro que nunca iban a poder sentarse a compartir una copa sin discusiones, sin reclamos, sin que los rencores emergieran entre ellos. Era tanto lo que había quedado en suspenso entre ambos que cualquier palabra o detalle que los rozase alteraba los ánimos. Como en una película repasó los años que vivieron juntos, las discusiones y las reconciliaciones; tantos sueños truncos. Sin embargo, a pesar de las humillaciones y de la gran cantidad de noches de llanto; a pesar del sufrimiento que su frialdad y desinterés le generaron y, por sobre todo lo demás, a pesar de que su instinto de supervivencia lo repelía, le resulta imposible dejar de amarlo. De tanto en tanto percibía que entre sus palabras y sus miradas algo extraño se filtraba y ese algo la atraía y la incomodaba. Tenía que poner distancia.

—Me voy a acostar —anunció Ana poniéndose de pie.

Pero Manuel ni se movió, permaneció quieto, impasible con la mirada clavada en el vaso de whisky que estaba pronto a vaciarse.

Ana lo contempló un instante hasta que comprendió que no tenía nada más que hacer allí. De pasada, posó suavemente una de sus manos sobre su hombro y lo presionó con cariño. Él no dijo nada, simplemente la sintió alejarse.

Se dirigió hacia los ascensores sin mirar atrás, considerando que por momentos ambos alcanzaban un equilibrio que se desvanecía

en cuanto sus miradas entraban en contacto. La que habían mantenido había sido la conversación más larga desde la noche en que Manuel apareció en Miami para reclamarle que volviera con él a Argentina y ella se había negado a hacerlo.

Todavía luchando contra las emociones que él le generaba, ingresó a la habitación y se sentó en la cama. Apretó los labios con fuerza saboreando la esencia del perfume de Manuel, antes de que este desapareciera por completo de sus labios. «Dios —pensó afectada—. ¡Qué estremecedor era tenerlo cerca!».

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Consultó su reloj, sólo para confirmar lo tarde que era. Intrigada, se acercó a abrir.

—¿Quién es? —pregunto convencida de que debía ser un error.

—Necesito decirte algo.

La voz de Manuel sonó tensa, cansada. Abrió la puerta preguntándose qué necesitaría decir a esa hora de la noche. En cuanto la puerta se abrió, Manuel se deslizó dentro. Se detuvo frente a ella y la contempló con expresión cansina.

—¿Qué sucede? —preguntó Ana algo incómoda.

—Sólo quería decirte que seguramente fui un pésimo marido, pero eso no quiere decir que no te haya amado —dijo sin dejar de contemplarla y, ya sin poderse contener, estiró su mano para acariciarle el rostro—. Nunca quise que sufrieras.

—Lo sé —respondió con un hilo de voz—. Eso nunca estuvo en duda.

Sorprendida por la abrupta confesión y por la delicadeza del gesto, se dejó llevar y estiró su cuello hasta depositar un beso sobre su mejilla.

Manuel no dejó pasar la oportunidad y sin darle tiempo a nada se adueñó de su boca intempestivamente. Volver a sentir la suavidad de sus labios desató un vendaval ardiente en él; sus entrañas cobraron vida y un deseo impetuoso se agitó en su interior.

Instintivamente, Ana lo tomó de las muñecas intentando contener su embate, pero ni su resistencia, ni mucho menos su convicción, fueron tan firmes. Se separaron un breve instante, ambos tenían la respiración agitada, las palpitaciones a flor de piel.

Ana arrastró la vista desde la boca de Manuel hasta toparse con sus ojos y ya no pudo evitar que sus sentimientos la envolvieran.

— Necesitaba sentirte —susurró él sin apartar la mirada de sus labios—. Hace cinco años que deseo tu boca cada vez que te veo —confesó con voz ahogada antes de volver a besarla.

Fue el tono de su voz, tan cargado de deseo, tan desesperado por ella, lo que terminó de derribar la resistencia de Ana que, empujada por su propia necesidad, buscó el cuerpo de Manuel. Ella también añoraba volver a sentir su piel, su firmeza, su calor.

Entre besos fueron despojándose de sus ropas, sin apuro, conteniendo el arrebató de la pasión que encendía sus cuerpos. Casi como en un principio, como aquella primera vez en que se descubrieron, fueron recorriéndose. Sus miradas de tanto en tanto se encontraban, pero no fue hasta que la primera sonrisa afloró en los labios de Manuel que las compuertas que los contenían se abrieron liberándolos.

Se amaron con frenesí, con la desesperación que acarrea el reencuentro tras años de distanciamiento; se amaron con la audacia que nunca habían mostrado, con la intensidad que nunca se habían atrevido a liberar; pero principalmente se amaron sin reparar en nada de lo que existía fuera de las cuatro paredes de esa habitación. Juntos encontraron la luz y el sosiego; juntos se perdieron en una bruma de emociones que desnudó sus almas, y aunque por horas no dijeron una sola palabra, la comunicación fue sublime.

Antes de caer completamente rendida, Ana suspiró y se abrazó al cuerpo de Manuel casi con emoción. Sonrió cuando sintió los brazos de él envolviéndola, sujetándola con fuerza; se sintió en la gloria.

CAPÍTULO 6

Eran pocos los que aún trabajaban cuando dejó su escritorio. Estando el jefe de viaje, los horarios de la jornada solían alterarse. Ese hecho le permitía poder avanzar en la lectura y organizar el material encontrado.

Ya había leído todo el manuscrito. La historia que envolvía a su familia con los Rauch estaba llena de siniestros episodios. A su entender, Enrique Rauch había sido una porquería de persona que había contaminado todo cuanto había tocado, incluyendo a su propia descendencia. La vida de Antonio le pareció trágica, pero no por eso menos despreciable. Manuel, en alguna medida le daba pena; a él le caía la responsabilidad de recoger los vidrios rotos, aceptar las culpas del caso y asumir el castigo.

Ese mediodía, aprovechando que el ingeniero se hallaba en Las Vegas, había usado su hora de almuerzo para acudir a una entrevista con el prestigioso contador Ricardo Zubiría. Había llevado los libros contables y mercantiles de Constructora Landívar para que en el estudio Estrada Zubiría los analizaran. Dos semanas aproximadamente debía esperar para saber si eran pruebas fehacientes de lo sucedido en el pasado, y si tenían suficiente peso jurídico para poder llevar el caso a los tribunales.

Había gastado gran parte de sus ahorros para pagar los honorarios del costoso contador, pero valdría la pena si era tan bueno como decían. Rogaba, aunque más no sea, que el material sirviera para incomodar a Rauch.

Todavía no estaba muy segura de cómo manejar la información que tenía sobre el pasado de su familia y la de los Rauch. Tampoco tenía claro qué deseaba. Pero, algo tenía que hacer, se lo debía a su abuelo que tanto había sufrido a raíz de la pérdida de su familia y de la empresa. Luego de contemplar varias posibilidades resolvió

que la opción que más se ajustaba a sus deseos era la de subir la información a un blog creado a tal efecto. De todas las ideas que había barajado era la que más anónima le parecía; porque, si bien el blog era público, su existencia era desconocida y nadie tenía por qué descubrirlo hasta que ella no generara algo para que así ocurriese. Se sentía cómoda con el anonimato que el mundo cibernético le ofrecía.

Basándose en el borrador, y enriqueciéndolo con detalles que figuraban en las libretas de su abuelo, confeccionaba los capítulos para hacer mucho más atractivo el relato. Hasta el momento había programado tres entradas las cuales se irían publicando semanalmente. La primera debía estar en línea en menos de veinticuatro horas, coincidiendo con el regreso del ingeniero.

Le gustaba el diseño elegido, aunque era más bien básico. De fondo se apreciaba una bella imagen de la mansión Rauch, en clara referencia a la familia de la que se hablaba. En la primera publicación solo figuraría una carta de presentación firmada por Cristo y una breve sinopsis que había copiado tal cual de las primeras páginas del borrador.

En algún punto la intrigaba descubrir cuál sería la reacción del ingeniero al tomar conocimiento de los turbios orígenes de la cementera que tanto defendía. Él, que era toda perfección, que pregonaba valores y parecía mirar al mundo desde un pedestal; ¿qué sentiría al descubrir lo podridos que eran los cimientos de su fortuna?

La lectura de las libretas de su abuelo, habían despertado un costado vengativo en ella que sinceramente creía que Rauch merecía ser castigado con la exposición pública. Bajo la luz de todo cuanto su abuelo contaba, el ingeniero ya no le parecía tan admirable y ese aura de importancia que se daba empezaba a ofuscarla.

Llegó a su departamento cerca de las ocho de la noche. Se apuró a darle de comer a Nikita y se dirigió a su cuarto. Mientras se desvestía, pensó en su abuelo y en los distintos comentarios que este le había hecho respecto de la fortuna de los Rauch, cada vez que ella mencionaba algo referente a su trabajo en la residencia. Ya

enfundada en una vieja remera, se acercó a la cómoda de donde tomó la gruesa carpeta en la que tenía el borrador.

Nikita, apareció silenciosa y de un salto subió a la cama.

—¿Por dónde andabas? —le preguntó mientras le acariciaba el lomo—. ¿Ya comiste?

Nikita maulló una respuesta, provocándole una sonrisa. La acomodó a su lado y la gata buscó cobijo entre las almohadas. Ella, por su parte, abrió su computadora y buscó el archivo en el que había estado trabajando. A su alrededor desparramó algunas fotos y documentos que le servirían de guía para elaborar el próximo capítulo. El último de la primera parte que, tal como lo había denominado su abuelo, hablaba de traición.

CAPÍTULO 7

Un zumbido estridente alteró el sueño de Manuel, que parpadeando fue tomando lenta consciencia de donde se encontraba. El celular seguía emitiendo un molesto sonido que reconoció como el comienzo de un nuevo día. Apremiado, dejó la cama y buscó el aparato entre las prendas que habían quedado desparramadas por la habitación. Apagó la alarma tan rápido como pudo y cotejó los mensajes. Tenía cuatro WhatsApp del insistente desconocido que, tratando de obtener una respuesta, había repetido el mensaje que le había enviado el día anterior. Pero en el último había agregado una inquietante leyenda: *Primicia, primicia, primicia. Cuando se sepa será una bomba*. En esta ocasión no reenvió el mensaje a su colaboradora; simplemente lo ignoró.

Todavía era temprano, la claridad del día apenas comenzaba a despuntar. Regresó a la cama donde Ana seguía durmiendo aferrada a la almohada. Su cabello oscuro desparramado sobre la blanca sábana, el rostro sereno y una sonrisa suave alojada en su rostro. Fascinado, admiró su belleza y se acostó a su lado. Se acomodó mejor contra ella para disfrutar de su calor. Se sentía tan bien tenerla cerca. Era tan reconfortante despertar embebido en su aroma. Le pesó reconocer que, habiendo estado seis años casado con ella, no tenía recuerdos de haber vivido ese tipo de escenas. De pronto se sintió en falta y completamente culpable ante cada uno de los reproches que su exesposa le echaba en cara cada vez que podía.

Ana se acomodó mejor dándole la espalda. Un pequeño tatuaje quedó a la vista acaparando toda su atención. Eran dos corazones encadenados y uno de menor tamaño, debajo, como una gota de amor. Lo conmovió. Aunque la que dormía a su lado era Ana, su exesposa, la mujer que mejor creyó conocer, había mucho de ella

que desconocía en el presente. Ese pensamiento lo sacudió. No le agradaba: para nada le agradaba, sentir que estaba tan fuera de su vida. Eso era algo que le costaba mucho aceptar.

No pudiendo contener la tentación de tocarla, recorrió su columna vertebral con la punta del dedo índice. Su piel era suave, tersa y se erizaba a medida que él avanzaba en el recorrido. Sonrió al escucharla suspirar. Se acercó más a ella, y desde la base de su columna recorrió la cintura hasta alcanzar el costado de su cuerpo. La sintió temblar ligeramente y eso lo alentó a arrastrarse un poco más hacia ella hasta que sus cuerpos se unieron.

—Siempre me gustó tu olor —susurró a su oído, mientras su mano recorría uno de sus senos hasta rodearla por la cintura. Plantó un beso en el hombro desnudo y absorbió su aroma—. ¿Alguna vez te lo dije?

—Fueron demasiadas las cosas que nunca dijiste —respondió ella automáticamente.

Giró para enfrentarlo hasta que quedaron cara a cara. Se miraron, analizándose como si intentaran comprender lo que había sucedido esa noche entre ellos.

—Lo sé —reconoció casi en un susurro y con un beso intentó desembarazarlos del momento.

—Manu —dijo ella cuando sus bocas se separaron. Lo miró confundida por lo que podría estar sucediendo.

—Shhh —se apuró a decir él para que no rompiera el hechizo.

Se inclinó levemente hacia ella cautivado por la delicadeza de su rostro. No tenía ningún deseo de salir de esa cama. Era extraño que fuera justamente Ana la que lo estuviese reteniendo de ese modo. Pero así era; así siempre había sido. Lo reconfortó recuperar esa sensación, aunque más no fuera por un par de horas.

No quiso pensar entonces en lo fuera de su alcance que ella estaba. En realidad, no quería pensar en nada; solo quería sentirla. Un nuevo beso fue inevitable, dando lugar a un encuentro sereno y tierno, cargado de resabios de una época conyugal que parecía no haberlos abandonado del todo.

El sonido de una llamada entrante en el celular de Manuel quebró estrepitosamente el clima. Se separaron y se contemplaron con la

respiración entrecortada. Sus miradas transmitían tanto desconcierto como emoción.

—Atendé —balbuceó Ana, a quien la conciencia de lo vivido empezaba a pesarle.

Manuel se dejó caer de espaldas junto a ella y se estiró para tomar su celular. Atendió sin mirar quien lo llamaba.

—Por fin —exclamó Raúl en cuanto escuchó la voz de Manuel—. ¿Dónde mierda te metiste? —demandó ofuscado.

Manuel contrajo el rostro y miró a Ana que lo contemplaba como si no terminara de aceptar que era realmente él quien estaba en su cama.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones? —respondió Manuel, sin ningún tipo de animosidad—. ¿Sucedió algo?

La mirada de Ana comenzaba a incomodarlo de modo que, buscando poner algo de distancia, se sentó en la cama dándole la espalda.

—Sucede que Florencia necesita ubicarte —respondió con firmeza—. Sucede que tenemos un vuelo que tomar. Te recomendaría que dejes la cama donde pasaste la noche y vengas a ponerte en condiciones.

Por sobre su hombro miró a Ana que dejaba la cama y se acercaba a la cómoda de donde tomó una bata.

—En unos minutos estoy ahí, Raúl.

Cerró el celular y se volvió hacia Ana. Ella terminaba de cubrirse. La miró dedicándole una sonrisa suave.

—Tengo que marcharme —comunicó.

—Por supuesto, —fue la respuesta de ella—. ¿Cuándo te vas?

Antes de responder, Manuel dejó la cama y se estiró para tomar la ropa que había quedado regada por el piso. Mientras se vestía pensaba que no tenía ningún sentido disfrazar la situación con promesas que no se cumplirían.

—Mi vuelo está programado para mediodía —anunció mirándola directo a los ojos—. ¿Querés volver conmigo?

Ana se lo quedó mirando, tratando de entender lo que él había querido preguntar. Emociones desprendidas de lo compartido la

noche anterior llegaron a ella con intensidad. ¿Cuánto hacía que no se sentía de ese modo? ¿Qué demonios estaba sucediendo?

—¿Por qué haría algo así? —logró decir ella dubitativa.

—Me enteré de que va a haber una huelga de operarios en el aeropuerto. Se van a cancelar todos los vuelos —informó sin dejar de mirarla—. Tengo contratado un avión privado que nos dejará en Miami.

Ana bajó la vista, algo sofocada por lo que había elegido comprender y se alejó unos pasos de Manuel, buscando recuperarse.

—Hace años que no vivo en Miami —aclaró, al cabo de unos segundos, volviéndose hacia él—. Además, debo volver con Patrick, este es un viaje de negocios.

Manuel asintió y apretó las mandíbulas para que no se notase lo mucho que lo molestaba estar tan ajeno a su vida. Era tanto lo que él tenía para decir, tantas emociones, pero fueron demasiados los reparos que notó en los ojos de ella.

Su celular sonó interrumpiendo sus pensamientos. Era su secretaria; atendió. Florencia lo puso al tanto de todo lo que estaba sucediendo en Buenos Aires y le informó que ya tenía confirmado el vuelo de regreso. Debía dejar Las Vegas en dos horas para trasladarse a Miami.

—Perfecto, Florencia. ¿Algo más?

—Sí, llamó Brenda se reunirá con usted mañana para hablar de los mensajes de WhatsApp que le reenvió —informó la chica, solícita.

—Está bien —accedió—. También traté de conseguirme un cambio de número. Estoy recibiendo demasiados mensajes de gente que no conozco. Detesto que mi número privado esté circulando por ahí.

A su espalda sintió unos pasos que se alejaban. Se volvió para enfrentarla. Guardó su celular pensando que era muy extraño desear abrazarla y sentir que ya no podía hacerlo.

—Ana —empezó diciendo.

—No tenés nada que decir, Manuel —dijo Ana interrumpiéndolo.

—No es eso —quiso aclarar él—. No quiero que mal interpretes...

—No mal interpreto nada porque no hay nada que interpretar —sentenció con más aspereza de la que en realidad sentía—. Era cuestión de segundos para que un llamado nos recordase cuál es la realidad ¿no?

A él lo golpeó la contundencia de la aseveración. El tono utilizado por Ana fue tan tajante y filoso que una vez más creyó estar frente a una total desconocida. Caviló qué decir a continuación mientras ella caminaba hacia el cuarto de baño. La distancia que había desaparecido por un par de horas volvió a instalarse entre ellos.

—No me mires así —lo amonestó. Parecía molesta—. No vamos a hacer de esto un mundo, ¿no? Lo que pasó, pasó, no significa más que eso.

Manuel no estaba del todo seguro de desear que las cosas terminasen de ese modo, pero no sabía qué decir para revertirlo.

—Ante momentos como este, me doy cuenta de que tendría que haberte agradecido por pedirme el divorcio en lugar de tratar de entender por qué lo hiciste —disparó con amargura—. Realmente podés ser una verdadera hija de puta cuando te lo propones.

A ella la impactaron esas palabras. La golpearon tan duro en su corazón que reafirmaron la decisión que había tomado cinco años atrás, al solicitarle el divorcio.

—Pues como evidentemente sigue sin quedarte claro, te recuerdo que te pedí el divorcio porque me harté de intentar que recordaras mi existencia, me harté de tus humillaciones y de tu falta de consideración —sentenció lapidaria—. Jamás hubieras podido agradecerme, sencillamente porque para hacerlo tendrías que haber recordado que tenías una esposa —remató sucinta—. Vos tenías otras prioridades Manuel. Sinceramente creo que nuestro divorcio no alteró en lo más mínimo tu vida.

Manuel la observó caminar hacia el baño sintiendo la barrera que ella volvía a elevar entre ellos para apartarlo.

—Ana—la llamó con resignación cansina.

Antes de cerrar la puerta, se volvió a mirarlo con algo de pena. Le dedicó una sonrisa agria que tuvo un millón de significados para

él.

—Mejor no digamos más nada. Ya sabes lo que dicen. Lo que sucede en Las Vegas, queda en Las Vegas. Buen retorno Manuel — agregó antes de cerrar la puerta dejando a Manuel perplejo por la actitud fría que de la nada había adoptado.

CAPÍTULO 8

Buenos Aires. Obligaciones. Reuniones. Proyectos. Rutina. Su vida estaba signada por una rigurosa agenda y una inquebrantable la rutina.

Hacía ya varios años que había trasladado su centro de operaciones a la gran mansión de tres pisos que otrora fuera el hogar de su familia. Buscando que la residencia fuese lo más funcional posible, había instalado en la primera planta su despacho, junto a una amplia sala de reuniones y tres oficinas para sus colaboradores más cercanos. También, acondicionó dos habitaciones con la privacidad suficiente por si necesitaba pasar allí la noche.

En el segundo piso de la imponente residencia, su hermana había montado una galería de arte, donde también se desarrollaban eventos por demás exclusivos. De momento, Gimena y su pareja Mirko Milosevic, un fotógrafo con un inquietante pasado, vivían allí.

Dejó el ascensor y encaró el corredor que conducía a su despacho procurando no pensar más en lo sucedido en Las Vegas. Pero cómo costaba. Cada vez que cerraba los ojos, su mente volaba al rostro de Ana. Su recuerdo lo había acompañado durante todo el vuelo; una tortura porque sabía que no tenía la más mínima posibilidad de recuperarla.

A pesar de la maravillosa noche que habían compartido, Manuel sabía que por más intentos que hiciera por acercarse, ella no volvería a él. Lo había visto en sus ojos, en el solapado manto de desconfianza que por momentos los cubrían. Lo había sentido en su sarcasmo y en lo poco que le interesaba comprender que él se sentía merecedor de sus palabras. En algún punto, Manuel aceptaba que ese era justamente el castigo que debía pagar por no haberla cuidado.

—Buenos días, Florencia —saludó a su secretaria al pasar y encaró su despacho sintiendo los pasos de la chica detrás.

Rápidamente entró en ritmo. Como todos los jueves, sería un día dedicado a reuniones; lecturas de informes y evaluaciones; entrevista para mantenerse al tanto de lo que sucedía en el mercado local y en el internacional. Le gustaba estar informado; ese era uno de sus pilares.

Cerca del mediodía una atractiva rubia de lacia cabellera y andar enérgico ingresó al despacho sin siquiera anunciarse. Brenda Green era la encargada de Relaciones Públicas, Comunicación y Prensa de Manuel. El sector a su cargo manejaba un gran flujo de información relacionado con la imagen y la difusión de cualquier tipo de evento que involucrara a Manuel en particular y a sus dominios en general.

Hasta hacía poco menos de un mes, Brenda solía ser la sombra de Manuel; a dónde él iba ella lo acompañaba. Se había ganado su confianza y lo asesoraba en prácticamente todo lo relativo a su imagen. Era Brenda quien le indicaba donde le convenía estar, qué invitaciones aceptar o con quién era bueno dejarse ver; también sugería qué debía lucir o que apariencia mostrar. Este hecho los había llevado a mantener una furtiva relación que parecía tener más futuro para ella que para él.

—Bienvenido —dijo con gesto sugestivo—. Esta oficina no fue lo mismo sin vos.

—Me imagino —respondió Manuel lacónico.

Brenda se detuvo junto a él para saludarlo. Posando delicadamente parte de su busto contra su brazo depositó un beso contra su mejilla que acabó peligrosamente cerca de la comisura de su boca. Se separó suavemente contemplando el rostro impassible de Manuel que claramente tenía la mente en otro lado.

—Sigo sin entender por qué no te acompañé a Las Vegas —exclamó, dejando traslucir su desilusión—¿Qué fue lo que hice mal? —preguntó con insistencia—. Ni siquiera me diste una explicación.

—No creo tener que darte ninguna explicación de mis decisiones —sentenció con firmeza—. Pero digamos que haberte presentado en la recepción, que organizaba el embajador argentino en Sídney,

como si fueras mi acompañante, no fue una decisión inteligente. Estabas allí como mi colaboradora, Brenda. ¿En qué estabas pensando?

La mujer apretó los dientes contrariada, detestaba cuando él hacía ese tipo de comentarios; no creía merecerlos. Tiempo atrás, cuando todo había comenzado, alguien había tenido la delicadeza de informarle que, si quería tocar el cielo con las manos, debía ser cuidadosa en sus movimientos y no cometer errores, él no lo permitiría. Había cometido un error y Manuel fue implacable; tenía que estar más atenta si quería retenerlo.

—Si seguís trabajando para mí es porque sos una excelente profesional —continuó Manuel sin levantarse de su asiento—. Pero ubícate. No voy a tolerar escenas como al que tuvo lugar en Sídney.

—Veo que no te fue del todo bien en Las Vegas —deslizó ella con suficiencia—. Estás de mal humor.

En silencio se ubicó en el cómodo sillón que enfrentaba el amplio escritorio y lo miró desafiante.

—Me fue más que bien en Las Vegas —replicó Manuel dedicándole una mirada helada—. Estoy seguro de que no hubiera sido lo mismo si estabas ahí.

Brenda se lo quedó mirando, esforzándose por detectar el doble mensaje que sus palabras podían esconder; pero no dijo con nada.

—Puede ser muy detestable cuando quiere, ingeniero —replicó Brenda con gesto sombrío.

—Simple franqueza —replicó volviéndose hacia la pantalla donde acababa de ingresar una notificación de Florencia.

La leyó sin reparar en como la mirada de su asistente se oscurecía. El interés de Manuel estaba puesto en el mensaje de su secretaria, que le avisaba que Raúl lo vería esa tarde. Le indicó que lo hiciera pasar en cuanto estuviera allí.

—Olvidemos ese episodio y concentrémonos en el trabajo que es lo que importa —sentenció y se volvió a mirarla—. ¿Qué novedades tenés?

Brenda se cruzó sensualmente de piernas, se tragó la indignación y adoptó una postura altiva y profesional. Antes de

comenzar a hablar, chequeó su celular para cotejar la información que estaba por compartir con Manuel y se volvió a mirarlo.

—Bien. No tengo idea de quién pudo enviarte esos mensajes, —comentó con voz tensa, cargada de frustración—. Sinceramente, no le daría importancia, después de todo no hay nada que contar, ¿o sí?

La miró impassible sin darle el gusto de responder.

—¿Algo más?

—Sobre esos anónimos nada. Por otro lado, me llegaron fotos de Las Vegas —comentó ofuscada y tensa—. Voy a reforzar la info sobre el premio que recibiste en la Convención. Aunque no te agrade, sería bueno que pautáramos alguna entrevista para difundir tu imagen asociada a la distinción.

En ese punto estuvo de acuerdo con ella. Conversaron un poco más sobre lo sucedido en Las Vegas hasta que el tema se agotó y Brenda comprendió que debía marcharse.

Dejó el despacho de Manuel, pensando en los pasos que debía seguir para revertir la situación. Todavía le costaba digerir que no la incluyera en su último viaje y ese no era un dato menor. ¿Andaría en algo? No lo creía, pero debía ser más astuta. El rumor que había echado a rodar sobre la relación que tenían no había causado el efecto deseado; pero eso no quería decir que ella no podía mantener la chispa encendida. Miró su celular y buscó un contacto. Le envió un audio.

—Hola Flavio. Lamento decirte que no quiere hablar del asunto. Sacá tus propias conclusiones. Entre nos, no puedo confirmarte ni negarte el rumor. No me comprometas...

Al llegar a su escritorio confeccionó una gacetilla con la poca información que Manuel le había dado y con algún que otro dato que obtuvo de la página oficial de la Convención. Pensó en el viaje a Las Vegas. La tranquilizaba lo ajustado del programa, pues Manuel no parecía haber tenido tiempo para nada más que la cena, el discurso y el premio recibido.

Una vez que el escrito estuvo terminado, lo distribuyó a varios periodistas y generó el contacto para coordinar una entrevista con otros. Luego, dedicó la siguiente hora a dar vueltas por la red en

busca de alguna información relevante. Tenía habilitadas varias alarmas que le informaban si Manuel, sus hoteles o la cementera eran mencionados. Mucho de lo que solía aparecer era basura inservible, pero de tanto en tanto algo que debía ser considerado surgía. Por ese motivo casi pasa de largo un blog de poca monta que detectó, con apenas una entrada y donde mencionaba solo una vez la palabra Rauch.

El apellido Rauch figuraba casi al descuido, una suerte de mención entre las distintas familias acaudaladas de la ciudad. Lo que terminó de acaparar su atención fue que el fondo utilizado para la página fuera nada más y nada menos que la imagen de la mansión Rauch. «Interesante», pensó al leer la carta de presentación firmada por un tal Cristo que invitaba a descubrir una trama siniestra. Sonrió con malicia anticipando que un nuevo juego estaba a punto de comenzar y ella lo manipularía para su beneficio.

Las seis de la tarde llegaron sin que Manuel lo advirtiera. Le dolía un poco la cabeza, los cambios de horario estaban haciendo estragos en él y tenía que encontrar la manera de contrarrestarlo o aprender a equilibrarse. Seguía sin poder dormir más de tres horas por noche, y aunque no lucía demacrado así se sentía por dentro.

Para cuando dejó su despacho cayó en la cuenta de que no había visto a Raúl. Se acercó al escritorio de su secretaria acomodándose el saco.

—¿Sabés algo de Raúl?

La muchacha se sobresaltó al verlo parado frente a su escritorio. Sacudió su cabeza negativamente.

—Lo llamé dos veces —se excusó la chica con seguridad—. Dijo que pasaría, pero aún no lo he visto.

Manuel asintió, molesto con la actitud de su amigo. Prácticamente seguía sin hablarle, a su entender, una actitud un tanto infantil, pero que le negaba una respuesta sobre la propuesta que le había hecho.

—Si llega a pasar decile que ya me fui, que lo espero mañana —indicó con aspereza—. Voy a saludar a mi hermana.

—Perfecto. Gimena está en el segundo piso —informó Florencia—. Me la crucé hace unos minutos.

Agradeció la información y se despidió hasta el día siguiente. Encaró la escalera de servicio para subir; era mucho más privada. A medida que se acercaba fue escuchando la música suave y melancólica de Piazzola. No tenía ni idea de cuál era el tema, él no era aficionado al tango. En realidad, no le agradaba, lo entristecía, le recordaba demasiado a su padre.

La música lo guió al salón principal donde su hermana y su pareja bailaban, brindando un sensual espectáculo. Manuel entrecerró los ojos y los observó. A Mirko ni lo miró, pero Gimena se mostraba radiante, destellaba alegría, contagiaba entusiasmo. Tuvo que reconocer que bailaba muy bien y que su pareja la seguía decorosamente. Juntos se movían con alarmante sensualidad y costaba despegar la mirada de sus figuras. Cautivado, se recostó contra el marco de la arcada, dejándose afectar por la escena; era agradable que la música y las risas volvieran a ese lugar.

La pieza terminó en el momento en que Mirko recostaba a Gimena sobre sus brazos y acercaba su boca hacia la de ella. Gimena sonrió feliz y él le mordió el labio inferior para, segundos después, apoderarse de su boca a medida que la ponía nuevamente de pie.

Manuel estaba a punto de aplaudir cuando otros aplausos acapararon su atención. Gimena se separó de Mirko y sonrió a la hermosa rubia que, todavía aplaudiendo, se les acercaba seguida de Raúl Olazábal.

—No tenía idea de que bailaran tan bien —dijo Nadine entusiasmada—. Deberían dar un espectáculo eso fue maravilloso —agregó entre risas. Se volvió hacia Raúl que sonreía encantado—. ¿No estás de acuerdo, Ra?

—La verdad que sí —accedió él sonriente—. Sabía que Gimena bailaba, pero no tenía idea de que vos también —acotó mirando a Mirko—. Impresionante.

—Con ella es muy fácil —reconoció el hombre encantado. Miró a Gimena y la besó en la mejilla—. Es una excelente maestra.

Para Manuel fue demasiado. Lo sacaba de quicio sentirse fuera de esa reunión. En realidad, lo amargaba. Se acercó sin emitir sonido y llamó la atención a todos cuando estuvo a pocos metros de distancia.

—Manu —exclamó Gimena al verlo. Se apartó de Mirko y fue al encuentro de su hermano con los brazos abiertos—. Iba a bajar a saludarte.

Se fundieron en un abrazo cerrado. Luego de haber estado distanciados por años, habían logrado pulir sus diferencias para volver a disfrutar de la relación que siempre habían tenido. Sin soltarse, giraron hacia el resto.

—Mirko —saludó Manuel en primer término, luego se volvió hacia la pareja de su mejor amigo—. Nadine.

—Manuel —respondió Mirko usando el mismo tono.

—Manuel —repitió Nadine con picardía.

Una tensión extraña se gestó de la nada, pero a Manuel no le importó. Clavó entonces su penetrante mirada en Raúl.

—Te estuve esperando toda la tarde —reclamó con aspereza.

—Estaba por bajar —respondió Raúl con tranquilidad—. Acabo de llegar y me tentó ver a Gimena bailando con Mirko.

—Me doy cuenta. Prioridades, ¿no? —deslizó Manuel con sequedad. Se lo quedó mirando un brevísimo momento sacando sus conclusiones—. Lo vemos mañana.

Sin darle margen a replicar, Manuel bajó la vista hacia su hermana y le sonrió.

—¿Qué tal La Angostura? —le preguntó, dejando en claro que solo la opinión de su hermana le importaba.

—Fantástico —respondió Gimena, advirtiendo claramente la situación. Miró de reojo a Mirko, quien divertido le guiñó un ojo, claramente lo tenía sin cuidado el trato de Manuel—. El hotel es fabuloso, Manu. Le estaba comentando eso a Raúl —continúo Gimena, guiándolo hacia un rincón, buscando disipar la súbita tensión que la aparición de su hermano había provocado—. Disfrutamos de unos días maravillosos.

—Me alegro mucho de saberlo —dijo Manuel en el momento en que un zumbido anunciaba el ingreso de un nuevo mensaje.

Lo tomó del bolsillo de su pantalón y leyó con fastidio. *¡Qué bueno tenerlo nuevamente en Buenos Aires!* Maldijo por lo bajo. Decidió responder, lo estaba hartando esa suerte de acoso. *No tengo idea de con quien estoy tratando*, escribió ofuscado.

—¿Sucede algo Manu? —preguntó Gimena al notar lo sombrío que el rostro de su hermano se había tornado.

—Eso es lo que quiero averiguar —respondió tenso, sin apartar la mirada de su celular.

Pronto sabrá de mí. No se impaciente.

Manuel frunció el ceño, preguntándose de quién podría tratarse. «Esto está cambiando de color» pensó indignado al percibir el filo de una amenaza escondido tras el mensaje. Tomó nuevamente el celular y le envió un audio a su secretaria.

—Florencia, quiero que mañana mismo te ocupes de cambiar el número de mi celular y el aparato —indicó autoritario—. Decile a Brenda que siga recibiendo mensajes. Mañana a primera hora la quiero en mi despacho con información al respecto.

Estaba cansado, le dolía mucho la cabeza. Necesitaba descansar un poco, por momentos se le dormían las manos y un molesto hormigueo se adueñaba de sus pies. Debía acostarse.

—Bueno, los dejo seguir su festejo —dijo con un sarcasmo que en realidad no tuvo intención de transmitir.

Gimena lo estudió brevemente, lo notó demasiado tenso, fatigado.

—¿Estás bien, Manu? —preguntó, ahora preocupada.

—Claro que sí —dijo Manuel dedicándole una sonrisa—. Sólo necesito dormir. Te veo luego.

A penas balbuceó un hasta luego para despedirse del resto de los presentes. Mirko miró a Gimena y una sonrisa sardónica bailó en sus labios. Lo tenía sin cuidado la animosidad de su cuñado. A Raúl, en cambio, lo fastidió el proceder de su amigo, quien ni se molestaba en mostrarse cortés con su esposa. A Nadine la amargaba el comportamiento de Manuel, principalmente porque sabía que Raúl se mortificaba.

Empezaba a sentirse poderosa. Lo que había comenzado como un juego agitado por la bronca y el despecho empezaba a mostrarse como algo mucho más grande y divertido. Ahora si tenía todas las herramientas para provocarle un buen dolor de cabeza y eso es justamente lo que haría. Manuel no tenía idea de lo que ella era capaz; no tenía idea de con quién se había metido. Su desplante no sería gratuito a ella nadie la rechazaba. Sin poder contener el despecho, escribió un último mensaje; luego haría desaparecer el celular, no tenía sentido retenerlo cuando sabía que Manuel cambiaría su número.

¡Que descanse, ingeniero!

Una leyenda le llegó informándole que el mensaje no podía ser entregado. Carcajeó divertida; la había bloqueado. «¡Qué previsible! – pensó — Esto se va a poner divertido»

CAPÍTULO 9

Así como en un principio había sido difícil retomar las riendas de su vida y encarar sola su propio futuro, en el presente cada lágrima derramada cobraba valor ante lo mucho que había logrado. Trabajar en una empresa como Armendaris Construcciones le había dado la oportunidad de crecer tanto en lo profesional como en lo espiritual. Ya no era la mujer que había dejado Buenos Aires cinco años atrás con el corazón roto y un millón de dudas en la cabeza. Ahora, era una mujer mucho más entera, mucho más segura y definida que por fin se sentía dueña de su vida; eso era lo más gratificante.

Tal vez en otro momento hubiese terminado deshecha tras haber compartido la noche con Manuel para luego despedirse sin promesas de futuros encuentros; pero ya no. Esta Ana era diferente. Esta Ana, luego de tantos años de no sentirse digna había aprendido a disfrutar de su vida, a saborearla, a exprimirla y degustar cada gota. No obstante, le costaba recuperarse de lo sucedido en Las Vegas. Le costa aceptar que había gozado de esa noche de pasión con Manuel y que no tendría inconvenientes de repetirla.

Junto a Patrick Carson había dejado Las Vegas a primera hora de la mañana para dirigirse directo a la oficina en el centro de Los Ángeles donde, además de necesitar que se enviaran varios correos relacionados con los nuevos contratos que había cerrado los días pasados, Patrick había convocado a una reunión de Directorio en la cual Ana había sido incluida.

La sala de reuniones se encontraba en el corazón del piso. Además de Ana, los convocados eran Charlie Colcraft, el gerente de Finanzas, Loretta Robins, encargada de publicidad y Craig Morris representante comercial. Todos se encontraban sentados a la mesa

cuando Paul Everton, el CEO de la compañía, ingresó acompañado por Richard.

—Algunos ya están al tanto de que entramos en una licitación que, de ganarla, nos abrirá nuevos e importantes mercados en América Latina —anunció Everton tras ubicarse en su sillón—. Estamos en los comienzos, pero se trata de un Centro Comercial en la ciudad de Mendoza, Argentina. ¿Alguien conoce la zona?

—Conozco —se atrevió a decir Ana con una sonrisa—. Es mi país.

El director ejecutivo hizo una pausa y miró a Ana con intención.

—¿Has visitado esa región en algún momento? —agregó.

—Sí, claro —respondió con firmeza—. He estado gran cantidad de veces en Mendoza. Es una provincia preciosa, con muchos atractivos tanto turísticos como comerciales.

—Excelente, tus conocimientos serán de gran ayuda —continuó Everton—. Te haré llegar información para que te involucres en el proyecto —agregó—. Patrick me ha acercado un informe sobre Cementera Rauch y, por lo que pude observar, es con ellos con quienes nos conviene llegar a un acuerdo. —Hizo una pausa y hojeó el informe que tenía frente a él. Luego miró a Ana—. Será mucho más sencillo si te ocupás de generar una reunión con la gente de la Cementera. Lo dejo en tus manos.

Ana asintió sin agregar comentarios. Afortunadamente, nada sabían del vínculo que la unía a Manuel. Sin embargo, un nudo se tensó en su estómago al sentir que el destino volvía a ponerlo en su camino.

Durante todo el trayecto de regreso a su hogar luchó contra la imagen de Manuel. En algún punto se sentía condicionada y detestaba esa sensación; creía haberla erradicado. No la contrariaba que Patrick le encargase las gestiones para cerrar acuerdos con Cementera Rauch, después de todo su condición de argentina le proporcionaba una gran ventaja, pero si le pesaba que Manuel lo hubiese anticipado y terminase pensando mal de ella.

Detuvo su vehículo en el camino de ingreso a la hermosa vivienda de dos plantas que había adquirido en el coqueto barrio de Venice Beach, a tan solo media hora de Los Ángeles. Esa vivienda

era uno de sus logros más importantes. Adoraba el lugar, mucho más tranquilo que Santa Mónica, pero no por eso menos pintoresco.

El hogar que allí había creado contaba con una amplia sala de estar, que Ana decoró con clara inclinación californiana y un comedor que conectaba la sala con la cocina. Su habitación estaba en la planta superior y moría en un amplio balcón desde donde podía disfrutarse tanto la vista como la brisa marina.

Una vez dentro respiró hondo. Ese era su santuario, entre esas paredes Ana lograba recuperar la armonía. Se apuró a llevar su equipaje a la planta superior añorando una ducha caliente. Luego pensaría en la cena.

Estaba terminando de cambiarse cuando oyó que alguien llamaba a su puerta. La sonrisa se amplió en su rostro al escuchar los ladridos de su adorado Miles, un bello Boyero de Berna de cuatro años, que Ana había resuelto comprar convencida de que esa raza no crecía demasiado. Pero se había equivocado, su fiel amigo era lo suficientemente grande para ocupar media alfombra de la sala cuando resolvía dormir allí su siesta.

Se apuró a descender y abrió la puerta con entusiasmo. Antes de saludar a su amiga se arrodilló para abrazar a su querido compañero.

—Miles, bonito —lo saludó Ana sin dejar de acariciarlo—. ¿Cómo has estado?

Miles ladró separándose brevemente de su dueña para hociquearle el rostro. Ana rió y se puso de pie para saludar a su amiga.

—Kate, querida, no tengo palabras para agradecerte —dijo brindándole un abrazo—. Espero no te haya dado mucho trabajo.

—Para nada, sabes que Tomy lo adora —repuso la mujer que en sus brazos cargaba una fuente—. Miles es un encanto. —Miró al perro que la miró al oír su nombre—. ¿No es cierto campeón?

El boyero ladró y moviendo su cola se alejó de la entrada.

—Aquí te traigo algo para que cenes —continuó Kate, dirigiéndose directamente a la cocina donde depositó la fuente—. Conociéndote, imaginé que llegarías tarde sin nada para cenar.

—Sos un sol, estaba por ver qué podía encontrar en la heladera —respondió Ana con una sonrisa—. Vamos, entra... iba a abrir una botella de vino.

—¿Argentino?

—Por supuesto.

Kate aceptó la invitación. Se había convertido en una buena amiga a lo largo de los años. Desde el primer día, había sido un importante baluarte para Ana en esta nueva etapa. Vivía en la casa contigua junto a su hijo Thomas, un adolescente bastante tranquilo que soñaba con estudiar oceanografía.

—¿Dónde está Tomy? —quiso saber Ana—. Recuerdo que para esta época tenía un partido importante.

—Si, el juego es el sábado —respondió Kate orgullosa—. Si ganan, el próximo mes juegan los nacionales. Está monotemático con ese asunto.

Ana sonrió y se apuró a servir dos copas.

—Si no cenaste, ¿por qué no te quedás? —la invitó sabiendo que le vendría bien la charla con su amiga.

—Acepto, el pastel de verdura es una de mis especialidades —argumentó.

Mientras se calentaba la cena, Kate pasó a contarle las novedades sobre su hijo, quien había resuelto que aplicaría tanto en la universidad de California, como en la de Florida. Ya vería donde estaba su destino.

El celular de Ana zumbó, interrumpiendo la conversación. Frunció el ceño temiendo que se tratara de Patrick. Sonrió al descubrir que era un correo de Gimena Rauch, su excuñada a quien había visto un par de meses atrás. Intrigada lo abrió.

Hola Ana, esta tarde me encontré con Raúl y cuando mencionó que se habían visto en Las Vegas, recordé que nunca te agradecí por haberte hecho un espacio para estar el día de la inauguración de mi Editorial. Mirko, mi pareja – una pena no haber podido presentártelo—, es fotógrafo y ha tomado unas hermosas imágenes tuyas. Las adjunto para que las tengas. Espero poder verte cuando visites Buenos

Aires. Avisame, cuando estés por acá. Me va a encantar presentarte a Mirko personalmente. Besos.

Gimena

Una sonrisa de emoción fue poco a poco aflorando en el rostro de Ana. Tenía mucho aprecio por Gimena y la alegraba verla tan bien establecida. Pensando en ella pasó a ver las imágenes. Eran tres fotografías de distintos momentos de la noche de la inauguración. Pero, movilizada, se detuvo en una en la que conversaba con Gimena, Manuel las escoltaba. Toda su atención se concentró en él; tan apuesto, tan elegante, tan impoluto. Siempre la había abrumado un poco su aura de perfección; aunque ella bien sabía que su exesposo lejos estaba de ser perfecto, algo en su actitud parecía posicionarlo por encima de los demás. Por unos instantes se perdió en los recuerdos dejándose abrazar por los buenos momentos compartidos, pues en los otros ya ni pensaba.

—¿Sucede algo? — quiso saber Kate, asombrada por ver cierta emoción en el rostro de su amiga—. ¿A qué se debe esa luminosa sonrisa?

Ana le mostró las imágenes con un gesto nostálgico bailando en su rostro.

—Mi excuñada acaba de enviarme un correo con fotos de cuando estuve en Argentina —respondió emocionada.

Kate tomó el celular y contempló las tres imágenes. Sonrió al principio, pero su ceño se frunció al ver al hombre que, parado junto a Ana, la contemplaba. Curiosa, alzó la vista hacia su amiga que aguardaba convencida de que habría preguntas que responder.

—Sí, es él —dijo simplemente.

Suspiró y bebió un poco de vino, consciente de haber deseado llevar la conversación hacia ese punto. Hacía tiempo que había caído en la cuenta de que nunca había hablado con Kate sobre Manuel. Ahora, luego del encuentro en Las Vegas, necesitaba más que nunca hacerlo.

—Vaya, no sé bien por qué, pero siempre lo vi como a un ogro feo —comentó analizando el rostro de Manuel—. Pero reconozco que es muy atractivo y hay algo en la manera en que te mira...

Dejó la frase inconclusa, pero siguió analizando el rostro de Manuel mientras elaboraba una idea de cómo sería ese hombre realmente.

Sin agregar más, dejó el celular en la mesada y tomó su copa.

—Nunca me hablaste mucho de él —dijo al cabo de unos segundos—. ¿Por qué?

—Supongo que no sabía bien qué decir y vos nunca preguntaste —respondió.

—Pues hoy quiero saber todo de él —dijo pícaramente—. Soy toda oídos. ¿Cómo lo conociste?

—Nos conocimos en Boston. Nos presentó un amigo en común —dijo con aire soñador—. Ambos estábamos estudiando; lo mío era un simple curso de un semestre en Harvard. Manuel, en cambio, estaba en medio de un postgrado en MIT.

Hizo una pausa para chequear la fuente que minutos atrás había colocado en el horno eléctrico. Aprovechó para organizar sus pensamientos. Mientras lo hacía colocó dos individuales sobre la lustrada barra que dividía la cocina de la sala.

—No sé si decir que fue amor a primera vista —prosiguió de la nada—, pero definitivamente fue conexión instantánea.

—Le tengo más fe a la conexión que al amor —balbuceó Kate—. Generalmente es más duradera. Ya te lo he dicho.

Ana le dedicó una sonrisa taimada. Siempre tenían ese tipo de discusiones. Kate era una descreída del amor; no había tenido suerte ni con el padre de Tomy, ni con sus dos posteriores relaciones. Eso la había amargado mucho, convirtiéndola en una verdadera cínica respecto de las relaciones humanas.

—Como sea —continuó Ana pasando por alto el comentario—, lo que sucedió fue que durante esos meses nos volvimos inseparables. Era tan natural compartir todo con él. Tan fácil entendernos.

—Conexión —deslizó Kate estirándose para servirse más vino—. Se casaron a final de semestre, ¿no?

Ana sacudió su cabeza negativamente y por un momento se perdió en sus recuerdos. El horno emitió un ligero chillido indicando

que la cena estaba lista. Mientras se recuperaba de las emociones que su pasado le producía, se ocupó de servir.

—No, no fue así —dijo finalmente con tono sombrío—. Manuel es ante todo un hombre aferrado a sus obligaciones. Estaba en Boston para perfeccionarse, para incorporar conocimientos y generar relaciones. Recuerdo que mientras yo soñaba con volver juntos a Buenos Aires, él mencionó estar evaluando la posibilidad de sumar una nueva maestría. Además, debía ocuparse de unos asuntos en Miami. No estaba en sus planes regresar al país todavía.

—¿No te quedaste con él? —preguntó su amiga.

—No, no. Al final del verano volví a Buenos Aires —confesó—. Manuel dejó bien claro que lo distraía quedándome —respondió acompañando sus palabras con una mueca. Terminó de servir su plato y se lo extendió—. Si me quedaba lo haría perder tiempo.

Ana se concentró en servir su plato. No deseaba que Kate pensara mal de Manuel, pero era cierto que desde un comienzo había quedado claro cuáles eran sus prioridades. Suspiró y asintió, pero no lo reconocería ante su amiga.

—Supongo que de mi parte sí fue amor a primera vista, Manuel siempre tuvo todo muy claro en su cabeza —confesó en cambio. Se perdió en los recuerdos por unos segundos—. Al poco tiempo de habernos separado su padre había sufrido un terrible accidente que lo dejó en estado vegetativo y él debía ocupar su lugar.

—¡Que terrible! —comentó Kate, afectada por lo que acababa de escuchar.

—Sí. Terrible realmente. Me enteré por el diario —reconoció Ana—. Lo cierto fue que dos años más tarde, regresó de la nada. Me envió un hermoso ramo de rosas rojas acompañado por la invitación a cenar en un exclusivo restaurante de Buenos Aires.

Se tomó unos segundos para disfrutar de ese recuerdo. Lo revivió como si hubiese sucedido la noche anterior. Recordó con total claridad el modo en que las entrañas se le habían revolucionado, como la mirada se le tornó borrosa de emoción. No había hecho falta que firmara la nota; ella sabía que era Manuel quien le enviaba el mensaje.

—Durante más de dos años no dio señales de vida y aparece así de la nada —dijo Kate que sentía haberse perdido de algo.

—Así fue —respondió Ana afectada—. Recuerdo que había un segundo mensaje que decía: No pude encontrar un número donde llamarte. Te dejo el mío para que me confirmes si aceptas.

Miró a Kate con la emoción del recuerdo bailando en sus ojos, pero su amiga no parecía estar viviéndolo de la misma manera.

—Deja que te diga que todavía no logro decidir si tu ex es un príncipe encantado o un desalmado egoísta que solo vive para él.

—Así es Manuel, un poco y un poco —confesó con cierta tristeza.

De la nada pasó a contarle como después de esa cena, todo pareció volver a la normalidad. Se veían primero todos los viernes, luego todos los días, hasta que las semanas se convirtieron en meses y los meses en años. Para cuando se casaron eran una pareja consolidada; almas gemelas que veían el mismo futuro.

—¿Almas gemelas? —la interrumpió Kate que creyó haberse perdido algo—. Hay algo que no estoy comprendiendo. ¿Qué pasó? ¿Por qué te separaste si evidentemente se amaban?

Ana se dejó caer contra el pequeño respaldo de la banqueta en la que estaba sentada. Terminó el vino de su copa y acarició la cabeza de Miles que se había acercado en busca de un poco de mimos. Suspiró mientras decidía cómo responder.

—Cómo te decía hace un rato, Manuel es un hombre aferrado a sus obligaciones, muy aferrado —fue su respuesta y sonó como una excusa tan vacía como tétrica—. No sé si te comenté que es el dueño de la cadena hotelera Mondini, además de ser el accionista mayoritario de una importante cementera argentina.

—¿Los Mondini? —preguntó Kate impresionada—. ¿Es millonario?

—Podría decirse —reconoció Ana con incomodidad—. Tal vez más.

—Vaya, eso lo hace menos ogro—balbuceó—. ¿Qué fue lo que sucedió entonces?

Ya sin tanto resquemor, le habló de los múltiples viajes que Manuel realizaba y de la gran cantidad de obligaciones que debía

atender diariamente. De pronto, les resultó sumamente difícil mantenerle el ritmo y así como en un principio eran inseparables, llegaron a estar casi dos semanas sin verse, viviendo en la misma casa, compartiendo la misma cama. De la noche a la mañana Ana comenzó a sentirse sola; no tenía nada pues para complacer a Manuel había dejado su trabajo y su esposo estaba, siempre, demasiado ocupado atendiendo sus negocios o viajando por el mundo.

—¿Nunca hablaste con él sobre lo que te sucedía?

—Claro que sí. Su respuesta fue: “Por Dios, Ana no me vengas con eso ahora... no te das cuenta de que no tengo tiempo para nada” —comentó con amargura—. Lo último que recuerdo es que, tras una de nuestras recurrentes discusiones, mencionó que debía viajar a Beijing y propuso que fuéramos juntos. Más allá de todo sería buena publicidad. Hacía mucho que no nos mostrábamos en público.

Se perdió en sus pensamientos; reviviendo el dolor que ese último comentario le había causado. Esa había sido la última discusión que habían mantenido; la gota que colmó su vaso. Dos días más tarde Manuel partía hacia Beijing sin Ana, que se había negado a acompañarlo; ella ya tenía trazados otros planes.

—Esperé que se marchara, le escribí una nota que dejé pegada al espejo del baño, junté algunas de mis pertenencias y, me fui. Me escabullí por la salida de servicio para que los custodios no lo notasen. Ni a mi familia le avisé. Partí hacia Miami en el primer vuelo que conseguí —comentó con la mirada perdida—. No volví a Buenos Aires hasta un año más tarde, cuando nuestros abogados tenían todos los papeles listos para firmar.

Guardaron silencio por un breve momento. Ana se perdió una vez más en sus recuerdos. A su amiga, nada le dijo de los llamados de Manuel; de su enojo en un principio y de su desesperación posterior. Tampoco mencionó que él había viajado a buscarla y que había terminado reconociendo ser el causante de tan amargo desenlace; mucho menos habló de la pequeña fortuna que puso a su disposición y que ella jamás aceptó.

—Vaya, por tu reacción creo entender que...

—Estuve con Manuel en Las Vegas —se apuró a interrumpir a su amiga, intuyendo lo que estaba por decir.

Kate abrió los ojos como dos huevos; eran de un verde claro coronados por largas pestañas doradas. Era una hermosa mujer, cálida, generosa y la mejor amiga que Ana había tenido. Y quizás fue por eso que se atrevió a contarle todo con lujo de detalles; desde el momento en que lo vio subir a recibir su premio, pasando por la tirante conversación mantenida en el bar, hasta la increíble noche que habían compartido. Prefirió no hacer referencia al modo en que se habían despedido.

—Ahora entiendo el cambio que noté cuando te vi —dijo Kate divertida—. ¿Cómo te sentiste?

—Ya te dije, hay conexión —respondió serena. No sabía cómo explicar con palabras lo que sentía cuando lo tenía cerca—. Sufrí mucho con él, y me costó llegar al punto en el que me encuentro hoy. Sin embargo, cuando estoy con él solo existimos nosotros.

—Pero Ana.... vos seguís amando a ese hombre —aseveró con contundencia, todavía sorprendida por la confesión.

—Creo que sí, pero aprendí a vivir sin él —replicó de pronto, seria y recuperada—. Si te lo estoy contando es porque sos mi amiga, Kate, y no puedo creer no haberte hablado nunca de Manuel, pero te aseguro que lo que sucedió en Las Vegas no cambia nada. No estoy haciéndome ninguna película.

Por unos segundos reinó el silencio. Ana bajó la vista hacia el celular y sin avergonzarse buscó la foto de Manuel. Una sonrisa suave fue poco a poco aflorando en sus labios al contemplar la imagen.

—Sabes, por irónico que parezca, creo que a Manuel le pasa igual —dijo sin apartar la mirada del rostro de su exesposo—. Cuando él me mira me siento amada, me siento única —concluyó con emoción—. El problema es que Manuel no puede dejar de ser quien es.

CAPÍTULO 10

Tenía la mirada clavada en el cielorraso. No podía dormir. Por enésima vez cotejó su celular. Eran las 2.35 am. Había dormido tres horas y diez minutos. Sólo por ejercitar la mente pensó que debían ser las 15.35 en Sídney, que era donde había estado hacía poco más de una semana; seguramente eran las 13.35 en Beijing a dónde debía viajar dentro de los siguientes seis meses y las 6.35 en París y Milán, de donde últimamente solo recibía problemas. En Estambul serían las 7.35 de la mañana, el día debía estar comenzando a orillas del Bósforo; esa también era una plaza que debía visitar a la brevedad. Por último, recaló en Las Vegas, debían ser las 21.30 del día anterior. Allí se detuvo.

Suspiró y resignado dejó que sus pensamientos se anclaran en la hermosa sonrisa de su exmujer. En la oscuridad de la noche, en la soledad de su amplia habitación, no tuvo fuerzas para negar lo mucho que la extrañaba y la falta que le hacía. Lo sucedido en Las Vegas había sido un terrible error; un error que había abierto viejas heridas y había dejado en carne viva emociones que no podía liberar.

«No se puede tener todo en la vida», pensó al recordar la frase con la que solía justificar ese fracaso. Ana era lo mejor que le había sucedido, y al mismo tiempo el sacrificio más grande que debió afrontar. El placer y el regocijo que había sentido entre sus brazos solo había dejado en claro que la amaba y que nada podía hacer al respecto. Sin embargo, era la chispa de lo que alguna vez tuvieron lo que todavía brillaba en los ojos de ella y se había aferrado a esa ilusión, aunque sabía que lo conduciría a un nuevo vacío.

Sintiéndose algo abatido, se dejó llevar por la fantasía de encontrarse de tanto en tanto con Ana en alguno de sus hoteles. Podía organizarlo, serían sólo ellos dos, sin pasado, sin terceros

que pudieran alterar la magnífica sintonía que existía cuando estaban solos. Podrían reunirse en Estambul y cenar a orillas del Bósforo; o quizás en La Polinesia, o en alguna playa perdida del Caribe donde podrían caminar tomados de la mano o abrazados y, por un breve lapso, sentirse anónimos y libres de obligaciones.

Como si hubiese despertado de un sueño, sacudió violentamente su cabeza procurando alejar esos espejismos vacuos que no conducían a nada y que le generaban una esperanza a la que no podía aspirar. Ana merecía mucho más de lo que él podía ofrecer, mucho más que encuentros furtivos cargados de irrealidad.

A las 3.30, harto de dar vueltas dejó la cama. Caminó hacia el baño sin molestarse en encender la luz y se acercó al vestidor donde buscó su traje de baño. Sin mayores consideraciones, se dirigió a la tercera planta de la residencia donde su padre tiempo atrás había instalado una amplia piscina, de casi cincuenta metros, junto a un completo gimnasio que había sido su capricho personal. Nadó por casi cuarenta minutos. Eso solía ayudarlo a despejar la mente y a calmar sus demonios.

Una hora más tarde estaba parado bajo la ducha, considerando que debían ser las 17.30 en Sídney; las 15.30 en Beijing y las 7.30 de la mañana en Estambul. En París, Milán y Ámsterdam las 8.30. No pensó en Las Vegas en esta ocasión, Ana ya no debía encontrarse allí.

Enfundado en su bata se dirigió al escritorio que tenía montado junto a su habitación. Eran las 5 de la mañana, su día había comenzado.

Manuel se sentía sumamente orgulloso de su gestión al frente de Cementera Rauch. Continuar con el linaje familiar había sido una promesa hecha junto al lecho de su padre tras el accidente que lo dejó postrado; y había cumplido. Las ganancias durante los últimos años se habían incrementado considerablemente gracias a que los contratos obtenidos se habían triplicado. Pero los Hoteles Mondini eran su debilidad. Tal vez por eso le agradaba comenzar el día ocupándose de ellos. Se sirvió un café doble, negro y amargo y comparó una vez más los horarios de los veinte establecimientos que poseía desparramados por el mundo.

Luego de repasar varios informes que los gerentes de los distintos hoteles le habían enviado, Manuel abrió la carpeta que tenía destinada a su nuevo proyecto. Hacía más de seis meses que la venía preparando, y cuanto más analizaba la información que allí había, más se convencía de que sería un verdadero éxito. Tenía seleccionadas cinco ciudades en las cuales pensaba programar las futuras aperturas. En Europa, Ámsterdam y Viena donde no había Mondini; En América las elegidas serían Cartagena de Indias y Mustique, una exclusiva isla granadina con gran potencial. Todavía no lograba decidirse por la quinta plaza, podría ser en Tailandia o quizás la Toscana italiana. No estaba seguro. Si tan solo Raúl se dignase a prestar más atención a lo que estaba sucediendo a su alrededor y le diese una mano.

Bebió el café pensando en su amigo. No tenía idea de cómo abordarlo para lograr que cambiase de opinión. Recordó la sugerencia que Ana le había hecho. *No le vas a ganar a Nadine, si es eso lo que estas pretendiendo. Sos vos el que se está encaprichando. Te puedo asegurar que Raúl, en estos momentos, no está tratando de descubrir cómo le va a decir a Nadine que se marcharán de Chile.* Brevemente se perdió en los recuerdos de esa noche y fueron tan vívidos que por un efímero segundo creyó sentir su olor. Llevado por un impulso que no se molestó en cuestionar, tomó su celular y le envió un mensaje: *¿Llegaste bien?* No estaba seguro de que ese fuera su número, pero lo envió de todas formas.

Dejó el celular sobre el escritorio sin esperar respuesta de Ana. Pasó a revisar su casilla de correos personal. Eran pocas las personas que tenían su dirección. Entre los contados correos que su secretaria había filtrado se encontraba uno de Marshall Wheeler; lo abrió. El viejo lo felicitaba una vez más por su discurso durante la Convención y le mencionaba que había escuchado muy buenos comentarios sobre su persona y sobre los hoteles Mondini a lo largo de la Convención. Eso lo satisfizo sobre manera. Según Wheeler, su desempeño en Las Vegas había sido óptimo. *Tendrías que dejarte ver más seguido, Manuel,* le sugería con conocimiento de causa. *¿Cuándo vas a entender que lo tuyo son los hoteles? Vendé esa empresa y dedícate a lo que verdaderamente te gusta.* Manuel

sonrió ante el planteo, Wheeler hacía ese comentario cada vez que podía, pero él no pensaba dejar la Cementera, hacerlo era como abandonar a su padre; era como una deuda que sentía tener con Antonio.

Faltaban cinco minutos para las ocho, cuando Florencia Godoy apoyó su bolso sobre el escritorio que ocupaba desde hacía ya casi tres años. Sabía que el ingeniero valoraba la puntualidad y ella era tan obsesiva al respecto como él. Encendió su computadora y sobrevoló el escritorio con su mirada en busca de algo fuera de lugar. No lo encontró y eso siempre le brindaba seguridad.

Las voces provenientes del despacho de su jefe la sobresaltaron. El ingeniero Rauch tenía por costumbre llegar alrededor de las 8.30. Desvió la vista hacia la pantalla de su ordenador y comprobó que estaba en línea. «¡Qué raro! —pensó—. ¿Qué podría haber sucedido?». Justo en ese instante, la puerta del despacho se abrió y la señora Alameda apareció llevando en sus manos la bandeja con los restos del desayuno del ingeniero.

—Buenos días, Flor —le dijo la mujer con ese tono suave y al mismo tiempo enérgico.

—Buen día, ¿ya llegó? —preguntó la chica alarmada.

—Hace más de una hora que está sentado allí —respondió la mujer con seriedad. Se acercó al escritorio de la chica y susurró—: No está de buen humor.

—Gracias por avisar —balbuceó Florencia, comprendiendo que ese no sería un buen día—. Nunca lo está cuando llega tan temprano.

—Ya te traigo tu café doble y el jugo de naranja.

—Muchas gracias.

Con la agenda y el anotador en su mano, Florencia se acercó al despacho de su jefe. La puerta estaba entreabierta y desde el interior se apreciaba un silencio rotundo que temió quebrantar. Golpeó discreta.

—Buenos días, ingeniero —saludó asomándose con precaución.

—Buenos días, Florencia —respondió sin levantar el rostro de su computadora—. Tengo varios asuntos que encargarte —comenzó diciendo. Se volvió hacia su escritorio y centró su mirada en un

calendario—. Debo estar en Montevideo pasado mañana; ida y vuelta en el día. Para fin de la próxima semana necesito que organices una cena privada —agregó entregándole la lista de participantes que había confeccionado a mano—. Estas personas deberían estar. Coordínalo. Puede ser en el salón Velázquez del hotel. Háblalo con Andrea.

—Perfecto. Ya mismo me ocupo.

—Por otra parte, a principio de mes debo viajar a Estambul —comunicó—. Necesito que el regreso sea vía Ámsterdam, me quedaré cuatro días allí y tres días en Turquía. Por último, en mayo próximo debo estar en Beijing.

Florencia tomó nota de todo; estaba acostumbrada al ritmo y también sabía de sobra que cuando su jefe se mostraba así de autoritario, debía decir “sí” a todo. Luego habría tiempo para las preguntas.

—¿Ya tenés mi nuevo celular? —disparó mirándola con fijeza.

—Ayer, antes de retirarme, lo pedí —informó con prestancia—. Debería estar por llegar. Ahora lo chequeo.

—Perfecto. Aquí está el viejo —continuó entregandoselo—. Quiero que chequees los mensajes que reciba y me informes. No respondas, solo registralo.

—Entendido —repuso la chica, sin mostrar signos de extrañeza ante el pedido. Bajó la vista a la agenda—. ¿Le informo la orden del día?

Con gesto fruncido Manuel asintió y prestó atención. No eran muchos los compromisos. Sólo un par de reuniones con gerentes de la empresa, un almuerzo con el Ministro de Turismo y por la noche una función de gala en el Teatro Colón organizada por una Fundación con fines benéficos.

—Decile a Ester que vaya al restaurante antes y me mantenga al tanto —indicó—. Que Brenda venga a verme en cuanto llegue —agregó—. Trata de que hoy Raúl aparezca. Me urge hablar con él. Si te llega a decir que se le complica, avísame.

—Bien.

—Eso es todo.

Se recostó contra el respaldo de su amplio sillón y cerró brevemente los ojos en cuanto Florencia dejó el despacho. Estaba tenso, ansioso, cansado y no encontraba la manera de desembarazarse de la sensación de apremio. Necesitaba estar lúcido para las reuniones; necesitaba tener la cabeza despejada para el almuerzo con el ministro; forzosamente debía erradicar el maldito dolor de cabeza que lo atormentaba. Se irguió y por el intercomunicador le pidió a Florencia que le alcanzara algún analgésico para el malestar.

Brenda ingresó al despacho unos minutos más tarde.

—Le dije a Florencia que yo te alcanzaba el ibuprofeno —dijo con gesto sugestivo—. Últimamente te duele demasiado la cabeza. ¿Querés que le diga a Florencia que llame al médico? —sugirió—. No te veo bien.

—No hace falta, Brenda —dijo Manuel aceptando la píldora y el vaso de agua que la mujer le ofrecía—. Estoy bien. Solo cansancio. ¿Qué novedades tenés?

—De momento nada, —respondió—. No ha aparecido nada relacionado con vos en ningún medio; estaré atenta a los rumores. Aunque mi llamado agitó el avispero, —deslizó con voz neutra, aunque su intención era llevar la conversación hacia su campo—. Varios quieren entrevistarte.

—Ya veremos, —accedió Manuel poniéndose de pie—. Por lo pronto el almuerzo con el ministro debería aparecer en algunos medios.

—Está bien, pero insisto, después de la distinción que recibiste, tendríamos que aprovechar para hacer un par de notas, —agregó reforzando su opinión—. Por otra parte, ya tengo cubierto todo para la función del Colón.

—Perfecto.

La conversación fue interrumpida por Florencia que le informaba que Matías Cordero se encontraba allí. Le indicó que lo hiciera pasar.

—Hablamos luego —dijo dando por terminada la conversación—. ¿Cómo estás, Matías? —saludó al hombre que ingresaba a su despacho

Para Brenda fue claro que le estaba indicando que se marchara; si deseaba algún tipo de reacción de parte de Manuel tenía que zarandearlo con mayor violencia. Volvía a sentirse menospreciada, no la tomaba en serio, pero eso pronto cambiaría.

No se había equivocado al no mencionar el blog que había descubierto días pasados. Quien fuera que estuviera detrás parecía tener mucha información y ella la usaría a su favor; sería su as en la manga. Sonrió sintiéndose victoriosa. Por lo pronto ya tenía su palabra clave; Cristo.

CAPÍTULO 11

No podía creer que Manuel le hubiese enviado ese mensaje. El hecho la había inquietado, quizás porque, aun estando a tanta distancia, él lograba perturbarla. Quería responder; quería decirle que había llegado bien y que le agradecía la preocupación, pero la aterraba estar ilusionándose.

Durante todo el trayecto, desde su hogar hasta el centro de Los Ángeles, Ana había repasado, del derecho y del revés, lo sucedido entre ellos durante los últimos días. No podía pensar en otra cosa que no fuera en su repentina aparición y en todo lo que estaba generándole. En su despacho la esperaba mucho trabajo, tenía una campaña de difusión por delante y no podía distraerse, pero sabía que hasta que no respondiera el mensaje de Manuel no podría pensar en nada más.

Una vez en el estacionamiento donde solía dejar su vehículo, abrió el WhatsApp y buscó la conversación de Manuel. La releyó y sonrió como una quinceañera ante las dos palabras que le había enviado. Entonces escribió: *Hola, qué sorpresa. Llegué muy bien. Gracias por preguntar.* Releyó dos veces lo escrito y lo envió sin saber qué esperaba de eso.

—Ya está hecho —se dijo casi en un susurro. Respiró hondo dándose ánimo—. Mejor no pensar más.

Durante el resto de la mañana estuvo atenta a su celular; cada vez que podía chequeaba si el móvil estaba en línea o si el volumen no estaba lo suficientemente alto y ella no había escuchado el ingreso de algún mensaje. En ningún momento Manuel dio señales de vida y eso terminó desilusionándola. «Estúpida» se dijo ya pasado el mediodía, lamentándose por haber enviado su respuesta. Seguramente Manuel había enviado el mensaje sólo por cortesía y ya lo había olvidado, concluyó. El fastidio se arremolinó en su

pecho. Detestaba que él volviera a alterar sus emociones; odiaba que Manuel volviera a influir sobre su estado de ánimo. Si había logrado mantenerlo apartado, ¿por qué no podía sostenerlo?

Buscando demostrarse a sí misma que podía superarlo, se forzó a recordar que tenía planes, que había soñado con un futuro y que se había jurado que nadie la apartaría de su decisión. «Mi decisión, mi vida» pensó y una emoción dulce reemplazó el fastidio que la había abordado segundos atrás.

La idea con la que pensaba coronar su independencia había surgido al poco tiempo de separarse de Manuel; cuando la certeza de que ya no podría conformar la familia que siempre había deseado se instaló en su mente angustiándola. Su amiga Kate insistía con que no tomara decisiones apresuradas, ya conocería a alguien con quien proyectar una familia, pero Ana no estaba segura de desear entablar una nueva relación. De pronto a los treinta y ocho años se sentía demasiado cerca de perder uno de sus grandes anhelos; deseaba fervientemente tener un hijo.

En su última visita a Argentina había hablado del asunto con Rodolfo, su hermano mayor que era médico y quien, aunque el tema no fuera de su especialidad había sabido apaciguar sus miedos y evacuar algunas dudas. Prefirió no detenerse a considerar que los puntos negativos que Rodolfo había enumerado dejaban en claro que no estaba de acuerdo con lo que Ana estaba dispuesta a hacer. Para ella era una decisión tomada y no necesitaba la aprobación de nadie.

Respiró hondo considerando que no encontraría mejor momento para dar el primer paso, de modo que ya más resuelta tomó el auricular y marcó el número del especialista que le habían recomendado.

—Buenas tardes —dijo en cuanto atendieron—. Quería pedir una entrevista con el doctor Reeve.

—El doctor tiene la consulta bastante cubierta —dijo la mujer con tono cortante—. Podría darle cita para...

—Eso me han dicho —insistió Ana, interrumpiéndola sin perder la calma—. Por eso me advirtieron que mencionara que Ashley Cartwright fue quien me sugirió contactarlo.

Un largo silencio se hizo en la línea ante la mención de la esposa de uno de los cirujanos más reconocidos del país. Ana lo había conocido muchos años atrás cuando el americano, viejo amigo de estudios de su padre, visitó Buenos Aires.

—Déjeme ver —dijo entonces la mujer suavizando el tono—. Lo primero que tengo para ofrecerle es en dos semanas —deslizó no muy convencida—. El doctor se va a una convención a Chicago pasado mañana. Si le viene bien, tendría que ser a primera hora.

—Sí, perfecto —se apuró a decir Ana—. ¿A qué se refiere con primera hora?

—8.00 am —La respuesta fue tan cortante como áspera—. Ahora dígame su nombre.

Satisfecha dejó el auricular en su sitio. El primer paso estaba dado. Tomó su celular y escribió un rápido mensaje a su amiga Kate. *¿A que no sabes qué acabo de hacer? Tengo turno en dos semanas. Estoy contenta.*

Manuel dejó su escritorio y caminó hacia el pequeño balcón ubicado a un costado de su despacho. Aunque era un fumador más bien social, de tanto en tanto fumaba un cigarrillo en horas de la tarde. Se decía que lo ayudaba a pensar, a relajarse; pero lo cierto era que solía caer en esa debilidad cuando estaba tenso, ansioso o simplemente ofuscado. Estaba cansado y una función de gala en el Teatro Colón era lo último que deseaba, pero debía asistir; ya se había comprometido y no sería bien visto que no se presentara.

Se apuró a apagar el cigarrillo en el momento en que escuchó la puerta de su despacho abrirse. Florencia se acercó al escritorio de su jefe y dejó un analgésico junto al vaso de agua. También le entregó el nuevo celular y le indicó que ya estaban cargados los contactos del anterior teléfono. Por último, le presentó dos documentos que acababan de llegar y que sabía que su jefe estaba aguardando, junto con el listado de mensajes que habían ingresado al celular ya en desuso.

—Gracias, Flor —dijo al ver el comprimido junto al vaso de agua. Se apuró a tomarlo.

—Afuera están Brenda y Raúl —comunicó la empleada—. Están conversando. ¿A quién hago pasar primero?

—A Brenda —indicó mientras leía el listado de mensajes.

Su corazón dio un brinco cuando leyó que Ana había respondido su mensaje. «Maldita sea, había olvidado que le había escrito», se amonestó sintiéndose en falta, pero un segundo más tarde sonrió; ella había respondido.

—Hay un mensaje de mi exesposa —dijo sin que ninguna emoción se matizara en su voz—. ¿Qué quería?

—Solo decía que había llegado bien. Que le agradecía la preocupación.

La respuesta de la chica fue tan monocorde como lo había sido la pregunta de su jefe.

—Bien. Dame cinco minutos con Brenda —agregó—. Luego que pase Raúl, aunque Brenda no haya salido.

—Perfecto. Llamaron de Armendaris Construcciones, querían concertar una entrevista —agregó.

—Bien. En Las Vegas me presentaron al director ejecutivo —respondió interesado—. Coordina la entrevista y conseguime información de esa empresa. Principalmente dónde tiene sus oficinas centrales.

—Entendido. Otra cosa —dijo Florencia antes de retirarse—. Gimena lo invitó a cenar mañana. Ya chequeé la agenda tiene una cena en la Embajada de Armenia.

—Cancela la cena de la Embajada y confírmale a mi hermana. Gracias.

Se apuró a tomar el celular que Florencia le había dejado sobre el escritorio y buscó el contacto de Ana. Escribió: *Soy Manuel. Cambié número de celular. Este es el nuevo. Me alegra que estés bien. Tengo un día de locos. Te llamo a la noche.*

Dejó el celular sobre los documentos que Florencia le había dejado y alzó la vista al escuchar que Brenda entraba.

—¿Novedades? —disparó antes que la mujer llegara al escritorio.

—Una periodista independiente me llamó, —continuó con cierta cautela—. Es free lance, la conozco desde hace años, y mencionó

que ciertos rumores llegaron a ella.

—¿Sabes si fue ella quien me escribió?

—Me jura y me perjura que no —fue la respuesta de Brenda—. Pero me dijo que son varios los que saben...

Manuel la miró ceñudo, dedicándole toda su atención. Brenda daba vueltas sobre un punto que parecía no atreverse a mencionar.

—¿Qué se suponen que saben? —preguntó impaciente—. ¿De qué rumores hablan?

—Creo que los rumores tienen que ver con nosotros, —se atrevió a decir elevando el mentón con altivez.

Manuel la contempló sin dar crédito a la situación. Tuvo el buen decoro de no reírse, pues sabía que eso la lastimaría, pero definitivamente tenía que poner punto final a esa estupidez. Brenda era una hermosa mujer, ambiciosa, con olfato sensible y mente aguda. Una profesional, preparada, excelente en lo suyo y por eso Manuel todavía la mantenía en su staff. Para él era claro que sería muy difícil reemplazarla en la estructura organizativa; no así en su cama donde nunca debió dejarla entrar.

—¿Nosotros? —repitió con cierto hartazgo. Se frotó los ojos con cierto agotamiento—. Brenda, nunca hubo un nosotros —aclaró con excesiva franqueza—, y si sucedió algo fue más por tu insistencia que por mi intención.

La puerta se abrió suavemente llamando la atención de Manuel, que eludiendo la silueta de la mujer miró a ver de quién se trataba. Asintió al ver el sonriente rostro de Raúl Olazábal asomándose y con una seña le indicó que se acercara.

—Gracias por venir, Raúl —dijo con algo de sarcasmo al estrechar la mano de su amigo—. Ya estoy con vos.

—No te apures —respondió dedicándole una sonrisa a Brenda.

—Ya me estoy yendo, —deslizó Brenda mirando a Manuel—. Me encargo de acallar los rumores. Déjalo en mis manos, pero no será sencillo —agregó poniéndose de pie para marcharse. La mirada se le había tornado oscura de la indignación, pero no por eso perdió la compostura—. Dos cosas antes de irme. Ester está saliendo en unos minutos para el Colón. Te espera ahí —informó—. Ya le recordé a Amanda que prepare tu traje de etiqueta. Le voy a indicar

a Florencia cuándo debe avisarte para que no te demores. Tenés que estar ahí a las nueve en punto. Quedarse afuera es un papelón. ¿Entendido?

—Entendido. Gracias.

Manuel se puso de pie en cuanto Brenda cerró la puerta y, bordeando el escritorio, se acercó a su Raúl que haciéndose el desentendido cotejaba su celular.

—Sacarte a esa de encima va a ser todo un dolor de cabeza —sentenció Raúl.

—No tanto como convencer a cierto amigo de aceptar un ascenso —rebatió con ironía.

Raúl alzó la barbilla para enfrentarlo. Se había preparado para una conversación áspera y tal vez algo trillada, pero Manuel le dedicó una sonrisa franca, algo que lo puso más alerta todavía.

—¿Un café? —preguntó.

Raúl asintió y guardó su celular en el bolsillo de su pantalón. Manuel se volvió hacia su escritorio y pulsó el botón del intercomunicador.

—Florencia, dos cafés, por favor —ordenó. Antes de regresar junto a su amigo volvió a pulsar el botón del intercomunicador—. Chequea con Amanda que esté lista la ropa para esta noche.

Caminó hacia el cómodo living que había ordenado colocar a la derecha de su escritorio. Allí se ubicó sabiendo que Raúl lo seguiría sin esperar a ser invitado.

—¿Cuándo te vas? —preguntó una vez que estuvo cómodamente sentado en uno de los sillones.

—Salgo en una hora para el Aeropuerto —informó, estudiando a su amigo.

La señora Alameda ingresó con una bandeja con dos pocillos de humeante café. Ambos le agradecieron y no siguieron hablando hasta que estuvieron solos.

—¿Pensaste en lo que hablamos? —deslizó encauzando la conversación. Las palabras de Ana llegaron a él como una advertencia.

—Lo estoy haciendo —reconoció Raúl. Bebió un poco de café eligiendo sus próximas palabras—. Sigo sosteniendo que desde

Santiago puedo manejar el proyecto.

Manuel respiró hondo y tensó la mandíbula. Fue como si tuviera a su exesposa parada a su lado y con una sonrisa sardónica le dijera: “Te lo dije. Es una batalla perdida”.

—Mira, Raúl, vamos a hablar claro —dijo encauzando drásticamente la conversación—. El proyecto lo puedes manejar desde Santiago —prosiguió sin ningún tipo de emoción—. Eran otros los planes que tenía; otro el motivo por el que te necesito en Buenos Aires. Pero ya cambié de opinión.

—¿Perdón? —exclamó—. ¿Respecto a qué cambiaste de opinión?

—Digamos que alguien me hizo comprender que la Cadena Mondini nunca va a ser lo más importante para vos —continuó Manuel, como si Raúl no hubiese hablado—. Algo que estoy comprobando. Así que no me sirve.

—¿Qué no te sirve? Puedes hablar claro, Manuel —protestó Raúl algo molesto por el desenlace—. El proyecto me interesa y acabas de decir que puedo hacerlo desde Santiago. Me parece que estás siendo un poquito drástico o hay algo que no estoy entendiendo.

Manuel sopesó la respuesta que le vino automáticamente a la mente. Se tragó sus pensamientos, liberarlos terminaría de arruinar una amistad de toda la vida y no valía la pena. En esta ocasión prefirió hacer uso de la verdad.

—Te quería al frente de la cadena. Sos la persona en la que más confío —confesó—. Pero esa no es una ocupación *part-time* y el puesto tiene su oficina en Buenos Aires. No vamos a trasladarnos a Santiago de Chile porque a vos te quede cómodo.

Raúl tardó unos segundos en reaccionar y cuando asumió lo que acababa de oír se dispuso a replicar, pero en ese momento Florencia asomó su rostro.

—Ingeniero, no va a llegar al Colón —informó mirando solo a su jefe.

—Sí, claro —dijo poniéndose de pie. Manuel asintió y miró a Raúl con seriedad—. Siento haberte hecho venir al divino botón.

—Espera un segundo, Manuel —protestó Raúl—. Nunca mencionaste algo así. Porque no me explicas un poco...

—Porque se acabó el tiempo. Porque quedó claro que tus prioridades son otras y las respeto. Porque estoy seguro de cuál sería tu respuesta y elijo no escucharla para no sentirme defraudado —respondió contundente—. Buen viaje, Raúl. Saludos a Nadine — fue lo último que agregó antes de dejar su despacho.

CAPÍTULO 12

Manuel descendió del ascensor con la mirada clavada en el teléfono. Acababa de regresar de la Función de Gala del Colón donde había disfrutado de una velada tranquila en compañía de varios conocidos a quienes apreciaba. Pero no había permanecido en el distinguido teatro hasta que el espectáculo concluyera. Estaba cansado y por poco se queda dormido en plena función.

Apuró el paso anhelando estar acostado. Se sumergió en un corredor de paredes blancas y piso de parquet lustrado que conducía al sector privado de la residencia. Un silencio rotundo flotaba en el ambiente y pensó que seguramente su hermana no debía encontrarse en el edificio. Últimamente casi ni la veía. Siempre estaba ocupada, ya sea por su trabajo o por alguna actividad que lo involucraba a Mirko.

A medida que avanzaba fue aflojándose el moño de su cuello y desabrochó el botón de la camisa, añorando la comodidad de su cama. La habitación estaba apenas iluminada por la luz tenue que brotaba del cabezal de madera, cuando ingresó. Era un ambiente masculino, sobrio, en tonos habano, negro y marfil; un fiel reflejo de las suites más destacadas de sus hoteles. Se desvistió en la antesala del baño, ya con la mente en blanco. Se sentía agotado.

Veinte minutos más tarde se dejó caer en la cama. Cerró los ojos brevemente. El dolor de cabeza había regresado; una tensión persistente que parecía nacer en la base de la nuca para desparramarse como un casco de presión sobre toda su cabeza. Tal vez era hora de buscar algo más fuerte para que ese dichoso malestar desapareciera y él pudiera dormir una noche entera.

Miró el reloj de su mesa de noche. Era apenas pasada la una de la madrugada. Estaba a punto de apagar la luz del cabezal cuando su celular vibró. Intrigado, pensando que los anónimos regresaban

lo tomó. Revoleó los ojos cuando leyó que era Brenda quien le escribía.

Te marchaste temprano. ¿Te sentís bien? Te busqué al final de la función. Vine sin auto y esperaba que me llevaras a casa. En fin. Estoy en un taxi. Entre otras cosas quería contarte que pudimos tomar muy buenas fotos en el intervalo, estabas bien acompañado por el jefe de Gobierno y el presidente de la comisión de turismo. Mañana hablaré con mis contactos, esas fotos se ubican solas.

No le respondió. A su entender bastaba con que Brenda viera que había leído el mensaje. Le conocía el juego; si le respondía a esa hora comenzaría un ida y vuelta que no le interesaba mantener. Era imperioso que empezara a marcar la distancia con esa mujer o tendría un problema en puerta que no podía permitirse por una calentura que no había sabido controlar.

Lo fastidió que tan solo unos segundos más tarde Brenda le enviara un nuevo mensaje diciéndole que por favor escuchara el audio que estaba enviándole. Era importante.

—La persona que te está enviando los mensajes se hace llamar Cristo. No tengo idea de cómo consiguió tu número, pero me contactó. Dice que sabe mucho de vos; que tiene una historia por contar.

El impacto de esta información lo despertó de golpe. La ansiedad por saber más lo llevó a enviarle un audio.

—Dijo algo así: “conociendo los antecedentes de su familia no me extraña que sea un tramposo sin ética”. —Brenda hizo una pausa tras un nuevo audio—. Sabe de lo nuestro, aunque a vos te parezca que no hay nada, él lo notó. Dice tener fotos.

«¿Cristo?» se preguntó Manuel desconcertado. «¿Quién demonios es Cristo? ¿De dónde venía aquello? ¡Qué ganas de hinchar las pelotas! Seguramente es algún muerto de hambre que buscaba dinero y publicidad. No le daría el gusto de contestar». Nada de esto compartió con Brenda. Resignado le escribió: *¿Algo más?*

—No, nada más —respondió presta en un nuevo audio—. Voy a estar atenta a las redes para contrarrestar cualquier comentario

malicioso. Vos tranquilo que para eso estoy yo. Si te parece bien, nos reunimos mañana para coordinar qué hacer.

Este último comentario lo respondió con un simple y lacónico “ok” que dio por terminada la conversación.

Dejó de pensar en Brenda y en toda esa situación al divisar en el mensaje que esa misma tarde le había enviado a Ana. Lo releyó con una sonrisa en los labios, pero esta fue poco a poco diluyéndose al advertir que él mismo había dicho que la llamaría por la noche; lo había olvidado por completo.

«No tengo remedio», se amonestó temiendo que Ana hubiese llegado a la misma conclusión. Si sus cálculos no le fallaban debían ser alrededor de las diez de la noche en Los Ángeles. Su secretaria le había informado que era allí donde estaba ubicada la casa matriz de la Constructora; Ana no podía vivir muy lejos. Con algo de reparo, pero con la ansiedad que le producía volver a generar un contacto con ella, escribió: *Hola. ¿Estás por ahí?*

Se sintió exultante cuando vio que ella había leído el mensaje y estaba escribiendo una respuesta. Divertido apostó que sólo un “Hola” aparecería en pantalla. La sonrisa se le amplió al ver que así fue. «Siempre cauta», pensó Manuel convencido de que debía sentir ciertos reparos al responder. No obstante, lo sorprendió gratamente, ver que ella estaba escribiendo algo más. *¿Por dónde andas? Es tarde*, escribió sin vueltas. *En Buenos Aires*, respondió Manuel y lo abordó tal ansiedad que se sintió diez años más joven. En algún punto, toda esa situación le recordaba los primeros contactos. *No puedo dormir*, agregó.

Así siguieron, intercambiando preguntas básicas, que parecían tener más intención de prolongar la charla que de reunir información. Pero al cabo de unos minutos, Manuel se cansó de escribir y pasó a los audios. Lo incomodaba la posición y, además, no veía bien en la penumbra de su habitación. En cualquier otro caso o con cualquier otra persona hubiese optado por el llamado, pero temía que Ana no lo atendiera. Nunca lo reconocería, pero ella lograba volverlo vulnerable si se lo proponía.

Acabo de regresar de una velada en el Teatro Colón, explicó Manuel en respuesta a la última pregunta que Ana le había enviado.

L'elixir d'amore. Te hubiera encantado, agregó.

¡La conozco!, respondió ella, pasando también a los audios. ¡Es preciosa!

Algo vibró en el pecho de Manuel al escuchar su voz, y no pudo evitar pensar que al igual que él, ella debía estar acostada. La imagen que su propia mente generó le provocó una sensación de intimidad tan sublime que de la nada la idea de que no todo estaba perdido se instaló en su corazón de hielo.

No recordaba que fueras aficionado a la ópera, replicó transmitiendo el desconcierto que el hecho le producía.

De fondo se escucharon unos ladridos que trajeron a Manuel al presente.

No lo soy, reconoció Manuel mecánicamente pero su mente estaba en otro asunto. ¿Tenés un perro? quiso saber. Y en su voz se registró la sorpresa que ese descubrimiento le provocaba.

Le agradó sentir que volvía a descubrirla. La siguió imaginando acostada en su cama, con la oscura cabellera desparramada sobre la almohada, con un pequeño Yorkshire o quizás un blanco e inmaculado caniche Toy a su lado.

Sí, respondió entusiasmada. Miles es su nombre.

En su voz, Manuel detectó tanto emoción como orgullo. Frunció el ceño al ver que ella estaba adjuntando una fotografía. Rogó porque fuera una de ella con su perro, pero no tuvo suerte. La imagen que ingresó en su teléfono mostraba a un bello Boyero de Berna de gran tamaño. Nada de Yorkshire ni de caniche. Un señor perro era lo que Ana tenía por mascota.

A punto estuvo de hacer un comentario relativo a la buena pareja que debían conformar dada la belleza de ambos, pero se detuvo a tiempo. Por más que lo pensara o lo sintiera, él no se sentía cómodo con ese tipo de cursilerías. La conversación lo había apaciguado y había logrado ahuyentar los demonios del día. Empezaba a sentir que el cuerpo se relajaba y encontraba posición. El cansancio se hacía más notorio e implacable y despiadadamente consumía la poca energía que le quedaba.

Es precioso, reconoció Manuel. ¿Hace mucho que lo tenés?

Unos cuatro años, fue la respuesta de Ana. Es una muy buena compañía.

Casi podría decirse que me reemplazaste por un perro, replicó con acritud.

Te voy a dejar con la duda, repuso ella risueña al cabo de unos segundos. Pero luego se puso seria. Tenés voz de cansado, Manu. Deben ser cerca de las dos en Buenos Aires. Anda a dormir.

Creo que va a ser lo mejor, reconoció. Le costaba mantener los ojos abiertos. Hasta mañana entonces.

Ana tomó la copa de vino blanco y bebió un poco. Hasta mañana, había escrito Manuel. No estaba segura de cómo responder a eso. Si ponía un beso, temía estar dando un paso gigante hacia él; si ponía chau, creía estar siendo descortés. Cómo responder sin mostrarse más interesada de lo que correspondía.

Del otro lado de la mesada, Kate la observaba divertida. Su amiga había compartido con ella toda la conversación. Cansada de verla dudar, le arrebató el teléfono de sus manos.

—Kate —protestó Ana en cuanto el celular pasó de sus manos a las de su amiga—. ¿Qué vas a hacer?

—Por Dios, Anita —repuso la vecina con ligereza—. Un simple “Hasta mañana” no te va a matar —dijo mientras escribía el mensaje. Miró a su amiga dedicándole una sonrisa cómplice y le extendió el celular—. Ahora quiero que me cuentes de qué se trató toda esa conversación y qué estás sintiendo vos con todo esto.

CAPÍTULO 13

Arrancó el día con un sabor agridulce en la boca. La plática con Ana lo había inyectado de una inusitada esperanza; esperanza que había creído perdida y que, aunque no se sentía merecedor de semejante oportunidad, aprovecharía. Opacaba su entusiasmo el modo en que había terminado la conversación con Raúl. No entendía la tozuda postura de su amigo, le costaba aceptar que con su empeñamiento le daba la espalda a la corporación, se la estaba dando a él, y eso era lo que más le dolía.

Terminó de arreglarse y abandonó su sector privado de la residencia. Esa mañana lucía un exquisito y costoso traje de tres piezas de alpaca gris topo, con una camisa blanca inmaculada y una corbata en matices azules. La elegancia era un sello distintivo en él.

En un par de horas debía presidir un almuerzo con importantes comensales, de modo que, luego de desayunar en su despacho como todas las mañanas y de resolver un par de asuntos con Florencia, partió con su chofer hacia el barrio de Retiro donde se encontraba el prestigioso Hotel Emperador Mondini.

Últimamente pasaba poco por allí. Eso no estaba del todo bien, tenía que estar más presente y lo sabía. No había querido darle la derecha a Marshall Wheeler, pero el viejo había estado en lo cierto; amaba sus hoteles. Amaba el glamoroso entorno, ese ir y venir de turistas; el movimiento de los empleados y la gran familia que estos conformaban. Sin importar la ciudad que fuera, algo vibraba dentro suyo cuando ponía un pie en uno de sus Mondini.

Ingresó por la puerta principal. El personal al verlo lo fue saludando con una sonrisa cordial que él retribuyó con una leve inclinación de cabeza. Cruzó el lobby con paso firme sin que sus ojos perdieran detalle de cuanto allí sucedía. Un elevador privado lo llevó al último piso, donde estaba ubicada su oficina.

—Ingeniero, tanto tiempo —lo saludó Andrea, su secretaria, al verlo salir del ascensor—. Ya me tenía abandonada.

—Buen día, Andrea —dijo retribuyéndole el saludo—. Prometo venir más seguido por aquí.

Andrea le caía bien. Era simpática pero no empalagosa; apenas unos años mayor que él. Hacía más de dos décadas que trabajaba en el hotel, conocía a todo el mundo y, gracias a que todos la apreciaban, era una buena fuente de información.

Ya en el despacho, Manuel se ubicó tras su escritorio donde Andrea había desplegado información sobre el almuerzo que tendría en pocos minutos. Repasó la información. Serían de la partida Leopoldo Almirante, el director general de la Cadena Mondini, el presidente de la Cámara Argentina de Hotelería, un representante del Ministerio de Turismo de la Ciudad de Buenos Aires y uno de la Nación. También estarían presentes los directores ejecutivos de cuatro de los hoteles más importantes de la ciudad. El motivo del almuerzo era aunar políticas de servicio de cara a los Juegos Olímpicos de la Juventud que se realizarían en la ciudad.

—Una cosa más, ingeniero —dijo Andrea, interrumpiendo la lectura de su jefe. Hizo una pausa y bajó la vista a la hoja que tenía en sus manos—. Florencia acaba de enviar esto. Dice que es urgente. Se lo hizo llegar Brenda hace unos minutos.

—Gracias, Andrea —dijo.

Una vez a solas bajó la vista a la impresión que Andrea acabada de entregarle. Lo primero que notó fue que se trataba de la publicación de un blog. Frunció el ceño al detectar que la imagen de fondo era nada más y nada menos que la residencia de la calle Superí. Frunció el ceño algo preocupado al leer el contenido. Bajo el encabezado “Biografía no autorizada de una familia pudiente. Traición, Crimen y Castigo” se presentaba la sinopsis. “No siempre conocemos la verdad tras el nombre de una familia resonante. No siempre el brillo de un apellido ilustre logra opacar las miserias de un pasado oscuro. No siempre una fortuna proviene de una semilla pura”. Una suerte de epígrafe completaba la información: “Para comprender la verdad sobre la familia Rauch -decía- comenzaremos por el principio donde una traición fundó las bases que condujeron a

un crimen por el que se clama un castigo. Si lo atrapan las historias de intrigas, no puede perderse ésta, que además es real”. «Cristo», leyó el nombre del firmante recordando que ese era el nombre de la persona que había contactado a Brenda.

Andrea asomó su rostro interrumpiendo sus pensamientos.

—Están todos en el salón aguardándolo —dijo casi en un susurro.

— Ya voy —respondió sin dejar de preguntarse quién podría ser el tal Cristo.

Dejó su despacho todavía tratando de comprender cuáles eran las intenciones reales del tal Cristo. Se detuvo brevemente ante el escritorio de Andrea cuando su celular vibró en su mano. Era Brenda que le enviaba el enlace para que echara un vistazo. Ella se ocuparía de informarle si el blog mostraba algún movimiento.

Esta vez sí respondió el mensaje: *Es una pelotudez. No pienso darle trascendencia cuando no tiene nada que ver conmigo. Pero no me agrada que esté usando la imagen de la mansión, ni mi apellido. Me voy a un almuerzo. Hablamos en un rato.*

Antes de ingresar al elevador que lo llevaría al piso donde se llevaba a cabo el almuerzo, le indicó a Andrea que hablara con su asesor legal.

—Acabo de enviarte un *link*, reenvíaselo —ordenó dando el tema por cerrado—. Coméntale de mi parte que no quiero ni la fachada de mi residencia, ni nada asociado a mi familia dando vueltas en esos blogs de mierda. Decile que se ocupe.

Durante el resto de la tarde ni recordó el episodio. Las horas trascurrieron entre reuniones y comunicaciones con varios de los establecimientos desparramados por el mundo. Cerca de las ocho de la noche, dejó su despacho. Andrea también estaba preparando su partida.

—Marcelo lo está aguardando, ingeniero —anunció Andrea haciendo referencia al chofer de Manuel—. Florencia le envía todo lo que necesita para mañana con él y un informe que llegó esta tarde de Ámsterdam —agregó. Bajó levemente la vista a su anotador—. Llamó su abogado. Se está ocupando del asunto del blog. Lo mantendrá informado.

—Gracias, Andrea —dijo Manuel a llegar al ascensor—. Nos vemos pasado mañana.

—Perfecto. Buen viaje, ingeniero —dijo a modo de despedida. Manuel ingresaba al ascensor y antes que las puertas del elevador se cerraran, agregó—: Recuerde la cena a las 9.

Una vez dentro del auto, Marcelo le entregó dos sobres que Florencia le enviaba. Uno tenía que ver con la reunión que mantendría al día siguiente en Montevideo, con referentes del turismo local. El otro con su nuevo proyecto. Le dio prioridad al informe sobre dos propiedades en Ámsterdam que hacía semanas que esperaba. Muy por arriba estudió las propuestas. A simple vista comprobó que se ajustaban a su requerimiento, tanto en características como en presupuesto; más tarde las analizaría con mayor detenimiento. Debía definir cuál compraría a la brevedad.

El pensar en el establecimiento de Ámsterdam lo llevó directamente a recordar la conversación con Raúl. Más allá de lo que le había dicho, deseaba genuinamente llevar adelante el proyecto con él. Tal vez, permitiéndole abrir una locación en Santiago o en algún punto de la región lo ayudaría a suavizar los ánimos. Ese asunto lo tenía mal humorado.

El ritmo del vehículo, sumado al reparador silencio lo fueron aflojando. Se dejó caer contra el respaldo y contempló la avenida. Era una agradable noche de finales de octubre. La ciudad se mostraba luminosa, viva. Le gustaban los matices y atractivos dispares de Buenos Aires.

La falta de sueño lo estaba afectando. Esa misma tarde le había demandado un gran esfuerzo mantener la concentración durante las reuniones. Se dejó llevar y permitió que su mente vagara entre distintos hechos, hasta caer en la cuenta de que la noche anterior se había desvelado por conversar con Ana.

Se había sentido bien escuchando su voz. Lo había reconfortado sentirla cerca. Lo apaciguaba, llevándolo a un plano de absoluta serenidad. De la nada sintió que extrañaba conversar en la intimidad y discutir con ella sus problemas; extrañaba sus consejos y sentir su olor en las sábanas; extrañaba el calor de su cuerpo junto al suyo. Añoraba verla al despertar. «Si tan solo a Ana le sucediera un diez

por ciento de lo mismo» pensó con anhelo. Pero, era consciente de que, de momento, debía conformarse con conversaciones como la de la noche anterior.

Manuel reconocía que poco quedaba del hombre que fue cuando se conocieron; tampoco quedaba mucho del que fue cuando diez años más tarde, tras seis de matrimonio, Ana lo dejó. A fuerza de golpes, duras decisiones, victorias efímeras y tristes fracasos fue volviéndose más hermético, distante y seco. Si, seco, así se sentía en realidad. Pero Ana también había cambiado, había madurado y esa madurez la hacía más apetecible; más admirable.

Queriendo rememorar la conversación, abrió la aplicación de WhatsApp y buscó el contacto de Ana. Repasó el ida y vuelta de mensajes con una sonrisa contenida en los labios. Sus ojos se detuvieron en la imagen del bello Boyero y apartó la mirada hacia la avenida, sorprendido por el recuerdo que acababa de asaltarlo.

Corría el mes de febrero del año 1997, cuando ambos estaban instalados en Boston, estudiando. Por semanas habían soñado con escaparse a Nueva York para celebrar los dos meses que llevaban juntos. Tras una ronda de exámenes que los había mantenido por semanas encerrados, encontraron el momento justo para escapar unos días a Manhattan. No habían hablado con nadie sobre el viaje, querían estar solos, disfrutarse y seguir descubriéndose.

Nueva York en febrero era fría, destemplada, gris, pero no importaba si no pensaban salir mucho de la habitación del hotel. A su manera disfrutaron de esa ciudad maravillosa. Una mañana dieron un paseo por el Central Park. Abrazados caminaron por las distintas sendas, comentando cuanto veían y riendo ante las ocurrencias del caso. A lo lejos, Ana divisó a una pareja que caminaba tomada de la mano, a su lado un hermoso perro castaño los acompañaba. *Me encantaría tener un perro, son una excelente compañía*, había dicho ella con gesto soñador y lo miró esperando algún comentario. Manuel se dejó cautivar por esos ojos grandes, oscuros y expresivos y no pudiendo evitarlo le besó la punta de la nariz. *Yo quiero ser tu única compañía*, replicó él con contundencia entregándole un poco de su amor en cada palabra; ella se había reído ante el comentario con la felicidad iluminándole el rostro.

—Llegamos, ingeniero —dijo el chofer al estacionar.

Por el espejo retrovisor lo venía observando y había comprobado lo lejos que sus pensamientos lo habían llevado.

Manuel asintió y descendió del vehículo sintiendo el peso de ese recuerdo; porque una cosa era clara, él no había sido buena compañía y ella ya tenía su perro.

Lo vio ingresar a la residencia desde la puerta de salida de empleados. Una pena no haberlo cruzado, le hubiera gustado ver la cara que llevaba. Estaba intrigada por sus reacciones. Por su andar parecía cansado, quizás algo agobiado; se rumoreaba que últimamente había perdido vitalidad. Ella no lo había notado.

Caminó por la calle Superí hacia Avenida de los Incas, alejándose de la residencia. La perseguía una sensación ambigua; expectativa al saber que Rauch ya estaba al tanto de la existencia del blog y zozobra por no poder anticipar donde todo aquello podría terminar.

Todavía no comprendía cómo Brenda había conseguido la información. Casi le da un ataque de pánico al escucharla hablar sobre el blog. Nunca se le ocurrió que las alertas de las que siempre pregonaba pudieran detectarlo; en realidad nunca creyó que existieran. Se sintió frustrada, una estúpida por no haber considerado que la sola mención del apellido podría atraer su atención.

«Bueno, pensó, ya estaba hecho», concluyó. Después de todo la idea de subir todo al blog, había sido justamente con la intención de tentar al destino. Eso era justamente lo que había sucedido; la historia había comenzado a rodar. Se preguntó qué rol podía jugar Brenda en todo eso...no lo comprendía después de todo la mujer hacía hasta lo imposible por complacer a Rauch. No podía perder el control de la situación de modo que debía tener un ojo sobre Brenda para que ella no lo arruinase. Por lo pronto, tenía que apurarse a programar las siguientes entradas para luego dar un paso al costado y dejar que la información se difundiera anónimamente. No quería ser descubierta.

CAPÍTULO 14

Tal como era su costumbre, Manuel se presentó puntual y sin anunciarse en el segundo piso de la residencia. Gimena tenía razón al reclamarle, viviendo prácticamente bajo el mismo techo hacía casi tres semanas que no se veían.

—Hola —saludó con una sonrisa al salir a la terraza donde, al reparo de la galería, se había dispuesto la elegante mesa vestida de blanco e iluminada por velas—. ¿Celebramos algo?

—Hola, sí que mi hermano nos digne con su presencia —respondió Gimena con una sonrisa. Lo adoraba y no se molestaba en ocultarlo—. Por fin te dejas ver —reclamó con seriedad al abrazarlo—. Te extraño, hermano.

—Demasiadas cosas, —se excusó—. Vos también podrías pasar, ¿no te parece?

—Cada vez que voy, Florencia me dice que estás ocupado y que no puede interrumpirte.

Manuel asintió. No podía culpar a su secretaria cuando él mismo había dado esa indicación. Buscando evitar más reclamos se dirigió al bar donde se sirvió un whisky.

— ¡Qué raro verte sola! —exclamó—. ¿Dónde está?

—Si preguntas por Mirko, debe estar por llegar —respondió—. Tenía que terminar unas fotos.

—Últimamente escucho seguido eso de que está trabajando —deslizó Manuel al acercarse con un vaso en su mano—. Resultó ser un hombre muy ocupado por lo que puedo ver.

—Si serás malo, Manuel. Tiene mucho trabajo porque es un excelente fotógrafo —le aseguró Gimena—. No lo fastidies.

A la distancia, escucharon los pasos del susodicho que se acercaba. Gimena se excusó y fue a su encuentro. Manuel los contempló con fastidio, le hubiera gustado poder disfrutar un poco

más de su hermana a solas. Desvió la vista cuando ella lo besó y se refugió en su celular dándoles un poco de privacidad. La situación lo llevó a pensar en Ana y, llevado por un impulso que no cuestionó, le escribió: *¿Cómo estás hoy?*

Ana estaba llegando tarde a la reunión que Patrick Carson había convocado. Muy por arriba le había informado que habían obtenido el contrato para la construcción del Centro Comercial en Argentina y que las conversaciones con las autoridades del gobierno de la provincia de Mendoza ya habían comenzado. Carson necesitaba que su equipo de trabajo pasara a la siguiente fase operativa.

Ana ingresó a su despacho sintiéndose incómoda de ante mano. Los tiempos se aceleraban considerablemente. Esa misma tarde su secretaria finalmente había concretado una reunión con directivos de Cementera Rauch; el encuentro sería en tan solo tres semanas. Estaba segura de que en cuando lo comunicara, volverían a hablar de Manuel y ella se sentiría en la obligación de comunicar la relación que la unía a él; o, mejor dicho, la que la había unido. Podía apostar que, en cuanto Patrick lo supiera, la incluiría en la comitiva que viajaría a Buenos Aires para negociar con Manuel. Eso la tenía inquieta, muy inquieta. No le agradaba, prefería mantenerse al margen. Ya sin ser parte de la comitiva que viajaría a Buenos Aires tenía demasiado para organizar; no necesitaba agregar la inquietud que Manuel le generaba, pero en el fondo de su ser sabía que moría por verlo.

Luchando contra su propia contradicción comenzó a reunir el material que debía llevar a la reunión con Carson. De reojo miró su celular ante el zumbido por la entrada de un mensaje. Inconscientemente se mordió el labio inferior con nerviosismo y algo de emoción al ver que era Manuel quien le escribía. *Todo muy bien*, se apuró a responder conmovida por su voluntad de mantener el contacto. *¿Terminaste tu día?*

A casi diez mil kilómetros de distancia, Manuel sonreía, le gustaba que preguntara. *Más o menos. A punto de cenar con Gimena y su pareja. Tranquilo hoy.*

¡Qué lindo! Gimena parece muy feliz.

Lo está, respondió Manuel. ¿Vos? ¿En qué andas?

Entrando a una reunión que tiene mucho que ver con que mi secretaria acordó con la tuya un encuentro para fin de mes. ¿Estás al tanto?

¿Ahora usamos secretarias para vernos? fue la respuesta de Manuel. No, no lo sabía. En serio ¿vas a venir a Buenos Aires?, se apuró a preguntar.

Manuel se acomodó en la silla ante este giro del destino. Ni en mil años lo hubiese imaginado. De pronto tenerla nuevamente cerca fue lo único que le importó, el resto lo tenía sin cuidado.

La reunión es entre el director Comercial de Armendaris y alguien de tu cementera, escribió Ana. Todavía no me confirmaron si soy de la partida, fue la sincera respuesta. Pero la reunión entre ambas partes ya está pautada.

Deciles de mi parte que una de las condiciones para cerrar el acuerdo es que vengas a Buenos Aires. Lo digo en serio.

Me están llamando, Manu, se apuró a escribir. Después hablamos. Mandale saludos a Gime y decile que le agradezco las fotos.

Manuel permaneció varios segundos con gesto ausente. Era asombroso como, de la nada, ella volvía a aparecer en su camino. Haberla encontrado en Las Vegas tan azarosamente le había parecido un sueño. Pero, la posibilidad de que se presentase en sus dominios después de cinco años, le resultaba esperanzador.

—Manuel —lo llamó Gimena—. ¿Estás bien?

—Sí, perdón —dijo poniéndose de pie para estrechar la mano de Mirko—. Ana les manda saludos —agregó como quien deja caer un comentario al pasar.

—¿Ana nos manda saludos? —preguntó Gimena completamente sorprendida. Entusiasmada cruzó miradas con Mirko—. ¿Desde cuándo volviste a hablar con Ana? Quiero saberlo todo.

Manuel revoleó los ojos con cansancio anticipando la insistencia de su hermana. Miró con fastidio a Mirko que escondía la sonrisa tras la copa de vino que Gimena acababa de entregarle. Volvió a su hermana que insistía, entusiasmada con lo que acababa de descubrir.

—Gimena, no hay nada que contar —mintió, cubriendo sus facciones con su mejor cara de nada—. Su jefe quiere reunirse conmigo para hacer negocios.

—¿Qué jefe? —preguntó Gimena desilusionada—. ¿Negocios, Manuel?

—Sí, negocios. —Manuel hizo una pausa y los contempló por separado—. A propósito, Ana dice que te agradece las fotos —comentó Manuel. De reojo miró a Mirko y a juzgar por el gesto de su rostro estaba al tanto del tema. Volvió su atención a Gimena—. ¿Puedo preguntar de qué fotos hablaba?

Mirko suspiró anticipando lo que vendría. Le había sugerido a Gimena que no se entrometiera, pero ella no escuchaba cuando algo se le metía en la cabeza.

—Nada, es que Mirko tenía una foto divina de ustedes dos —respondió Gimena con simpleza. Bebió un poco de vino y miró al fotógrafo de reojo—. Quería que Ana las tuviera. Le mandé un correo. Eso es todo.

—Por Dios, —exclamó de pronto ofuscado—. Última vez que haces algo así, ¿me oíste? —demandó con enojo—. No te metas en mi vida.

—Te dije que no era buena idea, —deslizó Mirko con suavidad como para que solo ella lo escuchara.

—No seas traidor, Mirko —lo amonestó Gimena. Luego miró a su hermano y le dispensó una mueca de arrepentimiento.

«Vaya, ahora resulta que es un aliado», pensó Manuel que antes de agradecerle se mordería la lengua.

—Está bien, está bien —accedió Gimena con suavidad—. Es que la quiero a Ana... y a mí me parece que...

—Gimena —exclamó exasperado.

—Está bien, entendí. No me meto.

Durante el resto de la cena solo hablaron de asuntos triviales. Gimena intentó hablar de Raúl y de lo tirante que los había sentido, pero Manuel volvió a dejarle en claro que había asuntos que no pensaba discutir con ella. Si insistía se marchaba. Resignada Gimena guió la conversación hacia los planes que tenían con Mirko,

de comprar una casa a las afueras de la ciudad; les había gustado mucho una en una isla del Delta. Estaban analizando la idea.

Manuel se despidió de ellos en cuanto terminaron el postre. No tenía deseos de seguir estirando la charla. Se excusó mencionando que a primera hora volaba a Montevideo; quería descansar. No era del todo cierto el pretexto, aunque si estaba cansado y debía viajar al día siguiente, lo que más lo apremiaba era tratar de hablar con Ana.

Faltaban quince minutos para la medianoche en Buenos Aires cuando llegó a su habitación. Rogando porque ella estuviera aguardando su mensaje, se apuró a escribirle. Ansioso esperó la respuesta mientras se desvestía.

Estaba tardando más de lo acostumbrado en responder. Calculó que debían ser cerca de las 8 de la noche en Los Ángeles. Se dejó caer en la cama, expectante y cuando la respuesta finalmente ingresó a su celular, una emoción extraña e irreal se arremolinó en su estómago.

Estoy paseando con Miles, le decía ella con un audio. *Nos gusta caminar bajo las estrellas.*

Recuerdo muy bien lo mucho que te gusta caminar por la playa de noche, fue la rápida respuesta de Manuel. *¿Estás en Santa Mónica?*

En esta ocasión, Ana se tomó unos segundos para responder y Manuel advirtió que, con su comentario, había evidenciado que había estado averiguando. Se apuró a encaminar la conversación.

¿Me decías que Florencia coordinó una reunión para fin de mes?, dijo cambiando abruptamente de tema. *No tenía idea, generalmente me voy enterando más cerca de la fecha.*

Eso fue lo que imaginé, fue la respuesta de Ana. *En la reunión de esta tarde me comunicaron que debía viajar acompañando a uno de nuestros directores para la negociación. Así que nos veremos a fin de mes.*

Antes de responder le envió una carita feliz. *Va a ser un verdadero placer recibirte en mis nuevas oficinas*, gravó Manuel inmediatamente y se arrepintió de su sinceridad. *No recuerdo si te*

comenté que monté mis oficinas en la mansión. Quedó muy bien. Te va a gustar cuando lo veas.

Sí, me lo habías comentado, respondió por escrito. Tenemos varios puntos que coordinar antes de la reunión, fue el siguiente audio de Ana, que prefirió pasar por alto el último comentario de Manuel. Pensar en volver a entrar a la mansión le provocaba un hormigueo especial. ¿Quién estará por parte de ustedes?

Supongo que Matías Cordero, que es nuestro director comercial, respondió sin demasiado interés. Vas a tener que coordinar los pormenores con mi secretaria o con la de Matías, no me ocupo de esos temas. Además, no voy a estar mucho en Buenos Aires durante este mes. Tengo varios viajes por delante.

¿Por dónde vas a andar?

Por lo pronto mañana vuelo a Montevideo. En tres días voy a La Angostura a reunirme con gente del gobierno provincial por temas del nuevo Mondini y en cinco tengo un almuerzo en Córdoba por temas de la Cementera. Eso es solo el comienzo. Luego siguen Estambul y Ámsterdam, respondió.

No deberías viajar tan seguido, Manuel, le aconsejó ella.

Ya sabés cómo es esto “el ojo del amo engorda el ganado”. No lo puedo evitar, respondió evasivo. No deseaba ni siquiera rozar el tema de su adicción al trabajo. Ese había sido uno de los motivos por los cuales lo había dejado. Cenemos cuando estés en Buenos Aires.

Claro, luego arreglo con tu secretaria, agregó sarcástica.

Muy graciosa, replicó. Tengo muchas ganas de verte, Ana, disparó él sin previo aviso.

Pues nos vemos en tres semanas, Manu, dijo luego de un prolongado silencio. Qué descanses.

Regresó a la casa pensando en Manuel. En esa última conversación lo había notado distinto. Igual de serio, igual de distante, pero al mismo tiempo pendiente, atento, cauteloso. No quería ni pensar en lo que estaba sucediéndole; se sentía una estúpida por soñarlo, por desear que se repitiera lo sucedido en Las Vegas.

CAPÍTULO 15

En menos de dos horas, Manuel debía volar a Córdoba donde almorzaría con el Gobernador y dos representantes de una Constructora local. Como sucedía desde hacía un tiempo, ella no sería de la partida, algo que le pesaba y le costaba digerir. Nada de todo cuanto intentaba lograba atraer a Manuel y eso la enfurecía, llenándola de un odio helado que la hacía capaz de cualquier cosa.

El rumor que corría por los pasillos era que se avecinaban cambios en el Holding Rauch—Mondini. Florencia le había comentado que Manuel estaba pensando pasar más tiempo en el hotel que en la residencia. Según la secretaria, con el tiempo el ingeniero terminaría delegando la administración de la cementera en alguien de su confianza.

No le cayó nada bien no estar al tanto de los cambios. Tan solo un par de semanas atrás hubiese sido la primera en enterarse de boca del propio Manuel. Estaba perdiendo terreno y eso era algo que la tenía alterada.

Esa mañana llegó temprano a su escritorio y al encender la computadora se encontró con una alerta titilando en la bandeja de entrada de su buzón. Lo abrió intrigada y comprobó que se trataba de una nueva publicación en el blog de Cristo. Todavía con la cartera colgada del hombro, cliqueó para chequear la información.

Tal como había anticipado, Cristo presentaba el primer capítulo de la historia. El capítulo contaba, en unas dos mil palabras aproximadamente, los comienzos de Enrique Rauch. Los primeros párrafos estaban enfocados en presentar al personaje, sus características generales -nada halagüeñas, por cierto- y cómo había logrado embaucar a Cristóbal Landívar para ingresar a la Constructora de su propiedad, que a mediados del siglo XX dominaba el mercado local.

Cristo presentaba a Rauch como un hombre frío, ambicioso y sin escrúpulos. Un hombre despiadado que se había aprovechado de Antonia Landívar, la ingenua hija del dueño, para alcanzar sus objetivos. La pobre se enamoró de Rauch en cuanto lo vio, y este vio en ella la mejor forma de hacerse de una gran fortuna.

La publicación estaba bien redactada y dejaba muy mal parado al abuelo de Manuel. Había mucha animosidad, eso era claro y podía anticipar que cada vez sería más jugoso. Brenda sonrió, había dado en la tecla al haber dicho que Cristo la había contactado. Esa pequeña mentira había hecho reaccionar a Manuel y le dio margen de movimiento.

Analizó la información varias veces, considerando que un poco de pimienta podía jugar a su favor. «Solo un empujoncito» pensó Brenda, proyectando las posibles reacciones de Manuel.

Desde un usuario ficticio escribió un comentario e invitó a varias personas a unirse. Luego, cuando éste fue publicado; le envió un correo a Manuel para ponerlo al tanto de los acontecimientos, remarcando un par de sugerencias en el cuerpo del mensaje.

Manuel tamboreó sus dedos contra el escritorio mientras leía el informe que Brenda le había hecho llegar. Era el segundo informe que recibía en el lapso de una semana. Y comprobar que el tal Cristo empezaba a mostrar las cartas, lo tensó.

La entrada se presentaba como el primer capítulo que, tal como había sido anunciado, apareció a siete días de la publicación inicial. Manuel lo leyó detenidamente. La narrativa era bastante mal intencionada. Comenzaba en el año 1959 con los primeros pasos de Enrique Rauch. Claramente presentaba a su abuelo como un trepador y un insensible. El artículo terminaba con una burda descripción del comienzo de la relación de sus abuelos, de cómo Antonia se esforzaba por consentir a Enrique y de cómo este se desvivía por complacer a su suegro. Ese era el tema del segundo capítulo. Más allá de eso no era muy relevante la información que allí se presentaba, aunque Manuel podía aventurar que no sería agradable lo que vendría.

—Ingeniero —lo llamó Florencia desde la entrada del despacho. Alzó la vista y miró a su secretaria con aire ausente—. Marcelo lo aguarda en la cochera. Su vuelo a Córdoba sale en cuarenta minutos.

Manuel asintió y volvió su atención a la página del blog. Esa nueva entrada triplicaba en audiencia a la anterior. En uno de los comentarios alguien había mencionado que seguramente debía tratarse de su familia; no había muchos Rauch en Buenos Aires. Eso lo indignó y aunque no era ducho en redes sociales, estaba seguro de que las visitas podían incrementarse.

Apagó todo, y guardó las hojas que Brenda le había enviado.

—Llama a Burgos y preguntale cómo sigue lo que le encargué —ordenó mientras se ponía su saco.

—¿Burgos, su abogado?

—El mismo—respondió tajante—. Necesito hablar urgente con Aldo Fragoso .

—Pero...

—Pero nada. Andrea tiene el teléfono en caso de que no lo tengas —agregó mientras caminaba hacia la salida—. Si no me podés comunicar con él antes que despegue esperá a que aterrice —ordenó—. Pero necesito hablar con él sí o sí.

—Entendido.

Manuel encaró el corredor que conducía a la salida, con paso rápido. Mientras se acercaba al ascensor, fue dándole a Florencia varias indicaciones que tenían que ver tanto con la Cementera como con los Hoteles; ella se encargaría de derivar a Andrea lo que le correspondía.

—Gimena quiere saber si a su regreso de Córdoba y antes de partir a Estambul puede cenar con ella —dijo antes de que las puertas del ascensor se cerraran.

—Decile que sí, que ponga fecha y te la comunique —respondió.

—¿Qué le digo a Brenda?

—¿Te la nombré? —preguntó con acidez. Con una mano contuvo las puertas que amenazaron con cerrarse—. Aldo Fragoso, Florencia.

—Por supuesto.

El vuelo privado en el que viajaba aterrizó en el Aeropuerto de Pajas Blancas, apenas pasado el mediodía. Lo aguardaba un vehículo oficial enviado por la gobernación para trasladarlo a la Casa de Gobierno donde mantendría un almuerzo privado con el Gobernador de la Provincia y varios empresarios locales.

Manuel aprovechó el traslado para cotejar su celular. Tenía dos llamadas de Florencia y en un mensaje de texto, su secretaria, le informaba que Burgos tenía novedades y esperaba poder compartirlas con él en una reunión. Párrafo aparte, agregaba que Fragoso estaba en Buenos Aires y aguardaba su llamado.

Aldo Fragoso era un ex compañero del colegio secundario de Manuel. Hombre de baja estatura y contextura menuda, durante los primeros años fue foco de burlas y chanzas, hasta que descubrió que conocer los puntos débiles de los demás podía ser muy beneficioso; y fue justamente esa revelación la que cambió su vida. Aldo siempre se mantenía bien informado y se movía con cautela; cuando alguien necesitaba saber algo de alguien, era a él a quien se recurría. Su reputación creció rápidamente y aquellos que antes lo hostigaban comenzaron a acercarse en busca de sus favores.

Luego de convertirse en analista informático, Aldo abrió una agencia que ofrecía servicios de investigaciones de distintas características. Su clientela era variada. Requerían sus servicios desde una empresa que buscaba analizar a sus futuros empleados, pasando por una esposa despechada ansiosa por pescar a su esposo con las manos en la masa, hasta asuntos de inteligencia empresarial. El hombre era discreto y efectivo.

Hasta ese momento, Manuel nunca se había sentido en la obligación de contratar sus servicios. En algún punto detestaba pensar que un investigador como Aldo metiese las narices en sus asuntos, pero la situación con la que lidiaba, lo requería; solo una persona como él podría ayudarlo.

—Ya estoy en Córdoba —informó cuando Florencia atendió su teléfono—. ¿Alguna novedad además de la información que me mandaste?

—No, ingeniero. Nada nuevo. ¿Quiere que lo comunique con Fragoso?

—No, lo llamaré yo mismo. Pasame su número por mensaje —respondió—. Te llamo cuando termine el almuerzo.

—Perfecto.

El auto subió por una entrada de piedra y finalmente se detuvo frente a una puerta de doble hoja donde lo aguardaba personal de la gobernación.

—El gobernador estará con usted en unos minutos —le informó la empleada, en cuanto lo ubicó en el salón comedor—. Puedo ofrecerle algo para beber.

—Agua, por favor.

Una vez que estuvo a solas, buscó su celular y sin perder más tiempo llamó a su amigo.

—Aldo —lo saludó con sincera cordialidad. Nunca habían sido amigos, pero Manuel le tenía cierta estima—. ¿Cómo estás tanto tiempo?

—Esto sí que es una gran sorpresa —exclamó el hombre al escucharlo—. Cuando tu secretaria se comunicó conmigo pensé que era una broma. ¿Cómo estás, Manuel?

—Aquí estoy, considerando contratar tus servicios —confesó sin dar muchas vueltas.

—No digas más —lo interrumpió Aldo—. Prefiero que hablemos personalmente.

—Estoy en Córdoba en estos momentos —informó—. Estaré llegando a Buenos Aires cerca de las siete de la tarde; tal vez más tarde.

—¿Podemos cenar?

—Perfecto. Te espero en Martindale. Tengo casa allí y es más privado. Dejaré indicado que autoricen tu ingreso. ¿Conoces dónde queda?

—Si, claro. Nos vemos esta noche, Manuel.

Las negociaciones en Córdoba fueron un trámite. Los números ya habían sido acordados previamente y el cemento sería entregado a la constructora con la debida antelación al comienzo de la obra. El almuerzo había servido para que el Gobernador, Manuel y dos directivos de la constructora se tomaran fotografías que más tarde la gobernación se ocuparía de difundir. También para acordar futuras

contrataciones. Por la tarde, junto al Ministro de Infraestructura provincial y el gerente de producción de la constructora, recorrieron la zona de la obra con la misma finalidad; ver y dejarse ver.

Faltaban pocos minutos para las seis de la tarde cuando, algo cansado, Manuel se sentó en la butaca del avión privado. Antes del despegue, miró su celular. Tenía dos mensajes de Florencia, referidos a distintas situaciones; le respondió que podían esperar al día siguiente. También había un mensaje de Andrea informándole que el Director General del Hotel, Leopoldo Almirante, pedía una reunión con él, algo que ver con su reemplazante según ella había entendido. Le respondió que organizase una entrevista para la siguiente mañana.

Martindale, el club de country del que era socio, era uno de los *countries* más exclusivos de la zona norte del gran Buenos Aires. Entre sus atractivos se destacaba la añosa arboleda que rodeaba la imponente cancha de Golf de dieciocho hoyos que Manuel solía utilizar cada tanto. Hacía menos de diez años que Manuel había adquirido la propiedad, pero pocas veces pernoctaba allí; le resultaba demasiado lejos de todo, demasiado solitario, hasta para él. Además, el lugar estaba cargado de recuerdos ya que esa residencia la había elegido con Ana y había sido ella quien la decoró personalmente.

Lo cierto era que, luego del divorcio, la casa había quedado destinada para mantener reuniones privadas, secretas y selectas, lejos de los curiosos o los fotógrafos indiscretos, y la cancha de golf para hacer negocios o discutir algún punto álgido con la competencia.

Antes de despegar, Manuel le envió un mensaje al casero que se encargaba de cuidar el lugar, para que tuviese todo dispuesto para una cena para dos personas. Un buen asado estaría muy bien, había sugerido. Por supuesto también le informó el nombre de la persona que lo acompañaría.

Ingresó al predio pasadas las veinte treinta. Era una noche templada, con un cielo despejado de nubes y colmado de estrellas. El sabroso aroma a carne asada le revolucionó el estómago en

cuanto descendió del vehículo. Aldo ya se encontraba saboreando un trago en la galería trasera cuando Manuel arribó. A diferencia suya, su camarada de escuela llevaba el cabello completamente blanco, corto, muy corto, resaltando el cutis trigueño, bronceado y una notoria cicatriz que le cruzaba la ceja izquierda.

—Perdón, me retrasó un accidente —comentó Manuel, estrechando la mano de Aldo—. Eso es lo que me molesta de venir a este lugar. Cualquier contratiempo en la Panamericana te demora dos horas.

—Tendrías que comprarte un helicóptero, vos que podes —sugirió Aldo con una sonrisa traviesa en los labios.

—Ni loco. Los detesto —exclamó. Miró a la empleada que le acercó el whisky que gustaba tomar antes de la cena—. Gracias. ¿Cómo venimos con el asado?

—Está todo listo para cuando usted lo disponga —le informó la mujer.

Manuel se puso de pie y miró a Aldo que cotejaba su celular.

—Vamos pasando a la mesa, Aldo —dijo simplemente—. Estoy muerto de hambre.

Era una casa rústica pero elegante. Había sido decorada con exquisito gusto y mucho más dinero, pero siempre buscando una ambientación de corte rural. La mesa donde cenarían era de roble antiguo acompañado con sillas de tapizado sobrio que armonizaba tanto con el piso de pino lustrado como con las paredes color tiza.

—Es maravillosa esta casa, Manuel —decía Aldo paseando la vista por el ambiente—. ¡Cómo se nota que estás forrado, amigo!

Manuel pasó por alto el comentario y con un ademán le indicó que tomara asiento. La misma muchacha que le había acercado el whisky se aproximó a la mesa para ofrecerles agua y vino. Manuel la dispensó. Él se encargaría de servir, prefería estar a solas para conversar sin testigos.

Comieron intercambiando anécdotas de la secundaria y hablando sobre amistades a quienes veían de tanto en tanto. Los recuerdos les robaron alguna que otra risa que los fue relajando. Para cuando llegaron al postre, ya habían pasado revista a todo el curso. Era muy

interesante conversar con Aldo, que de todos tenía información, y a Manuel le quedó claro que sabía más de lo que compartía.

—Bueno, contame qué te anda sucediendo —dijo Aldo ante el primer pozo de silencio que se generó en la conversación—. Confieso que sos de las últimas personas que imaginaba llamándome.

Manuel suspiró. Se estiró a tomar la botella de vino y relleno las copas. Aldo agradeció y bebió un poco sin apartar la mirada del rostro de Manuel, que parecía estar resolviendo por donde comenzar.

—¿Te molesta si vamos al jardín? —pidió el detective con naturalidad mientras extraía un atado de cigarrillos.

—Podes fumar acá si lo deseas.

—Prefiero hacerlo fuera.

Manuel no lo objetó, aunque no fue del todo de su agrado. Tomó su copa, y la botella y luego siguió a Aldo que, con desenvoltura, ya había salido a la galería.

El detective encendió el cigarrillo ni bien puso un pie en el exterior y se alejó internándose en el jardín.

—No hace falta que fumes en el medio del jardín —le aseguró Manuel divertido por su comportamiento.

—Prefiero que me cuentes en un lugar donde estoy seguro de que no habrá micrófonos —sentenció con seriedad—. Si me llamaste es porque algo malo, o por lo menos raro, te está sucediendo —comentó. Le dio una larga calada a su cigarrillo y miró a Manuel con atención—. Tengo demasiada experiencia para decirte que hombres como vos suelen ser espiados y escuchados.

Manuel se puso serio y se irguió digiriendo lo que Aldo le estaba diciendo. Se alarmó y no le agradó sentirse observado. No lo había considerado.

—No digo que te estén vigilando o escuchando, Manuel, pero prefiero anticiparme —aclaró. Le dio una larga aspirada a su cigarrillo y miró a su amigo que había quedado algo pensativo—. ¿Qué sucede?

—Bueno, creo que todo se reduce a que alguien me está amenazando o, por lo pronto, me está acosando. La verdad es que

no sé ni cómo expresarlo —disparó directamente. Alzó la vista y miró al detective que ahora lo estudiaba con rostro serio—. No logro detectar si la situación viene por el lado empresarial o personal. Pero algo raro está sucediendo. Digamos que puede que sea empresarial, pero lo estoy viviendo como algo personal.

—Entiendo —dijo Aldo pensativo.

—¡Qué bueno que vos entiendas, porque lo que soy yo, me siento bastante perdido! —exclamó Manuel irritado—. Para mí es de lo más confuso.

Del bolsillo de su pantalón extrajo su celular y buscó la página del blog. Una vez que encontró lo que buscaba le extendió el aparato a Aldo.

El investigador leyó todo el artículo con detenimiento, prestando especial atención a las imágenes que acompañaban lo escrito.

—Parece que hay alguien que no quiere mucho a tu familia —aventuró al terminar de leer—. Quiero que me cuentes todo, Manuel. Desde el comienzo. Todo desde el primer contacto. Aunque te parezca una estupidez. Todo.

Mientras Manuel le hablaba de los mensajes recibidos, Aldo repasaba las publicaciones del blog procurando leer entre líneas. Detectó animosidad, rencor y también algo de culpa entre sus palabras. Pero había algo más que se le escapaba, una suerte de fisura en las publicaciones que lo confundía. El narrador hablaba como si estuviera empapado de la vida de Enrique Rauch, como si conociera cada paso dado. El nombre Cristo, no le decía nada, y a la vez, había algo femenino en el planteo.

—Deduzco que no conoces a nadie con ese nombre —aventuró mirando a Manuel con seriedad—. A Cristo, me refiero.

—El único Cristo que conozco es el de la cruz —respondió con aspereza—. Dudo que sea ese el que me está rompiendo las pelotas.

Aldo asintió y siguió analizando el contenido de la página.

—Seguramente entre los comentarios que hay esté nuestro instigador —comentó Aldo, como si pensara en voz alta. Frunció el ceño y miró a Manuel que lo contemplaba algo perdido—. Generalmente la misma persona que hace este tipo de

publicaciones genera un usuario falso para fomentar los comentarios o darle difusión a la publicación.

Manuel asintió, aunque no estaba muy seguro de comprender la línea de pensamiento de Aldo.

—Bueno. Dame unos días y vemos qué puedo sacar en claro —dijo con autoridad—. Tal vez solo se trate de alguien que intenta llamar tu atención; algún corazón masculino que has roto por ahí.

—No estoy para bromas, Aldo —protestó Manuel.

—Aunque pensándolo bien, Cristo bien puede ser una mujer —agregó el detective pensativo—. En realidad, podría ser cualquiera. El punto es descubrir qué busca con todo esto.

—Lo más probable es que quiera plata. Pero no entiendo por qué no me contacta directamente...

Sacudió su cabeza procurando entender.

—Ya veremos qué pretende —le aseguró Aldo palmeándole el hombro—. De momento no hay nada. Por lo que pude ver, todas las publicaciones son subidas el mismo día de la semana y por un espacio de siete días.

—Es verdad —reconoció Manuel—. Los jueves.

—Es un punto de partida. Te mantendré informado.

—Bien; tené en cuenta que la semana que viene estoy viajando y volveré a Buenos Aires en una semana.

—Perfecto. Mañana mismo te hago llegar un celular —agregó con gesto pensativo—. Quiero que te comuniques conmigo sólo por ese móvil.

—¿Para tanto?

—No lo sé, pero prefiero cubrirme —respondió—. Calculo que para tu regreso tendré algún panorama.

—Eso espero.

CAPÍTULO 16

La reunión con Aldo lo había inquietado. El hombre le había dado un cariz tan serio y preocupante al asunto que lo terminó alarmando. Jamás se le había ocurrido que alguien podía estar vigilándolo; jamás imaginó que alguien podía estar interesado en sus conversaciones. Desde la noche del encuentro le había costado concentrarse en otro asunto, de pronto se sentía observado, acosado hasta en su propio despacho. Afortunadamente toda esa semana se encontraría instalado en el Hotel. Allí, nadie parecía observarlo y eso le daba cierto alivio.

—Ingeniero —lo llamó Andrea asomándose. Él le indicó que pasara con una leve inclinación de cabeza—. Acaba de llegar esto.

Con gesto ceñudo, tomó el sobre blanco que su secretaria le entregaba. Lo miró con desconfianza. No tenía ninguna marca salvo su nombre escrito en imprenta. Lo abrió con cautela, Extrajo una hoja doblada al medio. Al extenderla se encontró con un mensaje escrito con la misma letra que el sobre. *No me está tomando en serio. Usted no tiene idea de lo que vendrá. Pronto lo hará y su mundo se desmoronará.* Firmaba Cristo.

«Maldición» pensó ofuscado ¿cómo era posible? Alzó la vista y miró a Andrea que se marchaba de su despacho. La llamó.

—Si Brenda está en el hotel, que venga inmediatamente —ordenó—. Si no está, comunícame. ¿Tengo algo más en agenda, Andrea?

—Nada más.

—Bien. —dijo secamente—. Espero por Brenda

Releyó una vez más el mensaje. Todavía no había recibido el celular de parte de Aldo, en cuanto lo hiciera le enviaría una foto. Dejó caer el sobre que aterrizó junto a otros documentos sobre el

gran escritorio. Se alejó y caminó hacia un rincón donde tenía un surtido bar. Se sirvió un trago. Necesitaba algo fuerte.

—Acá estoy, Manuel —dijo Brenda al ingresar al despacho—. Me dijo Andy que querías verme. Me viene bárbaro porque tengo algo que necesito discutir con vos.

Algo en el tono de voz de Brenda lo puso alerta. Pensó automáticamente en Cristo. Se volvió a mirarla y frunció el ceño al verla.

—¿Sucedió algo? —preguntó atento a la posibilidad de que Cristo la hubiese contactado nuevamente.

—Sí. Dos cosas —comentó con seriedad—. ¿Vamos de lo más suave a lo más preocupante?

—No tengo tiempo, Brenda —demandó impaciente—. ¿Qué sucede?

—Está bien. Tengo pautada una entrevista con Herrera para mañana en horario a confirmar —informó—. Herrera es el editor principal de la Revista Empresarios y más. Pensé que podríamos hacerla aquí. Ya lo chequé con Flor y con Andy, no tenés nada agendado por la tarde.

—Está bien. —indicó restándole importancia—. ¿De qué se trata lo preocupante?

—Bueno, me acaban de llamar varios colegas para comentarme que han recibido una invitación para acceder al Blog de ese tal Cristo —empezó diciendo. Estiró una hoja a Manuel a quien la inquietud había ganado su rostro—. Estos son los periodistas que sé que han leído lo que ese blog dice. Pero calculo que hay muchos más. Quieren una nota con vos para hablar del asunto, te ofrecen el espacio para hacer una suerte de descargo.

De pronto se sintió acosado y ofuscado. Regresó a su escritorio y se sentó. Resopló y, luego de tomar el mensaje que había recibido unos minutos atrás, se lo extendió a Brenda para que lo leyera.

—Vaya ¿Tenés idea de a qué se refiere? —preguntó Brenda preocupada con seriedad.

—No —confesó con rostro cerrado.

—Algo tenemos que hacer —exclamó la chica forzando una respuesta en él—. Sería conveniente ir armando una respuesta.

¿Querés que lo haga?

Manuel se puso de pie y fue en busca del trago que había quedado en una mesa de arrimo. Bebió un poco evitando responder la pregunta de Brenda. De alguna manera había recordado que Aldo le había mencionado que debía ser cauteloso y desconfiar de todo el mundo.

—Manuel, hablame —demandó la chica acercándose a él.

Posó su mano sobre su brazo tratando de llamar su atención. Pero Manuel se apartó imponiendo distancia.

—Por favor, —protestó Brenda ofuscada—. Somos un equipo, ¿no? —agregó indignada por su actitud—. Cómo voy a ayudarte si me dejas de lado. Entiendo que cometí un error, pero por favor quiero demostrarte que no volverá a suceder. ¿Qué se supone que debo hacer para que todo vuelva a ser como antes? Manuel... yo...

—Ocúpate de decirle a todos tus colegas que son todas patrañas —la interrumpió filoso—. No tengo idea de qué está queriendo decir este tal Cristo. Mi abuelo fundó la Cementera que presido, no sé nada de una Constructora anterior —indicó—. Deciles que quien escribe está usando mi imagen para ganar popularidad y atención —sentenció cortante—. Ya me estoy ocupando de solucionarlo.

Sin mirarla tomó el saco del perchero y se lo colocó.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Brenda desconcertada. Lo vio dirigirse a la puerta—. Manuel ¿a dónde vas? —preguntó tratando de retenerlo—. Tenemos que discutir una campaña sobre tu persona para contrarrestar la publicidad negativa que todo esto te puede generar.

—Armala—demandó tajante—. Tengo que irme. Manteneme informado.

—Por supuesto, —respondió sarcástica—. Coordino una reunión con Andrea.

Sin reparar en el sarcasmo de ese último comentario, se alejó de su despacho. Con paso rápido cruzó el hall de la recepción hasta el ascensor con el sobre blanco quemándole las manos. Desde el interior del elevador se despidió de Andrea que regresaba del *toilette*.

En la cochera, lo aguardaba Marcelo, su chofer, con la puerta trasera del Audi abierta.

—Vamos tranquilos —indicó—. Demos una vuelta por la ciudad hasta nuevo aviso.

—Por supuesto, señor.

El tema de Cristo cada vez lo crispaba más. El hombre mostraba tener un alto grado de conocimiento sobre el pasado de su familia, mientras que él estaba en blanco. Nunca había preguntado demasiado sobre los orígenes de la cementera; su padre jamás mencionó el asunto. A ciencia cierta no podía aseverar que lo que decía Cristo fuera verdad o mentira, pero el tipo mostraba tanta seguridad al exponerlo que lo ponía tenso.

El sonido de su celular lo trajo al tiempo presente. Atendió sin apartar la mirada del sobre con el mensaje de Cristo.

—Hola, Manu —saludó Gimena con entusiasmo.

—Hola, preciosa —le respondió Manuel. Dejó momentáneamente el artículo y se concentró en su hermana—. ¿Cómo andás?

—Todo muy bien, pero quería saber si esta noche podés pasar por el piso —comentó Gimena—. Vienen Carola y su esposo a cenar. Javier quería cruzar unas palabras con vos.

Manuel no estaba de humor para sociabilizar. Al día siguiente partiría a Estambul y tenía algunas cosas que terminar en su despacho.

— En realidad, Carola me llamó porque a Javi le urge hablar con vos —insistió Gimena—. Dijo que es bastante importante.

—Está bien, estoy intrigado —reconoció Manuel—. ¿Tipo 9 está bien?

—Perfecto. Después quedate a cenar, detesto la idea de que lo hagas solo.

Cortó la comunicación con sus pensamientos centrados en Javier Estrada. Hasta donde Manuel recordaba Estrada era contador, especializado en asuntos tributarios. Lo había conocido tiempo atrás, cuando Gimena fue secuestrada por un mafioso que quería ajustar cuentas con Mirko; un momento por demás desagradable que prefería no recordar, pero reconocía que Estrada se había portado muy bien. No podía imaginar qué tendría para decirle.

Dejó momentáneamente de pensar en Gimena y sus amigos y volvió su atención al mensaje que tenía en sus manos. Lo extrajo del sobre para releerlo. El tipo pensaba que no lo estaba tomando en serio. En algún punto ese detalle le pareció que lo ponía en ventaja, si tenía en cuenta que él ya tenía a su abogado, a su asesora de prensa y a un detective ocupándose del asunto. Claro que lo estaba tomando en serio, el problema era que percibía que se trataba de un asunto de dimensiones considerables, pero no aventuraba de dónde podría venir el golpe.

Por lo pronto Burgos, su abogado, se estaba ocupando del asunto del blog, pero hasta donde le había informado, no sabía a quién demandar. El blog estaba registrado bajo un nombre falso; de momento solo había podido denunciar abusos en las publicaciones. Pero no estaba seguro de poder lograr mucho más. Regresó la hoja al sobre; tenía que ver la manera de hacérselo llegar a Aldo.

—Marcelo, vamos para Superí —ordenó

La segunda planta de la gran residencia había cambiado bastante desde que su hermana resolviese instalar allí una galería de arte con espacio para exclusivos encuentros culturales. Esa noche, el lugar estaba desierto, pero preparado para una exposición de porcelana china que comenzaría al día siguiente y duraría dos semanas.

A Manuel, la idea de tener gente deambulando por los corredores o jardines de su residencia no le agradaba demasiado y había reforzado la vigilancia para cuidar que quien asistiera a alguna exposición del segundo piso, fuera directo hacia allí. De momento funcionaba.

El matrimonio Estrada ya había llegado cuando Manuel ingresó a la sala. Los encontró conversando con Gimena y Mirko, mientras compartían un par de tragos.

—Buenas noches —saludó al acercarse.

Estrechó la mano de Mirko y Javier, y estiró su cuello para saludar con un beso en la mejilla a Carola y a Gimena.

—Tenés cara de cansado, Manu —dijo Gimena mirándolo con cierta preocupación—. ¿Cuándo viajás?

—Mañana a la tarde —respondió cortante.

Alzó la vista y se topó con la de Javier Estrada que lo observaba con seriedad. Le hizo un gesto con la cabeza dándole a entender que estaba al tanto de que deseaba hablar con él. Sin decir nada, caminó hacia la barra de tragos. Se sirvió un whisky y sintió que alguien se acercaba a él.

—Tengo algo que contarte —dijo Javier casi en un susurro al llegar a su lado. Hizo una pausa y miró al resto que seguía hablando de Europa mientras Mirko retrataba el momento—. A mi entender, delicado.

—Vamos fuera —sugirió con sequedad y emprendió el camino hacia el exterior con el vaso de whisky en su mano. Se detuvo junto al borde de la terraza—. ¿Me decías? —dijo Manuel aceptando el cigarrillo que Javier le ofrecía.

Javier pasó a comentarle que una mujer se había presentado en su estudio, solicitando los servicios de investigación contable. Muy a grandes rasgos mencionó que la mujer en cuestión había llevado consigo libros que databan de mediados de siglo XX. Necesitaba que profesionales del Estudio Estrada Zubiría analizaran la documentación en busca de algún tipo de fraude o algún indicio de corrupción.

Manuel lo miraba con la preocupación reflejada en el rostro, empezaba a vislumbrar lo que podía estar sucediendo y era una pesadilla.

—La empresa en cuestión es la Constructora Landívar que cerró sus puertas alrededor de 1954, año más año menos —continuó Javier. Miró a Manuel que lo escuchaba con atención—. Durante los últimos años la empresa estuvo conducida por Enrique Rauch, ¿te suena?

—Mi abuelo —reconoció Manuel con sequedad.

El no creía en las casualidades. Pensó en Cristo, convencido de que estaba tras esa maniobra. Miró a Javier buscando comprender.

—¿Qué pretende? —preguntó arbitrario y cortante.

—Te darás cuenta de que, aunque la mujer no sea mi clienta directa, sí lo es del estudio —aclaró Javier con voz lúgubre—. Estoy cometiendo una grave falta comentándote esto, pero algo me dice

que esta mina quiere revolver mierda. Lo que está buscando es saber si hay fraude en lo que dicen los libros, con la idea de llevar el caso a la justicia.

—¿Lo puede conseguir?

Javier desvió la vista eludiendo la mirada de Manuel, repentinamente se sintió tan incómodo como en falta. Ya había abierto la boca, no podía volverse a atrás, pero se cuidaría de no sobrepasarse.

—Penalmente no sé si tiene sustento —dijo al cabo de unos segundos. Volvió su mirada a Manuel—. Pero te puede ensuciar y hacer pasar un mal momento.

—¿Quién es la mujer?

—No lo sé, pero tampoco puedo darte esa información —dijo Javier enfrentándolo—. Lo que no puedo impedir es que investigues por las tuyas. Yo lo haría.

A la distancia, Gimena los llamó para que pasen a sentarse. La cena estaba por ser servida.

—Gracias, Javier —dijo por lo bajo al acercarse a la mesa—. Creo que te debo una.

Javier Estrada se encogió de hombros restándole importancia, pero no dijo nada. Se alejó de Manuel para ubicarse junto a su esposa y con una sonrisa en los labios se unió a la conversación que allí se mantenía. Mirko comentaba que al día siguiente lo habían contratado para cubrir una regata que se desarrollaría en la zona del Delta. Luego irían con Gimena a ver la casa que deseaban adquirir.

Tras la cena, llegó a su habitación poco antes de la medianoche. Lo que acababa de descubrir era sumamente inquietante y reforzaba, en parte, la veracidad de todo lo que Cristo comentaba en el blog. Debía comunicarle eso a Aldo.

Antes de dirigirse a su habitación pasó por su despacho. Sobre su escritorio, Florencia había colocado un sobre que esa tarde había llegado. Manuel sabía que se trataba del celular que Aldo había quedado en enviarlo. Rompió el sobre sin miramiento y tomó el aparato rogando porque tuviera batería.

Llegó otro mensaje. Te lo estoy enviando, escribió sin demorar más. Luego grabó un audio poniéndolo al tanto de todo lo que Javier Estrada había compartido con él. La respuesta no tardó en llegar:

Vaya, escribió Aldo, *vamos mostrando la cara. Una mujer entra en juego. Entonces tenemos a Cristo y a una cómplice. ¿O será la misma persona? Interesante. ¿Cuándo viajas?*

Mañana por la tarde, respondió Manuel. *Regreso en siete días.*

Bien. Mañana es jueves, veremos si aparece algo en el blog. A tu regreso cenemos en Martindale, indicó Aldo.

Excelente. Ordenaré colocar la mesa en el centro del jardín.

Vas entendiendo, Manu. Buen viaje.

Manuel sonrió y se apuró a desvestirse. Se acostó pensando en quién podría ser la mujer de la que Javier le había hablado y qué buscaba con todo aquello. Su celular personal zumbó quebrando sus pensamientos. Lo miró pensando en Aldo.

Una sonrisa de satisfacción se alojó en sus labios al leer el mensaje que Ana acababa de enviarle. Era la primera vez que ella generaba la conversación. Le provocó tal emoción que se olvidó de Cristo, de Aldo y de esa misteriosa mujer.

Buen viaje, le decía, *te saludo ahora porque mañana estaré volando a Seattle y no vamos a poder hablar.*

Ana permanecía en línea, tal vez aguardando su respuesta. No la defraudó. Esta vez la llamó. Durante la siguiente hora conversaron sobre los viajes de ambos y lo poco que faltaba para volver a verse.

CAPÍTULO 17

Aunque Rauch llevaba cuatro días fuera del país, el plan trazado seguía su curso. El mismo día que el ingeniero partió hacia Europa, un nuevo capítulo apareció en el blog y los comentarios volvieron a incrementarse. Ese era un hecho que la tenía entre sorprendida y asustada. Le costaba comprender lo rápido que la existencia del blog se había diseminado. Ella no había hecho nada para que la noticia se difundiese; aunque empezaba a sospechar de quien podía estar detrás. Entre los muchos comentarios había reconocido el nombre de algunos periodistas que, si bien no habían mostrado interés por profundizar la historia, seguían la información descreyendo de que se tratara de una broma de mal gusto.

Esa noche ingresó a su departamento pensando que ya debería tener novedades del estudio Zubiría. La impacientaba la falta de noticias de parte del contador; aunque todavía estaban dentro del plazo acordado, no veía la hora de obtener alguna confirmación. Estaba segura de que esos libros arrojarían sospechas sobre el origen de la fortuna Rauch, pero no era ingenua, comprendía que el ingeniero jamás reconocería el mal accionar de su abuelo. Lo que ella buscaba era verlo preocupado por la opinión pública; quería verlo expuesto, cuestionado; quería verlo frente a la obligación de dar explicaciones.

Por lo pronto, la próxima publicación iniciaba la segunda parte, titulada Crimen; en la cual abordaría la vida de Antonio Rauch, su solitaria infancia, la extraña relación con su padre. Luego sería el turno de hablar de su matrimonio con Sonia Mondini; un verdadero infierno.

Esa noche le daría un descanso al manuscrito. Le faltaba transcribir solo un capítulo que trataba el accidente de Antonio. La

mortificaba, en realidad la apenaba el desenlace. Todavía le costaba asociar todo aquello al ingeniero Rauch.

Luego de una cena frugal, se ubicó en el sofá dispuesta a ocuparse de vaciar una de las cajas que días pasados había traído de lo de su abuelo. Las había encontrado en el fondo de un viejo armario, algo escondida bajo mantas y trastos viejos. Destapó la primera y fue extrayendo el contenido. Había varias carpetas con documentos, dos libretas de anotaciones y un sobre papel madera sin abrir. Desplegó todo sobre la mesa del comedor y se interesó primero por una libreta de tapas negras. La tomó con curiosidad y, al abrirla, los ojos se le llenaron de lágrimas al reconocer la clara letra de imprenta de su padre. Era el primer contacto que tenía con algo que le había pertenecido. Se tomó su tiempo, movilizada, y recién cuando se sintió preparada comenzó a leer.

Para su sorpresa, encontró anotaciones relativas a la familia Rauch. Eso le generó gran curiosidad. La libreta en su totalidad registraba hechos acontecidos a lo largo del año 1997 y cada registro mencionaba un encuentro con Antonio Rauch. «¿Encuentros? -se preguntó desconcertada- ¿Papá conocía a Rauch?». Eso no lo había visto venir. Hasta donde ella entendía, su padre y Antonio buscaban objetivos opuestos.

Repasó la información. Los encuentros comenzaban en marzo de 1997, siendo el último registro del 24 de agosto de ese mismo año. Según las anotaciones, ese día Antonio y su padre se reunieron en el Aeródromo de Don Torcuato, donde Rauch tenía su avioneta. Por lo que podía leer, Pedro mencionaba que le había entregado un primer bosquejo sobre la biografía de la familia Rauch a cambio de que Antonio pagara la totalidad del tratamiento de Aurora Landívar.

Dejó de leer, conmocionada. ¿Su padre había intentado chantajear a Rauch? ¿Era eso lo que acababa de descubrir? Su corazón se sumió en una tristeza tan grande que por poco estuvo a punto de abandonarlo todo. Pero evidentemente algo había sucedido pues, a su entender, el tratamiento nunca llegó. ¿Antonio Rauch había timado a su padre? Seguía faltándole información.

Procurando organizar mentalmente lo que acababa de descubrir para darle un sentido, observó todo el material que había

desplegado sobre la mesa. En un folio divisó artículos periodísticos, los extrajo y ordenó cronológicamente. Tomó el primero. Perteneecía al diario La Nación y hablaba del accidente sufrido por Antonio Rauch en agosto de 1997. Cotejó la fecha del incidente con una de las anotaciones de su padre. La horrorizó detectar que el hecho había tenido lugar el mismo día del último encuentro. Eso la inquietó y la llenó de aprensión.

Prestó mayor atención a los artículos de los distintos diarios. Todos ellos mencionaban que la avioneta privada que Rauch piloteaba se había estrellado a poco de aterrizar en el campo de la familia cerca de Cañuelas, provincia de Buenos Aires. También informaba que, si bien en un principio, el accidente aéreo mostró características dudosas, luego de una breve investigación el caso fue cerrado, argumentando que un error humano provocó el fatídico desenlace. No hubo ningún tipo de reclamo de parte de la familia, nadie hizo el más leve movimiento para reabrir la causa. Antonio Rauch fue trasladado a una clínica privada en estado de coma irreversible. La familia pidió oraciones y respeto. No se habló más del asunto.

Lo que acababa de leer la dejó pensando. Recordaba el día en que el padre del ingeniero murió; recordaba al ingeniero apesadumbrado, triste, como perdido. De eso hacía más de cuatro años. Jamás se había preguntado en qué circunstancias se produjo el deceso.

Buscó la siguiente libreta. La primera anotación databa de dos meses después del accidente. Pedro mencionaba que se había acercado a la cementera, pero que nunca lo recibieron argumentando que nada sabían de un acuerdo. La propia Sonia Mondini, el nombre estaba resaltado y remarcado, se desentendió de él con frialdad y arrogancia.

Las siguientes dos carillas hablaban pura y exclusivamente sobre Sonia Mondini. En ellas, un nuevo hilo se desprendía del accidente de Antonio. Para Pedro quedaba más que claro que la mujer tenía mucho por ganar con la muerte de su esposo. Además de ser la heredera natural junto a sus hijos, la mujer mantenía una relación clandestina con otro hombre. Hasta donde Pedro había logrado

averiguar, Sonia le había pedido el divorcio en más de una ocasión a Antonio, pero este se negaba dárselo.

Dejó la libreta y, antes de continuar con la siguiente, buscó el manuscrito que había elaborado su abuelo. Fue directo al capítulo relativo al accidente. Necesitaba comparar la información. Cristo no había desarrollado mucho el tema, solo hacía referencia al hecho, al modo en que la avioneta se destruyó y cómo abruptamente la investigación concluyó. El capítulo cerraba haciendo alusión a que la vida de Antonio Rauch había quedado en suspenso y la toma de decisiones pasaba a manos de su heredero; era él el nuevo responsable. De todo era responsable. La discrepancia entre lo que el manuscrito decía y lo que las anotaciones de su padre arrojaban era notoria. Algo no estaba bien.

Tomó la última libreta y la abrió. Tenía unas quince páginas escritas y todas hablaban del accidente; parecía ser una obsesión para Pedro. En reiteradas ocasiones encontró observaciones remarcadas, dejando asentado que algo no le cuadraba, que algún detalle faltaba o simplemente sostenía que allí había algo turbio.

Fue un intento de homicidio. No tengo dudas de que eso fue lo que sucedió; quisieron eliminarlo y no pudieron. ¿Está su hijo también en peligro? Antonio había mencionado que también Manuel debió haber estado en ese avión...

La última anotación de esa libreta mencionaba que Pedro había recibido un anónimo instándolo a no indagar más sobre el accidente de Antonio Rauch; con sutileza lo alentaba a interrumpir la investigación; alguien no quería que se supiera la verdad. También registró que esa misma tarde debía reunirse con una fuente que le brindaría información reveladora sobre el accidente. No pensaba abandonar el asunto. El encuentro sería a las afueras de Cañuelas.

Cotejó la fecha de esa anotación y se le heló la sangre al comprobar que era el día en que el auto de su padre se había estrellado. El panorama cambiaba radicalmente

SEGUNDA PARTE CRIMEN

CAPÍTULO 18

Las semanas transcurrieron entre reuniones y visitas al médico para Ana, que sentía estar subida a una especie de cinta magnética que irremediablemente la conducía a Manuel. Saber que en pocas horas volvería a estar frente a él, le revolucionaba el estómago y le generaba un deseo tan grande que la desconcertaba.

Conversaban prácticamente todas las noches, y el intercambio estaba siendo tan natural como apacible. Se había convertido en casi una rutina ese ida y vuelta de audios a última hora de la noche o entrada la madrugada, según fuera el caso. A ella le hacía tanto bien escucharlo, era casi como revivir un mundo en el que Manuel volvía a ser su todo. Cuando él le hablaba, ella lo sentía como a aquel muchacho entusiasta que tanto la había enamorado, el mismo que susurraba palabras dulces a su oído o tenía tiempo para soñar con ella. Así y todo, la inquietaba la sensación de irrealidad en la que se sentía inmersa y que ponía en tela de juicio lo que sentía.

—Al final nunca me comentaste cómo te fue en la consulta con el especialista —quiso saber Kate, mientras llenaba dos copas con vino—. No volvimos a hablar de ese asunto.

Ana socavó la respuesta. Había invitado a cenar a su vecina para agradecerte de antemano que cuidara de Miles mientras ella estaba en Argentina.

—Gracias —dijo Ana cuando su amiga le extendió su copa—. Me fue muy bien. El especialista me pareció serio y responsable, pero cálido a su vez. Me gustó.

—¡Qué bueno! Se te nota entusiasmada —comentó Kate emocionada por su amiga—. Ya diste el primer paso —agregó alzando su copa para brindar con ella—. Me alegra que lo hicieras. Es una buena decisión.

—Sí, estoy contenta —reconoció con una sonrisa—. En realidad, ya di más que el primer paso —aclaró—. Hace dos días me entrevisté con una psicóloga y ayer me presenté en la clínica donde me sometieron a varios estudios para determinar qué tipo de tratamiento necesito. Para mi regreso dejé pendiente una ecografía y otros estudios hormonales a los que debo someterme más cerca de la inseminación.

Era bastante movilizador asumir que finalmente su deseo de ser madre se materializaba. Aunque no era la situación que siempre había soñado, estaba segura de que una vez que tuviera a su hijo o hija en brazos, el mundo cambiaría definitivamente para ella.

—Ahora digo yo, entre todo lo que hablás con Manuel por las noches —deslizó Kate con cautela—. ¿Mencionaste esto?

—¿Por qué debería mencionar algo así?

Giró para chequear la carne que se asaba en la parrilla del horno. Cotejó su estado y esparció en la superficie una aromática salsa a base de romero.

—Porque nadie pasa horas hablando de noche con su ex si no estuviera sucediendo algo más —aclaró Kate con firmeza.

—No pasamos horas hablando —se sintió en la obligación de aclarar—. Apenas cruzamos un par de líneas. Nada está sucediendo, Kate.

—¿Tengo que creerte? —replicó la vecina haciéndole frente—. Vos lo querés Ana y por lo que me contás él también —insistió—. Tendrías que contarle tus planes.

Las cubrió un silencio extraño. Vacilante, Ana bebió un poco de vino y miró a su amiga por sobre la copa. Lo que Kate acababa de sugerir era algo que ella misma había considerado. Durante las conversaciones que mantenían, cada vez que Manuel hablaba de sus proyectos, ella solo podía pensar en el último estudio al que se había presentado sola, o las palabras del médico respecto de la elección del donante. Pero no se atrevía a hablarle de ello. Ni siquiera se atrevía a mencionar su deseo de tener un hijo. Una cosa era lidiar con el desacuerdo de su hermano, por más médico que fuera, pero Manuel era otra cosa.

—No sé —dijo Ana dubitativa como si lo estuviera considerando—. No me parece buena idea contarle —sentenció finalmente con mayor convicción—. Manuel es demasiado convencional —agregó todavía dándole la espalda a su amiga. Se volvió lentamente hacia Kate sopesando sus próximas palabras—. Este es un asunto mío, no necesito que me sermonee ni que me dé consejos que no voy a pedirle. No quiero su opinión. No quiero ilusionarme con su aprobación; me aterra ilusionarme y terminar con las manos vacías.

Kate asintió comprendiendo que había tocado un punto sensible. Conocía muy bien a su amiga, podía apostar que moría por compartir sus dudas y sus temores con él; aunque quisiera disimularlo no podía. Era tan claro que ese hombre seguía siendo importante en su vida, que le parecía una picardía que lo dejara afuera de algo tan importante. Respiró hondo antes de dar su parecer.

—Yo se lo diría —dijo casi en un susurro—. Quién te dice y se ofrece a ser el donante. Por lo que mencionas es un hombre posesivo y no creo que le agrade la idea de saber que dentro tuyo habrá algo de otro hombre.

Ana quedó petrificada al escucharla, porque reconoció en el comentario una gran cuota de realidad. Siempre había deseado un hijo de Manuel; desde aquella primera escapada a Nueva York que soñaba con eso. Pero, nunca se le había ocurrido esa posibilidad. No dijo nada. No supo qué decir.

—¿Vas a hablar con él, hoy? —preguntó Kate al cabo de un rato.

—No —respondió Ana con aire ausente—. Está volando de regreso a Buenos Aires. Hace un rato me avisó que estaba abordando.

Un nuevo silencio las envolvió. Ana parecía perderse en sus cavilaciones y lentamente la tensión que el reencuentro le generaba pareció acentuarse en su rostro.

—¿Cuándo lo ves? —preguntó Kate intentando forzarla a hablar.

—Pasado mañana.

La voz de Ana se notó tensa; toda la situación parecía tensarla.

—¿Nerviosa?

—Basta, Kate.

—Que tenga un buen día, ingeniero —lo saludó el chofer al detener el vehículo en el estacionamiento de la residencia.

—Muchas gracias, Marcelo.

Encaró la entrada principal de la casona. Apuró el paso hacia sus habitaciones privadas deseando poder quitarse la ropa que llevaba puesta desde hacía una enormidad de tiempo, y darse una buena ducha. Los últimos diez días habían sido intensos. Viajar solo resultó una locura; demasiados compromisos, demasiadas reuniones, demasiados aspectos que considerar. Una decisión muy poco conveniente. Mal que le pesase la próxima vez que viajase debería llevar a Brenda o a Raúl; mínimamente para que actuaran de filtro.

Su estadía en Ámsterdam fue lo peor. Siendo la elegida para abrir su primer hotel boutique, y luego de ocuparse de los trámites para adquirir la propiedad, debió presidir varias reuniones para encaminar el proyecto. Estaba seguro de que si se mantenían los plazos en menos de un año podría estar inaugurando el establecimiento. Cada vez le agradaba más la idea, pero quedaba mucho por hacer.

Sin embargo, en cuanto puso un pie en la residencia, su mente se centró en Ana y en que solo un día lo separaba de ella. «Veinticuatro horas eternas» pensó resignado.

Se desvistió ansiando el momento en que pudiera volver a tenerla en sus brazos; añorando perderse en sus ojos para volver a descubrir la picardía y el desafío con los que ella solía mirarlo últimamente. Si hasta disfrutaba cuando le echaba en cara algún reproche o lo trataba con sarcasmo. Cada noche, luego del intercambio de audios, se dormía en paz, acunado por los matices de su voz. Su necesidad de Ana transcendía lo corporal y, en algún punto, le parecía increíble haber sobrevivido los últimos cinco años sin ella.

Pensando en ella, buscó el celular y la llamó. Lamentablemente ingresó directo al buzón de voz; le dejó un mensaje: *Ya estoy en Buenos Aires. Contando las horas para verte.* Tras grabar el audio, sonrió.

Bajo la ducha procuró que su mente volviera a focalizarse en sus obligaciones y responsabilidades. Faltaban varias horas para que Ana llegase a Buenos Aires, y, en medio, él tenía asuntos que atender. La salida del director general del Hotel Emperador era un tema que le urgía resolver. En Ámsterdam había almorzado con Marshall Wheeler quien, al enterarse de esta problemática, había insistido, una vez más, que dejase la Cementera en manos de terceros y que, de una buena vez y por todas, se hiciera cargo de la cadena hotelera. *Naciste para eso, Manuel*, le había dicho. *Tu eres tus hoteles; ¿por qué te cuesta tanto aceptarlo? No querés deshacerte de tu empresa, lo entiendo, busca a alguien que se ocupe de administrarla mientras vos haces lo que verdaderamente te gusta. Va a ser más sencillo encontrar un administrador idóneo para la cementera que uno para los Mondini.*

Esa idea daba vueltas en su mente desde entonces y cada vez le disgustaba menos. De hecho, le agradaba sobremanera. Pero no era fácil dar un paso al costado, no podía evitar vivirlo como si estuviera traicionando a Antonio; quizás ese era el principal motivo por el cual nunca terminaba de apartarse. Pero todo tenía su tiempo y empezaba a sentir que el suyo estaba llegando.

Dejó la ducha sintiendo el cansancio del vuelo y los cambios de horas sobre sus hombros. De reojo miró el reloj de su mesa de noche. Eran cerca de las ocho de la mañana; necesitaba dormir como mínimo una hora para reponer fuerzas. Sería un día largo si a la noche tenía acordado reunirse con Aldo.

Tomó su celular dispuesto a llamar a su secretaria. Florencia atendió al segundo llamado.

—Buen día, ingeniero —dijo la chica con cordialidad—. ¿Cómo viajó?

—Hola, Flor. Todo muy bien —respondió Manuel, recostándose en la cama con los ojos ya entornados—. ¿Tengo mucha agenda?

—Nada —informó solícita—. Le dejé el día libre.

—Gracias por eso. Necesito descansar —le indicó con sus ojos ya cerrados—. Me gustaría almorzar con mi hermana.

—Perfecto. Ya mismo lo arreglo.

—Llamame en dos horas.

Dejó caer el celular a su lado y se acomodó mejor contra las almohadas. La tenue penumbra lo fue envolviendo poco a poco, mientras que el reparador silencio lo acunaba, y sin oponer resistencia fue deslizándose en una suerte de ensueño en el que imaginó a Ana acostada a su lado. Se durmió con una sonrisa suave en los labios.

Con el corazón en un puño, lo observó perderse en el corredor que conducía al sector privado de la residencia. Empezaba a tomar dimensión del embrollo en el que se había metido y la situación la aterraba. La mañana que prometió a su abuelo sacar todo a la luz y desenmascarar a los Rauch, jamás imaginó que toda la investigación podría conducirla a un homicidio. Había comenzado a publicar la historia en su blog, sin una idea clara, dejándose llevar por la promesa que la ataba a su abuelo. La convicción de que la familia Rauch y los orígenes de su prestigiosa empresa debían quedar al descubierto la había alentado a hacerlo. A poco más de un mes de la primera publicación los comentarios de los periodistas se habían tornado incisivos respecto de los antecedentes de la Familia Rauch. A la chusma le gustaba conocer los trapitos sucios de la alta sociedad y la noticia comenzó a correr sin control.

El viaje a Europa del ingeniero fue una buena oportunidad para poner paños fríos en toda aquella locura. El impacto de lo descubierto sobre el accidente de Antonio Rauch la tenía impresionada, al igual que la detallada investigación de su padre que le terminó ocasionando la muerte.

Dos noches atrás había cargado en el blog lo relativo al accidente. Prefirió basarse en la información aportada por su padre a la tibieza que su abuelo había mostrado en el manuscrito. Las cartas estaban echadas. Ahora si podía decirse que la historia había comenzado a rodar. No había nada que ella pudiera hacer para detenerlo.

Todavía era muy temprano, no se cruzó con nadie al dirigirse a su escritorio. Lo primero que hizo fue devolver, al estante correspondiente, la notebook, que a escondidas se había llevado para poder subir los artículos al blog. Ni loca usaba la suya, había

visto en varias series que no era nada complicado dar con la ubicación de los equipos; eran muchos los que tenían acceso a las máquinas de la cementera. Luego prendió su computadora y envió un correo electrónico a recursos humanos adjuntando la solicitud de vacaciones.

Creía haber cumplido con la promesa hecha a su abuelo, ahora era ella quien necesitaba comprender mejor los hechos que rodeaban a la muerte de su propio padre; nada era claro. La sensación de que la muerte de su padre estaba asociada a la suerte de los Rauch la sobrecogió primero y la indignó después. Esa si era una deuda que sentía que la familia del ingeniero tenía con ella.

CAPÍTULO 19

La siguiente vez que Manuel abrió los ojos, la habitación le pareció más luminosa, apacible. Sintiéndose algo recuperado se sentó en la cama y se frotó el rostro con las manos. Ya completamente despierto buscó su celular para corroborar la hora. Era cerca del mediodía. Había dormido más de tres horas de corrido. De un salto dejó la cama preguntándose por qué Florencia no lo había despertado antes.

Era una hermosa mañana. El sol entraba a raudales por los ventanales de la gran residencia, despertando colores y cargando los ambientes de una exquisita luminosidad. Manuel disfrutaba de ver el piso cargado de luz. Para él, la armonía y la homogeneidad visual eran sumamente importantes, por eso una de las primeras directivas que había dado al trasladar las oficinas de la Cementera allí, fue que el lugar debía mostrarse tan sofisticado como lo hacía el Hotel Emperador Mondini. Ese era su sello.

Florencia le sonrió con algo de complicidad al verlo aparecer. Marcelo, el chofer, había mencionado que lo había notado más cansado de lo habitual y ella resolvió dejarlo dormir sin interrupciones.

—¿Pudo descansar? —le preguntó al seguirlo al interior del despacho.

—Sí, gracias, Flor —respondió con connivencia—. Lo necesitaba.

La chica escondió la sonrisa de satisfacción y se apuró a indicarle que la señora Alameda aguardaba indicaciones para el almuerzo

—Cuanto antes —exclamó Manuel, sentándose tras su escritorio—. ¿Pudiste ubicar a Gimena?

La puerta del despacho se abrió interrumpiéndolo. Sonrió al ver que se trataba de su hermana.

—¿Alguien me llamó? —preguntó acercándose a Manuel con aspecto sombrío y vestida completamente de negro.

—¡Qué cara! Parece que venís de un velorio —aventuró Manuel. La abrazó depositando un beso en su mejilla.

—Más que velorio, entierro —lo corrigió.

—¿Qué pasó?

—Falleció la madre de Miguel —respondió—, el esposo de Mariana.

—Lo recuerdo, el veterinario ¿no? —dijo regresando a su asiento.

—Sí, él es Miguel —respondió apesadumbrada.

Gimena lo siguió y se ubicó en uno de los sillones que lo enfrentaba, parecía afectada.

—Pobre mujer. Se acostó a dormir la siesta y nunca despertó —comentó con pesar. Alzó la vista y miró a Manuel—. Tenía Alzheimer y durante los últimos meses casi no reconoció a nadie.

Por un momento el silencio los envolvió, pero fue la misma Gimena quien se ocupó de disiparlo.

—Venía a darte un beso de bienvenida —dijo con más ánimo—. Lamento no poder almorzar con vos, pero con Mirko resolvimos viajar al campo por el fin de semana. Queremos descansar y recobrar energía.

—Me parece muy bien con todo lo que está trabajando últimamente debe estar cansadísimo —dijo Manuel sarcástico.

Gimena sacudió su cabeza pasando por alto el comentario.

—Para tu conocimiento, su trabajo está siendo muy valorado. Expondrá en el Malba en una exclusiva muestra de Arte Popular —comentó sintiéndose en la obligación de defenderlo.

—Mira vos, ahora resulta que gracias a él serán una pareja popular —deslizó volviéndose hacia su computadora. La encendió.

—Sos malo, Manuel. No te tolero cuando te pones así —le recriminó poniéndose de pie. Lo enfrentó cruzándose de brazos—. A propósito de maldades, me gustaría festejar fin de año en el campo —agregó Gimena mirándolo de frente—. Una buena fiesta con amigos —agregó—. No acepto un no de tu parte.

Sabía que, desde que el accidente aéreo de su padre tuvo lugar, Manuel no había regresado al campo. Aunque respetaba su decisión, no perdía la esperanza de que superara esa barrera. Después de todo habían pasado dieciocho años desde aquel incidente.

—No me interesa pisar el campo y lo sabes bien —terminó reconociendo de un modo tajante. Se puso de pie para despedirla—. Si querés organizar algo podés hacerlo en Martindale. Es cómodo y queda más cerca.

Gimena se arrepintió de sus palabras. Su comentario había ensombrecido el semblante de Manuel, lo notó. Contuvo el aliento y se estiró para abrazarlo.

— Solo quiero ayudarte como vos me ayudas a mí —dijo con su mentón apoyado sobre el hombro de su hermano.

Manuel ajustó sus brazos en torno al delgado cuerpo de su hermana y lo reconfortó sentir su cariño y su preocupación. Ambos habían caído en la misma conclusión.

— Por los motivos que fueran no era tu destino estar en ese avión y yo lo agradezco —terminó diciendo Gimena—. No lo hubiese soportado, Manu.

Manuel asintió, en silencio agradeciendo el gesto. Un golpe en la puerta los obligó a separarse. Florencia asomó su rostro disculpándose por la interrupción, la señora Alameda necesitaba saber dónde deseaba almorzar.

Gimena lo contempló con cariño y resolvió quedarse.

—En la terraza, Florencia. Es un día precioso —respondió mirando a Manuel. Luego se volvió hacia la secretaria de su hermano — Podrías avisar que finalmente seremos tres.

—Por supuesto —respondió Florencia con una sonrisa.

Manuel miró a su hermana con complicidad.

—Podemos salir después de almorzar, no cambia demasiado —comentó ella caminando hacia la puerta—. Voy a buscar a Mirko. Te veo en 15 minutos en la terraza.

—Puntuales, por favor. Que estoy muerto de hambre.

Almorzar con Gimena siempre lo relajaba. Ese mediodía, mientras intercambiaba información sobre los últimos días de ambos, Manuel se las había ingeniado para observar tanto a ella como a su pareja. Mirko prácticamente no había abierto la boca; en realidad hablaba solo cuando Gimena lo incluía, pero en ningún momento abandonó la postura alerta y desconfiada. Lo extraño era que no se apreciaba de su parte ni animosidad, ni rechazo; solo un grado de desconfianza tan alto que logró incomodar a Manuel.

Regresó a su despacho cerca de las dos de la tarde. Florencia había colocado la correspondencia acumulada durante el viaje en un extremo de su escritorio. La mayoría había sido respondida, pero quedaban algunos sobres que Manuel debía chequear personalmente. Entre todos había uno que, ese mismo día, Brenda había dejado para que le fuera entregado a la brevedad.

El título decía Antonio Rauch. «Papá» pensó temeroso y contuvo el aliento ante el peso de lo que podría descubrir. Se le tensó el estómago. Una cosa era leer sobre la vida de su abuelo a quien había conocido poco y otra muy diferente era descubrir aspectos oscuros de la vida de Antonio.

Nunca había tenido una buena relación con su padre, quien siempre lo trató como al heredero que era y como tal le había exigido. Gracias al trato que recibió desde su infancia, Manuel desde muy pequeño fue consciente de que en él convergían las fructíferas corrientes de dos familias acaudaladas y asumía la responsabilidad de proyectar la fortuna a las generaciones venideras. «Generaciones venideras que vaya a saber uno cuándo llegarán», pensó pesimista.

Antonio siempre había mostrado predilección y debilidad por su hermana; entre padre e hija desde el primer día había existido una fuerte corriente de cariño. En silencio, había envidiado esa relación de la que se sintió excluido. A él le había quedado el orgullo de sentirse aprobado para el rol que le tocaba desempeñar, y como cabeza de familia era el encargado de protegerlo todo; a Gimena, a la Cementera y a los hoteles.

Bajó la vista y con algo de renuencia comenzó a leer. Los primeros párrafos hablaban del pequeño Antonio. Cristo dejaba bien

claro que su padre había sido, por lo menos durante su primera infancia, una suerte de chico abandonado. Una vez más comprobaba que Cristo estaba bien informado ya que todo cuanto leía lo sabía y podía asegurar que era cierto. Antonio se había criado en el campo de la familia, bajo la tutela de un matrimonio que había sido contratado a tal efecto mientras su padre, Enrique, amasaba fortuna en la ciudad. Luego, cuando llegó a la edad adecuada, fue internado en un colegio pupilo de provincia, donde transcurrió toda su adolescencia, para recién convivir con Enrique cuando alcanzó la mayoría de edad.

Sin embargo, así como Cristo describía la infancia de Antonio Rauch como triste y solitaria, a su juventud la pintó tan vertiginosa como descontrolada. Según Cristo, Antonio no tardó en conocer las bondades que poseer una billetera abultada en su bolsillo y una empresa pudiente a su espalda le ofrecía. Las más apetecibles mujeres de la sociedad porteña le abrieron sus puertas y otras cosas, pues pronto su persona cobró vuelo y notoriedad. El estudio no estaba en sus planes, así que a los cortos veinte años comenzó a trabajar en la cementera bajo las órdenes de su padre. Apuesto y adinerado, era un candidato apetecible para muchas damas. Pero no fue hasta que apareció Sonia Mondini en su vida, que se sintió verdaderamente cautivado por una mujer que, pronto descubriría, estaba muy por encima de su existencia. La Mondini era algo para lo que un hombre como él no estaba preparado. Y esa mujer fue el principio de su fin; eran las últimas palabras del escrito.

A Manuel le produjo un gran escozor. Releyó los párrafos con aprensión y los estudió detenidamente. Había sido publicado el día de su partida. Dedujo que el capítulo debería estar en el blog. Giró hacia su computadora y fue hacia el sitio indicado. Lo chequeó de arriba abajo y lo azoró descubrir la cantidad de comentarios. Algunos hasta mencionaban recordar a Sonia Mondini; una bella mujer con el carácter de los mil demonios.

«¿Qué mierda quiere?», se preguntó confundido al salir del blog. «¿Por qué no lo dice?». Estaba furioso, pero su enojo no lo conducía a nada.

Ya más relajado buscó el celular que Aldo le había entregado para estar en contacto con él mediante una vía sin interferencias. El detective atendió al segundo llamado. Estaba manejando, se dirigía hacia la ciudad de La Plata.

—Volviste —dijo Aldo luego de los saludos convencionales.

—Sí. Esta mañana—comentó con la vista clavada en la impresión—. Apareció una nueva publicación

—¿Cuándo? —preguntó insidioso.

—El mismo día de mi partida —respondió.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó con cautela.

—De mi viejo, —respondió tajante.

—Vamos avanzando en la historia por lo que parece.

—Si, tal cual —accedió Manuel—. Entiendo que el próximo capítulo debería aparecer en el blog de un momento a otro.

Omitió mencionar el tema que entendía hablaría de sus padres.

—Mira, Manuel, —continuó diciendo Aldo—. La persona que está haciendo todo esto está muy bien informada. Conoce cada uno de tus pasos.

—¿Me están vigilando?

—Te están vigilando —reafirmó el detective con mayor contundencia—. Hay mucho más...

—¿Por qué estoy empezando a presentir que no me va a gustar lo que descubriste? —preguntó al caminar hacia el ventanal. Abrió una de las puertas y salió al pequeño balcón.

—Definitivamente no creo que vaya a gustarte —repuso Aldo sin alterar el tono de su voz—. Tenés al enemigo metido en tu propia casa Manuel. Y cuando digo “casa” hablo de la Cementera.

El silencio en la línea se hizo más intenso.

—¿De qué estás hablando?

—El IP de la máquina, desde donde fueron subidos los contenidos del blog, figura como propiedad de Cementera Rauch —informó con prestancia.

Se produjo un prolongado silencio en la línea. Aldo le dio margen para que asimilara la información.

—Escuchame —prosiguió con firmeza al cabo de unos segundos—. Yo en tu lugar no pasaría mucho tiempo en ese despacho hasta

no saber fehacientemente quién te está espiando y para qué.

—Está bien —accedió taciturno. Exhaló una bocanada de humo y apagó el cigarrillo en un cenicero de pie—. Ahora mismo me voy al hotel. De todas formas, tenía que ir para ahí.

Regresó a su despacho atento a las indicaciones de Aldo. Con cierta suspicacia, repasó el lugar con la mirada, sintiéndose incómodo e inmerso en una situación de muy mal gusto.

—¿Podes adelantarme algo más?

—Tendré algunas confirmaciones en un par de horas —respondió.

—¿Cuándo nos vemos?

—Esta noche ¿te parece? —respondió Aldo—. Pero, no hace falta que nos vayamos hasta Pilar, estoy volviendo zona sur a última hora.

—Está bien. Te espero en el hotel entonces.

Caminó hacia el escritorio y tomó el último sobre que Cristo le había enviado. Del cajón inferior de su escritorio extrajo una carpeta donde guardaba todo lo que había recibido de parte de ese hombre. Sin demorar más, encaró la salida.

—¿Se va, ingeniero? —preguntó Florencia sorprendida de verlo dejar su despacho.

Manuel la miró con inusitada desconfianza; sospechaba de todos. Aldo le había dado a entender que quien fuera que lo estuviera acosando tenía pleno acceso a su núcleo privado y operaba desde la cementera.

—Le diré a Marcelo que se prepare...

—No hace falta —la interrumpió cortante. No había contemplado ese detalle—. Hasta mañana.

CAPÍTULO 20

Era extraño desconfiar de aquellos en quienes solía apoyarse. Inesperada e impensablemente, Manuel se sintió expuesto e indefenso en sus propios dominios. Descendió por la escalera de servicio y alcanzó la cochera con paso acelerado. Al verlo, dos empleados se acercaron prestos a asistirlo.

—Buenas tardes —indicó al pasar—. Me llevo el Alfa.

Los empleados intercambiaron miradas y uno de ellos comentó que las llaves estaban en la guantera. Asintió y sin molestarse en agradecer o mirarlos, caminó derecho hacia el Alfa Romeo 4C color gris, que recientemente había adquirido y apenas había conducido.

Dejó la casona de Superí, guió el auto hacia Avenida Congreso y desde allí a Avenida del Libertador. Su mente seguía atada a las palabras de Aldo y poco a poco se fueron entrelazando con los últimos escritos que Cristo había publicado.

Se sentía tenso e irascible y el tráfico no ayudaba a apaciguarlo. Sobre la marcha resolvió que, antes de dirigirse al hotel, le sentaría bien dar un par de vueltas para recuperar su foco.

Pulsó un botón y se comunicó con un viejo empleado del autódromo de Buenos Aires, a quien le pagaba para que le permitiese, de tanto en tanto, correr en la gran pista de la ciudad. Manejar a altas velocidades era su fascinación, una suerte de debilidad que lo forzaba a concentrarse y cargaba su cuerpo de adrenalina. Los autos deportivos de alta gama eran su pequeño vicio y recurría a ellos cuando necesitaba liberarse. Ese era un buen momento para hacerlo.

—Buenas tardes, habla Rauch —dijo sabiendo que esas palabras lo indicaban todo.

—Buenas tardes, ingeniero. Si quiere venir está libre —anunció simplemente.

—Perfecto. Voy para allá.

Cerró la comunicación y aceleró todo lo que la autopista le permitía. El Alfa Romeo 4C era un auto de características únicas, bello y armónico, de gran poderío. El motor, ávido por liberar su verdadera esencia, rugía ante cada cambio de velocidad. Así era como se sentía Manuel; contenido, ansioso, fastidiado.

Llegó al Autódromo sin inconvenientes, su contacto lo aguardaba para darle entrada al predio. Lo saludó a la distancia, y encaró la calle que conducía a la pista central. Una vez en ella, pisó el acelerador a fondo y dejó que el deportivo se luciera.

A medida que avanzaba en la pista, las repercusiones del último escrito de Cristo se apoderaron de él. Esa última entrega había abierto heridas que Manuel no sabía que tenía. Pensar en su padre le producía un dolor agudo en el pecho; una sensación ambigua, agrisada, que lo llenaba de culpa y frustración.

El tema del matrimonio que Antonio y Sonia habían conformado, lo alteraba. A diferencia de su hermana que solía idealizar el matrimonio de sus padres, Manuel desde niño supo que la relación que los unía era muy diferente a la de los padres de muchos de sus amigos. Ese era un detalle que nunca lo había afectado, para él así era y así sería siempre; hasta que el accidente de Antonio tuvo lugar.

La velocidad del Alfa Romeo, lo arrastraba vertiginosamente por la pista, mientras que los recuerdos tiraban de él hasta al mes de agosto de 1997 cuando, en un receso de sus estudios, su padre lo incluyó en un viaje de negocios. Por aquel entonces con tan solo 25 años y un futuro prometedor, Manuel se sentía poderoso, invencible, con el mundo a sus pies y ningún contratiempo en el horizonte.

Pisó el acelerador del Alfa Romeo embriagado por el recuerdo de la emoción que había sentido cuando Antonio le propuso que lo acompañara a San Rafael para participar de una serie de reuniones con funcionarios de la gobernación. Era la primera vez que su padre lo incluía en algo así y se sintió importante.

Tomó una curva a mayor velocidad de la sugerida y le costó varias maniobras dominar el Alfa Romeo que parecía cobrar vida propia. Los neumáticos chillaron, el pequeño deportivo se sacudió

hasta encontrar el equilibrio y retomar su marcha. Manuel sonrió, lo vanagloriaba sentir que tenía el mando. Pero la sensación duró poco ante los recuerdos de lo sucedido la última vez que escuchó la voz de su padre.

Ingresaron al hotel que Antonio solía utilizar en San Rafael cuando viajaba por negocios. Sin emitir palabra, Antonio escuchaba los comentarios despectivos de su hijo sobre la carencia de estilo y la precariedad del establecimiento. A Manuel le parecía un insulto alojarse en un lugar como ese, cuando sus hoteles tenían un estilo de primera línea. Antonio no decía nada, nunca decía nada sobre los hoteles; era un tema que detestaba tocar.

—¡Sorpresa! —exclamó una chica al verlos—. Llevo casi una hora esperándote —agregó con la mirada clavada en Manuel.

La abrupta aparición de Laura Wheeler, la sobrina de un viejo amigo de la familia los interrumpió.

Estaba sentada en uno de los sillones. Llevaba una falda lo suficientemente corta como para llamar la atención de damas y caballeros y una ajustada blusa multicolor que resaltaba sus atributos. No mostraba el más leve pudor, ni se molestaba en disimular su interés por Manuel.

—Tenemos una cena —le recordó Antonio al ver que la muchacha se acercaba a ellos con la mirada clavada en su hijo.

Manuel asintió sin apartar la mirada del cuerpo de Laura; vagamente recordaba la cena con los inversionistas que su padre mencionaba. Alejándose unos pasos de Antonio, se reunió con la muchacha que sin vergüenza enroscó sus brazos entorno al cuello del joven Rauch. Intercambiaron susurros, luego de lo cual Manuel regresó junto a su padre mientras Laura encaraba los ascensores.

—Creo que no vas a necesitarme en esa cena —dijo con un pícaro brillo en sus ojos—. Lo has hecho fantásticamente bien hasta ahora.

—Manuel, es importante que estés en esa reunión —le había dicho su padre—. Algún día vas a estar al frente de la empresa, no desperdicies las oportunidades de aprender y relacionarte. De esa cena participarán empresarios importantes, algunos espero sean futuros clientes nuestros.

—Estoy de vacaciones, papá —fue su arrogante respuesta—. Me pareció importante acompañarte en las reuniones de esta tarde, pero no voy a desperdiciar mi tiempo con gente que no me apetece conocer.

—Desperdiciar la oportunidad de captar futuros clientes por la sobrina de Wheeler no me parece una decisión muy acertada —dijo Antonio con desagrado.

—¿Celoso? —había sido la respuesta desafiante de Manuel.

—¿De esa? Por Dios, no —dijo despectivo. Dio un paso hacia Manuel clavando su mirada en la de su hijo—. Nunca te olvides que en tu espalda cargas con un cartel lo suficientemente brillante para atraer muchas moscas. Todas sueñan con convertirse en una futura señora Rauch.

Manuel se había reído de ese comentario, pero al final pesó más el malestar que las palabras de su padre le generaron, y el rostro se ensombreció de indignación.

—Reíte, pero esa chica busca tu herencia —sentenció—. Y aunque no te creo nada estúpido, me veo en la obligación de decir: “Cuidado y si te vas a divertir esta noche, protégete”

—Lo único que falta es que vengas con consejos de ese tipo a esta altura del partido —replicó con aspereza.

Padre e hijo se midieron con la mirada. Antonio mostraba el aplomo de la experiencia, Manuel la bravura y el desparpajo de la juventud.

—Empiezo a ver de qué madera estás hecho, Manuel —sentenció Antonio lapidario—. Y no puedo decir que me guste...

—¿Eso qué se supone que quiere decir?

Antonio no había respondido ese último embate. Simplemente miró a Manuel con frialdad y rabia, para luego girar sobre sus talones y encarar la salida del hotel.

Manuel no le había llevado el apunte y se entregó al placer de una interminable noche de pura lujuria. Al día siguiente, cuando despertó, descubrió que su padre se había marchado dejando la cuenta de su habitación impaga y una nota que llevaba grabada en su mente. «Bancate tus propias putas. Te recuerdo que habíamos quedado para cenar con tu hermana en el campo. Como mínimo

llamala para disculparte». Cuando finalmente llamó al campo para disculparse con Gimena, se enteró de lo que había sucedido y ya nada fue igual.

Frenó de golpe, luego de haber perdido por unos segundos el dominio del vehículo y de sus emociones. Con las manos aferradas al volante y la respiración entrecortada, dejó caer su cabeza entre ambos brazos, exhausto. Poco a poco fue recuperando el control, pero no la serenidad que buscaba.

No había pensado en Laura Wheeler desde aquella tarde. Tampoco había vuelto a cruzarse con ella. Al regresar de Mendoza, los hechos se habían sucedido de un modo tan vertiginoso que no supo nunca en qué momento la muchacha había desaparecido de su vida. Tampoco importó.

Empiezo a ver de qué madera estás hecho, Manuel, y no creo que me agrade.

Las palabras retumbaron en su mente provocándole una onda amargura. Era justamente con esas palabras con las que recordaba la voz de su padre. Con ninguna otra asociaba el timbre de su voz. Al mismo tiempo, esa era la afirmación que lo había esclavizado desde aquella nefasta tarde. Con absoluta convicción había asumido la responsabilidad de la empresa; se había preparado para ocupar el sillón principal de la Cementera aun cuando no le agradaba. Pero se lo debía a su padre, a su recuerdo; y a esa afirmación que todavía lo condicionaba.

El sonido del celular lo trajo al tiempo presente y terminó de despegarlo de los dolorosos recuerdos de casi veinte años atrás. Pulsó un botón del volante para atender. Cerró los ojos, exhausto y se dejó caer contra el asiento.

—Hola, Manu...

La voz fresca y clara de Ana lo sacudió gratamente. Abrió los ojos abruptamente al tiempo que una sonrisa de alivio asomaba tímidamente en sus labios. Poco a poco el ahogo fue desvaneciéndose hasta ser consciente de donde estaba y con quien hablaba.

—Hola —alcanzó a decir. Se irguió sentándose mejor en la butaca, prestándole toda su atención—. ¿Ya llegaste?

—No, estoy embarcando —comentó con suavidad—. ¿Estás bien? Te noto agitado.

—Sí, estoy bien —respondió—. Estoy en el autódromo. Vine a probar un auto nuevo.

Ana rio provocando un hormigueo intenso en las entrañas de Manuel.

—Veo que hay cosas que nunca cambiarán —deslizó entre risas.

—Nunca, ya me conoces, mis elecciones son para siempre —respondió con doble intención.

—¿Qué auto es esta vez? —preguntó pasando por alto el comentario.

—Alfa Romeo 4C. Es una belleza —respondió él divertido—. Te busco mañana por el aeropuerto así lo ves.

Ana carcajeó, ahora con cierto nerviosismo, y fue mucho más que música para los oídos de Manuel que sentía como el calor volvía a su cuerpo.

—Gracias, pero no hace falta, Manu —dijo Ana cuando la risa murió en su garganta—. Pero, me gustaría hablar con vos sobre un asunto.

—¿Sobre la reunión de mañana?

—No —respondió Ana al cabo de unos segundos—. Es sobre mí.

El silencio de la línea se volvió expectante, por lo menos para Manuel que sintió que el suelo tembló bajo sus pies.

—¿Tengo que preocuparme?

—No, no es para preocuparse —respondió automáticamente Ana—. Pero es algo que me gustaría que supieras.

—Está bien. Mañana mientras cenamos hablamos de todo lo que quieras —propuso sin perder la oportunidad ni la compostura.

—Perfecto —accedió con suavidad—. Tengo que apagar el celu, estamos por despegar. Nos vemos mañana entonces.

—Buen viaje —alcanzó a decir—. Te amo, Ana —balbuceó casi en un susurro consciente de que ella ya había apagado su teléfono.

Manuel suspiró preguntándose a donde lo conduciría toda esa situación con Ana. Una simple conversación con ella lo zarandeaba y lo transportaba, como si su aparición volviera a iluminar su camino.

«Vamos que no es imposible —se alentó dispuesto a reconquistar a su exmujer—. Solo tengo que prestar atención».

Pulsó el botón de arranque y guió el Alfa Romeo suavemente fuera de la pista pensando que solo faltaban un par de horas para volverla a ver. Ese pensamiento terminó de apaciguarlo. Dejó el autódromo con una sensación complaciente en el pecho. Afortunadamente, tenía asuntos urgentes que atender antes de que Ana se presentase en la Cementera, eso ayudaría a que el tiempo pasase más rápido.

Ya más centrado en el presente, pulsó otro botón del volante y le indicó al comando manos libres que lo comunicara con Andrea.

—Buenas tardes, ingeniero —lo saludó Andrea al atender la llamada.

Florencia la había llamado hacía más de una hora para comentarle que el jefe había dejado su despacho de muy mal ánimo. Estaba raro, parecía malhumorado; enojado. “Estas advertida”, le había dicho.

—Andrea, quiero que ubiques a Leopoldo —indicó con imperativa sequedad—. Lo quiero en mi despacho. Llegaré en media hora aproximadamente.

—Perfecto. Ya mismo me ocupo —respondió Andrea con prestancia buscando el contacto del Director Ejecutivo del Hotel en su computadora—. ¿Algo más?

—Sí. Llamá a Burgos —agregó—. Quiero reunirme con él a última hora —indicó ya al mando de la situación—. No me importa la hora en que se desocupe. Quiero verlo hoy sí o sí.

—Entendido.

—También chequeá si Raúl está en su oficina —dijo—. Me urge hablar con él.

Cerró la comunicación antes de escuchar la respuesta de su secretaria. Era hora de tomar el toro por las astas.

CAPÍTULO 21

La noche caía en la ciudad de Buenos Aires, cuando Manuel salió a la terraza de su despacho con un vaso de whisky en su mano. Con aire ausente contempló las pequeñas luces que corrían por avenida del Libertador, dejándose hipnotizar por el movimiento. La reunión con Leopoldo Almirón había sido rápida; apenas quince minutos bastaron para que Manuel compartiera con él su decisión de ubicarse de una buena vez al frente de *Holding*.

A Almirón no lo sorprendió el llamado, de hecho, su permanencia en el cargo había estado signada por el tiempo que Manuel demoraba en tomar justamente esa resolución. Todos en el hotel sabían que era cuestión de tiempo para que el hombre asumiera el rol principal.

Rememorando la conversación mantenida con Almirón, bebió un poco de whisky. Su situación no iba a cambiar demasiado, era simplemente blanquear lo que venía ocurriendo desde hacía ya un par de años. Manuel manejaba todo, estando al frente o desde las sombras, él siempre tenía la última palabra.

El zumbido de su celular vibrando en su bolsillo lo trajo a la realidad. Lo extrajo y con ceño fruncido descubrió que había recibido un nuevo mensaje de un número desconocido. Pensó en Cristo, no pudo evitarlo. El hecho de que volviera a contactarlo lo inquietaba. Sin embargo, no estaba preparado para el mensaje recibido: *Lo siento tanto. Tenemos que hablar*, decía simplemente.

«¿Lo siento? ¿Tenemos que hablar? —pensó Manuel desconcertado— ¿Qué se suponía que quería decir eso? ¿quién y de qué quería hablar?». Regresó a su escritorio y se sentó tras el mismo dispuesto a chequear si había algún cambio en el blog. Su sorpresa fue aún mayor cuando no pudo acceder; lo intentó varias veces, pero el sitio había dejado de existir.

Lo primero que pensó fue que Burgos se había ocupado del asunto y, por algún motivo, había olvidado comunicárselo. Esa tarde Andrea había intentado ubicar al abogado, pero el hombre se encontraba en Uruguay atendiendo otros asuntos. Se pondría en contacto al día siguiente cuando regresase al país.

La puerta del despacho se abrió. Manuel miró por sobre su hombro a Andrea que se acercaba.

—Afuera hay un hombre que pide verlo —le dijo al tiempo que le extendía su tarjeta.

—Que pase enseguida —indicó.

Antes de dejar el despacho de su jefe, Andrea le informó que Raúl estaba viajando a Buenos Aires el fin de semana; pasaría por su despacho para reunirse con él en cuanto arribase. Manuel asintió complacido. No estaba dispuesto a reconocerlo frente a Raúl, pero extrañaba a su amigo; extrañaba compartir con él sus decisiones. Le hubiera hecho bien tenerlo cerca para hablar a calzón quitado sobre lo que le estaba sucediendo.

Dejó de pensar en Raúl en cuanto la puerta del despacho volvió a abrirse y Andrea le daba entrada al recién llegado.

—¿Cómo estás, Aldo? —dijo Manuel luego de estrechar su mano. Caminó hacia el surtido bar—. ¿Qué te sirvo?

—Si tenés tónica te lo agradecería.

—Tengo tónica, además de novedades —comunicó Manuel mientras servía la bebida para Aldo y rellenaba la suya—. Apareció de nuevo. Me envió un mensaje al móvil.

—¿A tu celular? —preguntó sorprendido y tomó el aparato que Manuel le extendía para que lo viera con sus propios ojos—. Tenemos que hablar —leyó algo desconcertado—. Bueno, parece que por fin se decidió mostrar sus cartas.

—Plata es lo que quiere, no tengo duda.

Manuel se acercó a su escritorio y tomó su computadora portátil. Aldo, por su parte, contemplaba el teléfono de Manuel como si allí hubiese un mensaje oculto.

—Esta tarde, luego de leer la última publicación de hace una semana —continuó Manuel con firmeza—. Entré al blog y comprobé que, salvo el incremento de comentarios, no había cambios.

Aldo asintió pensativo. Bebió un poco de tónica tratando de comprender la totalidad del cuadro. Algo estaba faltando, la información con la que él contaba apuntaba a un viejo fraude. A su modo de entender la situación, alguien dentro de la cementera quería vengarse porque se sentía dueño de una parte de la empresa.

—No tiene sentido, no imagino que pudo haber sucedido para que se exponga de esa manera —dijo al cabo de unos segundos. Alzó la vista y contempló a Manuel que lo observaba expectante—. Más allá de todo, enviarte ese mensaje a tu celular demuestra que se descuidó o que ya no le importa mantener su anonimato. Vos mismo me dijiste que casi nadie tiene este número.

Manuel asintió. Se ubicó frente a Aldo y lo miró con curiosidad.

—Es cierto —afirmó—. Lo cambié hace poco. ¿Qué sospechas?

—Bueno, vamos por partes. Estuve investigando y mucho de lo que Cristo mencionó es cierto —dijo Aldo acomodándose en uno de los sillones, sin mover la mirada del rostro de Manuel—. Tu abuelo fue un verdadero hijo de puta que se las ingenió para adueñarse de la empresa Constructora de los Landívar.

Hizo una pausa y del bolsillo interno de su chaqueta extrajo una pequeña libreta. La abrió y leyó con voz contundente.

—Enrique, tu abuelo, se casó con la hija del dueño, Antonia Landívar, y cuando el viejo Landívar comenzó a manifestar problemas de salud, lo convenció de que le otorgara pleno poder para manejar la empresa y la herencia de su cuñado, que era menor de edad. Enrique Rauch velaría por el bienestar de la familia Landívar en caso de que algo malo le sucediese al viejo. —Dejó de leer y miró a Manuel que lo observaba con rostro tenso—. Por supuesto algo malo pasó. Landívar murió al poco tiempo al igual que tu abuela que no superó el parto del nacimiento de tu padre. Supongo que eso no fue planeado, pero fue sumamente beneficioso para Enrique que quedó al mando de todo. Al Landívar que quedaba vivo se lo comió crudo; el pobre no tuvo la más leve oportunidad.

—¿Suponés que ese Landívar es Cristo?

—No lo supongo —replicó Aldo—. Estoy seguro de eso.

—No puede ser cierto —exclamó Manuel sin saber qué otra cosa decir.

—Aunque te cueste creerlo, las pruebas están —respondió Aldo poniéndose de pie—. Encontré copias de los movimientos y los poderes, al igual que antiguos testimonios atesorados en los archivos del Banco Provincia donde Constructora Landívar tenía sus cuentas y varios contratos. Cristóbal Landívar tenía una cuenta allí. Las cerró hace unos años.

—Cristóbal. Cristo —dijo como si asociara en voz alta—. ¿Qué sabemos de él?

Manuel se sentó en uno de los sillones enfrentando a Aldo. Terminó su bebida mientras digería lo que había escuchado. Una parte de su mente le decía que él no tenía nada que ver con esa historia; pero la otra le recordaba que, de una forma u otra, era responsable por todo lo relativo a la Cementera.

Aldo se puso de pie y estirándose tomó el vaso de Manuel. Se acercó al bar y lo rellenoó, para luego colocarlo frente a su amigo.

—Ya cotejé que en tu empresa no hay ningún Landívar —continuó diciendo Aldo. Hizo una nueva pausa y vio como Manuel tomaba el vaso y bebía un prolongado trago—. Pero, Cristóbal Landívar se casó y tuvo una hija —siguió diciendo. Bajó la vista a la libreta que había quedado abierta sobre la mesa. Leyó—. Aurora Landívar que a su vez se casó con un tal Pedro Aragonés.

—No me suenan ninguno de esos nombres —comentó Manuel tratando de comprender—. ¿El tal Cristo es ese Aragonés?

—No creo. Pedro Aragonés murió en 1998 —informó Aldo chequeando sus palabras con sus anotaciones—. Fue en un accidente automovilístico en la ruta camino a Cañuelas. Por lo que pude averiguar, perdió el control del vehículo.

—Y ¿la mujer? Aurora Landívar.

—También murió. Cáncer, un año más tarde que su esposo.

Los cubrió un silencio espeso, lúgubre, que por varios segundos dominó el ambiente. Manuel fue el primero en reaccionar, se puso de pie y de su escritorio tomó el último sobre que había recibido esa mañana.

—¿Esto quién me lo envió entonces? —demandó exasperado—. Siento que volvimos a foja cero.

—No es tan así —sostuvo Aldo desafiante. No pensaba dejarse amedrentar por el poderío de Rauch. Había lidiado con muchos como él—. Aurora y Pedro Aragonés tuvieron una hija, Ester. ¿Te suena?

El rostro de Manuel se fue transformando lentamente. «¿Ester?» se preguntó desorientado. El rostro sereno, casi angelical de esa chica se instaló en su mente. Esa misma mañana había estado con ella. De todos los empleados de su empresa era la última que hubiese imaginado.

—Pero esa chica debe tener unos 20 años....

—22 —lo corrigió Aldo—. Pero es cierto, parece menor.

—¿Estás seguro? —exclamó Manuel descolocado—. No lo puedo creer.

—La realidad es que todo apunta a ella —fue la respuesta de Aldo.

Llevado por un impulso caminó hacia su escritorio y enfrentó la pequeña centralita telefónica. Pulsó un botón y aguardó sin molestarse en levantar el auricular. La voz de Brenda apenas alteró la tensión del despacho.

—Brenda, necesito que Ester venga al hotel —ordenó secamente.

—¿Para qué necesitás a Ester? —preguntó algo desconcertada—. No tengo nada registrado para hoy.

Manuel frunció el ceño y el fastidio se manifestó en su semblante

—Necesito hablar con ella —respondió con aspereza.

—¿Puedo ayudarte en algo? —repuso Brenda solícita—. Ester no está. Se tomó vacaciones.

—¿Vacaciones? ¿Cómo puede ser si esta mañana estuvo conmigo en el Aeropuerto? —dijo demandando una explicación

—Las pidió esta mañana, ya lo habíamos conversado —explicó Brenda—. Hoy fue a buscarte para no descuidar su trabajo. ¿Querés que vaya para el hotel? No me cuesta nada.

—No, no hace falta.

Presionando un botón de la centralita, dio por terminada la comunicación. Miró a Aldo desorientado. Le resultaba hasta ridículo que se tratase de Ester; esa chica siempre se mostraba servicial, atenta, dispuesta a cumplir con su trabajo.

—Te juro que no lo entiendo —comentó procurando hacerse a la idea—. Me cuesta imaginarla haciendo algo así.

—Para mí algo sucedió que alteró sus planes. Tal vez estaba segura de que la identificarías y por eso se abrió —comentó Aldo. Miró a Manuel que parecía perdido en sus pensamientos—. ¿Tenés acá lo que recibiste esta tarde?

Manuel se lo extendió y encendió un cigarrillo. Fumó en silencio, repasando los últimos encuentros con Ester. Nada lo había hecho pensar que ella era una amenaza; de hecho, le caía bien. Siempre se había mostrado como una persona educada, respetuosa, atenta. ¿Por qué?

—Aquí no hay nada interesante —comentó Aldo—. Aunque, así como en los primeros escritos hablaba pestes de los Rauch, parece como si se hubiese apiadado de tu padre; los adjetivos no son tan ásperos. Claramente siente cierta empatía con él.

Miró a Manuel que permanecía parado bajo el dintel de la puerta ventana que comunicaba a la terraza, mientras fumaba.

—Es verdad —reconoció Manuel—, también lo noté,

— ¿Por qué te habrá enviado un mensaje diciendo que lo sentía?

—No lo sé, Aldo —estalló de pronto superado por toda la situación. Se obligó a tranquilizarse, alterado no llegaría a ningún lado—. No tengo respuestas para tus preguntas —sentenció por fin—. Pero esa chica nos las dará, —agregó. En su rostro se reflejó toda su determinación.

Del bolsillo de su pantalón extrajo su celular. Pulsó un botón y aguardó. Maldijo por lo bajo cuando su llamado entró al buzón de voz.

—Querés hablar, pues hablaremos —sentenció autoritario—. Quiero una explicación a todo esto, Ester. No sabés de lo que soy capaz.

Cortó la comunicación y arrojó el celular contra uno de los sillones. Su voz había sonado tan helada que hasta a Aldo se sintió

intimidado. Esa chica iba a darle las respuestas que necesitaba o se enfrentaría a todo su poderío. Con él no se jugaba. Sin molestarse en compartir sus pensamientos con Aldo, se acercó a su escritorio y pulsó un nuevo botón en la centralita. Dos segundos más tarde, Florencia atendía.

—Necesito el legajo de Ester Aragonés. Quiero saber ¿cómo fue que ingresó?, también, cuánto hace que trabaja para la compañía y cómo fueron sus movimientos dentro de la cementera. Todo, Florencia —ordenó. No le importó si el pedido alteraba el horario de salida de su secretaria—. Lo quiero inmediatamente.

Colgó con violencia. Luego miró a Aldo que miraba concentrado su celular y parecía estar enviando un mensaje.

—Acabo de enviarte el dossier que confeccioné sobre esa chica —dijo sin apartar la mirada de su móvil. Alzó la vista y miró a Manuel con seriedad—. ¿Qué necesitas que haga?

—Que descubras qué pretende —indicó con enojo—. Quiero saber por qué hizo lo que hizo, y por qué dejó de hacerlo.

Aldo asintió y se puso de pie en el momento en que se oía la notificación de entrada de un mensaje en el celular de Manuel.

—Bueno, mándame el legajo en cuanto lo recibas así lo cotejo con el que te tengo —dijo simplemente—. Voy a empezar ya mismo, tu llamado la debe haber alertado.

—Gracias, Aldo. Mañana mismo te hago la transferencia por tus honorarios —informó Manuel con seriedad—. Avisame en cuanto tengas alguna novedad.

El llamado de Manuel le dio mucho que pensar. ¿Por qué demonios ahora preguntaba por Ester? Lo primero que llegó a su mente fue que debían tener una aventura con ella; era una linda chica, joven, aunque demasiado joven para él. Pero esa idea duró poco. Manuel definitivamente no era de esos. Tenía que pensar con mayor claridad.

Recapituló. Por un lado, durante las últimas horas, varios periodistas le habían preguntado por el blog y la información que desde allí se estaba difundiendo. Algunos argumentaban que el enlace ya no funcionaba y querían saber si Rauch había tenido que

ver con el asunto, ahora que abiertamente se hablaba del matrimonio de sus padres. Brenda había desestimado los rumores y al mismo tiempo les aseguró que no tenía información al respecto. El doble mensaje no hacía más que avivar la expectativa; ella lo sabía.

Por otro lado, Florencia acababa de comentarle que Manuel quería el legajo de Ester. Entonces una idea comenzó a gestarse en su mente. Sonrió. «Mosquita muerta, -pensó Brenda al unir las piezas-. ¿Quién lo hubiera pensado? Ahora que sé de Ester la situación cambia -se dijo saboreando el cambio de escenario-. Es hora de pasar a la siguiente etapa del plan».

CAPÍTULO 22

Detuvo su vehículo sobre la calle Loyola a pocos metros de Gurruchaga. Habían comparado información y lo que constaba en el legajo que la Cementera Rauch poseía sobre Ester Aragonés coincidía con mucho de lo que Aldo había averiguado. No obstante, a diferencia del dossier que Florencia le había enviado a Manuel, Aldo sabía que la chica había heredado un departamento en las inmediaciones de Parque Centenario; la propiedad había pertenecido a Cristóbal Landívar. ««Cristo»»

Aldo ubicó el edificio donde Ester vivía. El encargado se ocupaba de retirar la correspondencia de última hora. Aprovechó la oportunidad. Bajó de su automóvil, y se acercó dispuesto a obtener un poco de información. Buscando disimular su intención, enfrentó el tablero electrónico y simuló presionar el número del departamento. Antes de que el hombre desapareciera en el interior del vestíbulo, lo detuvo.

—Disculpe, ¿funciona el portero eléctrico? —preguntó cordial.

—Funciona —repuso el hombre sin acercarse.

El encargado lo miró de arriba abajo. Su aspecto oscuro lo cohibió primero y lo puso alerta después. Aldo detectó en los ojos del hombre que, con algo de aprensión, evaluaba la tajada que podría obtener. Se dejó estudiar; había sido una buena decisión lucir ropa costosa. «La gente baja la guardia cuando aparece alguien bien vestido y oliendo a ropa cara», pensó y se concentró en la situación con la que lidiaba.

Concedor de esos menesteres, llevó una de sus manos al bolsillo de su pantalón y extrajo un par de billetes de cien pesos que ya tenía preparado a tal efecto. Con discreción los colocó en la mano del encargado quien asintió y aflojó su semblante.

—Es que había quedado con la señorita Aragonés que pasaba a buscar algo —se apuró a comentar Aldo. El hombre asintió ya más relajado—. ¿Sabe si está en su departamento? Quedamos en vernos, pero no me atiende.

—Salió hace unos veinte minutos —informó sin resistirse.

—¿Tiene idea si volverá rápido? —preguntó.

—No lo sé. Llevaba una pequeña valija —respondió con la mirada clavada en la mano de Aldo, que volvía a deslizarse en el interior del bolsillo—, de las que se usan para subir al avión.

—Entiendo —dijo el detective, mostrándole el doble de billetes que la vez anterior—. ¿Se fue de viaje entonces?

—No lo creo —se apuró a responder dejando claro que algo más sabía pero que no hablaría sin un incentivo.

Un leve movimiento de la mano de Aldo hacia el interior del bolsillo bastó para que el hombre siguiera hablando.

—Tengo entendido que está vaciando un departamento que heredó y quiere vender —informó—. Seguramente estará por aquí de un momento a otro.

—Gracias —respondió Aldo evaluando sus siguientes pasos. Del bolsillo extrajo otro grupo de billetes que se apuró a entregar al hombre—. Creo que volveré más tarde.

Aldo se despidió amablemente, no sabía si tendría que recurrir a él en otra ocasión.

El hombre asintió y dándole la espalda cotejó la cantidad sin disimulo. Era su día de suerte, por responder tres preguntas tontas había terminado reuniendo mil quinientos pesos.

Ya en su automóvil Aldo decidió que esperaría a que la chica regresase. No tenía nada más interesante que hacer.

No había transcurrido ni media hora cuando su celular zumbó anunciando la entrada de un mensaje. Lo miró instintivamente y asintió al leer que Manuel aguardaba novedades. Con un pulgar para arriba le indicó que lo llamaría en cuanto supiese algo.

La suerte quiso que, en el momento en que alzaba la vista para contemplar la calle, una chica doblase la esquina; llevaba una pequeña maleta. Aldo creyó reconocerla y para cerciorarse cotejó su

imagen con la fotografía que tenía de ella en su dossier. Era Ester, no tenía dudas.

Dejó la camioneta y apurando el paso cruzó la calle. Se detuvo frente a la entrada del edificio, simulando encender un cigarrillo en el momento en que la chica colocaba la llave en la cerradura y arrastrando un pequeño *carrión* ingresaba en la propiedad. Afortunadamente para Aldo, la muchacha llevaba auriculares, gracias a lo cual no escuchó cuando él impidió que la puerta se cerrase completamente. Para no alertarla, pretendió estar buscando un departamento en el tablero. Con todos los sentidos puestos en los movimientos de Ester, aguardó a que desapareciera de su campo visual. Una vez que el palier estuvo desierto, se deslizó dentro.

No tardó mucho en alcanzar la segunda planta. Fue directo a la puerta del departamento A; sabía que esa era la unidad que le interesaba. Golpeó con firmeza, tres golpes secos y parejos, y retrocedió un paso, no quería asustarla innecesariamente. Aguardó.

—Hola, Ester —dijo cuándo la puerta finalmente se abrió. La miró directo a la cara y le dispensó una sonrisa soberbia—. Me gustaría cruzar unas palabras con vos.

—¿Quién es usted? —preguntó desconcertada porque ese hombre la conociera.

—Soy amigo del ingeniero Rauch —respondió Aldo dando un paso hacia ella tan rápidamente que le impidió reaccionar.

Una vez dentro, Aldo cerró la puerta sin apartar su penetrante mirada de ella. Su actitud era intimidante; su serenidad aterradora. Era muy consciente del efecto que su aspecto causaba y solía aprovecharse de eso. Avanzó receloso recorriendo con rapidez el lugar con la mirada como quien reconoce el campo de batalla. Se detuvo sobre la mesa donde descansaban dos libretas y un sobre blanco con la leyenda Crimen #2 en el centro. Las libretas eran de tapa negra, con etiquetas blancas, centrales, escritas en claras letras de imprenta: Rauch 1946—1981, decía la primera; movió la mirada a la segunda. Rauch 1981—1991.

Volvió la vista a Ester, que temblaba mentalmente paralizada. No dijo nada; todavía le costaba comprender como esa chica de

insignificante apariencia, había llevado a un tipo como Manuel Rauch a ese estado de alteración.

Ester no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Le costaba asumir que finalmente la habían descubierto. Una cosa era imaginarlo y otra muy distinta era vivirlo. Que Rauch supiera que había sido ella, no era nada bueno. El tipo era un hombre poderoso que podía aplastarla como a una hormiga si resolvía a hacerlo. Afortunadamente había logrado llevar a buen resguardo la mayoría de los documentos. Solo esperaba que aceptase hablar con ella y comprendiese sus razones.

—A ver, Ester —dijo Aldo de un modo por demás intempestivo—. El ingeniero Rauch está bastante disgustado con toda esta situación que generaste —exclamó con aspereza. Ester comenzó a temblar. La tensión que se respiraba en esa habitación era insoportable—. Así que déjame decirte qué es lo que vamos a hacer —agregó con voz helada. Autoritariamente señaló una silla indicándole que tomara asiento—. Te vas a sentar ahí y vas a intentar convencerme de que le informe a Rauch que no tiene por qué presentar cargos en tu contra —siguió diciendo sin levantar el tono de voz. Dio un paso hacia ella. Displicentemente miró su costoso reloj pulsera—. Son apenas las nueve, tenés tiempo hasta la medianoche.

La situación era por demás complicada. Pensando en qué decir para tornar el escenario a su favor, Ester asintió obediente y se sentó. Hacía días que tenía pesadillas; soñaba con Rauch que, furioso por lo que ella había hecho, la arrojaba a un oscuro calabozo. Respiró hondo procurando controlarse. Solo tenía que seguir el plan trazado para que todo terminase bien para todos. No era tan difícil.

Aldo tomó una silla y, luego de acomodarla frente a la chica, se sentó, aguardando a que ella comenzara a hablar. La estudiaba de un modo penetrante buscando cohibirla, ponerla nerviosa impidiéndole pensar con claridad. No obstante, detectaba algo contradictorio en ella; su mirada revelaba que bien podría ser capaz de llevar adelante un chantaje, pero su actitud mostraba una vulnerabilidad tan grande que lo hacía dudar. No sabía que creer.

— Te recomiendo empezar por el principio —presionó Aldo. Se cruzó de piernas y encendió un cigarrillo sin abandonar la actitud arrogante—. Necesito entender por qué cometiste todos los delitos que cometiste.

—Yo no... —protestó la chica temerosa.

—Claro que sí —la interrumpió Aldo con aspereza—. Ni siquiera lo pensaste ¿verdad? ¿Creíste que usando la computadora de la cementera jamás te encontraríamos? Pero hay cámaras en toda la residencia y ellas han registrado cuando retirabas sin autorización el equipo desde donde subías las entradas al Blog. Eso, entre otras cosas.

Hizo una pausa permitiéndole a Ester asimilar lo que estaba diciendo. La chica estaba asustada y eso le dio cierto margen para exagerar.

—Por qué no intentas explicarme qué te llevó a hacer tamaña locura —intervino cuando las primeras lágrimas se deslizaron por las mejillas de Ester y el mentón le tembló—. ¿Por qué te tomaste el trabajo de intentar romperle las pelotas a Rauch con todas esas mentiras? ¿Es dinero lo que buscás?

—¿Sacarle dinero? —preguntó como si la pregunta la tomara por sorpresa. Sacudió su cabeza—. No, claro que no. Y no son mentiras. Todo es verdad —fue lo primero que alcanzó a decir—. Pocas horas antes de morir, mi abuelo me puso al corriente de lo que Enrique Rauch hizo a mi familia. Él me legó las pruebas para que sacara todo a la luz.

La chica hablaba con convicción, Aldo lo notó. Podía ser muy sincera o tener bien estudiado el discurso. La dejó hablar sin interrumpirla por unos minutos. A medida que avanzaba en su relato sus palabras cobraban fuerza y se cargaban de angustia y rencor. El enojo se mezclaba con la rabia y la frustración, provocando fisuras que la traicionaban. De pronto fue claro lo mucho que la afectaba lo que ella misma había provocado; el asunto se le había ido de las manos y no tenía idea de cómo pararlo.

—Solo quería verlo expuesto, incómodo. Quería que lo cuestionaran; que lo miraran con duda y algo de desprecio; que

dejara de vanagloriarse de su apellido. Quería que sintiera vergüenza de quien es.

Hizo una pausa y por unos segundos se perdió en sus pensamientos. Aldo la observaba con atención, buscando en sus gestos algún indicio que le confirmara si era verdad o mentira lo que decía.

—Jamás imaginé que todo terminaría como terminó —balbuceó quebrando el silencio. Se le quebró la voz y avergonzada cubrió sus ojos con una mano—. Yo creía que se trataba de la cementera; de los orígenes de la familia Rauch. Creía que los Rauch nos habían robado. Jamás pensé...

Fue la tristeza mezclada con el miedo, la vergüenza y algo de desolación lo que esta vez notó en su voz. Ester hablaba de un desenlace impensado; de un final de una magnitud desconcertante. Lo miró directo a los ojos; los tenía vidriosos, cargados de lágrimas.

—Sólo quise darle una lección —concluyó superada por sus propias palabras.

Aldo se tensó. Algo había cambiado en el discurso de la chica que parecía no encajar. Le permitió desahogarse, era evidente que necesitaba hacerlo y él quería toda la información que ella pudiera darle. Hablaba de sus padres, de sus tempranas muertes y de cómo su abuelo la cuidó desde entonces. El relato se tornó desordenado. Lo despistó el cambio de escenario y necesitó traerla de vuelta al punto de interés.

—¿Descubriste algo más además de lo de la Cementera?

La chica asintió, perdida en sus cavilaciones, consciente de que lo que estaba por decir lo conmocionaría de un modo brutal.

—Le costará creerlo —murmuró temerosa, ensimismada—. No le va a gustar nada.

—¿De qué demonios estás hablando, Ester? —preguntó Aldo intrigado.

El silencio se intensificó por varios segundos. Se miraron y entonces Ester respiró hondo y habló.

—A Antonio Rauch intentaron asesinarlo. El accidente fue planeado. No hubo error humano —sentenció Ester con aplomo y seguridad—. Mi padre antes de morir investigaba ese accidente; él

sostenía que Antonio estaba en medio de algo; había gente que lo consideraba un estorbo. En una anotación mi padre escribió que temía que el próximo objetivo fuera Manuel.

Las palabras de la chica lo sacudieron de tal forma que lo único que pensó Aldo fue en la reacción de Manuel al enterarse. Una vez que asimiló lo escuchado, alzó la vista y miró a Ester que parecía aguardar su reacción. Eludiendo su mirada, Aldo se puso de pie y se acercó a la mesa. Sus ojos se posaron en el sobre blanco; en el rótulo que anunciaba que se hablaría de un crimen, lo tensó. Pasó a mirar las libretas. Tomó una y la estudió muy por arriba. Contempló la otra con creciente curiosidad. Entre las dos abarcaban casi cincuenta años de historia.

—Es verdad lo que le digo —insistió la chica—. Sé de buena fuente que Manuel debió estar en ese avión. Mi padre lo sabía y lo dejó registrado.

Esta última afirmación fue la que terminó de convencer a Aldo. Sin demorarlo más buscó su celular en el bolsillo de su pantalón y llamó a Manuel para ponerlo al tanto de lo descubierto.

CAPÍTULO 23

El vuelo llegó en horario. Fue uno de los mejores que Ana había abordado. La aeronave apenas se había movido, permitiéndole descansar, algo que agradecía ya que en pocas horas debía estar presentable y despejada para la reunión con Manuel.

«Manuel», pensó inquieta al acercarse a las puertas que la separaban del hall central. Aunque conocía la respuesta, no pudo evitar preguntarse si él la sorprendería con su presencia. Sinceramente no lo creía, pero en uno de sus últimos comentarios hizo que se ilusionara con esa posibilidad.

El hall central estaba atestado de gente, cuando Ana atravesó las puertas corredizas. A su vuelo se sumaban uno procedente de Nueva York y otro de Madrid. Era un caos de gente abrazándose, conductores con carteles que buscaban pasajeros, y viajeros solitarios deseosos de abandonar el aeropuerto. En el lugar reinaba tal alboroto que era impensado imaginar a Manuel en ese loquero de gritos y movimiento. Sonrió ante la sola idea.

Quien sí se encontraba entre el gentío, era su hermano Rodolfo que la saludaba con una ancha sonrisa en los labios. Ana le devolvió la sonrisa y, eludiendo bolsos y personas, se acercó a él. Se fundieron en un fuerte y prolongado abrazo, llevaban meses sin verse.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó Rodolfo.

—Muy bueno. Creo que es la primera vez que duermo desde que retiraron la cena hasta el desayuno.

—Un lujo envidiable.

—La verdad que sí.

En el exterior el día estaba algo nublado, plomizo y húmedo. Rodolfo se las ingenió para apurar la salida. Quería ganarle un poco de tiempo al tráfico. Eran las siete de la mañana de un lunes, pronto

la autopista que conducía al centro de la gran ciudad se tornaría intransitable.

Dejaron el Aeropuerto conversando sobre la familia. Sus padres se encontraban en Bariloche, adonde habían viajado para visitar a su hijo mediano, quien desde hacía más de una década estaba instalado allí con su familia.

Rodolfo, por su parte, era director de una de las más reconocidas clínicas de Buenos Aires. Era un cirujano de prestigio que esa mañana, muy amablemente, hacía de chofer de su hermana. Llevaba más de quince años de casado con Silvia y tenían tres hermosos y revoltosos varones que decían querer ser médicos como sus padres.

—Bueno, no entendí qué te traía a Buenos Aires en esta ocasión —dijo Rodolfo, una vez que pasaron uno de los peajes—. Pensé que ibas a venir para Navidad.

—Eso sigue en pie —respondió—. Este es un viaje relámpago de negocios. Me quedo una semana —agregó—. La constructora para la que trabajo ganó una licitación y estamos ajustando algunos detalles. Esta tarde tengo una reunión con el representante de la Cementera que contrataremos. Mañana a la noche salgo para Mendoza, donde mantendremos reuniones con gente de la gobernación.

—¿Salimos? ¿Mantendremos? ¿De quién hablás?

—Viajo acompañando a uno de los directores de la Constructora —aclaró—. Supuestamente él llegó ayer con su esposa.

—Mira vos. Mencionaste una ¿Cementera? —preguntó Rodolfo como si ese detalle fuera el de mayor importancia—. Supongo que...

—Sí, es Cementera Rauch —respondió Ana interrumpiéndolo.

—¿Vas a reunirte con Manuel?

Cayeron en un profundo pozo de silencio. Rodolfo no tenía nada contra su excuñado, pero no quería volver a ver llorar a su hermana.

—No quiero verte sufrir, Ana —dijo Rodolfo de la nada—. Siempre supe que Manuel te quería, nunca puse en tela de juicio sus sentimientos hacia vos, pero es un hombre casado con dos esposas sumamente absorbentes.

—Lo sé —dijo Ana con algo de pesar—. La Cementera y los hoteles son contrincantes difíciles. Nadie lo sabe mejor que yo.

Hizo una pausa y miró a Rodolfo con complicidad.

—Pero lo quiero —continuó Ana—. Cuando cinco años atrás tomé la decisión que tomé, sabía que sería difícil olvidarlo y creí lograrlo —siguió diciendo con franqueza. Hizo una pausa y ordenó sus pensamientos—. Nos encontramos hace unos meses en Las Vegas —agregó. Necesitaba compartir con su hermano lo que sentía en ese momento—. Te juro que cuando me mira me siento querida. No puedo contra esa mirada.

—Porque te quiere —reafirmó Rodolfo—. Siempre te quiso.

—Y yo a él. Saber que en un par de horas lo veré me acelera el corazón.

Rodolfo asintió sin sumar comentarios. Sabía de sobra lo que su hermana sentía. No necesitaba que lo dijera. La había consolado cuando lloraba porque su marido se olvidaba de ella, y la había escuchado con atención cuando, ya divorciada, le confesaba lo mucho que lo extrañaba. Sabía fehacientemente que se amaban profundamente, pero parecían estar en sintonías diferentes.

—¿Qué hay del otro asunto? —quiso saber Rodolfo.

—Ya está encaminado —respondió sin deseos de dar detalles—. A mi regreso debo reunirme con el médico para tomar las últimas decisiones.

Rodolfo asintió sin sumar comentarios. No quería volver sobre lo dicho; ya había expresado cuál era su postura al respecto. Allí murió el tema, ninguno deseaba seguir hablando de ese asunto.

Detuvo el vehículo frente al hotel Hilton y se volvió hacia Ana.

—Silvia quería que vinieras a cenar a casa —dijo Rodolfo estirando su cuello para despedirla con un beso en la mejilla.

—En un rato me reúno con Craig —comentó—, Cuando vea la agenda que tenemos, voy a poder decirte. Esta noche quedé que cenaba con Manuel.

Rodolfo la miró con desconfianza.

—Cuando el americano y Manuel terminen de repartirse tu tiempo, veremos qué espacio le queda a este pobre hermano —aventuró divertido.

—Nada de eso —respondió risueña—. Te llamo por la noche. Ahora quiero registrarme y dormir un rato. Tengo una reunión a la una y a las cuatro debemos estar en la cementera.

—Vaya a descansar, señora ocupada —agregó con picardía—. Saludos a Manuel. Nos vemos luego.

Le costó conciliar el sueño; prácticamente no había pegado un ojo. Lo que Aldo le había dicho la noche anterior lo había conmocionado de tal forma que parecía ser lo único que ocupaba su mente. Jamás se le había ocurrido poner en tela de juicio el accidente de su padre. La idea de que fuera provocado le producía una sensación desestabilizadora que lo llevaba a preguntarse si durante todo el tiempo que su padre permaneció en coma, su alma flotó entre ellos a la espera de que se descubriera la verdad.

Le costaba razonar esa información; lo desconcertaba este nuevo giro. Según Aldo la chica sostenía que tenía pruebas de todo cuanto decía. La mejor prueba de ello era que demostraba saber bien lo que ese día ocurrió. Era cierto que él debió haber estado en esa avioneta y ese no era un detalle de público conocimiento.

De pronto, la situación de la cementera y lo difundido por el blog de Cristo careció de importancia frente a la posibilidad de que el accidente de su padre fuera en realidad un intento de homicidio.

En algún momento cayó dormido, para enredarse en sueños tumultuosos con indicios de pesadilla, que parecían enlazarse hasta decantar en el momento en que el avión de su padre se estrellaba en el campo de la familia.

Era entrada la mañana cuando despertó asustado, sudado y agitado. Algo desorientado miró a su alrededor, la claridad era intensa y un zumbido se intensificaba a cada segundo. Miró a su alrededor y divisó su teléfono. Lo tomó sin pensar.

—¿Ingeniero?

—Sí, ¿qué pasa? —respondió casi automáticamente.

—¿Está usted bien?

La voz de su secretaria lo terminó de despertar. Tardó en reaccionar, sintiéndose perdido en el tiempo y el espacio, miró a su alrededor.

—Sí, estoy bien, Flor —respondió con voz pesada cuando se sintió algo recuperado — ¿Sucedió algo?

—El licenciado Cordero me confirmó la reunión con los directivos de la Constructora Armendaris. —informó algo preocupada por el extraño proceder de su jefe—. Quería saber si usted sería de la partida.

Manuel se irguió de golpe, tan inmerso había estado con lo descubierto sobre su familia que no había recordado que ese día Ana llegaba al país. «Maldición».

—Decile a Matías que la reunión se hará en mi despacho; que comiencen sin mí, me sumaré luego —ordenó dejando de un salto la cama y encarando el cuarto de baño—. Quiero un almuerzo liviano en media hora.

—Está bien. ¿Algo más?

Manuel pensó un momento y de la nada una necesidad se tornó apremiante.

—Si, dos cosas. Conseguime todos los antecedentes de la Cementera. Informes desde sus orígenes, sus finanzas, la mayor cantidad de información posible de absolutamente todo —indicó apurado de camino al cuarto de baño. Se detuvo antes de ingresar y sonrió—. También averiguá donde se hospeda Ana Lammens, quiero que le envíes cinco docenas de rosas rojas.

La ducha terminó de despejarle la mente. Por un buen rato se olvidó de Cristóbal Landívar, los chanchullos de su abuelo, la muerte de su padre y la cementera. Su mente se focalizó en Ana y automáticamente en su pecho se instaló una emoción reparadora que lo sosegó.

Mientras se secaba reparó en que ni siquiera le había enviado un mensaje dándole la bienvenida. «Maldita sea —balbuceó—. Por qué mierda siempre se me pasan estos detalles». Anudó una toalla a su cintura y salió del cuarto de baño. Buscó el celular que había dejado en uno de los estantes del guardarropa y envió un mensaje. *Bienvenida, cuento las horas para verte*. Lo primero que notó fue que Ana estaba en línea. Ansioso, aguardó por una respuesta; pero esta nunca llegó y Manuel se quedó con la duda de si Ana se había ofendido por su descuido. Bueno, ya se enteraría. «Qué remedio».

Media hora más tarde salía a la terraza privada donde la señora Alameda había dispuesto la mesa bajo una amplia sombrilla. Al ver que Manuel aparecía se acercó cargando una bandeja y colocó el plato de ensalada frente a su jefe. Antes de retirarse relleno su copa con vino blanco y le entregó un mensaje que Florencia le enviaba.

Lo agradeció y desdobló el papel con curiosidad. *Acaba de ingresar al edificio*, leyó. Manuel sonrió complacido y dejó descansar la nota junto a su plato. Luego tomó la servilleta y la colocó sobre su falda. Con tranquilidad se dispuso a disfrutar de su almuerzo. Ana ya estaba en sus dominios, pero no pensaba salir corriendo.

Ana ingresó a la residencia acompañando a Craig Morris, representante comercial de Constructora Armendaris. En su pecho, su corazón sufría palpitaciones que replicaban con cada paso que daba al avanzar por el corredor que la conducía al despacho de Manuel. Se había esmerado en su atuendo, quería verse bien; quería gustarle. Luego de muchas vueltas, había optado por un vestido de crepe beige con un fino cinturón color suela que hacía juego con los delicados zapatos de fino taco. Llevaba el cabello oscuro apenas recogido en la base de la nuca y el maquillaje suave, tal como le gustaba a Manuel.

Ana no se perdía detalle. La casona era exquisita y, aunque la notaba remodelada, los ambientes no habían perdido ni su impronta, ni su glamoroso aspecto. Ana bajó la vista y contuvo la sonrisa al recordar el día que Manuel la llevó allí para presentarla a su madre. Sonia le había sonreído pero, en sus ojos, Ana había percibido el rechazo de la mujer; nadie era demasiado buena para Manuel. Eso siempre lo tuvo claro.

Una joven secretaria los aguardaba en el extremo del largo corredor. A la distancia, Ana la observó con detenimiento; no pudo evitarlo. La chica era joven, atractiva, un poco por debajo de los treinta años. Era delgada y esbelta, enfundada en un elegante vestido color celeste con un decoroso escote que le sentaba perfectamente. El cabello oscuro, lacio y prolijo alcanzaba la altura de los hombros, enmarcando un rostro agradablemente armónico.

Desvió la vista hacia Craig Morris y, por el solo hecho de decir algo que aplacara sus nervios, le comentó que estaban en horario

pero que seguramente los hicieran esperar unos minutos.

Florencia, la secretaria de Manuel, los recibió y sin dilación los guió al despacho de su jefe donde el director Comercial los esperaba.

Tras una sonrisa condescendiente, Ana disimuló la desilusión que le produjo enterarse que Manuel no sería de la partida finalmente. Una vez dentro del despacho, la impactó sentirse completamente rodeada por la presencia de su exmarido, aun cuando él no estaba allí. Todo cuanto se encontraba en esa estancia tenía su sello. Un abanico de detalles de la vida de Manuel se presentó ante sus ojos, aspectos que sencillamente desconocía; fotografías con gente que jamás había visto, accesorios que a Ana nunca se le hubiese ocurrido obsequiarle.

Volvió a la realidad cuando escuchó la voz de un hombre saludándolos. Matías Cordero era corpulento y sonriente, de aspecto más comercial que jovial. A su lado se encontraba una llamativa mujer de lacia cabellera rubia enfundada en un vestido ajustado a quien Cordero presentó como Brenda Green, encargada de Relaciones Públicas, Prensa y Difusión. La mujer estrechó sus manos en el momento en que Craig Morris se presentaba y Ana hacía lo propio.

No le pasó desapercibido el impacto que su nombre causó en la mujer y no tuvo dudas de que la relación con Manuel superaba la profesional. Apretó los dientes, preguntándose si eso continuaría. Recordaba haberla visto en China junto a Manuel.

La reunión comenzó sin más demora. Morris y Cordero previamente habían acordado los pormenores, de modo que enfocaron la conversación en cómo se implementaría el traslado a Mendoza para luego pasar a conversar sobre otros proyectos en los que Constructora Armendaris estaba interesado. A Ana le costaba concentrarse y tomar nota; le resultaba de lo más violento sentirse tan estudiada por la mujer de Prensa que se había quedado junto a Cordero.

Hacía ya más de veinte minutos que dialogaban cuando la puerta se abrió silenciosamente, alterando el clima de la reunión. Los

presentes voltearon a mirar a Manuel que, con una media sonrisa, ingresaba al despacho adueñándose de la atención de todos.

—Buenas tardes, sepan disculpar la interrupción.

Su voz sonó tan firme y fue tan contundente, que nadie tuvo dudas de que era quien todo lo definía. Se acercó a la mesa y estrechó la mano de Morris con prestancia y aplomo. Luego se volvió hacia Ana a quien le dedicó una sonrisa especial.

—Ana —dijo a modo de saludo. Estiró su cuello para depositar un beso en su mejilla—. Por fin.

—Hola, Manuel.

Se contemplaron un segundo procurando disfrazar la emoción del reencuentro. Manuel fue el primero en recobrar la compostura, volviéndose hacia el resto de los presentes.

—Por favor, Matías, continúen —dijo con elegancia y se ubicó en la cabecera de la mesa.

Cordero retomó la conducción de la reunión y a grandes rasgos informó a Manuel sobre lo que habían estado acordando. El americano aportó lo suyo. Manuel asentía ante cada afirmación y no tardó mucho en comprender que estaban dando vueltas en círculos, la reunión hacía rato que debía haber terminado. Le debía una grande a Matías.

Ana repartía sus miradas entre Cordero y Morris, que hablaban de futuros contratos. Era consciente de que Manuel la miraba y de que la rubia de prensa en dos ocasiones se estiró para hablarle al oído. Dos puntos quedaron claros para Ana respecto de la encargada de Prensa; tenía o había tenido algo que ver con Manuel y estaba demostrárselo.

—Mañana salimos para Mendoza —comentó el americano y miró a Ana buscando más información—. No recuerdo la hora —le dijo.

—Tenemos vuelo a las veinte treinta —respondió Ana.

—Sí, eso —dijo Morris y volvió a mirar a Cordero—. Estaremos allí unos dos días...

—Tres, Craig —lo corrigió Ana—. Regresamos el viernes por la noche. A último momento se sumó una reunión con gente de infraestructura.

Manuel se mantuvo al margen, pero prestaba suma atención a todo cuanto decían. No tenía idea de que Ana permanecería tan poco tiempo en Buenos Aires; nunca había mencionado Mendoza. Eso lo llenó de contrariedad y frustración. Había hecho planes.

Su celular zumbó. Bajó la vista para descubrir que Aldo intentaba ponerse en contacto con él. Se puso de pie y automáticamente la conversación se interrumpió.

—Disculpen —dijo simplemente—. Por favor continúen. Ya regreso.

Salió del despacho por el ventanal hacia el pequeño balcón terraza. Aldo sólo quería confirmarle que ya se encontraba en el departamento con Ester. La chica le había enviado un mensaje; quería hablar.

—Ella insiste con que tiene que hablar con vos —comentó Aldo—. Dice que tiene muchas más pruebas que pueden ayudarte a entender.

—¿Me quiere chantajear? —Fue más una afirmación que una pregunta que escupió Manuel de modo desafiante—. No pienso rebajarme a la altura de esa delincuente. —sentenció sin disimular su contrariedad—. Que te diga qué es lo que pretende y tal vez entonces nos sentemos a hablar.

—Está bien —respondió Aldo—. Con respecto al accidente de tu padre, acabo de hablar con un viejo amigo que me debe algunos favores. Estoy esperando me confirme cuándo puedo reunirme con el expediente de la investigación del accidente.

—¿No pasó demasiado tiempo? —preguntó Manuel.

—Guardan los archivos.

—Me parece una locura Aldo —comentó Manuel un tanto superado por la situación—. Nunca imaginé algo así.

—Bueno, tranquilo —dijo Aldo sin saber qué otra cosa decir—. En unas dos horas pasó a verte.

Al terminar la conversación, Manuel se tomó unos segundos antes de regresar al interior. Pensar en el accidente de su padre le provocaba un nudo tan grande en la boca del estómago que le costaba respirar.

La reunión se estaba levantando cuando volvió al despacho. Cordero y el americano conversaban sobre las bellezas de Mendoza, mientras Ana intercambiaba tarjetas con Brenda. Le resultó algo bizarro verlas juntas y lo único que rogó fue que Brenda no se pasase de la raya, ni hiciera comentarios inconvenientes.

—Espero disfruten de las bondades de Mendoza —comentó Manuel, acercándose al grupo—. Le recomiendo visitar alguna de las bodegas de esa provincia. No tienen desperdicio.

—Así he oído, creo que está en agenda hacerlo —respondió—. Tenemos un par anotadas, ¿verdad?

El americano miró a Ana con complicidad; ella asintió con una sonrisa. A Manuel se le tensó el estómago de solo ser testigo de ese intercambio. Los celos lo traicionaron ensombreciéndole el semblante y la mirada que le dirigió a Ana por poco la atraviesa.

—Un gran placer hacer negocios con ustedes, Mr. Rauch —dijo Craig Morris con cordialidad.

—Lo mismo digo —respondió Manuel esforzándose por mostrarse cordial.

—Vamos, Ana —dijo Morris mirándola por sobre su hombro.

Morris encaró la puerta dejándola frente a Manuel. Él se mantuvo rígido, detestaba sentirse fuera de su vida; le costaba digerir que se marcharía de allí con otro hombre.

Ana le sostuvo la mirada y lentamente fue esbozando una sonrisa delicada; todavía podía leer claramente su rostro. Se acercó a Manuel y simulando despedirse de él con un beso en la mejilla, le susurró al oído.

—Craig viajó acompañado de su esposa —deslizó disfrutando el momento.

Se separaron y Ana lo miró divertida por sentirlo celoso. También lo estaba de la tal Brenda que no perdía oportunidad de susurrarle al oído o tocarlo; pero procuró que no se notara.

Manuel entornó sus ojos y, sin apartar la mirada de Ana, le pidió a Morris si podía hablar un segundo a solas con ella.

Si el pedido sorprendió a los que allí estaban no se notó. Solo Brenda, al oírlo, reaccionó acercándose a Manuel para recordarle que tenían una reunión con un periodista.

—Que espere un momento, Brenda.

En pocos segundos todos salieron del despacho. Manuel tenía la mirada clavada en los ojos negros de Ana que brillantes le transmitían emoción. Había algo de deseo allí, él también lo notó. No perdió tiempo, tomó el rostro de Ana entre sus manos y estampó sus labios contra los de ella. Jugó con ellos un instante permitiendo que sus bocas se reencontrasen, se reconociesen y Ana no tardó en abrir sus labios invitándolo a entrar.

El beso fue una vez más un reencuentro; corto, pero intenso, había avidez en la búsqueda del otro y también mucho sentimiento. Apenas separándose de ella, Manuel absorbió su aroma y se estremeció.

—Por fin —susurró acercando su boca una vez más a la de ella —, te extrañaba —agregó antes de volver a besarla.

Los besos se intensificaron y si no continuaron fue porque alguien golpeó a la puerta. Se separaron y Ana le sugirió que debía ser Brenda quien los interrumpía.

Sin esperar respuesta, la puerta se abrió a la espalda de Ana. Su intuición no le había fallado; la encargada de prensa asomó la cabeza recordándole a Manuel que los estaban esperando. Manuel asintió y con un gesto de su mano le indicó que estaba al tanto.

—¿Dónde quieres cenar? —dijo Manuel pasando por alto el hecho de que Brenda continuara observándolos.

—Donde quieras, pero preferiría un lugar tranquilo donde podamos conversar sin ser molestados —respondió Ana.

—¿Dónde estás parando? —le preguntó rodeándola con sus brazos por la cintura.

—En el Hilton —respondió, sosteniéndole la mirada mientras en su pecho su corazón galopaba a un ritmo parejo.

—¿Irte a la competencia es una manera de seguir castigándome? —deslizó él de mala gana.

—Es un viaje de negocios, Manu —explicó ella posando sus manos sobre el pecho de Manuel, sin apartar la mirada de sus ojos —. Armendaris tiene convenio con Hilton.

—Desde ya te digo que no pienso pisar el lobby de ese hotel.

—No lo había tenido en cuenta —reconoció Ana dispensándole una sonrisa tan cautivadora que lo estremeció—. Puedo aguardar en la vereda.

—Ya veremos. Por lo pronto conozco el lugar perfecto para esta noche —deslizó enigmáticamente—. Te vas a sorprender.

—Sorpréndeme llegando —fue la respuesta de Ana.

—Estate lista para las 9 y esta noche no dormirás en ese hotel —sentenció casi en un susurro—. Esa sí es una promesa.

Ana asintió con una sonrisa y luego de depositar un beso en la limpia mejilla de Manuel, giró hacia la puerta donde su mirada se cruzó con la de Brenda, que parecía bastante contrariada.

La emoción que le produjo el reencuentro con Ana se desvaneció en cuanto, dos horas más tarde, Aldo se presentó en su despacho. Se lo notaba tenso, cansado; él tampoco había dormido mucho.

—Todavía estoy procesando lo que me dijiste ayer —confesó Manuel luego de los saludos—. Siento que acabamos de dar un giro de ciento ochenta grados.

—Podría decirse que así es —aceptó Aldo—. Todavía me cuesta unir todas las piezas.

Miró a su alrededor y al detectar la puerta encaró hacia la salida. Una vez en el balcón, encendió un cigarrillo y se sentó en uno de los bancos junto a la pared. De reojo miró a Manuel que se detuvo a su lado, pero no se sentó.

—¿Te dijo qué quiere con exactitud? —preguntó de pronto.

—Ella repite que tiene pruebas sobre el accidente de tu padre —respondió tras darle una larga aspirada al cigarrillo—. Quiere compartirlas con vos. Pero quiere dártelas en persona. Dice que eso la tiene asustada.

Manuel contuvo la respiración. Miró a Aldo que cotejaba las notas de su libreta.

—¿Qué me sugerís?

—Yo la escucharía —reconoció. Le dio una larga calada a su cigarrillo y liberó el humo lentamente—. Para mí, su objetivo cambió cuando descubrió lo del accidente —respondió con firmeza.

Aldo hizo una pausa y miró a Manuel que seguía sus palabras con ceño fruncido.

—Sin embargo, hay algo que la chica no mencionó y a mí me hace ruido —continuó Aldo de pronto pensativo.

—¿Qué? —quiso saber Manuel

—La muerte de Aragonés, tan cerca de la de Antonio —respondió—. Solo seis meses las separan. Es llamativo lo cerca que fue una de la otra. No sé, algo ahí me hace ruido —reconoció—. No me agradan ese tipo de coincidencias.

—Me importa poco y nada la muerte del padre de ella —repuso Manuel despectivo—. Pero cuesta creer lo de las pruebas...

Aldo asintió comprendiendo a qué se refería. En algún punto que una chica de cortos veintidós años estuviese poniendo las pautas en un tema tan delicado debía estar hiriendo su orgullo. Bajó la vista al morral que llevaba colgado del hombro y de su interior extrajo dos libretas.

—Para que creas que ella habla en serio te manda esto —comenzó diciendo al extenderlas a Manuel—. Son las libretas sobre las cuales fue subiendo la información al blog y también el capítulo que debió haber aparecido ayer. Dice tener un documento con toda la historia ya armado.

Manuel tomó primero el sobre y extrajo de su interior las hojas impresas. Frunció el ceño al leer las primeras líneas. Tal y como se esperaba, Cristo hablaba de Antonio y Sonia Rauch; aclarando el Mondini entre paréntesis y remarcando que Sonia jamás usó el apellido de su esposo. Era por lejos la entrada más larga y no escatimaba en detalles sobre un matrimonio desastroso que había sido consensuado por necesidad y ambición. El amor nunca entró en juego. Claramente dejaba sentado que esa unión estuvo llena de traiciones, infidelidades, peleas y amenazas. Nada bueno podía surgir de algo así. El capítulo terminaba hablando del nacimiento del futuro heredero.

No lo podía creer. La historia de su familia prácticamente estaba siendo ventilada de un modo tan desagradable como humillante. Tenía que frenar eso a como dé lugar.

De reojo contempló ambas libretas y las estudió con desconfianza. Lo mal predisponía lo que podría descubrir en esas páginas. Aunque tomaba con pinzas lo que allí se aseguraba, era consciente de que mucho podría ser cierto; y quizás desagradable.

—¿Qué va a suceder con el blog? —preguntó Manuel con aire ausente sin apartar la vista de las libretas—. No quiero toda esa basura dando vueltas.

—Me aseguró que ya no ha subido nada más, —informó—. Lo último fue lo de tus padres, pero que ayer suspendió la publicación. Le dio miedo hablar del accidente de Antonio.

Se negaba a dar crédito a lo que Aldo decía. Se negaba a aceptar que para él también era demasiado llamativa la cercanía de ambas muertes. Un dolor agudo, casi imperceptible asomó en su pecho. Logró controlarlo.

—No sé si creer eso —dijo Manuel contrariado—. Sigo pensando que lo que quiere es plata —deslizó corrosivo—. Ahora que la descubrimos, armó toda esta historia del accidente....

—Puede ser —reconoció Aldo—. Pero se la escucha muy segura, tanto sobre lo sucedido entre la constructora y la cementera, como sobre el accidente.

—Ella puede mostrarse muy segura, pero lo cierto es que en el blog habla de una empresa que dejó de existir hace más de medio siglo —continuó Manuel intentando ordenar la información que tenía—. Mi abuelo creó la cementera que no tiene, ni nunca tuvo nada que ver con la Constructora —se defendió Manuel—. Pero no me parece que jurídicamente tenga sustento. El accidente de mi padre apareció por varios meses en todos los diarios del país. La información está disponible en muchas hemerotecas.

—Es cierto, para estar seguros sobre el peso de las pruebas sobre la Constructora deberías llamar a tu amigo, el contador que te habló de los libros contables y mercantiles —sugirió Aldo.

—Si tenés razón. Eso haré —accedió Manuel—. Quiero este tema cerrado cuanto antes.

Manuel guardó silencio por unos segundos procurando ordenar sus pensamientos. Luego Miró a Aldo.

—De lo de mi padre, ¿alguna novedad?

—Todavía no tengo respuesta de mi contacto sobre el expediente del accidente de Antonio —respondió Aldo—. Te avisaré en cuanto tenga algo. Puede tardar unos días.

—Está bien, lo entiendo —dijo resignado. Se alejó de la mesa y encendió un cigarrillo—. Aldo se trata de la posibilidad de que hayan intentado asesinar a mi padre, pago lo que sea que haya que pagar para llegar a la información que necesitamos — sentenció con voz tensa asimilando el peso de lo que acababa de decir.

—Entendido —accedió Aldo antes de marcharse.

Regresó a su despacho unos segundos después de la partida de Aldo, e intentando comprender un poco mejor dónde estaba parado, le envió un audio a Javier Estrada. No habían vuelto a hablar con él y necesitaba saber qué habían descubierto en el estudio. La respuesta fue rápida. *Aunque no puede probarse, hubo fraude seguro. Lo siento, Manuel, pero todo lo sugiere. El punto es que Constructora Landívar dejó de existir. En los documentos que tenemos no se menciona a Cementera Rauch. Son empresas distintas, no se las pueden vincular. Pero el cierre de la Constructora Landívar fue fraudulento, de eso no hay dudas.* No pudo afirmar si fue pesadumbre o alivio lo que sintió ante la confirmación de sus sospechas, pero simplemente le agradeció. Estrada también le aseguró que el informe había sido entregado dos días atrás.

Conmocionado por todo lo que estaba descubriendo tomó la primera libreta y la estudió con atención. Eran de tapas negras, duras, del tamaño de un anotador estándar. La abrió y leyó la primera hoja. En grandes y claras letras mayúsculas, recuadrado y resaltado figuraba el nombre Enrique Rauch, por debajo los años 1946—1981. Durante la siguiente hora Manuel se sumergió en la historia de su abuelo que, vista desde la óptica de Cristóbal Landívar, resultaba oscura y despreciable. Cristo culpaba a Enrique Rauch de toda su desdicha y era sobre su descendencia que destilaba todo su veneno. Lo que leía era bastante coincidente con lo publicado en el blog, pero mucho más detallado. No obstante, algunas afirmaciones podían ser tomadas como descabelladas, pero la mayoría eran por demás creíbles.

De pronto, le resultó imposible despegarse del pasado de su familia del que nada sabía. Respecto de sus padres, tal como había sido publicado en el blog, Cristóbal mencionaba que, si bien Antonio Rauch se había criado en un ámbito rural muy lejos de los sucios manejos de su padre, en cuanto creció se convirtió en el futuro heredero que Enrique pretendía. En mayúsculas destacaba que Antonio no tardó en embarazar a Sonia Mondini, una rica y malcriada heredera de un imperio internacional. La historia parece que vuelve a empezar; había remarcado en rojo.

Cerca de las siete de la tarde decidió dejar de leer. Todo eso le estaba generando una mezcla de sensaciones en el pecho y un millón de ideas en su cabeza. Era una pesadilla por donde se la mirase. Sintiendo desdoblado se puso de pie y se alejó de las libretas poniendo distancia con el pasado. Su cabeza era en hervidero. Necesitaba volver al presente.

Se sirvió un trago. Forzándose a recuperar el buen ánimo. Apeló a Ana, en ella se concentró; en ella y en la perspectiva de disfrutar de una hermosa noche juntos. Ya tenía resuelto a dónde cenarían y se había ocupado de dar las directivas correspondientes; desde airear e iluminar los ambientes, pasando por la elaboración de una cena con la comida favorita de Ana, hasta tener la cama vestida y lista para ser usada. Estaba seguro de que la sorprendería y pensaba aprovecharse de ello.

Todavía lidiando con el turbio pasado de su familia dejó su despacho meditando la posibilidad de compartir con Ana lo que estaba sucediendo. Ella siempre había sabido escuchar. Tenía la capacidad de darle a las cosas el espacio que merecían en su justa medida. Ese pensamiento lo frenó en seco. Lo estaba haciendo otra vez. Una vez más fue consciente de que estaba poniendo por delante sus necesidades a las de ella. Ana había mencionado que tenía algo importante que decirle, y él ni se había acordado de preguntar, aunque más no sea para mostrar interés en sus asuntos. Cometiéndolo ese tipo de despistes no la iba a recuperar nunca.

CAPÍTULO 24

El lobby estaba atestado de gente que iba y venía cuando Ana salió del elevador. Todavía llevaba en sus labios el recuerdo de los besos de esa tarde y, si a eso le sumaba los bellísimos ramos de rosas que había encontrado en su habitación con la tarjeta de Manuel, sus expectativas se disparaban a la estratosfera. No le había pasado inadvertido que habían sido cinco ramos, uno por cada año de separación; un ramo por cada aniversario sin flores. Así era Manuel, detallista, y tras su accionar siempre había un mensaje.

Pero más allá de todo eso, Ana no podía dejar de pensar en aquello que debía compartir con él. Maldita Kate que había logrado meterle en la cabeza la idea de comentarle sus planes a Manuel. Desde que lo había hecho no podía evitar considerar que él era el único donante que le interesaba. Lo que más la apremiaba era saber que no tenía mucho tiempo. A su regreso debía acudir a la consulta con el doctor Reeve, para terminar de definir la fecha y el donante.

Resignada a su suerte se volvió hacia uno de los asientos que decoraba el lobby. Estaba a punto de sentarse cuando su celular comenzó a sonar en su cartera.

—Hola — la saludó Manuel con un tono tan envolvente y suave que le provocó un intenso hormigueo—. ¿Estás lista?

—Hola —dijo retribuyendo el saludo sin poder contener la sonrisa. Inconscientemente miró a su alrededor, pero no había rastros de Manuel entre la gente—. Lista. Esperándote.

—En la puerta del hotel está mi auto —explicó con voz sensual—. Es un Audi color gris.

—Allá voy —respondió Ana con entusiasmo, pensando que había hablado en serio cuando mencionó que no pensaba pisar el Hilton—. A propósito, me encantaron las flores.

—Me alegro —respondió Manuel.

Era una noche cálida, húmeda. La vereda estaba tan concurrida como el interior del hotel. A cierta distancia, Ana divisó el elegante Audi con las balizas titilantes.

—Ahí te veo —exclamó ansiosa por verlo.

Tan entusiasmada estaba que no se percató del silencio que se generó en la línea. Estaba casi llegando cuando reconoció a Marcelo, el histórico chofer de Manuel, que descendía del vehículo para, luego de bordearlo, detenerse junto a la puerta trasera.

—No estás en el auto ¿verdad? —dijo ella sin molestarse en disfrazar su desilusión.

Se hizo un breve silencio en la línea. Se sintió una estúpida, podía haberse acordado de enviarle flores y, aunque lo notaba distinto, en el fondo era el mismo Manuel. Le había enviado su chofer después de todo.

—Llegué muy tarde de una reunión en el hotel —fue la endeble excusa que le dio.

No era cierto, pero no le importó. Lo cierto era que, pocos minutos antes de salir a buscarla, Ester le había enviado un mensaje informándole que dos periodistas la habían contactado para constatar con ella el rumor que corría por las redacciones; La exesposa de Rauch estaba en el Hilton y él se iba a presentar a buscarla. Varios medios montaban guardia para obtener una fotografía de la reconciliación. «La chica estaba haciendo puntos para no ir a prisión», fue lo que Manuel pensó.

—Te estoy esperando.

Sintiendo el fastidio amontonarse en su pecho, Ana miró al chofer que la contemplaba con una sonrisa.

—Bueno entonces, va a ser mejor que no te hagamos esperar más —sentenció con algo de aspereza.

—Ana — la llamó con cierto cansancio, pero al escucharla saludar a su chofer supo que la conversación se había terminado.

—Veo que lo has soportado más que yo —deslizó Ana con algo de sarcasmo, consciente de que Manuel seguía en línea. Se obligó a mostrarse más cordial, el chofer no tenía la culpa de nada—. ¿Cómo has estado, Marcelo?

—Muy bien, señora —respondió sin abandonar la sonrisa—. Déjeme decirle que al ingeniero solo hay que saberlo llevar.

—Suena más sencillo de lo que en realidad es —balbuceó Ana en el instante en que cerraba la comunicación.

El vehículo se puso en marcha. El fastidio que le provocó el que Manuel haya enviado a su chofer a buscarla había aplastado su entusiasmo. Su mirada se cruzó con la del chofer que la observaba a través del espejo retrovisor, la eludió.

Su celular zumbó ante la entrada de un llamado. Se trataba de su hermano. Lo atendió. Conversaron durante los más de diez minutos que duró el traslado hasta el punto de encuentro.

—El viernes llego de Mendoza y voy a cenar a tu casa —le aseguró Ana, enfatizando sus palabras—. Si Rodo, es una promesa. Tengo regalos para Silvia y los chicos.

—Está bien, quedamos así. Te esperamos el viernes —dijo Rodolfo—. Si cenás con Manuel dale saludos míos.

—Le digo. Saludos a Silvia y a los chicos.

Guardó el celular en su cartera contemplando la entrada del edificio sin dar crédito. Marcelo guió el Audi hacia la conocida cochera y descendió al subsuelo hasta detenerse a pocos metros del elevador. Se apuró a bajar para abrirle la puerta.

—El ingeniero la aguarda en el departamento, señora —indicó el chofer sin perder ni la sonrisa ni la cordialidad—. Que disfruten de una hermosa velada.

—Gracias —respondió ella.

—Permítame decirle que me alegra mucho haberla visto nuevamente —se atrevió a decir el hombre.

Le agradeció este último comentario, dedicándole una sonrisa suave. Con paso seguro ingresó al elevador sintiendo los nervios que comenzaban a apoderarse de su cuerpo. Estar a punto de ingresar al que por tanto tiempo fue su hogar, le provocó una extraña sensación que la sobrecogió primero y la colmó de inquietud después.

Algo se tensó en su estómago cuando el elevador finalmente se detuvo y las puertas comenzaron a abrirse con exasperante lentitud. Frente a ella apareció, no solo el recibidor de su antiguo

departamento de casada con el espejo que había traído de Milán y la mesa de arrimo que había conseguido en un exclusivo mercado de París; frente a ella se acumularon los recuerdos de lo vivido entre esas paredes; las risas y las lágrimas; el entusiasmo y la desazón. En ese piso se había sentido la mujer más feliz del mundo; también la más miserable.

A la distancia escuchó la voz de Manuel, fuerte, potente, clara; discutía con alguien. Se lo notaba molesto porque algo no había salido como él esperaba.

Ingresó con algo de reparo. Hasta donde alcanzaba a ver estaba todo tal como ella lo recordaba y tuvo la sensación de estar viajando al pasado; un pasado que por momentos anhelaba y por momentos rechazaba.

No reconoció el aroma del lugar y ese fue el primer indicio de que ya no era su hogar. Lo aceptó. Avanzó hacia el interior como hipnotizada, rozando con la punta de sus dedos los muebles que ella misma había elegido. Se detuvo bajo la arcada que conectaba el living de dos juegos de sillones y un surtido bar con el comedor. Desde allí contempló la magnífica y romántica mesa que alguien había preparado para ellos. Finalmente, la emoción doblegó la resistencia, no tenía sentido forzarse a sentir lo contrario. Era tan perturbador estar allí con él.

—Llegaste —soltó Manuel desde el extremo opuesto del living, contemplándola como obnubilado—. Estás hermosa.

—Gracias —dijo y algo de su fastidio se evaporó ante la mirada que Manuel le dedicaba al acercarse.

Al llegar a su lado, Manuel la saludó con un beso en la mejilla. Se perdieron uno en la mirada del otro.

—¿Qué hacemos acá, Manuel?

—Dijiste que preferías un lugar donde poder conversar sin que nos molestaran —respondió sintiendo el reparo que Ana imponía—. Me pareció que este sería un muy buen lugar.

—Creí que lo habías vendido.

—No quise hacerlo.

—¿Vivís acá?

—No —respondió con algo de temor—. No, no hubiese podido vivir solo acá. En realidad, no tengo un lugar fijo, vivo un poco en la residencia de Superí y otro poco en el hotel, muy de vez en cuando me instalo en Martindale, pero a este lugar no he regresado desde que te fuiste.

Otra vez el silencio se instaló entre ellos. Él se contuvo de tomarla en sus brazos y besarla para poner una sonrisa en su rostro, sabía que eso no serviría de nada. Ana era un hueso duro de roer si se encontraba con la guardia alta; en ese momento lo estaba.

—Tengo la sensación de que no te agradó que te trajera aquí —comentó con un tono suave que no logró disfrazar su desilusión.

Ana tardó en responder, se lo quedó mirando entre maravillada por el gesto y la sombría sospecha de que estaba manipulándola. Sin embargo, era consciente de que Manuel se estaba esforzando por complacerla, de modo que terminó asintiendo.

—Es un tanto inquietante —confesó por sobre el nudo que tenía atorado en su garganta—. Pero tiene su encanto que estemos los dos juntos aquí.

La sonrisa que las palabras de Ana generaron en Manuel, resaltó todo su atractivo. Ella lo notó y estaba por decir algo más cuando un nuevo llamado interrumpió el hechizo. Manuel miró el visor y lentamente elevó la vista hacia Ana que lo observaba expectante.

—Dame un segundo —dijo Manuel—. Es importante que atienda.

Se alejó de ella luego de que Ana asintiera resignada. Lo observó caminar hacia el ventanal, hablando con un tal Aldo, se lo escuchaba serio, hasta algo preocupado.

Recorrió el lugar con la mirada, la tentación de redescubrir al que cinco años atrás fuera su hogar le resultó demasiado grande. Deambuló por los ambientes con libertad. Todo parecía estar cómo lo había dejado; la sala, el comedor, la biblioteca y cada una de las habitaciones no mostraban alteraciones. Se detuvo en uno de los cuartos, recordando cómo habían soñado con llenarlo de niños; tres varones y dos niñas había sido el ideal al que habían arribado. Se le humedecieron los ojos de sólo pensar lo lejos que aquello había quedado y lo cerca que estaba de intentarlo.

Manuel la observaba desde el extremo opuesto del corredor. La noche no había comenzado de la mejor manera, pero pensaba esforzarse para revertirlo. Se acercó a ella admirando el gesto soñador y lejano de su rostro; algo la había emocionado. Tan absorta estaba que ni advirtió que él se acercaba.

—¿Estás bien? —preguntó al llegar a ella.

—Sí, claro —repuso afectada. Se volvió a mirarlo y no pudo evitar abrir su corazón a él—. Me acordaba de la primera noche que pasamos aquí. Recordaba que habíamos acordado que esta sería la habitación de nuestro primer hijo. —Ana hizo una pausa y por primera vez contempló la habitación como el espacio vacío que en realidad era—. Qué lejos parece haber quedado todo aquello, ¿no?

Manuel no supo qué decir. No esperaba un comentario de ese tipo, sin embargo, el recuerdo lo alcanzó y, de la nada, recordó la noche que entre risas y sueños habían acordado tener cinco hijos; no uno ni dos, sino cinco. Algo en ese recuerdo le pesó.

—Creo que la cena ya está lista, por qué no vamos a sentarnos —sugirió intentando cambiar de tema y estiró su mano para que Ana la tomase—. ¿Seguís prefiriendo el vino blanco al tinto?

Ella asintió y tomó la mano que él le ofrecía. La notaba nerviosa, movilizada pero también él lo estaba y rogaba que fuera por el mismo motivo.

—¿Cuándo pensabas contarme que mañana partís con tu jefe a Mendoza? —disparó una vez que estuvieron sentados a la mesa y una empleada se ocupaba de servir—. Pensé que te tendría toda la semana en Buenos Aires.

Ana se acomodó mejor en el asiento y lo enfrentó. Por etapas volvía a mostrar su verdadera esencia; allí estaba el hombre posesivo que todavía se sentía con derecho a ella. Su mirada se cruzó con la de Manuel que demandaba una respuesta.

—Es un viaje de negocios, Manu —le aclaró una vez más, sosteniéndole la mirada—. Tenemos varias reuniones por delante. Para mi alegría, Craig decidió viajar con Amelie, eso me libera bastante.

Manuel asintió. La respuesta le había agradado; en parte.

—¿Cuál es tu función realmente en la Constructora? —continuó preguntando.

—Digamos que vendría a ser como tu Brenda Green —respondió rápidamente y le sostuvo la mirada esperando su reacción.

Manuel no pudo evitar la sonrisa al percibir que Brenda no le había caído bien y creía entender por qué. Pero, lentamente la sonrisa se fue borrando ante sus propias conclusiones. Dejó el asunto, le había gustado que se mostrara celosa, pero prefirió no ir más allá de eso.

—Hace rato que resolví que Brenda no me acompañe cuando viajo —se sintió en la obligación de explicar.

—Vos sabrás porqué resolviste economizar.

De tácito común acuerdo decidieron no seguir por ese rumbo. De modo que, durante el resto de la cena, hablaron de temas triviales. Ella le entregó los saludos de su hermano Rodolfo y lo puso al tanto del estado del resto de su familia. Por su parte, Manuel hizo lo mismo y aunque no escatimó detalles al hablar de su hermana, se contuvo bastante al mencionar a Mirko. Para cuando terminaron el postre, Manuel propuso pasar a la terraza donde estarían más cómodos.

—Bueno —dijo cuando terminó de rellenar dos copas con champaña. Tomó una y se la extendió a Ana. Se sentó a su lado y la miró con intención—. Todavía no me contaste eso tan importante que querías compartir conmigo.

Ella se puso tensa. Bebió un poco de su bebida y lo contempló insegura. Esa misma noche, mientras se arreglaba, había practicado frente al espejo para ganar convicción y seguridad, pero volvía a dudar. Lo impactaría, eso era seguro.

—Manu, la verdad es que no sé cómo vas a tomar lo que quiero contarte —empezó diciendo insegura—. Pero quiero ser sincera con vos. No me gustaría que pensaras mal.

Manuel frunció el ceño y la miró desconcertado. Ella estaba muy seria, parecía hasta incómoda con lo que tenía para decir.

—Me tenés intrigado —dijo Manuel con una sonrisa suave y nerviosa. Estiró su mano hasta alcanzar su mentón. La obligó a mirarlo—. Estás dando muchas vueltas. ¿Qué pasa? Vos no sos así.

Ana asintió buscando darse ánimo. Se puso de pie alejándose un poco; necesitaba poner cierta distancia entre ellos para encontrar las mejores palabras. Manuel la seguía con la mirada y ella estaba cada vez más convencida de que no le agradaría lo que estaba por escuchar. Era un error contarle.

—Manu, voy a tener un hijo —soltó de la nada y giró para enfrentarlo—. Quería decírtelo, no me gustaría que te enteraras por otro lado o que nos crucemos y me veas con panza.

Manuel quedó de piedra. Su rostro fue cambiando de expresión mientras su mente decodificaba la información recibida. ¿De qué estaba hablando? ¿de dónde había salido eso de tener un hijo? ¿Estaba embarazada? ¿Y el padre? La sola idea de ver a Ana embarazada de otro hombre, le revolvió las entrañas. Se puso de pie y se acercó a ella.

—Creo haberme perdido de algo —fue lo único que alcanzó a decir. La voz le tembló sutilmente, la situación empezaba a superarlo—. ¿De qué mierda estás hablando? ¿Estás embarazada?

—No, no lo estoy todavía —respondió incómoda—. Me estoy haciendo diversos estudios para... bueno.... Voy a someterme a una inseminación —explicó con voz temblorosa—. La idea es buscar al donante adecuado...

—Alto ahí —la interrumpió Manuel con firmeza. Frunció el ceño y la miró tanto con desconcierto como con fastidio—. Eso no va a suceder.

—Ya está sucediendo —respondió ella con algo de angustia—. En cuanto regrese a Los Ángeles iré a ver al médico para definir fecha, donante y hacerme los últimos estudios.

Un silencio denso los envolvió. El rostro de Manuel se había endurecido. Ana desvió la vista. Se le estrujó el corazón al advertir que era la misma mirada de desconcierto y desilusión con la que, cinco años atrás, la había mirado cuando ella le confirmó que lo dejaba.

—No me mires así, Manu —exclamó Ana y desvió la vista incómoda. Se alejó unos pasos—. No tendría que haberte dicho nada —balbuceó con voz tensa y un tono tan cargado de amargura que a él le pareció desubicado.

—¿Qué se supone que quiere decir eso ahora? —disparó con frustración y algo de enojo—. ¿No pensabas decirme nada?

De pronto se sintió ofendido, una vez más desplazado y, en esta ocasión, no estaba dispuesto a permitirlo con tanta ligereza. Se acercó a ella y la enfrentó. No lo conmovió ver sus ojos vidriosos, ni percibir la angustia que la invadía.

Avergonzada, Ana cubrió sus ojos con una mano. Era un lío de emociones, tantas que empezaba a asustarse. No sabía qué decir. No quería tener esa discusión con él, no soportaba esa mirada. Lo estaba lastimando, una vez más.

—Por tu silencio veo que no me he equivocado. Me sacaste definitivamente de tu vida —sentenció y la amargura se filtró en su voz—. Esperé tu llegada a Buenos Aires con la única intención de hacer todo para recuperarte —agregó—. Yo te amo, Ana y si en estos cinco años me mantuve al margen fue porque creí que necesitabas desintoxicarte de mí.

Sus propias palabras lo afectaron. Respiró hondo buscando recuperar su aplomo, pero no le resultó sencillo. Ana lo miraba como si le estuviese diciendo algo descabellado y esa actitud incrementó su enojó. Ella no tenía idea del poder que podía llegar a tener sobre él. Nunca nadie había logrado herirlo tan hondo como ella y esa era una certeza que él cuidaba con celo. No volvería a mostrarle su debilidad; eso era seguro.

—Lo increíble es que cuando te tengo cerca, como ahora, siento que te pasan mil cosas —exclamó apelando a todo su autocontrol para que la amargura no se convirtiera en rabia, pero la voz fue elevándose—. Y ahora me venís con que querés tener un hijo con otro. ¿A qué estás jugando?

—Manu, no quiero tener un hijo con otro hombre —le aseguró y, sintiendo su desazón, dio un paso hacia él—. Haberte dejado fue una de las decisiones más dolorosas de mi vida. Yo te adoro, Manuel. Pero ¿es esto real? —preguntó ella con la garganta cargada de emoción. Alzó una mano para acariciarle el rostro—. ¿Cuánto va a durar esta sensación de sentirme en la gloria? Me asusta lo que pueda suceder, Manu, me asusta mucho y no quiero volver a pasar por lo mismo.

A él no le importó nada más. Se aferró a esa afirmación para sentir que no todo estaba perdido. Con renovada emoción tomó el rostro de Ana en sus manos y la besó con hambre y furia. Alentado por la desesperación que lo desbordaba, la envolvió en sus brazos y se perdió en el interior de su boca.

Ana tembló y se aferró a él entregándose a la pasión que el beso imponía.

—No me voy a resignar a perderte, Ana —logró decir entre besos. Se separó al sentir las lágrimas de Ana alcanzar su boca. La soltó desolado por haberla lastimado—. No llores, por favor... no soporto pensar que volvés a llorar por mi culpa.

Sus miradas volvieron a encontrarse. A Ana la debilitó la ternura y la añoranza que encontró en los ojos de Manuel. Presionó sus labios con fuerza conteniendo la emoción que se arremolinó en su estómago y se desparramó por todo su cuerpo. Era una sensación maravillosa, la misma que por mucho tiempo creyó que ya no volvería a sentir.

—No pienso volver a defraudarte y definitivamente no vas a tener un hijo con otro hombre —le aseguró con convicción—. No me niegues esa oportunidad, Ana.

Esas últimas palabras la derritieron por completo.

Un silencio reparador se instaló entre ellos. En la penumbra de la habitación, apenas iluminada por el resplandor de la luz del vestidor, Ana yacía recostada, parcialmente cubierta por una sábana, junto a Manuel. Su cabeza descansaba sobre su pecho, mientras una mano acariciaba inconscientemente el abdomen masculino.

Manuel tenía los ojos cerrados, deleitándose con la suave caricia, mientras su mano derecha vagaba delicadamente por la espalda desnuda de Ana.

Hacía mucho que ninguno de ellos disfrutaba de un momento de tanta intimidad, de tanta plenitud y serenidad. Ambos lo estaban saboreando a su manera.

—¿Qué hora es? —preguntó Ana de la nada.

Manuel abrió un ojo y espió el reloj despertador ubicado sobre la mesa de noche.

—Cinco para las dos —respondió—. ¿No pensarás irte?

—Claro que no —dijo Ana con una media sonrisa en los labios—. Estoy muy bien donde estoy.

—Ya me parecía —fue la cómplice respuesta de Manuel.

Se acomodó mejor contra el cuerpo de Ana y suspiró tras retomar la caricia por su espalda.

Ana estaba perdida en sus pensamientos. Durante los meses pasados había convivido con el embrujo del recuerdo de lo vivido junto a Manuel en la ciudad de Las Vegas. Pero ningún recuerdo de encuentros pasados se comparaba con lo que acababan de compartir en esa cama.

Así como en Las Vegas ella había sentido rabia, deseo y una cuota de resentimiento en Manuel, esa noche su fuego se había alimentado de una gran desesperación que agigantaba su necesidad de ella. Ana no había podido contra ese sentimiento arrollador que la quemó por dentro y, a través del cual, volvió a sentir el amor puro, sincero y desnudo de Manuel.

—¿Por qué nunca hablábamos, Manu? —la pregunta escapó de su boca como si hubiese pensado en voz alta.

—Siempre hablábamos —fue la rápida respuesta de Manuel que abrió los ojos sorprendido por el comentario,

—No —sentenció Ana con mayor firmeza—. No lo hacíamos. Si lo hubiéramos hecho no te hubiera sorprendido que me fuera o, tal vez, nunca me hubiera ido.

Manuel guardó silencio. Ella tenía un muy buen punto y él carecía de los argumentos para rebatirlo. Decidió dejarse llevar y ver adonde los conduciría esa charla.

—¿De qué querés hablar? —preguntó inseguro.

—De todo, Manu —respondió con tanta convicción que Manuel se sintió indefenso—. Necesito que hablemos de todo; principalmente de aquello que nunca pudimos hablar.

Manuel la escuchaba con atención. Ella hablaba en serio, hablaba segura, como si hubiese pensado muchas veces lo que estaba diciendo; se mostraba firme en su planteo y él no podía darse el lujo de distraerse y cometer un error.

—De esta conversación depende nuestro futuro, ¿verdad? —se atrevió a preguntar Manuel, asumiendo la importancia de la situación. Ana asintió pensativamente—. Entonces, creo que el tema es bastante evidente —continuó involucrándose—. Hablemos de nosotros pues.

Lentamente Ana volvió a asentir frotando su rostro sobre el abdomen de Manuel. Suspiró cuando sintió la mano de él acariciarle la nuca. Siempre le había gustado esa caricia y la erizó que lo recordara.

—Es que todo esto me asusta—manifestó sintiéndose inmersa en un vaivén de sensaciones—. Me da miedo que nos sintamos tan bien en estos momentos, me da miedo sentirme tan bien —confesó. Hizo una pausa y lo abrazó sabiendo que estaba siendo incongruente—. Se lo que siento, estoy segura de lo que quiero, pero estoy aterrada de que no vuelva a funcionar. No sé si podría soportarlo.

Manuel no dijo nada. Frente a sus afirmaciones él se sentía desvalido. Todo cuanto él deseaba, ella lo ponía en duda y, a la vez, reconocía ser el causante de sus reparos. Ajustó sus brazos dejándose envolver por su cercanía; ella era su refugio, aunque no lo supiera.

—No me quiero apurar a tomar una decisión, Manu —confesó y giró para enfrentarlo.

Lo miró directo a los ojos; necesitaba recuperar al amor de su vida, necesitaba volver a reconocerlo en él y rescatarlo por el bien de ambos. Estar en esa cama, su cama, disfrutando del calor que juntos eran capaces de generar, la convencía de que ella no podía pertenecer a otro lugar. Pero necesitaba estar segura de que fuera igual para Manuel.

—¿Por qué te parece que debemos intentar volver a estar juntos? —le preguntó sin apartar la mirada.

Una sonrisa brotó en sus labios, era la primera vez que ella manifestaba abiertamente la posibilidad.

—Porque nos amamos —respondió Manuel conmovido por la pregunta. Estiró su mano y le acarició la mejilla—. Porque cinco años sin vos fue demasiado.

—Pero antes también nos amábamos, Manu —replicó Ana con la mirada brillante—, y no alcanzó.

Manuel se tensó y buscó en sus ojos algo que le indicara qué era lo que Ana sentía en realidad. Lo aterró detectar la oscura sombra de duda que parecía enturbiar sus esperanzas.

—A mí siempre me alcanzó —fue la defensiva respuesta de él.

—Pues a mí no —confesó ella sin anestesia y sin alterar el tono de su voz—. A mí no me alcanzó para no sentir tu abandono.

—Nunca te abandoné, Ana —dijo sin saber muy bien cómo defenderse. Ella parecía tener todas las respuestas de las que él carecía—. ¿De dónde salió esa idea? Fuiste vos la que se fue.

—No te estoy echando la culpa de nada, Manuel —se apresuró a aclarar al notar que, una vez más, el peso de todo aquello lo abordaba—. Hace mucho entendí que cuando no funciona los responsables suelen ser las dos partes.

Le sonrió y se arrastró hasta que sus rostros quedaran a la misma altura. Lo miró de frente perdiéndose en la calidez de sus ojos color café.

—Hace años que me pregunto qué hice mal —declaró y la mirada se tornó brillante de emoción.

—Vos no hiciste nada mal, mi amor —le aseguró buscando sus labios.

—Entonces, ¿por qué dejaste de mirarme? —susurró con amargura una vez que sus bocas se separaron.

Manuel se la quedó mirando. Era una pregunta difícil que ameritaba una respuesta sincera. Antes de dársela le acarició las mejillas, admirándola embelesado. Ella tenía aura, fortaleza y un magnetismo que parecía fusionarse con su cuerpo. Con ella podía ser él; con ella no se sentía una marca registrada como le sucedía con el resto de la gente. Pero no tenía respuesta para esa última pregunta. No la tenía porque nunca había dejado de sentirla cerca, sencillamente se había sentido desbordado de obligaciones y ella pagó las consecuencias.

—Jamás dejé de mirarte —exclamó a la defensiva. La contempló con desconcierto—. ¿Eso fue lo que sentiste? —preguntó sin dar crédito—. No fue así. En aquel entonces, todo a mí alrededor

comenzó a suceder con demasiada rapidez. Vos eras lo único seguro que tenía en mi vida. Cuando me sentía desbordado, tironeado entre la cementera y los hoteles, cuando los problemas y las obligaciones me superaban, solo tenía que pensar que al regresar estarías ahí para traerme de vuelta a la tierra. Siempre funcionaba, aunque estuvieras enojada por alguno de mis olvidos, vos lograbas que me volviera a sentir simple.

La respuesta lo dejó tan desnudo de armaduras que la única reacción que tuvo fue envolverla con sus brazos y sumergir su rostro en su cuello para absorber su aroma.

—Podrías haberme dicho lo que te sucedía, ¿no te parece? —susurró ella casi en su oído.

—Debería haberlo hecho —fue la suave respuesta de Manuel—. Supongo que lo descubrí demasiado tarde.

Al separarse, le dedicó una sonrisa llena de emoción que Ana devolvió antes de besarlo. Le gustaba tanto tenerla entre sus brazos, lo regocijaba sentir la presión de su cuerpo contra el suyo.

A Ana le sucedía otro tanto y embriagada por sus besos deslizó sus manos entre el sedoso cabello de Manuel que hora jugaba con su boca a gusto y placer. Adoraba tocarlo, adoraba percibir la reacción que el más leve roce de su piel avivaba en él.

Mientras la besaba sin miramiento, y Ana se entretenía con su espalda y su cabello, Manuel se las ingenió para rodar sobre ella y alentarla a abrir sus piernas para él. Mansamente se entregó al juego que él proponía, esbozando una tímida y pícaro sonrisa que manifestaba su deseo.

—Te amo, Ana —dijo mirándola directo a los ojos en el momento en que se deslizaba en su interior.

Ana cerró los ojos involuntariamente y se arqueó en el instante en que él la completaba.

—Te doy todo el tiempo que necesites para aceptar que tenemos que estar juntos —murmuró con emoción—. Pero no quiero volver a escuchar mencionar el otro asunto; sobre eso no tenés nada que pensar —agregó antes de embestirla con fuerza y entregarse por completo al placer.

CAPÍTULO 25

No le agradaba que ella se marchase. Mucho menos le agradaba que trabajase para otros hombres o que tuviera una vida en la que él no estaba incluido. Ese era justamente uno de los puntos que más habían discutido durante el desayuno tardío que compartieron esa mañana. Manuel tenía otro concepto respecto de la libertad que Ana manifestaba necesitar. Del tema del hijo no volvieron a hablar; le costaba demasiado digerirlo.

Cerca de las once de la noche atravesó los portones de la residencia de la calle Superí. Había cenado algo rápido en el hotel mientras intercambiaba audios con Ana que estaba ya en el aeropuerto esperando embarcar. Conversaron hasta el último minuto y ahora aguardaba a que le enviase un mensaje avisándole que había llegado a destino.

El primer piso estaba en completo silencio; uno de los hombres de seguridad, le había informado que ya nadie quedaba en las oficinas de la Cementera. El segundo, en cambio, estaba concurrido. A lo lejos se escuchaban los acordes de un piano y se percibía el movimiento del ir y venir de personas. Tenía un vago recuerdo del cronograma de eventos que su hermana semanalmente le enviaba y él nunca miraba; le interesaba poco y nada las actividades que Gimena organizaba allí. Prefirió evitar el gentío. Ya en su habitación se aflojó la corbata. Sobre la mesa de noche divisó las libretas de Cristo. Aunque estaba cansado, sabía que debía continuar con la lectura.

Durante las últimas veinticuatro horas su atención había estado centrada pura y exclusivamente en Ana, pero ahora que ella no estaba cerca debía enfocarse en otro asunto que, era muy consciente, estaba evadiendo. No muy convencido se acercó al pequeño bar que tenía montado en un extremo de su habitación y

se sirvió una generosa medida de whisky. Bebió un poco y, buscando estar más cómodo, se descalzó y comenzó a desvestirse. Ya más ligero de ropa, con la bebida en su mano, regresó a la cama donde se acomodó contra las almohadas. Le dio un sorbo al trago y cotejó su celular. Ana todavía estaba en el aire. Su vuelo debía aterrizar en pocos minutos.

En cambio, había tres mensajes de Brenda. En uno le informaba que el periodista que le había hecho la entrevista el día anterior estaba encantado con el resultado. En un segundo mensaje, le informaba que varios periodistas habían levantado la información que Cristo estaba difundiendo en el blog y querían entrevistarlo. Por último, le pedía una reunión para al día siguiente, deseaba discutir los puntos del comunicado de prensa que, a su entender, debían difundir.

«Tengo que parar este asunto» pensó cansado. Con un pulgar en alza le indicó a Brenda que la esperaba al día siguiente. Pero no se molestó en llamarla. Su mirada se posó sobre las libretas de Landívar que descuidadamente había dejado caer sobre la cama. Tomó la que había estado leyendo y retomó la lectura. Corría el año 1970. Manuel tragó completamente convencido de que estaba por conocer muchos detalles de la vida de su padre que probablemente no le agradarían.

Las anotaciones comenzaban aclarando que para conocer la actualidad del nuevo responsable de la deuda que tenía con la familia Landívar, iría atrás en el tiempo. Una vez más la voz de Cristo se adueñó de la atención de Manuel. «Cristóbal Landívar, “Cristo” el verdadero» pensó consciente de que era quien había originado toda aquella locura.

Buenos Aires, septiembre 1970.

A los 21 años, Antonio muestra mucho de Enrique en su modo de enfrentar la vida, sin embargo, debe ser la sangre Landívar la que lo inclina a un costado un poco más sensible. No se muestra despiadado, en realidad parece carecer de la crueldad y la ambición del padre.

Manuel no podía decir que la descripción de su padre no fuera acertada, pero lo incomodó leer que era un hombre que nunca se

sintió querido y actuaba en consecuencia; que era un hombre que rápidamente se convirtió en un libertino de vida agitada, que mostraba tener cierta aprensión por las relaciones estables.

Buenos Aires, mayo 1972.

Todo me lleva a pensar, y no me extraña que así sea, que Enrique tuvo mucho que ver con que el joven Rauch comenzara a codearse con la crema de la sociedad. Ese hombre no da puntada sin hilo y su ambición es desmedida. De modo que, siendo su hijo un hombre apuesto, con una reconocida empresa como carta de presentación, las sonrisas femeninas abundaron a su paso. La presa, en esta ocasión, resultó ser la bella Sonia Mondini, una mujer que, en sus cortos veinte años, tiene varias corridas apuntadas. Joven, atractiva y rica, es la única heredera del Holding Hotelero Mondini; el bocado perfecto para Rauch.

Julio, 1972.

Contra todos los pronósticos, Rauch y la Mondini se embarcaron en una relación intensa y mediática. Sus rostros, jóvenes y bellos, están instalados en las portadas de las revistas del corazón. Son una pareja por demás atractiva, rutilante que transmiten desfachatez, entusiasmo y exitismo. Donde quiera que vayan acaparan atención y descaradamente se ríen del mundo. ¡Qué imbéciles, qué osados!

Septiembre, 1972.

Algo huele mal aquí. Esa pareja es demasiado artificial; demasiado perfecta. Me he puesto en contacto con una empleada de la casa Mondini que no siente nada de aprecio por sus empleadores y por unos pesos se ha convertido en una fuente de constante información. Así supe que la bella Sonia está embarazada y que el viejo Mondini puso el grito en el cielo y se ha reunido con Enrique para dejar zanjado el asunto. Poco le importó que su hija deseara desentenderse de ese bebé mucho menos que no amase a Rauch.

Manuel respiró hondo y de un trago vació su vaso de whisky. Nunca se había puesto a pensar en las condiciones en que había sido concebido; nunca había considerado que podría ser un

accidente mediante el cual sus padres quedaron atados de por vida. Por otra parte, era difícil de asimilar que su madre por poco se desentendía de su existencia.

Buenos Aires, 7 de abril de 1973

La llegada del heredero acaparó la atención de todos y ocupó las páginas centrales de los medios sociales. Hasta en la televisión apareció la imagen de la joven pareja dejando la clínica con el primogénito en sus brazos.

Par de hipócritas, si hasta parecían contentos.

El nacimiento del nuevo Rauch fue anunciado con bombos y platillos. El hijo de puta de Enrique se frotaba las manos, ansioso por disfrutar del prestigio de los Mondini; Gian Mondini, por su parte, respiraba satisfecho ante la llegada del heredero varón que cuidaría de su imperio.

Manuel dejó de leer y trasladó su atención a los recortes de diarios y revistas de la época que acompañaban las anotaciones. La misma imagen que se repetía en varios medios, en ella se mostraba a Sonia y Antonio Rauch dejando la clínica con el bebe en brazos de su madre. Todo el mundo se mostraba feliz con su nacimiento; todos los involucrados a poco más de una semana hablaban de él como el heredero de un imperio.

Respiró hondo y por primera vez se sintió como el producto que todos deseaban. Fue una sensación extraña que lo llevó a tomar la fotografía de sus padres para observarla con detenimiento. No tenía recuerdos de haber visto una imagen como esa. En realidad, no recordaba fotografías de sus padres juntos, mucho menos con sonrisas en el rostro. Su madre, era una hermosa mujer; Gimena había heredado mucho de ella salvo que desde hacía años Sonia gustaba de mostrarse rubia. En Antonio reconoció al hombre atractivo, de porte exitoso y jovial; otra vez reconoció rasgos de su hermana; pero no vio nada suyo en él.

Buenos Aires, 25 de junio de 1973

Hasta donde mi informante me hace saber, parece ser que el matrimonio de Antonio y su esposa es un desastre; más que un desastre. Estoy seguro de que Enrique, para que su hijo no arruinara sus planes cometiendo una locura, lo incluyó en el

Directorio de la Cementera. De ese modo lo mantiene ocupado y alejado de su casa y de la esposa. Lo divertido es que no corren buenos tiempos en la cementera y los contratos tambalean. Pronto estarán arruinados.

Manuel respiró hondo y releyó muy por arriba los siguientes párrafos. Los registros eran bastante repetitivos y por un tiempo prolongado no aportaron nada nuevo. Según Cristo, el matrimonio de sus padres era poco menos que un infierno y, aunque no estaba del todo claro, mencionaba que todos parecían perder con una separación. El viejo Mondini los tenía agarrados del cuello a ambos. «¡Qué familia!» pensó Manuel con hartazgo. Hasta donde alcanzaba a comprender, la sombra de Gian Mondini resultaba ser tan nociva como turbios los manejos de Enrique Rauch.

Por el año 1976, figuraba el nacimiento de su hermana; pero a Gimena, Landívar le había dedicado solo un par de líneas, refiriéndose a su llegada al mundo como un hecho impensado, teniendo en cuenta que sus padres se despreciaban, costaba imaginar las circunstancias en que fue concebida. Manuel apretó los dientes y se auto juró que jamás permitiría que Gimena lo supiera. Avanzó rápido en el tiempo hasta detenerse en un suceso que llamó su atención.

Buenos Aires, 17 de mayo de 1980.

Lo que está sucediendo parece venir a pedir de boca. El hijo de puta de Enrique ha sufrido un accidente cerebro vascular. Reconozco que al enterarme salté de alegría. Ese mal parido tenía que pagar en vida todos los males que ha causado. Me enteré de que está internado en una clínica privada y me las ingenié para poder visitarlo.

Tener a esa mierda frente a mí me generó un rencor tan helado que por poco cometo una locura. Supongo que debo aceptar que fue una señal de la providencia que apareciera esa enfermera para impedir que echara todo a perder. Rauch tenía los ojos bien abiertos, y me observaba con pavora e indignación. Me reconoció, pude notarlo. Aunque a simple vista todo en él parecía inerte, en esas cuencas había un destello de vida. Le sonreí. Sus ojos se llenaron de odio, terror

y la frustración propia de quien se siente atrapado, prisionero en una cárcel de la que jamás podrá escapar. La tentación fue demasiado grande y le conté mi plan. Me despedí de él con una sonrisa en los labios y la promesa de mantenerlo al tanto de cómo se desarrollaban los acontecimientos; primero me ocuparía de su hijo luego de su empresa. Tarde o temprano todo saldría a la luz y ante él juré que no descansaría hasta que no quedara un solo Rauch sobre esta tierra. Hacer sufrir a Enrique es maravilloso.

Buenos Aires, 25 de septiembre de 1980.

Hoy fui a visitar a Enrique. Pobre, me encanta hablarle del deterioro que su cuerpo está sufriendo o de lo complicada que está la situación en la calle. Le hablo de cómo su Cementera va lentamente hacia la ruina, desangrándose ante la poca capacidad que muestra su hijo para llevar adelante los negocios. Por último, le comenté que llegó a mis oídos que su consuegro, al enterarse de la mala situación de la Cementera, le ofreció a Antonio comprar parte de sus acciones. Parece que era la única manera de dar una buena inyección de efectivo para reactivar la empresa. La historia se repite, pero al revés. La cementera pronto desaparecerá, o pasará a llamarse Mondini, ¡Qué gracioso! Ser testigo de cómo el odio lo carcome por dentro, me está resultando la mejor de las venganzas. Imperdible fue su rostro cuando mencioné que para que todo sea igual, Antonio debía morir en manos de su esposa. Eso es lo que llamo justicia divina.

Sintiéndose embotado y algo abrumado, Manuel interrumpió la lectura. Dejó la cama y se acercó al bar donde rellenó su vaso. Bebió un buen trago esperando que la fuerte bebida lo ayudase a digerir lo que estaba leyendo. Llevaba leído menos de la mitad de la libreta. El contenido era preciso y eso era lo que más demonios despertaban en él, de cara a todo lo que tenía pendiente de leer.

Sobre la mesa de noche, el reloj digital indicaba que era pasada la medianoche. Recién entonces reparó en que Ana no se había

puesto en contacto con él. Eso lo ubicó en el presente. Preocupado buscó su celular y la llamó impaciente.

—Hola —dijo al escuchar su voz—. Por fin. Te olvidaste de llamarme —demandó.

—Hola, Manu —respondió Ana con voz cansina—. No me olvidé de llamarte. Recién llego a Mendoza. Un temporal de viento nos obligó a desviar el vuelo.

—Me había preocupado —reconoció él—. Pensé que ya me habías vuelto a *freezar* —agregó doble intencionado.

Se hizo un silencio del otro lado de la línea que le provocó primero una sonrisa que poco a poco fue evaporándose ante la tardanza de ella en responder.

—¿Ana?

—Estaba pensando una respuesta igual de sarcástica, pero en este momento estoy demasiado cansada para seguirte el tren —respondió simplemente—. Quiero llegar al hotel y dormir hasta mañana.

—Lástima no estar ahí para darte un buen masaje.

—Lástima, me hubiera venido bien uno de tus masajes—dijo Ana sin tapujos. Hizo una pausa para indicarle al taxista su destino—. Te escucho algo aplastado. ¿Estás bien?

—Ahora sí —respondió, sintiendo el cansancio que la falta de descanso de la noche anterior le estaba generando—. Solo cansancio —mintió—. Cierta personita no me dejó dormir mucho anoche.

—Estamos empatados —respondió con una sonrisa—. ¿Dónde estás? ¿Seguís en Quintana?

—Ya te dije que ese es un lugar al que voy si sé que estarás ahí —respondió.

Así comenzó una charla que duró hasta que Ana llegó al hotel en el que se alojaba. Recostado contra las almohadas de su cómoda cama, Manuel sentía cómo la angustia disminuía ante la voz de ella. Cuando la conversación concluyó cerró los ojos pensando que le agradaba vivir en el presente. Se durmió aferrado a la voz de Ana.

La discusión se incrementaba. Por momentos parecía que estaba a punto de finalizar la contienda pero, luego de unos segundos, las palabras hirientes se volvían filosas como estiletes que iban y venían, sin causar gran daño al escudo de indiferencia que como un aislante los volvía inmune a lo que el otro dijera.

Escondido tras el grueso cortinado del salón, Manuel escuchaba los gritos y los desplantes, por momentos comprendía lo que se echaban en cara; por momentos se perdía entre palabras que desconocía. Lo claro era que sus padres se detestaban y ni él ni su pequeña hermana escapaban a ese desprecio.

Manuel despertó perturbado. El sueño había sido demasiado real; en realidad más que un sueño era un recuerdo que por mucho tiempo había permanecido dormido en los confines de su mente y ahora asomaba a la superficie como muchos otros. «Maldito Aldo» pensó como si eso lo explicara todo.

Se incorporó, sentándose en la cama y se frotó el rostro con las manos rogando porque los residuos del sueño lo abandonasen. Pero el recuerdo continuaba ahí, obligándolo a rellenar los baches para contemplar el cuadro. La discusión había terminado abruptamente; tan abruptamente como el florero que Sonia arrojó contra una pared acabó haciéndose añicos. Sin siquiera reparar en que su hijo se encontraba cerca, Sonia buscó el teléfono que se encontraba en el recibidor. *Dijo que no, dijo que, de ninguna manera*, esas fueron las primeras palabras de su madre; nunca entendió a qué se refería, pero eso había dicho. *Esperame en el hotel. Tenemos que resolver qué hacer.*

Tenía muchos recuerdos como ese. Sus padres nunca se cuidaron a la hora de expresar su sentir. Había épocas de gritos, de insultos, y había épocas de una indiferencia tan helada que a menudo Manuel añoraba los gritos.

De reojo miró el reloj de la mesa de noche; eran las cuatro y veinte de la mañana. Apenas había dormido un puñado de horas. Fastidiado, se dejó caer contra las almohadas. Cerró los ojos procurando volver a dormir, pero resultó imposible.

En la oscuridad de la habitación, su mente fue vagando entre los recuerdos que empezaban a emerger. Nada era demasiado claro,

parecía como si él mismo hubiera suprimido algunos episodios sin buscarlo. Al cabo de varios minutos de dar vueltas en la cama se levantó y fue hasta el cuarto de baño. Se sentía tenso, necesitaba airearse, despejar su mente del pasado. Al mirarse frente al espejo, detectó cierto deterioro en su semblante que lo preocupó. Decidió nadar un poco, eso siempre lo había ayudado.

Pronto amanecería. Desde el natatorio cubierto, a través de ventanales engarzados en molduras de hierro forjado, se apreciaba la incipiente claridad del nuevo día. Con los fantasmas de sus antepasados a cuestas nadó varios largos, manteniendo el ritmo de las brazadas. En tanto se deslizaba silencioso por la superficie, iba adentrándose en los recuerdos de su infancia. Su padre. Su madre. Su pequeña hermana. La residencia de Superí. El campo de la familia. Los silencios. Las discusiones. Los gritos. El vacío constante. Se detuvo cuando sus extremidades acusaron agotamiento, pero no quiso salir de la piscina, el agua lo relajaba.

Sumergido hasta el cuello, se acomodó contra la pared cabecera y clavó su mirada en el cielo donde se producía el mágico milagro del nuevo día. Era un hermoso espectáculo. Pero a Manuel le costaba despejarse del estado sombrío y apesadumbrado en el que se encontraba. Los recuerdos lo abrumaban; las voces de esos recuerdos lo aturdían.

Una piscina, Manuel. La vamos a construir acá, entre la galería y este sector del salón —decía Antonio entusiasmado—. Vamos a poner cerramientos. Grandes ventanales con molduras de hierro, para poder nadar de noche bajo las estrellas sin importar la época del año.

A veinticinco años de aquello, Manuel sintió la risa sonora y pesada de Antonio como si lo tuviera frente a él. *Problema de ella,* había dicho Antonio entre carcajadas, cuando Manuel manifestó que a su madre no le agradaría. *Tu abuelo dijo que este piso sería para vos. Con lo que te gusta nadar, me pareció que lo disfrutarías. Tendrás un lugar adonde venir con tus amigos.* A Manuel le había encantado la idea.

Se alarmó ante la claridad del recuerdo. Con suma precisión recordaba a su padre parado en medio de la gran terraza

compartiendo con él sus ideas. Pero Manuel también recordó que, más allá de que le agradaba la propuesta, había accedido para no contrariarlo; no siempre se lo veía tan entusiasmado con algún aspecto que guardara relación con la residencia. Ese era un buen recuerdo y así lo había atesorado.

Como un pensamiento que lleva a otro, se encontró considerando que jamás había invitado a su grupo de amigos a esa piscina. Raúl Olazábal era el único con quien se permitía estar allí; Raúl y alguna que otra compañía femenina de paso, pero nadie más. «Raúl —pensó—, ¡qué falta me hacés, amigo mío!».

Pensaba en Raúl cuando un cuerpo sobrevoló su cabeza y se zambulló en el agua casi sin salpicar. «¿Qué demonios?» exclamó entre sorprendido y asustado. Paralizado, sin saber qué esperar, aguardó a que la figura que acababa de sumergirse se mostrara.

—Pedazo de hijo de puta —exclamó Manuel al ver a Mirko aparecer en el extremo opuesto—. Vos te volviste loco —demandó ya más recuperado—. Me podrías haber matado.

En la quietud del lugar, la voz de Manuel resonó como un trueno seco quebrando la perfecta armonía. Mirko intentaba dejar la pileta cuando lo escuchó y quedó petrificado con medio cuerpo fuera del agua.

—¿Qué demonios te pasó en la espalda? —preguntó Manuel impresionado al ver las cicatrices que decoraban prácticamente la totalidad del dorso.

Mirko no respondió y lentamente descendió ocultando las cicatrices con las que cargaba tras sus años en prisión. Eran una suerte de estigma para él y detestaba mostrarlas.

—¿Te comió la lengua mi hermana antes de echarte de la cama? —disparó Manuel, molesto por la interrupción y por la indiferencia de Mirko. Lo sacaba de quicio que no le respondiera—. ¿No pensás contestar?

Mirko lo miró por sobre su hombro. Su mirada era alerta, como la de un animal que, sintiéndose amenazado, se agazapaba adoptando una actitud defensiva dispuesto a atacar de ser necesario.

—Como quieras —balbuceó Manuel malhumorado.

De un salto dejó la piscina y tomó una toalla sin quitarle la vista de encima a Mirko que seguía sus pasos con la mirada brumosa, extraviada.

—¿Estás bien? —preguntó Manuel al cabo de unos segundos. Suavizó el tono ante su falta de reacción.

Mirko notó que su preocupación empezaba a ser genuina y aflojándose un poco asintió avergonzado.

—Tengo pesadillas —terminó confesando y desvió la vista ya sin poder sostener la de Manuel—. No me di cuenta de que estabas en el agua...

—La próxima vez prestá atención —sugirió con seriedad—. Si me caías encima nos matábamos los dos.

Algo más recuperado, Mirko lo miró con interés, por primera vez notó cierta cordialidad en sus palabras. Se aflojó un poco más.

—¿Es una costumbre nadar a esta hora? —se atrevió a preguntar.

—No es de tu incumbencia —replicó Manuel, recuperando la actitud distante.

Mirko se encogió de hombros y ya sin llevarle el apunte dejó la piscina de un salto. Caminó hasta el estante donde se encontraban las toallas; tomó una y se secó la cara.

Manuel le observó la espalda horrorizado. Las cicatrices, además de dar un aspecto terrible, transmitía mucho dolor, mucho sufrimiento. Finalmente, Mirko las cubrió.

—¿De qué era la pesadilla? —preguntó Manuel de pronto intrigado por todo lo que ese hombre podía haber vivido.

Mirko se volvió hacia él. Su mirada se había apaciguado un poco, solo un poco.

—Supongo que podría decir que no es de tu incumbencia —respondió desafiante, dedicándole una enigmática sonrisa ladeada.

—Supongo —accedió Manuel, ahora con una mueca de resignación en los labios.

Se acomodó en una tumbona, consciente de que Mirko lo estudiaba. Le sostuvo la mirada, no tenía deseos de pelear.

—¿Cuándo es la muestra en el MALBA? —preguntó de la nada.

—En un mes —fue la respuesta de Mirko que se mantenía alerta. No estaba acostumbrado a la amabilidad de Manuel.

—¿Demanda mucho trabajo algo así? —preguntó Manuel—. Para ser te sincero, no tengo la menor idea...

—Un poco sí.

Manuel asintió sin apartar la mirada del cielo, dejándose llevar por los recuerdos que volvían a asaltarlo.

—Me gustaría que hiciéramos un libro fotográfico sobre la residencia —dijo Manuel y lo miró sin que su postura se modificara—. ¿Te parece que puede funcionar?

—Por supuesto que puede funcionar. Es una casa bellísima, tiene muchos rincones para fotografiar —respondió Mirko todavía con algo de desconfianza.

—Bien, —dijo simplemente. Su mirada se instaló en el cielo que ahora se apreciaba celeste, teñido por las luces del nuevo día—. Que loco —agregó Manuel de la nada—. Estaba recordando la cantidad de veces que encontré a mi padre aquí de noche. Le gustaba mirar las estrellas; disfrutaba de ser testigo justamente de ese instante del día en el que todo cambia.

Mirko empezaba a preocuparse. Manuel no solo no lo estaba peleando, sino que además no lo estaba haciendo sentir un intruso, tampoco rechazaba su presencia y acababa de hacerle una propuesta de trabajo. Era raro, muy raro.

—¿Estás bien? —le preguntó al cabo de varios minutos de silencio en los cuales el rostro de su cuñado fue pasando por distintos gestos.

—Sí, estoy bien —dijo volviendo a la realidad. Lo miró con algo de complicidad—. No tengo por costumbre nadar a esta hora, solo cuando algo me preocupa y no me deja dormir. Nadar me ayuda a pensar.

Mirko asintió. Era su turno de bajar las armas y así lo entendió.

—Bueno, espero que tu preocupación no esté relacionada con matones que, por haber atestiguado en su contra, te persiguen hasta matarte —deslizó Mirko.

Se detuvo al ver el modo en que Manuel lo miraba. Fue la sincera preocupación que vio en sus ojos lo que lo alentó a seguir.

—Cada vez son más esporádicas, pero de tanto en tanto aparecen —agregó con una semi sonrisa para que no sonara tan terrible, pero el gesto de Manuel no cambió—. No le digas nada a Gimena, por favor, se asusta y son solo pesadillas.

Manuel asintió, pero no supo qué decir. La vida de ese hombre lograba estremecerlo; casi todo lo que había atravesado le parecía tremendo. Simplemente se puso de pie y se alejó hacia el ascensor luego de acusar cansancio.

—Manuel —lo llamó Mirko antes de que desapareciera en el interior del elevador—. ¿Eso que te preocupa involucra a Gime? —preguntó.

Manuel se volvió a mirarlo y frunció el ceño. El hombre abrumado por las pesadillas había desaparecido por completo. Mirko se mostraba sólido, compacto, sin fisuras y sus ojos transmitían tanta determinación que lo sobrecogió el cambio.

—Si algo malo está sucediendo y puede afectarla, quiero saberlo —demandó con tal firmeza que Manuel se tensó—. Y si pudo ayudar... aquí estoy.

Manuel evaluó la propuesta y asintió aceptando. Retomó la marcha hacia el ascenso dejando a Mirko lidiando con sus propios demonios.

CAPÍTULO 26

Luego de una buena ducha, Manuel encaró la mañana con renovado ímpetu. Tenía demasiadas cosas de que ocuparse y mucho más en qué pensar. Ataviado con un impecable traje de lino azul y camisa celeste, ingresó a su despacho apenas dos minutos pasadas las ocho. Su secretaria todavía no se había presentado, pero lo prefirió, necesitaba algunos minutos antes que Florencia le recordara las actividades del día.

Una vez tras su escritorio, depositó frente a él las libretas. Era tan delicada la información que contenían que no deseaba separarse de ellas. Las contempló con renuencia y sin apartar la mirada, pulsó un botón para indicarle a la señora Alameda que le llevara el desayuno.

Desayunó repasando pendientes que habían quedado del día anterior, respecto de la cementera. Un par de compromisos sociales, algunas reuniones que debía coordinar y dos almuerzos a los que lo invitaron a participar, era lo que Florencia necesitaba que le definiese. Lo resolvió rápido, asistiría a ambos almuerzos no lo favorecería perder esos contactos; también haría acto de presencia en el cóctel que ofrecía el embajador de los Países Bajos, dado que tenía intenciones de hacer una fuerte inversión abriendo un nuevo hotel en Ámsterdam. Le convenía estar en buenos términos con su gobierno. Declinó la invitación para asistir a la función de gala en el Teatro Colón ofrecida por el Hospital Italiano con fines benéficos; como todos los años enviaría un suculento cheque. Tal vez se presentase a la cena anual de la Cámara de la Construcción; tenía tiempo para resolverlo.

—Buen día, ingeniero, no tenía idea que había llegado — exclamó Florencia al verlo—. Venía a chequear su escritorio.

—Buen día, Flor —la saludó con sequedad—. No te preocupes llegué hace unos minutos.

—Le diré a Luisa que venga a retirar su desayuno —dijo al ver que ya lo había consumido.

—Pedile más café —le indicó mientras juntaba los papeles con los que había estado trabajando—. Tomá todo esto que ya está resuelto.

Florencia asintió y recibió la documentación. Se apuró a regresar a su escritorio desde donde llamó a Luisa Alameda. Luego tomó la agenda y regresó al despacho para comunicarle la agenda del día.

—Brenda necesita reunirse con usted —le informó.

Manuel frunció el ceño y asintió al recordar que le había dicho que la vería esa mañana. Por simple asociación, la imagen de Brenda fue bruscamente reemplazada por la de Ana. Eran cerca de las 9 y no tenía noticias suyas.

—Decile a Brenda que más tarde —respondió—. Ahora tengo la cabeza en otros asuntos.

—Está bien. Andrea envió un correo con las reuniones que ya tiene pautadas en el hotel por la tarde, —comentó Florencia, mirando su tableta—. Ya le reenvió el correo.

Su celular vibró en ese momento. Sonrió, no pudo evitarlo. Era un mensaje de Ana deseándole buenos días. Antes de atender miró a su secretaria dándole a entender que habían terminado. Respondió una vez que Florencia había cerrado la puerta tras su salida: *¿Recién te levantas? Quiero un trabajo como el tuyo. La respuesta de Ana no se hizo esperar: Estoy levantada desde las 6.30. Tuvimos un desayuno con el Gobernador a primera hora. Estamos saliendo para San Rafael. No quise despertarte tan temprano.*

Manuel se mordió el labio inferior sintiéndola fastidiada y evidentemente mal dormida. Deseaba escuchar su voz. La llamó.

—Me niego a seguir escribiendo —dijo cuando ella atendió.

—Hola, confieso que te iba a llamar —respondió Ana con suavidad —, pero supuse que estarías ocupado.

—Para vos nunca estaré lo suficientemente ocupado —respondió automáticamente.

—Mentiroso.

Manuel no dijo nada, ella tenía todo el derecho del mundo a pensar así. Ni lo había considerado.

—Bueno, eso era antes —aclaró tratando de sumar puntos a su favor—. Pero reconozco que estoy a punto de entrar a una reunión.

—Algo así imaginaba —dijo ella divertida—. Hablamos luego.

—Te quiero, Ana.

—También yo.

Una sonrisa irrumpió en su rostro ante esa afirmación. Dejó el celular a un costado y bajó la vista a las libretas que aguardaban en un extremo del escritorio. Una y otra vez su cabeza volvía a lo que había leído la noche anterior; era tan desconcertante. La tentación de seguir leyendo era grande, pero no tenía tiempo para hacerlo.

La puerta se abrió abruptamente. Manuel alzó la vista sorprendido y frunció el ceño al ver a Brenda ingresar. Tomó las libretas y las guardó bajo llave en el cajón central de su escritorio.

—¿Qué sucede, Brenda? —preguntó molesto por la irrupción—. Le dije a Florencia que más tarde te llamaría. No tengo tiempo....

—Afuera de la residencia hay fotografías y está Facundo Bilbao, —informó con firmeza—. ¿Sabes quién es?

Manuel se dejó caer contra el respaldo de su cómodo asiento. Ceñudo se frotó el mentón con la palma de su mano. Claro que sabía quién era Facundo Bilbao, era un reconocido periodista que tenía columna en uno de los diarios más destacados del país, también tenía un programa de radio con gran audiencia y recurrentemente era consultado por diversos programas periodísticos. El hombre era una eminencia en lo suyo.

—Puedo preguntar ¿qué hace un hombre como ese en la antesala de mi despacho? —preguntó mirando a Brenda con fastidio.

La muchacha se cruzó de brazos y le sostuvo la mirada.

—Básicamente, me comentó que quiere hacerte una entrevista personal para hablar de todos los rumores que corren por ahí —informó sin perder la firmeza ni la serenidad—. *Off the record*, quiere conversar con vos sobre el asunto del blog. Me parece que te va a servir; es un periodista de peso y con todo lo que ese tal Cristo está

ventilando sobre tu familia, vas a necesitar a un periodista como Bilbao de tu lado.

Manuel meditó unos segundos la situación. Los argumentos de Brenda le resultaron razonables. Ese tema estaba cobrando niveles desagradables y hasta algo preocupantes. Sin embargo, no le parecía que fuera para tanto como para verse forzado a conceder una entrevista para ventilar los secretos de su familia. Después de todo, Ester ya no seguiría con esa locura.

—Que pase —accedió por el solo hecho de escuchar lo que el hombre tenía para decir.

Acomodó su escritorio y se puso de pie. Brenda ya se encontraba junto a la puerta y le indicaba al periodista que entrara. Manuel se acercó al juego de sillones donde pretendía conversar con Bilbao.

—Ingeniero Rauch —dijo el hombre estirando su mano para saludarlo.

Era de estatura y aspecto común. Nada en él descollaba a pesar de estar impecablemente vestido con un costoso traje. Sin embargo, su mirada poseía un brillo inusual «Quizás el brillo de la ambición» pensó Manuel sin que se notara. Estiró su mano para estrechar la del periodista y con un ademán le indicó que tomara asiento.

—Gracias por concederme estos minutos sin haber concertado una cita previa. Creo que la situación lo amerita.

—Sinceramente, es pura curiosidad lo mío —respondió Manuel con cordialidad—. Tengo solo unos minutos, debo presidir una reunión. ¿Gusta un café? Estaba por pedirme uno.

El hombre asintió con una sonrisa cordial y Manuel miró a Brenda para que se ocupara.

—Usted dirá, Sr. Bilbao —dijo Manuel con firmeza—. ¿A qué rumores debo el honor?

Bilbao asintió y del interior de su traje extrajo una libreta. La abrió y luego de cotejar sus notas miró a Manuel.

—Bueno, me gustaría hablar sobre la información que apareció en un blog hace ya un par de semanas —empezó diciendo con solvencia—. Hasta donde pude leer la información está relacionada con un fraude que involucra a su familia y al accidente de su padre.

Manuel se mantenía estoico, pero por dentro sentía que la sangre le hervía y la indignación amenazaba con adueñarse de su control.

—No tengo nada que aclarar al respecto —repuso Manuel con naturalidad—. La gente dice lo que se le canta y quien lo lee lo da por cierto cuando no lo es. Ambos sabemos que prácticamente todo lo que se publica en esos blogs son *fakenews*.

—Mire, no sé aún cuánto hay de cierto en todo esto, —aclaró guardando la libreta en el bolsillo interno de su traje—. Pero pienso investigar.

—¿Vino hasta aquí para avisarme eso? —lo apuró Manuel con aspereza—. Porque no comprendo a qué ha venido.

—Quiero ofrecerle el espacio para que haga su descargo una vez que todo salga a la luz —dijo Bilbao, en el mismo tono que había dicho todo lo demás—. Estoy convencido de que algo sucede. Me lo dice su falta de reacción, la manera en que escucha mis palabras. Pienso investigar.

—No tengo nada que decir —replicó Manuel con contundencia—. Y si lo estoy escuchando sin reacción alguna es porque estoy tratando de entender de qué demonios está hablando. Le puedo asegurar que no hay nada turbio en mi cementera y con respecto al accidente de mi padre es un asunto que detesto tocar por razones evidentes. Ahora, si usted tiene información de que no fue accidente soy el primer interesado en apoyar su investigación.

La puerta del despacho se abrió y la señora Alameda ingresó con los cafés que habían ordenado. Detrás de ella se asomó Florencia.

—Ingeniero, lo aguardan en la sala de reuniones —le informó su secretaria.

—Gracias, Flor —respondió poniéndose de pie—. Ha sido un gusto señor Bilbao, por favor disfrute el café. Lo dejo con Brenda para que coordine una nueva reunión en caso de que tenga algo importante que informarme.

Dejó su despacho con un sabor extraño en la boca. La información aparecida en el blog seguía circulando. Tenía que dar por cerrado ese tema de una buena vez.

Cuando ingresó a la sala de reuniones todos estaban allí esperándolo de modo que, en cuanto se sentó en su sitio, comenzó a tratarse la orden del día, que no distaba mucho de las de las últimas reuniones. A Manuel le demandaba un gran esfuerzo mantener su mente enfocada en los temas que se discutían en torno a la mesa. Poco a poco fue dejando de prestar atención y su mente se trasladó a la historia de su familia.

La reunión continuó, pero Manuel casi no intervino. Apenas acotó un par de comentarios y le dedicó algo de atención a Matías Coronel cuando este mencionó que desde la Constructora Armendaris se habían comunicado para concretar nuevas operaciones. En esta ocasión asintió acompañando sus palabras con una sonrisa de satisfacción.

—Me alegra mucho escuchar eso —comentó satisfecho al tiempo que consideraba robarles la encargada de prensa y relaciones públicas. Se puso de pie—. Si no hay nada más, los voy a ir dejando. Debo atender otros asuntos.

Esos otros asuntos que necesitaba atender estaban relacionados con el contenido de las libretas. Al ingresar a su despacho, le pidió a Florencia que le avisara cuándo debía partir hacia el hotel, tenía que leer unos documentos y no deseaba que lo interrumpiese.

Ni bien Manuel se ubicó tras su escritorio, extrajo del cajón central las libretas. Vacilante, todavía debatiéndose entre el temor por lo que podría encontrar entre esas páginas y la obligación de descubrir la verdad, abrió la primera y buscó lo último que había leído. Era casi el final, no lo había notado antes. Cristóbal se mostraba impaciente. El hermetismo en torno a la salud de Gian Mondini era llamativo y ese hecho lo llenaba de ansiedad.

Rauch no se saldrá con la suya, rezaba la última oración de ese día. Estaba escrita con letras mayúsculas y subrayadas con ahínco. La similitud con la historia de su propia familia lo alteraba y lo tornaba violeto.

Junio 1981

El tiempo pasa y nada importante sucede. Lo único que he podido rescatar es que Mondini está realmente enfermo, sus días están contados. De momento dirige todo desde su pedestal y rara

vez se deja ver. Por quien pregunta siempre es por su nieto Manuel; procura estar al tanto de su crecimiento y opina sobre su educación, aun cuando el crío tiene apenas nueve años. La vida de ese chico ya está programada; el propio Mondini se ocupó de ello.

Que la libreta terminara hablando de él, no le resultó de buen augurio.

TERCERA PARTE CASTIGO

CAPÍTULO 27

Cerca del mediodía, se trasladó al hotel donde pensaba almorzar antes de las reuniones que ya tenía pautadas por la tarde. De reojo contempló a las libretas de las que no pensaba separarse y que, en algún punto, empezaban a ser un peso del que no sabía cómo desembarazarse. La siguiente abarcaba toda una década; desde el año 1981 hasta 1991. Evidentemente Cristo ya no escribía con tanta asiduidad. La tomó y la repasó, saltando entre página y página. A diferencia de la primera, los registros de la segunda eran más espaciados, pero también más sustanciosos.

El celular vibró en su bolsillo interrumpiendo sus cavilaciones. Atendió mecánicamente, sin apartar la vista de las anotaciones de Cristo.

—Hola, Manuel. —Era Aldo quien lo llamaba—. ¿Pudiste leer algo?

—Bastante —respondió tajante.

—¿Te convenció?

—Tal vez —reconoció. Estaba a dos semáforos de arribar al hotel—. ¿Pudiste averiguar algo más?

—Sí —respondió algo evasivo—. Si te parece, lo hablamos esta tarde.

—No, no me parece —demandó tenso y arbitrario—. Quiero saberlo ya —estalló Manuel liberando toda su irascibilidad y enojo. Su voz denotaba autoridad, además de dejar en claro que estaba muy bien eso de la amistad, pero él era quien pagaba—. ¿Fue un accidente? ¿Sí o no?

Aldo suspiró y por unos segundos reinó el silencio. Advertía lo afectado que Manuel estaba por toda la situación, se le notaba en la voz, en la manera de hablar, y no podía decir que no lo entendiera.

—Todavía no he podido tener acceso al expediente —informó con sequedad—. De momento, solo puedo decir que hay muchas dudas —aclaró—. El caso tuvo una resolución llamativa. Los rumores dicen que se apuraron a cerrar la investigación.

Otra vez el silencio. Aldo aguardó a que Manuel sopesara lo que acababa de escuchar; no debía ser fácil para él.

—¿Vos qué pensás? —preguntó con brusquedad.

—Por lo que me han dicho, siempre hubo muchas dudas —respondió a regañadientes. No le agradaba generar falsas expectativas. Sus sospechas podrían no terminar siendo ciertas—. Pero todavía no puedo estar seguro. Tengo que investigar un poco más a fondo. Ver el expediente.

—Está bien —dijo finalmente Manuel de un modo por demás tirante—. Otra cosa, hoy se presentó un periodista en mi despacho.

Sin escatimar detalles lo puso al tanto de la conversación mantenida con Bilbao. Lo había intranquilizado la súbita aparición del periodista. Tal vez Ester ya había compartido información y él no lo sabía.

—No creo que venga por el lado de Ester —sentenció Aldo, aunque no tenía forma de estar seguro—. Dejame que lo tanteo, por lo que percibo, ella está muy afectada por el accidente y todo lo que vino después.

—¿Qué vino después?

—Cuándo le pregunté al respecto, me dijo que solo a vos te lo diría —replicó Aldo.

— Está bien —accedió pensativo—. Decile que a las 18 estaremos ahí —le aseguró en el mismo momento en que ingresaba a la cochera del hotel—. Quiero escuchar lo que tiene para decir.

Todavía lidiando con la información que Aldo le había dado, Manuel dejó el vehículo y se sumergió en el ascensor. La duda respecto del accidente de su padre se había plantado en su interior y germinaba desestabilizándolo.

Las puertas se abrieron en su piso privado. Andrea estaba en su escritorio, conversaba animadamente con Teodoro Olazábal. Manuel sonrió al verlo.

A sus casi 80 años seguía transmitiendo jovialidad, vitalidad y una energía contagiosa. Su cabello blanco, desde hacía ya muchos años, contrastaba con el bronceado de su piel y acentuaba el azul de sus ojos. Era un hombre carismático, dueño de un carácter diplomático y conciliador, ameno y la sonrisa parecía no abandonar nunca su semblante. Hacía casi ya cinco años que Teo, como todos lo llamaban, se había retirado luego de haber dedicado gran parte de su vida a la Cadena Mondini. Todos lo extrañaban, incluido Manuel.

Al oír que se acercaba, la conversación entre Teo y Andrea se interrumpió y ambos voltearon a mirarlo.

—Manuel querido ¿cómo estás? —lo saludó Teodoro, dedicándole una sonrisa ancha, hacía más de seis meses que no lo veía y sentía gran aprecio por él.

—¡Qué gusto verte, Teo! —respondió Manuel y una sonrisa brotó genuinamente en sus labios—. No tenía idea de que estuvieras en Buenos Aires.

—Llegamos hace dos días —comentó—. Nos reuniremos con Raúl y Nadine este fin de semana. Hace más de un mes que no los vemos y, como Loty tenía un compromiso en Buenos Aires, en esta ocasión accedieron venir para acá.

—¡Qué bueno escuchar eso! —dijo y evitó pensar en Raúl—. ¿Cómo está Loty?

—Muy bien, gracias. Te manda su cariño.

Manuel asintió y se volvió hacia Andrea que aguardaba paciente a que terminaran con los saludos.

—Teo me preguntó si usted podía almorzar con él —comentó Andrea con una sonrisa—. Me tomé el atrevimiento de ordenar que prepararan una mesa para dos en su despacho.

—Excelente —respondió con una sonrisa—. Dame cinco minutos, Andrea, gracias.

Ingresaron al despacho de Manuel donde frente al ventanal de la terraza estaba dispuesta la cómoda mesa para dos.

—Disculpame un segundo, Teo, ya estoy con vos —dijo Manuel y se acercó a su escritorio. De su bolsillo extrajo una llave y abrió el cajón del extremo inferior derecho. Colocó dentro las libretas.

—Siempre me gustó la vista de este despacho —comentó Olazábal solo por decir algo, se volvió hacia Manuel. Lo estudió brevemente—. ¿Qué te anda pasando? —preguntó. Su mirada ahora era más fría, analítica, claramente lo estaba escrutando—. Te conozco como si fueras mi hijo y no te veo bien. Algo te tiene perturbado.

Manuel alzó las cejas en claro gesto de sorpresa y se acercó a la mesa.

—Sentémonos —dijo eludiendo responder. Se ubicó en su asiento y pulsó el botón del dispositivo junto a sus cubiertos para indicar que el servicio podía entrar—. ¿Qué te gustaría tomar? —preguntó cuando la muchacha de banquetes se presentó.

—Chardonnay —respondió Teodoro estudiando cada movimiento de Manuel.

El modo en que Manuel había eludido su pregunta no había hecho más que confirmar las sospechas de Teodoro. No volvieron a hablar hasta que el servicio hubo servido las bebidas y el primer plato se encontró frente a ellos.

—Me estás preocupando, Manuel —dijo Teo una vez que estuvieron solos.

Manuel respiró hondo y en su semblante se reflejó claramente su duda, su desconcierto y vacilación. La certera apreciación de Teo no hizo más que incrementar su desazón. Bebió un poco de agua, resignado. Teodoro había dado en la tecla; no sabía cómo encarar la conversación.

—Estoy con muchas cosas, eso es todo —terminó reconociendo.

—Siempre estas con muchas cosas —le recordó Teodoro—. ¿Cuál es la diferencia esta vez?

La pregunta de Teo lo sacudió. La diferencia era de peso. Respiró hondo debatiéndose si era conveniente hablar de lo que estaba sucediéndole. Necesitaba hacerlo; necesitaba poner en palabras lo que pensaba y lo que sentía. No podía recurrir a Aldo para eso.

—Nunca te pregunté cómo comenzó tu relación con Gian —dijo Manuel como quien no quiere la cosa.

A Teodoro lo descolocó la pregunta, pero no tardó en reconocer que Manuel acababa de mostrar la primera evidencia relacionada con el foco de su preocupación. Siempre había sido así; le costaba hablar de temas personales. Generalmente daba vueltas; hacía preguntas periféricas que ameritaban respuestas que se acercaban al núcleo de su preocupación. En esta ocasión, evidentemente, era de la familia de quien quería hablar.

Teodoro respiró hondo y, luego de colocar la servilleta sobre su falda, tomó el tenedor dispuesto a comenzar el almuerzo y seguirle el juego.

—Gian era el mejor amigo de mi hermano mayor, Francisco —respondió con algo de nostalgia. Tomó un poco de su ensalada y se la llevó a la boca—. Eran socios. Empecé a formar parte de Hoteles Mondini en el año 52, tenía 16 años. Con el tiempo, y tras la muerte de Francisco, tu abuelo y yo nos hicimos buenos amigos. En realidad, se convirtió en una suerte de protector.

Había algo de nostalgia entre sus palabras y al mismo tiempo añoranza en su voz a medida que avanzaba en su relato. De pronto hizo una pausa y se perdió brevemente en sus recuerdos.

—En algún punto supongo que te convertiste en su sucesor —mencionó Manuel sin ningún tipo de animosidad—. Como el heredero varón que no tuvo.

—Yo diría que me convertí en el protector del heredero —respondió con firmeza.

—No confiaba en mi padre ¿verdad? —disparó Manuel sentando clara posición del tema que deseaba abordar.

No estaba seguro de estar haciendo las preguntas correctas. De pronto el corazón se le había acelerado y lo ahogaba la necesidad de evacuar dudas y rellenar los blancos de su historia familiar.

Lo impetuoso de la pregunta alertó a Teodoro que lo contempló con curiosidad. Se limpió la comisura de sus labios y bebió un poco de vino, cansado de seguirle la corriente a ciegas.

—¿Qué es realmente lo que deseas saber, Manuel?

—Lo que te pregunté —respondió incómodo—. Tengo la sensación de que no conozco mucho de mis antepasados —agregó

esbozando una sonrisa tensa—. ¿Qué hay de malo en que quiera saber cómo era la relación entre mi padre y mi abuelo?

—Es cierto, tu abuelo no confiaba en la capacidad de Antonio para los negocios —respondió Teo tajante—. Por lo demás, Gian y Antonio se llevaban —dijo diplomáticamente. Pensó mejor su repuesta y agregó—: De hecho, Gian dio su consentimiento en cuanto supo de las intenciones de Antonio de desposar a Sonia.

Se hizo un silencio en torno a la mesa que no hizo más que asegurarle a Manuel que Teodoro conocía los secretos que él necesitaba desempolvar. Con una serenidad desubicada, comió un poco de salmón con salsa de puerros y aguardó a que su viejo mentor dijera algo, pero como esto no sucedió, decidió forzar un poco más la charla.

—Querrás decir cuando lo obligó a casarse con mi madre porque estaba embarazada y una madre soltera no era propio de una familia como la nuestra —agregó y su voz sonó peligrosamente contenida—. A mi modo de ver, casarlos fue optar por la solución que menos daño hacía.

Teodoro lo miró sorprendido. Descubrir que Manuel conocía esa parte de la vida de sus padres fue por lo menos llamativo. No obstante, desde su adolescencia, Manuel se había mostrado un tanto cínico respecto de su familia; los años solo habían agregado acidez a su actitud.

—¿A título de qué viene todo esto? —quiso saber Olazábal—. No entiendo a dónde nos lleva esta conversación tan general, ni a qué viene ese comentario tan particular.

Manuel asintió y evasivamente desvió su mirada hacia la copa de vino. En su interior se debatía entre la necesidad de hablar abiertamente sobre lo que estaba sucediéndole o hacerse el intrigante y procurar sacarle información a suerte y verdad.

—¿Desde cuándo desconfías de mí? —demandó Teodoro de pronto ofuscado.

—No desconfío, Teo —se apuró a aclarar—, por favor no pienses eso. Es que estoy confundido —confesó y superado por la situación apoyó los codos sobre la mesa y se abrazó la cabeza—. Estoy desorientado.

—¿Qué te tiene confundido? —preguntó Teodoro preocupado—. Nunca te había escuchado hablar con tanta inquietud.

Manuel respiró hondo buscando resolverse.

—Lo que necesito contarte tiene que quedar entre nosotros —comenzó diciendo Manuel con voz aplomada. Alzó la vista y se topó con la mirada de quien por años fue mucho más que su guía—. No quiero hablar con nadie de este asunto, Teo. No sé ni qué pensar, ni siquiera sé qué es verdad y qué mentira. Estoy averiguando.

—Por supuesto que esto queda entre nosotros —le aseguró Teodoro notando por primera vez la magnitud de su preocupación—. Siempre fue así, Manuel. ¿De qué se trata?

—De los orígenes de la Cementera Rauch y del accidente de mi padre.

El silencio que se instaló entre ellos fue rotundo. Teodoro se dejó caer contra el respaldo de su silla, claramente impactado por lo que acababa de escuchar. Frunció el ceño y miró a Manuel demandando información.

—Una persona hace varias semanas, comenzó a subir información sobre mi familia a un blog de mierda. Brenda lo detectó —empezó diciendo—. Al parecer el objetivo era ventilar la historia de la familia. —Hizo una pausa y bebió un poco de agua. Se le había secado la garganta—. Esta persona que, paradójicamente, trabajaba en la Cementera cuenta con información de que mi abuelo Enrique estafó a su abuelo y que de esa estafa surgió Cementera Rauch. —Se detuvo para reformular la información que deseaba compartir con Teodoro—. La verdad es que puede ser cierto, pero no hay muchas pruebas.

Teodoro lo escuchaba con atención. Lo preocupaba considerablemente el estado en que lo veía, más que la información que le estaba presentando. No creía que pudieran hacerle daño con eso; había pasado demasiado tiempo. Pero detectaba algo más.

—El punto es que, investigando los orígenes de la Cementera Rauch —continuó Manuel interrumpiendo los pensamientos de Teo —, esta persona se topó con pruebas que indican que el accidente de papá pudo haber sido fraguado.

Los ojos de Teo se abrieron por completo y tensándose enfrentó a Manuel claramente desconcertado.

—¿Vos me estás queriendo decir que alguien intentó matar a Antonio? —preguntó impactado por lo que acababa de escuchar.

—Es una posibilidad —respondió Manuel—. Como es una posibilidad que a mí me hayan querido ver muerto también. No nos olvidemos que tendría que haber estado en ese avión y gracias a que le fallé a mi hermana sigo con vida.

Hizo una pausa. Los recuerdos volvieron a trasladarlo a esa noche en Mendoza; a esa última discusión y a lo egoísta de su decisión.

—Ya hablamos de eso. No le fallaste a tu hermana ni fuiste un desconsiderado con tu padre —sentenció Teodoro Olazábal con autoridad—. Ya habíamos acordado que dejarías toda esa mierda fuera. Creí que era un tema superado.

Manuel asintió y le dedicó una mueca, dándole a entender que no siempre podía lidiar el peso de sus recuerdos.

La puerta se abrió y personal del servicio de banquetes ingresó para retirar la vajilla, servir el plato principal y rellenar sus copas. No dijeron nada hasta que quedaron solos.

—No me estoy poniendo sentimental ni tengo pesadillas porque mis padres jamás se quisieron —dijo con aspereza—. Pero tengo la fastidiosa sensación de que estoy en medio de algo que me va a explotar en la cara.

—¿Qué te hace pensar en algo así?

—No lo sé —confesó—. Es solo una sensación que me tiene inquieto. Me estoy encontrando con aspectos de mi familia que me descolocan.

Manuel se puso de pie, ya no tenía deseos de comer. Se le había cerrado el estómago. Se acercó al escritorio y tomó un cigarrillo. Lo encendió y caminó hacia las puertas ventanas que daba a la terraza.

Por unos segundos volvió a perderse en sus pensamientos y fumó en silencio. Luego miró a Teodoro que lo seguía con la mirada.

—Es una sensación espantosa Teo, no puedo anticipar lo que va a pasar. Me siento ciego y a la deriva —agregó al fin—. Cuanto más averiguo más mugre encuentro. —Bajó la vista brevemente para

volver a alzarla hacia su mentor—. En uno de los mensajes que esta persona me envió antes de que esta locura empezara, me preguntaba si estaba orgulloso de ser un Rauch. —Manuel hizo una pausa y sacudió su cabeza buscando qué decir al respecto —. Necesito llegar al fondo. Necesito saber. No puedo permanecer indiferente; algo sucedió, lo presiento —terminó diciendo como si pensara en voz alta.

—Está muy bien que investigues —sentenció Teo pensativo—. A mi entender demasiado rápido las autoridades concluyeron con que había sido un accidente.

—¿Recordás algo de aquella época que yo deba saber? —preguntó Manuel esperanzado.

—No sé qué decirte, —respondió Teo desorientado—. No he pensado en toda esa situación desde hace años. No sabría que decirte...

Manuel asintió apesadumbrado. Por unos minutos se perdió en sus pensamientos. Luego alzó la vista y miró a Teodoro.

—¿Por qué viniste justo hoy, Teo?

—Porque tenés un amigo que está muy preocupado por vos, Manuel —fue la respuesta de Teodoro.

Manuel asintió y terminó de fumar su cigarrillo en silencio. Lo apagó e ingresó nuevamente al despacho.

—Supongo que tendría que hablar con Raúl.

—Me parece que si —afirmó Teodoro con contundencia.

CAPÍTULO 28

Le había hecho bien hablar con Teodoro. Le había permitido desahogarse y al mismo tiempo había echado algo de luz a la oscuridad en la que Manuel se sentía inmerso. Pensó en Raúl y en la falta que su amigo le hacía. Tenía que encontrar la manera de reunirse con él.

Una vez que Teodoro se marchó, Manuel quedó sumergido en un silencio de tumba y todos sus fantasmas lo rodearon abrumándolo más de lo que ya estaba. Quizás alentado por esos mismos fantasmas fue que extrajo la segunda libreta y releyó las primeras hojas. No había nada importante allí, salvo el desprecio de un hombre rencoroso que daba vueltas sobre lo mismo, sin aportar nada nuevo. Las terminó dejando de lado, tenía que trabajar.

Durante las reuniones de la tarde le demandó un gran esfuerzo seguir las conversaciones. Ahora que había decidido estar al frente de la cadena no podía darse el lujo de no prestar atención. Molesto y disperso, así se sentía.

Cuando finalmente se sentó tras su escritorio, el cansancio había ganado terreno. Pensando en Ana consultó su reloj, eran casi las cinco de la tarde y no sabía nada de ella desde esa mañana. Ese pensamiento aplacó un poco su mal humor y lo instaló en el presente despejando su mente de demonios mientras un calor tibio le inundaba el corazón. Tomó su celular y le escribió.

La respuesta de Ana tardó apenas unos segundos en llegar. Era una imagen suya junto a un gran tonel de vino. Sonreía a la cámara alzando su copa. Se la veía hermosamente feliz. Tentado, no pudo evitar enviarle un mensaje. *Cuidado con el vino; no te entusiasmes.*

El corazón le dio un brinco cuando su celular comenzó a sonar y comprobó que ella lo llamaba. No atendió inmediatamente, quiso disfrutar el momento por unos segundos.

—¿Seguís brindando? —le preguntó ni bien tomó la llamada.

—No, señor, para tu información estoy recostada sobre una cómoda reposera —dijo con entusiasmo—, tomando un poco de sol junto a una magnífica piscina. Me gané este descanso.

—Bueno, tu trabajo sí que puede ser estresante —acotó Manuel—. ¿Tu jefe?

—Con su esposa, tomaron una excursión por la ciudad —respondió. Hizo una pausa y se puso seria—. ¿Estás bien, Manu? Te noto, no sé... raro... El otro día también lo estabas. No puedo dejar de pensar que algo te está sucediendo.

A Manuel lo sorprendió el comentario y lo gratificó de igual manera. Ella seguía siendo receptiva a sus estados de ánimos. Eso lo emocionó.

—Estoy bien. Es solo un dolor de cabeza persistente que me tiene a mal traer —comentó.

—¿Otra vez el dolor de cabeza? —exclamó ella retándolo como un chico—. ¿Cuándo vas a ir al médico, Manuel?

—No empecemos, Ana —protestó con cansancio y se apuró a cambiar de tema—. ¿Cómo sigue tu estadía en Mendoza?

—Bueno, está bien por ahora, te lo dejo pasar, pero voy a insistir con lo del médico —accedió renuente—. Podría decirse que mi día ya terminó. Hoy pienso meterme en la cama temprano. Craig y Susan salen a cenar solos —comentó relajada—. Mañana tenemos un almuerzo con los inversores del Centro Comercial y vamos a visitar la zona de la obra. Pasado una reunión con gente de la gobernación.

Siguieron conversando sobre las actividades de uno y del otro. Manuel no se contuvo al mencionar que la extrañaba.

—Me gustaría estar ahí —agregó él—. Eso de estar tirado en una reposera suena bien, en realidad suena a algo que estoy necesitando.

—Definitivamente es algo que estas necesitando —reconoció Ana—. Deberías encontrar el momento para tirarte unas horas en una reposera.

—Puede ser —accedió Manuel. Consultó su reloj—. Pero, lamentablemente tengo que irme. Me esperan en una reunión fuera

del hotel. Te llamo a la noche.

—Espero tu llamado.

Manuel permaneció varios segundos contemplando la imagen de Ana, con una copa de vino blanco en la mano, sonriéndole a la cámara. Le parecía una estupidez estar separados. Ese era un punto que debía solucionar a la brevedad.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el zumbido de un mensaje entrante. Ana le enviaba una nueva imagen. Un autorretrato tomado por ella en la reposera del hotel. Lo sintió como toda una invitación. Su respuesta fue un gran corazón.

Le llevó apenas dos segundos tomar la decisión. Entusiasmado, pulsó un botón para comunicarse con Andrea y le indicó que Marcelo estuviera listo. Saldrían en cinco minutos.

—Andrea —la llamó un segundo antes de que su secretaria cortara la comunicación—. Esta noche tengo que cenar en Mendoza. Con que esté allí a las 9 o 9.30 está bien. Reserva una mesa para dos en el mejor restaurant del Park Hyatt.

Se hizo un silencio en la línea y Manuel supuso que su secretaria estaba evaluando la información.

—¿Habitación?

—No, sólo la mesa para la cena. —La respuesta fue tajante, seca y Andrea no dijo nada pues sabía que no había concluido—. Habla con la Sra. Alameda para que me prepare lo usual —ordenó—. Regreso mañana por la mañana. ¿Qué tengo en agenda?

—La reunión de la comisión de turismo es a las 11 —informó Andrea.

—Bien —dijo Manuel—. Coordina que mi vuelo llegue para esa hora.

Se puso de pie encantado con la decisión tomada. La sorprendería y al mismo tiempo, saber que en pocas horas estaría con ella aplacaba los demonios que lo venían acosando. Cerró su computadora y abrió el cajón donde había guardado las libretas. Tomó una. La llevaría con él para leer durante el vuelo.

Al pasar junto a su secretaria le indicó que lo mantuviera informado respecto del vuelo. Tenía una reunión fuera y no pensaba volver.

—Estoy viendo qué puedo conseguir —se atrevió a decir Andrea consciente de que tenía por delante una tarea complicada.

—Lo que sea, pero esta noche tengo que estar en Mendoza —respondió autoritario—. Llamame en cuanto tengas alguna novedad.

Se subió al Audi y le indicó a Marcelo la dirección a donde debían dirigirse. Luego se abandonó a sus pensamientos, que a la deriva zigzaguearon entre sus múltiples preocupaciones hasta detenerse en la conversación mantenida con Bilbao. Algo en toda la postura del periodista lo tenía intranquilo. ¿Qué era lo que sabía? ¿Por qué estaba tan seguro de que algo estaba por suceder?

Pensó en escribirle a Brenda para que se ocupase de averiguar. Pero un sexto sentido lo detuvo. Escribirle era generar una conversación y no tenía humor para lidiar con ella. Eso era algo más en que pensar; no podía tener una encargada de prensa y relaciones públicas a quien evitaba para no tener que soportar situaciones incómodas. Era inaceptable y poco funcional.

Estaba llegando a destino cuando Andrea le envió un mensaje informándole que, dado que no había conseguido pasaje en un vuelo regular, se había tomado el atrevimiento de solicitar servicios a la compañía privada que usualmente contrataban para emergencias de este tipo.

«Santa Andrea que entiende sin preguntar cuando algo es prioritario», pensó agradecido.

Bien hecho, fue su respuesta y escuchó con atención el detalle que su secretaria le ofrecía. Marcelo ya tenía las coordenadas y la señora Alameda se ocuparía de prepararle su porta traje con una muda y sus elementos de tocador; un auto de la Cementera los encontraría en el hangar para entregárselo. Por último, estaba arreglando que un vehículo lo aguardase en el Aeropuerto de Mendoza para llevarlo a donde él lo desease.

—Excelente, Andrea —repuso y sin agregar comentarios cerró la comunicación.

Ingresó al departamento acompañado por Aldo que lo esperaba en la entrada para guiarlo. Una vez dentro del pequeño departamento, recorrió el lugar con la mirada inspeccionándolo sin

disimulo. Ester lo observaba desde el extremo opuesto del ambiente, parecía calmada, ensimismada, pero alerta.

Altivo y arrogante, Manuel le dispensó una mirada cargada de contrariedad. Se estudiaron con distancia y Manuel notó en ella un alto grado de incertidumbre por lo que estaba por suceder. Desvió la vista, recostándose en la certeza de que la doblaba en edad y en experiencia a la hora de lidiar con este tipo de situaciones; miró a Aldo. No le agradaba estar allí, sentía estar rebajándose ante una pendeja que, a su entender, solo buscaba algo de dinero.

—¿Qué novedades tenemos? —demandó Manuel con sequedad sin molestarse en saludar—. No tengo mucho tiempo.

—Esta es toda la información, fotografías y documentos que Ester posee —informó Aldo señalando el material con sus manos—. La verdad es que es mucho —agregó. Colocó una de sus manos sobre una pila que había dejado apartada—. Este es el documento que dio origen al blog. Podría decirse que es una biografía no autorizada de tu familia.

El detective le señaló por un lado todas las anotaciones que tenían que ver con la Cementera, sus orígenes y cómo esta llegó a manos de Antonio. Por otro lado, un minucioso detalle sobre la historia de los padres de Manuel: Antonio Rauch y Sonia Mondini, la relación que los unía y cómo el matrimonio se fue desarrollando. Por último, todo lo recopilado por Pedro Aragonés desde el momento en que se puso en contacto con Antonio Rauch hasta el día de su muerte. También había una pila de fotografías sueltas.

La mirada de Manuel se detuvo en la de la avioneta destrozada. Lo impactó, nunca había visto la imagen con tanta claridad y le revolvió el estómago. Parecía mentira que alguien hubiera sobrevivido. En realidad, Antonio había sobrevivido a medias. Buscando eludir los recuerdos, desvió la vista. Entonces detectó una fotografía de Antonio. Se lo veía joven, apuesto y lleno de vida, con esa sonrisa un poco contagiosa y, otro tanto, socarrona; saludaba a la cámara desde el control de la avioneta. Recordaba esa fotografía en particular, porque era una de las preferidas de Gimena. ¿Cómo tiene esa fotografía?

Sin demorar más la conversación volvió su atención a Ester que los observaba impertérrita.

—¿Querías hablar conmigo? —preguntó sin preámbulos—. Pues aquí estoy. Acabemos con esto de una buena vez.

—Primeramente, quería decirle que siento mucho todo lo sucedido —comenzó diciendo Ester con voz temblorosa—. Más allá de que su abuelo estafó a mi familia y que sigo creyendo que es una injusticia que no se sepa, lo de su padre...la situación ha cambiado.

No le interesaba lo concerniente a la Cementera. Estaba allí para hablar de Antonio, ese era el asunto que preocupaba a Manuel.

—¿Qué sabes del accidente de mi padre? —preguntó impaciente.

—Que a su padre intentaron matarlo y no pudieron —respondió con firmeza.

—¿Por qué estás tan segura de eso? —presionó Manuel—. El caso fue cerrado hace años... ¿de dónde sacaste la idea de un posible crimen?

—De las pruebas que me dejó mi abuelo y mi padre —respondió con el mismo tono—. Déjeme que le cuente que su padre y mi padre tenían un acuerdo —continuó diciendo, sorprendiendo a Manuel—. Según las anotaciones de mi padre, Antonio era un hombre de buen corazón —se atrevió a comentar Ester mostrando tener empatía con Antonio a quien sinceramente le había tomado cariño—. Al parecer Antonio comprendió algo que ninguno de nosotros advirtió, algo que ni siquiera mi abuelo hizo. Mi madre y su padre eran primos hermanos. La única familia que Antonio tenía además de sus hijos claro está. Se interesó por mi madre cuando supo que estaba enferma e hizo un trato con mi padre. —Hizo una pausa y se atrevió a esbozar una leve sonrisa—. ¿Me pregunto si eso no nos hace familia a nosotros también?

Manuel no daba crédito a lo que escuchaba. De pronto, todo aquello parecía pasar de la posibilidad de un doble homicidio a una sarta de cursilería que no conducía a nada. Lo crispaba. La miró con un grado de exasperación tan alto que la chica se apuró a continuar.

—El punto es que mi madre estaba muy enferma y el tratamiento era excesivamente caro —continuó Ester esforzándose por retener

la atención de Manuel—. De modo que, por lo que pudimos deducir, Pedro, mi padre, se puso en contacto con el suyo e intentó llegar a un acuerdo con el fin de reunir dinero para el tratamiento de mamá.

—Intentó chantajearlo, querrás decir —la interrumpió Manuel hiriente.

—No fue así —lo defendió Ester. De una pila de documentos tomó la hoja en cuestión. Se la extendió a Manuel que la tomó y la releyó—. Por lo que dice esa carta, Antonio accedió de buen grado a que se escribiera una biografía sobre la familia Rauch, aunque parece ser que puso varias cláusulas —explicó—. Pero, como verá, está claro que se comprometió a ocuparse de costear el tratamiento, pero quería ver el manuscrito antes que este fuera publicado.

Manuel frunció el ceño. La voz de Ester estaba tan cargada de tristeza que movió fibras en su interior; pero no dejó que se notara. Alzó la barbilla y siguió escuchando.

—El intercambio nunca tuvo lugar —continuó apesadumbrada, mirando a Manuel directo a los ojos—. Su padre sufrió el accidente tres días más tarde de la última conversación que mantuvo con el mío.

Los envolvió un silencio denso. La mente de Manuel parecía trabajar a toda velocidad y reconocía que nada de lo escuchado servía para esclarecer el accidente. «Porque de momento sigue siendo un accidente» pensó Manuel preocupado.

—Hay algo más —dijo Ester sorprendiendo a Manuel—. Luego del accidente, mi padre intentó ponerse en contacto con alguien de su familia primero y de la Cementera después. Sólo se sabía que Antonio estaba muy delicado y que únicamente su esposa estaba autorizada a verlo —continuó diciendo la chica que destilaba rencor entre sus palabras—. Nadie lo recibió ni quiso escuchar sus argumentos. Nadie quiso escuchar que el accidente pudo haber sido provocado —enfaticó con rabia—. Su madre al enterarse se rió. Según sus propias palabras él podía publicar lo que quisiera sobre la familia Rauch, a ella no le interesaba. Y no pensaba poner un peso para evitarlo. Pero si tenía intención de meterse con los Mondini, lo aplastaba.

Manuel hizo un gesto de resignación, como si hubiese escuchado a su madre hablando; podía imaginarla.

—No te creo nada —sentenció Manuel de todas formas—. ¿De dónde salió toda esa mierda? —preguntó claramente superado por lo que escuchaba.

—De aquí —respondió Ester con cautela mostrándole a Manuel un sobre color papel madera ubicado en un extremo de la mesa—. Mi padre entrevistó varias veces al suyo —continuó con cierta severidad—, hablaron de absolutamente todo y las entrevistas fueron grabadas.

Mientras Ester hablaba, Aldo abrió el sobre y dejó caer el contenido sobre la mesa; una decena de cassettes enumerados y un reproductor portátil de los que solían usar los periodistas.

—No los escuché, si eso le preocupa —se atrevió a decir Ester con seguridad. Miró a Manuel directo a los ojos—. En realidad, solo escuché el último por si decían algo que tuviera relación con la muerte de mi padre.

Manuel asintió comprendiendo. La tristeza acumulada en la voz de la chica volvió a alcanzarlo. Se obligó a suprimirlo.

—¿Y qué decía? —quiso saber Manuel.

—Mi padre en esa última grabación, dice estar detrás de la prueba que podría dejar al descubierto el motivo para eliminar a Antonio —respondió Ester con cautela—. Mi padre también menciona que estaba seguro de que había gente que deseaba que no se investigara el accidente.

Manuel frunció el ceño de pronto intrigado por lo que esa chica decía.

—Si, ingeniero —sentenció desafiante—. Creo que a mi padre lo mataron por haber descubierto algo del accidente del suyo.

Un silencio denso se instaló en torno a la mesa. Manuel sintió que perdía varios grados de temperatura corporal ante lo que entendía que Ester callaba. Miró a Aldo que tomaba una de las libretas y la hojeaba.

—Pedro tenía programado encontrarse con un informante —comentó Aldo. Le mostró la anotación a Manuel—. Al parecer esa persona le informaría quién tenía deseos de deshacerse de Antonio.

A Manuel le daba vueltas la cabeza. ¿Qué estaban queriendo decir?

—Por lo que Aragonés dejó entrever en una de sus notas —continuó Aldo—, no estaba seguro de poder probar que el amante de tu madre estuviera involucrado en el accidente de Antonio; pero lo creía.

—Mire Manuel —dijo de pronto la chica.

Lo sorprendió que lo llamara por su nombre, era la primera vez que no le decía ni señor ni ingeniero. La miró con atención.

—Estoy segura de que a mi padre lo mataron por desear descubrir qué le sucedió al suyo— sentenció y pareció mucho más grande de lo que en realidad era—. A mí me tiene sin cuidado si la suya es una familia de arrogantes incapaces de respetarse. Alguien me arrebató la mía y quiero descubrir quien fue. Llévase los cassettes, escúchelos a ver si usted encuentra algo que nos pueda ayudar a ambos.

Manuel asintió y la observó con detenimiento. Luego la siguió con la mirada mientras ella se alejaba de la mesa y se perdía en el interior de la vivienda. Miró a Aldo que en silencio había observado la escena.

—¿Qué pensás?

Aldo suspiró y guardó en el sobre los cassettes y la grabadora portátil. Se lo extendió a Manuel que lo recibió con reparo.

—Escúchalos con atención estoy seguro de que aquí hay muchas respuestas —sugirió el detective seriamente—. Sigo pensando que vos debés saber algo que todavía no lograste conectar.

—Está bien. Lo haré —accedió Manuel. Lo miró pensativo mientras tomaba una decisión—. Una cosa más Aldo, —agregó imperativo—. Quiero terminar con todo este tema. Dejar este asunto pendiente no hace más que romperme las pelotas.

—¿Qué pensás hacer? —preguntó Aldo interrumpiéndolo abruptamente.

— Quiero comprarle todo lo que tiene relacionado con la Cementera y mi familia —indicó con sequedad—. Quiero todo. Las

libretas de Cristo, estos *cassettes* donde entrevista a mi padre. Todo.

—No creo que espere algo así —alcanzó a decir Aldo midiendo la propuesta—. Está empeñada en encontrar a quien mató a su padre.

—Decile que le ofrezco cinco millones de dólares —indicó con autoridad y determinación—. Con ese dinero supongo que podrá pagar tus honorarios. Si lo duda, decile que solo vos estarás autorizado a meter tus narices en estos documentos y que puede contar con ello en una eventual investigación.

Aldo silbó sorprendido por el monto. Manuel no se andaba con chiquitas.

—Cinco millones, ni un peso más, Aldo —lo amedrentó Manuel—. Todavía puedo arrepentirme y sigo en posición de demandarla.

CAPÍTULO 29

Manuel ingresó al Audi y no tuvo que decir nada para que Marcelo pusiera en marcha el vehículo. Pensativo, perdido en sus cavilaciones, se volvió hacia la ventanilla y contempló el paisaje de la ciudad que corría a su lado. Había sido lo correcto plantearle a Aldo que le diera un corte al asunto. Tendría que haberlo hecho mucho antes.

La historia de vida de Ester lo mortificaba y en algún punto empezaba a sentirse en falta con esa chica por muchos motivos. Sin embargo, tenía claro que no debía mezclar las aguas. Aunque estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias para averiguar qué había sucedido con el accidente que tanto había cambiado sus vidas, no tenía deseos de ventilar los trapitos sucios de su familia. Sus pensamientos se centraron en el sobre con los cassettes y la inquietante sensación de que estaba por descubrir muchas cosas que no iban a gustarle lo abordó.

—¿Cómo estamos de tiempo? —preguntó Manuel sin apartar la mirada de la ventana.

—Andrea me dijo que como tarde tiene que estar a las siete y veinte en el hangar —respondió Marcelo—. Tenemos más de cuarenta minutos.

—Perfecto, vamos tranquilos entonces —indicó—. Quiero llegar sobre la hora.

La tarde moría, las sombras comenzaban a adueñarse de las calles. Los ciudadanos volvían a sus hogares; era el comienzo del final del día. Pero Manuel estaba lejos de apreciarlo. Inmerso en la opresora sensación que le había provocado la conversación mantenida con Ester, no podía evitar analizar cada oración hasta descubrir el doble mensaje que podría esconder.

Reparó entonces en la mención del amante de su madre y en la manera en que Aldo había remarcado que Aragonés lo había involucrado con el accidente. Ese comentario lo sacudió, pero sentía que un detalle se le escapaba. De la nada asoció el asunto con la conversación que habían mantenido ese mismo mediodía con Teo.

—Marcelo, para el auto —ordenó abruptamente.

Estaban a la altura de la Facultad de Derecho, sobre Figueroa Alcorta. El chofer detuvo el Audi en una entrada de vehículos clausurada y Manuel bajó antes que el auto estuviera completamente parado. Necesitaba hacer una llamada. Se alejó un poco y pulsó dos botones antes de llevarse el celular a su oído.

—Hola, Teo —saludó y su voz se cargó de ansiedad.

—Manuel ¿Sucedió algo? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, pero necesito hacerte una consulta sobre la época del accidente de papá —agregó—. Hasta dónde sé, mi madre tenía un amante. ¿Quién era, Teo?

Se hizo una pausa demasiado prolongada para el ánimo de Manuel que esperaba obtener de su protector una respuesta sin tanta evasiva.

—Teo, necesito saber quién era. Me acabo de enterar que un investigador creyó que el amante de mamá pudo haber generado el accidente.

—No soy yo quien debe darte esa respuesta, Manuel —respondió Olazábal incómodo—. Me parece que mucho de lo que estas compartiendo conmigo, tendrías que hablarlo con tu madre.

—Para que, por ejemplo, me explique por qué seguían juntos si se detestaban —deslizó filoso como si hubiese estado pensando en voz alta.

—Por ejemplo —enfaticó Olazábal preocupado.

El peso de la respuesta de Teo no hizo más que ayudar a Manuel a asimilar cuál era el siguiente paso. Pensando en ello, guardó silencio por unos segundos.

—Está bien. Tenés razón —accedió apesadumbrado—. Gracias, Teo. Saludos a Loty.

Regresó al vehículo y se dejó caer contra el asiento abatido. De reojo miró el sobre, lo abrió y contempló los pequeños cassettes

preguntándose con qué podría encontrarse. Lo que más lo movilizaba era saber que en ellos estaba la voz de su padre; ya no la recordaba con claridad.

—En cinco minutos estaremos en el Aeródromo, ingeniero —dijo Marcelo quebrando sus pensamientos.

Manuel lo miró y asistió, pero no sumó comentarios. Bajó la vista al celular que tenía en su mano y buscó una foto de Ana. Le gustaba mucho una de las últimas que le había compartido, donde estaba abrazada a su hermoso perro. *Miles*, recordó que se llamaba. Se la veía tan contenta. Dios, eso era lo que más deseaba lograr; hacerla feliz y no volver a darle motivos para que se marchara de su vida. Se aferró a esa certeza como un náufrago a una tabla en medio del océano. Ella era su luz, su faro. No debía olvidarlo.

El vehículo se detuvo apenas cruzar los portones de un enorme hangar. Antes de descender, Manuel miró el sobre tentado en tomar el primer cassette para escucharlo durante el vuelo, pero descartó la idea por temor a que su ánimo se ensombreciese demasiado.

Descendió, despidiéndose de su chofer hasta el día siguiente y encaró la escalinata de la aeronave. Una persona de la Cementera se acercó cargando un portatraje que entregó a un colaborador de la compañía aérea.

—Florencia me pidió que le entregara esto —dijo el hombre al extenderle un sobre—. Le enviaré la agenda de toda la semana a su celular para que le indique qué hacer.

—Excelente. Gracias, Mauro.

De dos en dos subió por la escalinata e ingresó a la nave. El piloto, que ya se encontraba en su cabina, se acercó para presentarse. Lo mismo que la asistente de abordaje que aprovechó para indicarle que ajustase su cinturón y preguntarle qué le gustaría beber una vez que estuvieran en el aire. Les agradeció a ambos y pidió un whisky.

Se ubicó en el primer asiento que vio, y dejándose caer contra el respaldo, cerró sus ojos buscando aislarse brevemente; pero fue en vano. En el momento en que la oscuridad lo envolvió los recuerdos dolorosos se intensificaron, arrastrándolo a un pozo tenebroso que acababa en la imagen de la avioneta destrozada. Abrió los ojos

abrumado. No quería recordar esas imágenes; no quería que se le grabaran en su mente.

Pero tenía que aprovechar el tiempo libre. Procuró ser todo lo metódico posible; todo lo racional que siempre había sido. No podía permitir que las emociones lo dominaran. Lo primero que vino a su mente fue la imagen de su padre a bordo de su preciada aeronave. Gran cantidad de veces lo había acompañado y Manuel podía jurar que Antonio había sido un piloto idóneo. El accidente de su padre y la muerte de Pedro Aragonés estaban plagadas de indicios que sugerían demasiadas cosas; eso no podía negarlo.

—Ingeniero, su bebida —dijo la asistente de abordo con voz sensual.

—Muchas gracias. ¿A qué hora llegaremos?

—La hora estimada será alrededor de las 21.30, quizás antes.

—Perfecto, gracias—respondió Manuel y se volvió hacia la ventana para dar por terminada la conversación.

Una vez más sus pensamientos cayeron en lo sucedido durante las últimas horas. *Deberías hablar con tu madre*, las palabras de Teo lo alcanzaron con contundencia. Como siempre, Teo estaba en lo cierto. Era su madre quien tenía muchas de las respuestas que él necesitaba. Era a ella a quién debía enfrentar. Suspiró con resignación, nunca había podido hablar con su madre sobre ciertas cuestiones. El accidente de Antonio y la relación que los unía eran de los pocos temas que no se atrevía a ahondar con su madre; tal vez porque, en el fondo, temía las respuestas que podía obtener.

Que, en aquella época, Sonia tuviera un amante al que amaba más que a su padre era algo que no sorprendía a Manuel. Sin embargo, el hecho de que ese hombre considerara a su padre como a un estorbo y actuase en consecuencia, era algo bien diferente. Reconocía que ese era un motivo claro para cometer un homicidio teniendo en cuenta que Sonia representaba mucho dinero. La identidad de ese hombre lo contrariaba y lo perturbaba.

El pequeño avión viró y fácilmente emprendió el descenso. Manuel espío por la ventanilla, a lo lejos asomaban las luces de la ciudad. El vuelo fue tranquilo. Casi dos horas en las que pudo

serenarse y ordenar sus pensamientos, pero se avecinaba otra compleja situación.

Respiró hondo reconociendo que eran dos las batallas que debía enfrentar y cada frente requería de un Manuel diferente. Era hora de priorizar a Ana y en ella centró todas sus energías. El empresario, el hijo, el heredero debían descansar ahora para darle espacio al hombre que necesitaba recuperar parte de su vida. No quería que lo referente al accidente de su padre contaminara sus emociones. Era imperioso estar bien para disfrutar de ella. Necesitaba recuperar su equilibrio, algo que últimamente parecía haberlo abandonado.

Se despidió de los pilotos y encaró el vehículo de alta gama que aguardaba a pocos metros de la aeronave.

Media hora más tarde, descendió del auto considerando que ingresar a un hotel que no pertenecía a su cadena le provocaba cierto escozor. Sin duda debía tratarse de uno de los tantos peldaños que debía sortear para llegar a Ana; estaba dispuesto a hacerlo.

Un empleado se apuró a tomar el portatraje al tiempo que le daba la bienvenida. No lo reconoció. Sin embargo, quien sí notó su presencia fue el Gerente del establecimiento que se apuró a acercarse para recibirlo como si del mismísimo dueño de la cadena se tratase.

—Ingeniero Rauch, un verdadero honor contar con su presencia entre nuestros huéspedes —comentó el Gerente que ya se había presentado como Esteban Arizona y parecía nervioso—. La verdad es que nos sorprendió mucho enterarnos que venía. El hotel está lleno, no sé cómo decir esto, pero no tenemos reserva a su nombre.

—Encantado, Sr. Arizona —comentó Manuel disfrutando de lo que provocaba en el hombre al estrechar su mano. Tendría que haber anticipado que la reserva en el restaurante los alertaría—. En realidad, me están esperando, pero no recuerdo el número de habitación de la dama.

El rostro de Arizona se relajó, al tiempo que comprendía que la discreción era primordial en casos como ese.

—Por supuesto, ingeniero Rauch —dijo el hombre guiándolo al interior del hotel—. Si usted me indica el nombre haré que uno de

mis empleados lo conduzca rápidamente al lugar.

—Le estaría muy agradecido.

Manuel observó cómo Arizona se alejaba hacia el mostrador del conserje. No se le había ocurrido pedirle a Andrea que le averiguara el número de habitación donde se encontraba Ana. Era una situación incómoda encontrarse en la necesidad de preguntar. “«Un peldaño más”» pensó Manuel consciente de que ella valía la pena. Para evitar tener que seguir conversando con los empleados de ese hotel y añorando escucharla, la llamó.

—Hola, Manu —lo saludó ni bien atendió.

La sonrisa de Manuel se amplió en su rostro al escucharla.

—¿Cómo estás? —la saludó él.

—Metida en la cama leyendo un libro que me compré esta tarde —comentó Ana—. ¿Vos qué estás haciendo?

—A punto de entrar a una cena —respondió—. ¿De qué se trata el libro?

Enfrentó a Arizona que se acercaba con la información que necesitaba. A su lado un empleado cargaba el equipaje de Manuel. Con un gesto le indicó al hombre que le entregara su portatraje; no hacía falta que lo condujera. Arizona no insistió y le indicó el número de la habitación comprendiendo que Rauch buscaba discreción y privacidad. Le agradeció con una inclinación de cabeza e ingresó al elevador que aguardaba sin apartar el celular de su oreja.

Descendió en el segundo piso y buscó el número de la habitación correcta. Se detuvo frente a la puerta indicada. En su oído Ana le hablaba del libro que tenía en sus manos.

—¿Ya cenaste? —preguntó ante la primera pausa de ella.

—No, pensaba pedirme algo en un rato —respondió—. No es muy agradable cenar sola.

Manuel no respondió inmediatamente, en cambio, golpeó la puerta con los nudillos de su mano libre. En su oído, Ana mencionaba que alguien golpeaba a la puerta; le pidió que esperara un instante. Manuel aguardó.

Cuando la puerta finalmente se abrió, ambos tenían sus respectivos celulares pegados a sus oídos. Sonrieron y por unos segundos se contemplaron con emoción.

—¡Qué linda sorpresa! —exclamó Ana al verlo—. Tendría que haberlo imaginado.

—¡Tendrías que haberlo imaginado! Me estoy volviendo un tanto previsible —fue la respuesta de Manuel que levemente recostado contra el marco aguardaba que ella lo invitara a pasar—. ¿Vamos a cenar?

La sonrisa irrumpió en el rostro de Ana que, empujada por su propia felicidad, dio un paso hacia él y estirando sus brazos se enroscó en el cuello de Manuel que sin perder tiempo la arrastró dentro donde la besó con delicadeza primero, dejando que las emociones tomaran las riendas y liberaran su pasión.

—Espero vayas entendiendo que estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para recuperarte —dijo Manuel al separar su boca de la de Ana.

Ella seguía con los brazos enroscados en el cuello de Manuel con la mirada clavada en la de él. Se sentía embriagada por sus palabras, por su presencia, por la situación. Lo abrazó, aferrándose a su existencia tantas veces añorada.

—¿Qué tengo que hacer para que vuelvas conmigo? —susurró Manuel al oído de Ana.

—Seguir conquistándome como lo venís haciendo —confesó con picardía. Alzó la vista y sus miradas se encontraron. Ella sonrió con emoción—. No quiero que dejes de hacerlo —agregó y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Hacía tanto tiempo que no me sentía tan... no sé... Te amo, Manu...

A él casi se le detiene el corazón. Tantas veces había soñado con volver a escuchar esas palabras de su boca, que le costaba creer que estuviera sucediendo. La emoción lo embargó de tal manera que no pudo hablar; había sido un día por demás intenso, sobrecargado de demasiadas emociones para su propio bien; pero nada equiparaba ese momento que lo ubicaba en su paraíso personal. La abrazó con fuerza y exhaló como si al hacerlo se estuviese desembarazando de toda la angustia que llevaba acumulada desde que Ana lo dejó.

—También te amo, mucho más de lo que imaginas —confesó cuando por fin pudo hacerlo y lo sorprendió sentir que era algo que

había dicho pocas veces. Se separó y la contempló con emoción—. Tenemos mesa reservada para cenar en el mejor restaurante del hotel —continuó diciendo, pero se fue interrumpiendo a medida que la falta de deseo de Ana comenzaba a reflejarse en su rostro—. Parece que no vamos a ir a cenar a ningún lado, ¿verdad? —deslizó. Sonrió al ver que ella sacudía negativamente su cabeza—. ¿Qué planes tenés? Porque estoy muerto de hambre.

—Pidamos algo para comer en la cama —sugirió ella y caminó hacia el teléfono.

Levantó el auricular y se ocupó de cancelar la reserva hecha a nombre de Manuel, para luego ordenar servicio a la habitación. Eligió el menú y antes de cortar la comunicación, agregó una botella de champagne.

—Listo. Todo solucionado —informó Ana.

—Esa es mi chica —dijo él sonriente.

Ana carcajeó al escucharlo. Una carcajada fresca y contagiosa que le provocó un estremecimiento a Manuel.

—Me encanta la idea de volver a ser tu chica.

—Nunca dejaste de serlo, mi amor.

CAPÍTULO 30

—Manuel Rauch, dueño de la prestigiosa cadena Internacional Mondini fue visto desayunando en el exclusivo Park Hyatt de la ciudad de Mendoza donde aparentemente pasó la noche —dijo Ana socarronamente—. Casi puedo ver los titulares en las páginas de chismes.

—¿Te causa gracia?

—Lo que está por suceder no pasa todos los días —repuso Ana—. Me pregunto si habrá periodistas apostados en el *lobby*.

—En cuanto detecten tu presencia estamos perdidos —acotó Manuel. Estiró su cuello para depositar un delicado beso en la mejilla de Ana—. Encontrarnos juntos será la verdadera noticia. ¿no te parece?

Ana lo miró y le sonrió emocionada. Se lo veía tan espléndido en ese traje de lino color azul, la camisa blanca, con ribetes azules en el cuello y los puños. Pero era su rostro luminoso lo que más la atraía. Se lo veía feliz; contento, entusiasmado.

La noche anterior habían olvidado cerrar los cortinados, de modo que la claridad del amanecer los sorprendió y los fue despertando lentamente. La magnificencia de ese instante sublime los cubrió y la pasión fue alimentándose de la bendición de un nuevo comienzo. Se amaron con suavidad, con delicadeza y con tanto amor que el reencuentro se fue fortaleciendo, alimentando la seguridad del vínculo que ambos necesitaban revivir.

Luego de una maravillosa noche y un mejor despertar, ambos lucían impecables, rebotante de una felicidad que, creyéndola perdida para siempre, habían recuperado.

Cuando las puertas del elevador finalmente se abrieron, Manuel la tomó de la mano para guiarla a través del *lobby* hacia el Bistró M donde desayunarían.

Muchos curiosos, habiéndolos reconocido, los observaron. Manuel creyó detectar un fotógrafo apostado en uno de los sillones. Ana también lo notó.

—De eso se trataba ¿verdad? —preguntó Ana de la nada.

—¿Qué cosa?

—De que todos nos vieran —deslizó mirándolo detenidamente—. Por eso insististe con desayunar aquí en lugar de hacerlo en la habitación —agregó.

Manuel eludió su mirada y se encogió de hombros. La sonrisa no tardó en aparecer y la miró de reojo con complicidad. Ella caminaba esbelta a su lado, se la veía tan perfecta con ese vestido ligero de seda blanca con estampado de flores rojas. La prenda realzaba su figura. Era hermosa y era su mujer, algo que lo llenaba de tanto orgullo que se sintió poderoso.

—Culpable —confesó Manuel. Sorprendiéndola, pasó uno de sus brazos por sobre los hombros de Ana e inclinándose susurró a su oído—: Sonreí por si hay fotos.

Ana le dedicó una sonrisa ancha y estirando su cuello depositó un delicado beso en su mejilla.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó ella con voz cargada de ensoñación.

—Mi vuelo está programado para las 9.30 —respondió Manuel—. Apenas cuarenta minutos. Tiempo de sobra.

Subyugada, Ana lo miró. No tenía recuerdos en los que él manifestara sus emociones en público. Este nuevo Manuel por momentos la desconcertaba, pero le encantaba.

—Buenos días, ingeniero —lo saludó el Maitre del lugar con su mejor sonrisa. Miró a Ana con educada amabilidad—. Señora. Por favor permítanme guiarlos hasta su mesa.

Caminaron en silencio tras el hombre y se ubicaron en la mesa indicada. Estaba junto a la ventana y desde allí se apreciaba una hermosa vista de la terraza.

—¿Cómo sigue tu día? —preguntó Manuel una vez que estuvieron solos.

—Quedé en reunirme con Craig más o menos a la misma hora que tu vuelo despega —respondió ella al pasar y agradeció el café

que en ese momento le servían—. Muchas gracias.

Detestaba que nombrara a su jefe, aunque el hombre estuviera casado; lo ofuscaba que se interpusiera entre ellos o se filtrara en sus conversaciones. Era un pensamiento por demás ridículo; pero no podía evitarlo. Esforzándose porque no se notase se concentró en su desayuno.

—¿Qué vas a hacer vos?

—Tengo reunión de comisión de turismo en el hotel —respondió y la imagen del sobre de los cassettes llegó a él como un recordatorio de lo que tenía pendiente. Su rostro se ensombreció levemente, pero logró recuperarse—. ¿Cuándo volvés?

—Mañana a la noche.

—Paso a buscarte por Aeroparque y vamos a cenar —propuso él sin perder tiempo. Estiró su mano y tomó la de Ana acariciándola—. Después nos vamos al departamento.

La simple mención del departamento la movilizó porque para ella no había otro lugar donde ir con Manuel más que al departamento de la calle Quintana, donde volvían a un presente que, en cualquier otro lugar, todavía mostraba fisuras.

—Quedé con Rodo que cenaba con ellos —dijo aun sabiendo que sus palabras lo ofuscarían—. Lo siento, pero entre una cosa y la otra no he visto ni a Silvia ni a los chicos.

Manuel revoleó los ojos claramente contrariado. Ella estiró su mano hasta alcanzar la de él y buscó sus ojos con su mirada.

—Acompáñame —sugirió Ana.

—Hace menos de un día que somos novios y ya vas a presentarme a tu familia —replicó Manuel tratando de mostrarse burlón, pero en realidad estaba sumamente contrariado—. Supongo que debo decir, está bien.

Ella sonrió y estiró su mano para acariciar su rostro. Manuel le devolvió la sonrisa y sin dejar de mirarla le besó la palma.

—¿Vamos bien? —quiso saber tanteando el terreno.

—Muy bien —le aseguró ella movilizada.

Terminaron de desayunar conversando sobre lo hermosa que Ana había encontrado la provincia.

—Tendrías que considerar abrir uno de tus nuevos hoteles en esta ciudad —deslizó Ana de pronto pensativa—. Lo digo en serio. Creo que esta sería una plaza excelente —continuó diciendo Ana. Hablaba con autoridad y seguridad, convencida de cada una de sus palabras—. Fundamental que tuviera una cava propia. Es un destino muy buscado por turistas internacionales. Pensalo, Manu podrías asociarte con una de las grandes bodegas.

Manuel la observó pensativo y la idea de incluir a Ana en el proyecto cruzó fugazmente por su mente; era algo más para ofrecer o argumentar en pos de su regreso. Se guardaría esa carta para más adelante.

—Interesante asociación, yo me había inclinado por aspectos artísticos, pero me gusta —reconoció—. Aunque lo que más me entusiasma al escucharte hablar del proyecto es tu visión femenina. Las mujeres suelen tener otra sensibilidad.

—Gracias por el reconocimiento.

—Lo digo en serio, es algo que reconozco y admiro —dijo Manuel ahora con seriedad—. Cuando vuelvas a Buenos Aires, me gustaría escuchar tu opinión sobre los otros hoteles que pienso abrir. El fin de semana podríamos instalarnos en Martindale. ¿Qué te parece?

Ana se dejó caer contra el respaldo de su asiento y lo miró, de pronto incómoda. El idílico sueño de esa noche lejos de todo acababa de toparse con la realidad.

—Manu, pasado mañana regreso a Los Ángeles —comunicó consciente de que eso era algo que él no deseaba escuchar.

Ahora fue el turno de Manuel de ponerse serio. Se le ensombreció el semblante y la realidad cayó estrepitosamente sobre él. Asintió aceptando que así eran las cosas

—Manu —lo llamó ella tratando de suavizar el momento—, allí está mi trabajo, mi casa...

—Tu perro y la consulta con ese médico —la interrumpió con aspereza—. Lo recuerdo.

Ana asintió, comprendiendo que claramente esos eran dos puntos que lo incordiaban. Entendía que detestara la idea del

tratamiento de inseminación que ella deseaba enfrentar; no entendía porque rechazaba a Miles.

El maître se acercó a ellos al cabo de unos minutos para informarle que su auto había llegado y lo aguardaba en la entrada. Manuel le agradeció y le indicó que en la habitación 216, sobre la cama, había dejado el portatraje que debían retirar.

—Por favor, que le indiquen al chofer que en cinco minutos estaré ahí —dijo y volvió su atención a Ana que lo contemplaba con seriedad—. ¿En qué estábamos?

—En que tengo que volver a Los Ángeles, en que no te cae bien Miles, mucho menos el doctor Reeve —sintetizó Ana sosteniéndole la mirada—. Lo siento, pero no puedo cambiar mi vida de la noche a la mañana. No sin alguna seguridad. Tampoco quiero apurarme. Ya te lo había dicho.

Manuel asintió aceptando sus palabras, pero en el fondo le dolía que ella siguiera mostrando reparos. Tratando de disfrazar la súbita desilusión que esa sensación le produjo, se puso de pie.

—Está bien, —accedió contrariado—. Nos manejaremos con tus tiempos.

Ana lo contempló con emoción y se puso de pie.

—Disfrutemos de esta etapa, Manu, —le dijo al pararse a su lado.

Tomados de la mano dejaron el salón. Cruzaron el lobby sin reparar en nadie y ya en el exterior se detuvieron en la cima de la escalinata de la terraza. Antes de despedirse, Manuel tomó el rostro de su mujer entre sus manos y la besó como quien desea marcar territorio. Al separarse, ella lo miró con ojos entornados tratando de entender su comportamiento, tan inusual como inapropiado en él.

—Voy a hacer uso de toda mi artillería para conquistarte —explicó él seguro de sí.

—¿Y esa artillería incluye algún fotógrafo escondido entre las plantas? —pregunto Ana con cierta suspicacia.

Se acomodó mejor entre los brazos de Manuel cuando este la rodeó con ellos. Y le sonrió desafiante.

— Tal vez —respondió sin que la seriedad abandonara su rostro —. Por lo pronto, ya hablaremos de tu vida en los Ángeles y mucho

más de tu deseo de ser madre —sentenció con firmeza—. Quiero que vuelvas, Ana...

—Manuel...

—Hablo en serio —sentenció y por primera vez dejó entrever que sólo estaba dándole el tiempo que ella había demandado, pero ni por un segundo se había sentido vencido—. ¿Querés un hijo? Volvé conmigo y lo buscamos... Pensalo, pero pensalo en serio. —Guardó silencio claramente esforzándose por no perder los estribos—. Ahora me voy. Hablamos en un rato y nos vemos mañana.

Un último beso y se subió al vehículo dejando a Ana parada en medio de la escalinata, con un gesto de genuina emoción en el rostro. Era el semblante de una mujer enamorada el que lo contemplaba, Manuel lo supo y lo sintió con cada célula de su cuerpo; pero también sintió que ella le iba a cobrar cada lágrima derramada por su culpa y él estaba dispuesto a pagar lo que fuera para que siempre lo mirase como en ese instante lo estaba haciendo.

De camino al Aeropuerto, Manuel se puso en contacto con sus dos secretarias. Florencia le confirmó que ya había coordinado con Marcelo para que fuera a buscarlo al hangar de la empresa en Aeroparque; necesitaba que Manuel pasase por la residencia para firmar algunos documentos que debían ser despachados inmediatamente. Andrea, por su parte, le informó que todo estaba dispuesto para la reunión de directorio. Raúl Olazábal la había llamado; estaba en Buenos Aires y quería reunirse con él.

—Arreglá un almuerzo después de la reunión.

—Perfecto. Lo coordino —dijo Andrea cerrando el tema—. Buen viaje.

El vuelo de regreso fue tranquilo. Manuel prácticamente no despegó la vista del paisaje, pero sus pensamientos habían quedado en Mendoza con Ana. No había tenido en cuenta su regreso a Los Ángeles y todo lo que eso conllevaba.

—Ingeniero, estamos a pocos minutos de aterrizar —comentó la asistente de abordo.

Le agradeció y se acomodó en el asiento. A medida que se acercaban a Buenos Aires, otras preocupaciones fueron

adueñándose de la mente de Manuel.

CAPÍTULO 31

Ingresó a su despacho tras la reunión y lo primero que vio fue el sobre con los cassettes sobre su escritorio como un recordatorio de lo que debía hacer.

Andrea apareció tras él para comentarle que Raúl lo esperaba en la sala de reuniones contigua a su despacho, donde personal del hotel había armado la mesa para el almuerzo. Se volvió hacia su secretaria.

—Perfecto. Luego del almuerzo me voy, Andrea —anunció Manuel. Giró hacia su escritorio de donde tomó el sobre—. Que Marcelo lo lleve al auto.

Encaró las puertas corredizas que separaban su despacho de la sala pensando en su amigo Raúl y en la última conversación que habían mantenido; esa era otra preocupación. Hacía ya varios meses de la última vez que compartieron un momento distendido, en el ínterin solo habían cruzado un par de correos en los cuales únicamente se hablaba de trabajo.

Manuel era consciente de que en sus manos estaba suavizar las cosas y volver a la relación que siempre habían tenido. Pero no tenía humor para mostrarse comprensivo o condescendiente. En realidad, se sentía disgustado con Raúl por haberle dado la espalda. Respiró hondo y colocando ambas manos en los picaportes, abrió las puertas corredizas.

—Raúl, amigo —dijo a modo de saludo.

Sus palabras salieron de su boca en cuanto asomó su rostro como si de una escena estudiada se tratase.

—Manu —lo saludó Raúl con una contagiosa sonrisa en sus labios.

Su característica simpatía chocó con la parquedad de Manuel, pero a Raúl no lo afectó en esta ocasión, se sentía verdaderamente

feliz y ni siquiera Manuel lograría opacar su buen ánimo. Así y todo, dejó de sonreír al notar la tensión que el rostro de su amigo transmitía.

—¿Estás bien, Manu? — preguntó con algo de preocupación—. Te noto cansado, tenso.

—Estoy bien —mintió Manuel—. No dormí mucho anoche. Eso es todo.

Con un ademán le indicó que se ubicara en su sitio e hizo lo propio. Pulsó un botón del comando que estaba junto a su plato para que el servicio se presentase y miró a Raúl.

—¿Qué tomás?

—Una copa de tinto —respondió—. ¿Por qué no dormiste bien?

Manuel alzó la vista sorprendido. Suavizó el gesto al toparse con la mirada burlona de Raúl y lo tranquilizó descubrir que era el amigo quien preguntaba.

—Estuve en Mendoza —confesó rogando que Raúl no ahondara más en el tema, pero al advertir que eso no sucedería, se apuró a continuar—. Alguien mencionó que podía ser una buena plaza para uno de los nuevos hoteles que tengo en mente —comentó con seriedad, llevando la conversación hacia ese terreno—. Lo estoy pensando. La verdad es que cuando empecé a diagramar este proyecto jamás consideré abrir un hotel en el país. Pero visto y considerando...

—¿Seguís con el proyecto? —preguntó Raúl claramente sorprendido—. Sinceramente pensé que se trataba de una excusa para traerme de vuelta a Buenos Aires.

—Pues te equivocaste —respondió rápidamente Manuel, disfrazando bajo un manto de indiferencia sus verdaderas intenciones—. Pero no te preocupes que ya tengo todo bastante encaminado y no será necesario que abandones tu adorada Santiago.

—¡Qué bueno escuchar eso! —repuso Raúl más allá del sarcasmo que detectó en su amigo—. Justamente quería comentarte que encontré un lugar maravilloso para un hotel de las características que buscas.

El comentario de Raúl lo irritó. Era tan exasperante sentir su entusiasmo. Sin embargo, durante los siguientes veinte minutos se encontraron debatiendo al respecto y al final Manuel se recostó en la reconfortante sensación de volver a hablar el mismo idioma que Raúl. Hablaron de Mendoza como posible plaza y ambos estuvieron de acuerdo en que muchos extranjeros se verían interesados por visitar las reconocidas bodegas argentinas de la zona.

Poco a poco fueron intercambiando información y para cuando sirvieron el postre, Manuel se encontró compartiendo con Raúl los avances de la nueva locación de Estambul y lo poco que faltaba para que Ámsterdam estuviese lista para abrir sus puertas.

—Me gusta —reconoció Raúl con una ancha sonrisa—. Estambul, Ámsterdam, Mendoza y Viña del Mar. Suena fabuloso. Manu será todo un éxito.

—Eso ya te lo había dicho —replicó Manuel firme—. Por si te interesa, la idea de ser socios sigue en pie.

—No sé Manu. Es tu proyecto, siempre lo fue. Aunque, lo niegues, estoy seguro de que era una excusa. Pero, puedo ocuparme de las plazas de Chile y Mendoza —comentó Raúl con sinceridad—. Pero no podría asumir la responsabilidad de hacerme cargo de Estambul y Ámsterdam.

Manuel asumió que se trataba una vez más de Nadine. No tenía que preguntar para saber que era por su mujer que Raúl volvía a limitar sus oportunidades.

—Vos te lo perdés.

—No creo, tengo una buena excusa; la mejor diría yo —expresó entonces Raúl. Se limpió la comisura de los labios y miró a su amigo. La sonrisa que se había alojado en su rostro era tan luminosa que Manuel no pudo evitar sentirse contagiado—. Nadine está embarazada.

En torno a la mesa se instaló un silencio extraño. Expectante Raúl aguardaba algún comentario de parte de su amigo, pero Manuel parecía no reaccionar. Poco a poco la sonrisa fue asomando y poniéndose de pie fue al encuentro de su amigo.

Exudando alegría, Raúl se dejó felicitar. En algún punto, que Manuel reaccionara de ese modo lo tranquilizaba; no era ajeno a la

animosidad que existía entre su esposa y su mejor amigo. Eso era algo que le dolía y le costaba manejar.

—Vaya noticia, Ra —dijo finalmente Manuel conmovido—. No quiero imaginar la alegría de Teo y Loty, ahora van a venir más seguido por aquí.

—Ya veremos —dijo Raúl, ubicándose nuevamente en su sitio—. Cada vez es más difícil mover a mamá de Miami.

Manuel sonrió feliz por su amigo. Se merecía eso y todo lo bueno que estaba por venir en su vida. La gran noticia había borrado de un plumazo las diferencias de los últimos meses. Alzó la vista y lo contempló con más envidia de la que jamás había sentido. Raúl tenía padres, presentes y cariñosos; Raúl iba a tener un hijo, un hijo fruto del amor, no uno producto de un laboratorio.

—¿Qué sucede? —preguntó Raúl al notar el extraño modo en que lo miraba.

Manuel bajó la vista, incómodo al recordar la primera vez que le había hablado de Ana y de todo lo que sentía por ella. Raúl y Ana habían congeniado desde un primer momento y él se había sentido bendecido porque dos de las personas que más quería se llevaran bien. Paradójicamente él no había sido tan noble cuando Nadine apareció en sus vidas.

—Estuve con Ana en Mendoza —confesó y lo sorprendió descubrir que el mundo seguía su curso. Raúl no dijo nada, su rostro no expresó nada, solo frunció levemente el entrecejo prestándole atención—. Regresa pasado mañana a Los Ángeles, como ya sabrás, es donde vive.

Raúl asintió sin decir nada. Ahora que Manuel había comenzado a hablar interrumpirlo no era una opción. Para Raúl fue evidente que no le había caído en gracia que Nadine y él estuvieran en contacto con Ana, pero guardó silencio no tenía por qué justificarse. Muchas veces Raúl había intentado darle algún consejo sobre su exesposa, pero había sido en vano; Manuel se mostraba infranqueable respecto de Ana.

—No sabes cómo la necesito, Ra —se encontró confesando y esta vez no pudo contener la amargura—. Pensar que hace más de

cinco años que nos separamos y recién ahora me doy cuenta lo importante que es en mi vida.

—Siempre lo supe. En realidad, nunca entendí como aceptaste la situación —confesó Raúl—. Creo que no sos consciente de lo mucho que cambiaste cuando ella se fue.

Las palabras de Raúl lo afectaron. Algo avergonzado se puso de pie y se alejó de la mesa. Necesitaba aflojarse, liberar las preocupaciones que acosaban su mente.

—¿Cuándo me vas a contar qué te está pasando, Manuel? —preguntó Raúl y por primera vez dejó traslucir su preocupación—. Sé que algo te sucede y quiero ayudarte. Estás actuando muy raro últimamente.

Manuel asintió, pero no dijo nada. Todavía no estaba listo para hablar.

—Ya te contaré —respondió sin mirarlo—. Pero no hoy...

CAPÍTULO 32

Después del almuerzo con Raúl le costó bastante concentrarse en sus obligaciones. La conversación con su amigo lo había dejado en un estado de vulnerabilidad importante. Se sentía un cretino, por no haber podido compartir todo lo que sentía con él; por sentirse tan celoso en lugar de compartir la alegría de su amigo con plenitud.

Buscando recuperar parte de su templanza se concentró en los asuntos que tenía pendientes. Lo más urgente eran los dos informes que debía analizar; uno sobre el hotel de Beijing y el otro de París, de donde últimamente solo recibía dolores de cabeza. Tenía que reemplazar al Gerente General y ninguno de los seleccionados por una agencia local lo convencía.

Acababa de hablar con París cuando el celular que Aldo le había entregado quebró el silencio que hasta ese momento reinaba. Tomó el aparato y comprobó que había tres llamadas perdidas del detective. Atendió intrigado.

—Tengo novedades —dijo Aldo luego de los saludos—. Mi contacto en la policía acaba de entregarme una copia del expediente del accidente—. El caso de tu padre fue cerrado en febrero de 1998, luego de seis meses de investigación y la certeza de que se había tratado de un accidente.

Manuel escuchaba la explicación de Aldo sintiendo como todo volvía a dar vueltas en su cabeza, mientras el recuerdo de la fotografía de la avioneta destrozada se instalaba en su mente.

—Por lo que pude ver —continuó Aldo—, se realizaron gran cantidad de pericias y todo indicaba que los destrozos que presentaba la aeronave pudieron haber sido provocados por el impacto —agregó leyendo la resolución del expediente.

—Pero ayer mencionaste que tenías dudas —presionó Manuel tratando de encausar la conversación o por lo menos mantener su

mente enfocada.

—En realidad mi duda surge por lo investigado por el padre de Ester —reconoció Aldo—. De todas formas, voy a seguir indagando un poco más a ver que encuentro. Solo quería mantenerte informado.

—¿Qué sabemos de Aragonés?

—Su caso es diferente —dijo Aldo—. Por lo que ella dice, fue un accidente en una ruta, de momento no se más que eso. En cuanto tenga algo más de información te avisaré.

—Gracias Aldo.

El llamado de Aldo lo había impacientado. Toda la angustia y el desconcierto que lo había abordado en el departamento de Ester volvieron a él como si nunca lo hubiesen abandonado. Inquieto se puso de pie y deambuló por su despacho sin saber qué hacer. Por un momento pensó en tomar uno de los deportivos para ir a correr al autódromo. Era justamente ese tipo de adrenalina la que necesitaba liberar. Pero, ya era tarde para algo así y, en el fondo, sabía que estaba evadiéndose. Lo que él debía hacer era escuchar los cassettes de Aragonés, lo sabía y le costaba asumir que era miedo lo que lo detenía.

De la nada, el rostro de Ana llegó a él para aplacar sus miedos y adueñarse de sus pensamientos. Ella volvía a ser su refugio, su cable a tierra. Pensándola, tomó su celular y le envió un mensaje; pero ella no respondió tan rápido como solía hacerlo y eso lo impacientó. Decidió llamarla y una voz mecánica y automatizada le informó que el celular estaba fuera de cobertura. Resignado arrojó el aparato sobre su escritorio. Miró su reloj, era tarde y resolvió marcharse.

Al pasar se despidió de su secretaria y le indicó que dejara los informes como estaban sobre su escritorio. Terminaría de leerlos al día siguiente. Antes de desaparecer en el corredor que llevaba a la escalera se volvió hacia Andrea.

—Estoy yendo para Superí —informó—¿Podrías pedirle a la señora Alameda que me prepare algo liviano para cenar? —indicó—. Que tenga todo listo para las 9, en mi balcón privado.

—Perfecto. Hasta mañana, ingeniero.

Una vez en la residencia, antes de cenar, decidió nadar un rato; necesitaba dejar de pensar en el pasado de su familia y el accidente de su padre; en su presente con Ana y en Raúl y su futuro hijo. Dios, se dijo, estaba terriblemente celoso de su amigo y no había sentimiento más ruin e incómodo que ese.

Nadó por cerca de una hora y al salir divisó a Mirko que corría en la cinta ubicada en el sector del gimnasio en el extremo opuesto del piso. A pesar de la distancia, tuvo la sensación de que sus miradas se encontraban, apenas se molestó en levantar la mano para saludarlo; Mirko lo correspondió de igual forma.

Estaba saliendo del cuarto de baño cuando finalmente Ana se comunicó con él. Hablaron brevemente, ella no contaba con mucho tiempo, tenía un compromiso. Según le explicó los habían invitado de parte del Gobernador a una cena benéfica que se organizaba en una destacada bodega. A Manuel, la sensación de estar quedando en segundo plano de importancia no le causó ni cinco de gracia, pero se tragó su fastidio. Rumiano contrariedad se limitó a escuchar y solo mencionó que esa noche pensaba cenar solo, en el balcón privado de su recámara.

—No me vas a dar pena, te lo aseguro —replicó ella desafiante.

—No era mi intención —mintió él molesto.

—Te llamo cuando regreso de la cena —dijo ella consciente de su predisposición.

—No hace falta. Disfruta de tu cena con el Gobernador en la exclusiva bodega —respondió él con voz tensa—. Si te llevo a decir que espero tu llamado, me vas a salir con que te estoy controlando.

—Sos fatal, Manuel —exclamó. En algún punto le agradaba sentir su fastidio, pero no se lo dijo—. Hablamos luego. Beso.

Se dirigió al pequeño balcón al que se accedía desde el ventanal de su habitación. Allí la señora Alameda había dejado todo dispuesto para que cenara cuando lo deseara. Lo hizo releendo la última libreta de Cristo que tenía pendiente; hablaba básicamente de la vida de la familia tras el accidente.

Para cuando la señora Alameda retiró todo lo usado durante la cena, menos la botella de vino y su copa, Manuel ya se encontraba en condiciones de enfrentar lo que fuera que esos cassettes

revelaran. Se acomodó en su amplia cama y colocó, a su izquierda, sobre la mesa de noche, su copa de vino a medio llenar junto a la botella de un excelente Cabernet de su bodega privada; a su derecha, sobre el acolchado de fino género tostado, estaba el sobre con los cassettes que debía escuchar con atención.

Buscó el primero. Lo ubicó fácilmente, estaban enumerados. Era una bendición que Aragonés fuera un hombre metódico y organizado en su trabajo. Lo colocó en el grabador portátil; pulsó el botón correspondiente.

Las primeras palabras eran de Aragonés. A modo de introducción mencionaba que corría el año 1995 y que su interés era exponer la estirpe de los Rauch en un volumen que hablaría de los orígenes de la Cementera y las características de los miembros de la familia hasta el tiempo presente.

Las grabaciones eran una suerte de punteo, un recordatorio de ciertos ítems relacionados con la vida de Enrique Rauch, sus comienzos; el modo en que había levantado su empresa; su enfermedad y posterior muerte. Luego pasó a detallar de igual forma la vida de Antonio, a quien pensaba entrevistar para obtener información actualizada y así dejar sentado el acuerdo.

En lo que restaba del primer cassette, solo hacía referencia a cómo Enrique había levantado su empresa; también hablaba de su esposa y su descendencia; muy por arriba mencionaba su estilo de vida y sus propiedades. En la última parte anticipaba que en el siguiente cassette comenzarían las entrevistas a Antonio Rauch.

Con la ansiedad propia del momento, Manuel reemplazó el primer cassette por el segundo. Respiró hondo y bebió un poco de vino para apurar el nudo que se formó en su garganta en cuanto la voz de su padre llenó la habitación. El impacto fue tan grande que dejó caer la cabeza contra el respaldo de cuerina negra de su cama. Por unos segundos le costó comprender lo que decían y cerró los ojos dejándose envolver por la voz de Antonio como si estuviese en esa misma habitación.

Sinceramente no puedo decir que no sea cierto lo que usted dice que mi padre ha hecho con Constructora Landívar. No me consta y tampoco me parece que tengan pruebas para elevar una acusación

semejante. Lo que sí sé es que mi padre fundó Cementera Rauch invirtiendo su capital y pidiendo un préstamo que logró cancelar con el tiempo. Comprendo que no le agrada escucharlo, pero así fue. De todas maneras, no me hará ningún bien que todo esto salga a la luz, y tampoco usted llegará a nada. Así que esta es mi propuesta. Quiero que escriba la biografía de mi familia, pero no quiero mentiras ni exageraciones, se hará bajo mis términos, a cambio me ocuparé del tratamiento de su esposa.

Movilizado por lo que escuchaba, Manuel adelantó la cinta. Antonio hablaba sobre la Cementera y principalmente sobre su gestión una vez que se hizo cargo de la empresa tras la enfermedad y posterior muerte de su padre. Corrían tiempos difíciles en el país y de la mano de la hiperinflación en tiempos de Alfonsín los problemas se incrementaron de un modo vertiginoso. Antonio le echaba toda la culpa al plan económico del gobierno, a su entender, él no había podido hacer nada. En ese entonces fue su suegro quien le ofreció ayuda —un trato en realidad—. Según Antonio lo explicaba, era un asunto sencillo; Antonio le vendía parte de sus acciones a Mondini a cambio del dinero que él necesitaba. Pero, lo llamativo del acuerdo era que esas acciones no pasarían a formar parte de la fortuna Mondini, sino que pasarían a estar directamente a nombre de Manuel y serían mantenidas en custodia hasta que el chico cumpliera la mayoría de edad.

Es la manera en que cuido de mi familia, le había dicho Gian Mondini, no lo tomes a mal, Antonio, pero los negocios no son tu fuerte y ese chico es mi heredero —siguió diciendo Antonio, imitando el tono ítalo-argentinizado de su suegro—. Un hijo de puta, eso era lo que ese viejo de mierda era en realidad. Un reverendo hijo de puta que disfrutaba manipulando a la gente a su antojo. Lo único que le importaba era moldear a mi hijo a su imagen y semejanza.

Había algo de rencor en el modo en que Antonio había imitado las palabras de su suegro, como si en el fondo la relación estuviera cimentada por el desprecio y la rivalidad que se tenían.

Manuel se puso de pie. Vació la copa de vino y buscó un cigarrillo. Por un buen rato fumó perdido en sus pensamientos,

asimilando lo escuchado. Otra vez hablaban de él; otra vez la sensación de estar en el centro de una puja desigual. Era extraño descubrir lo que representaba verdaderamente para los demás. Lo abordó la sólida certeza de que no le agradaría lo que estaba por escuchar, y así y todo era necesario llegar al fondo del asunto.

El tercer cassette abría un nuevo capítulo en la investigación. La voz de Pedro Aragonés una vez más brindaba una breve introducción sobre lo que vendría a continuación. En ese capítulo, su interés estaba centrado en el ámbito privado; la familia, y pensaba confrontar a Antonio con cierta información que había conseguido.

—El otro día, cuando hablamos sobre las dificultades económicas que debió enfrentar —empezó diciendo Aragonés al abrir la entrevista —, usted mencionó que su suegro le propuso un trato. Me dio la impresión de que repudió ese acuerdo cuando en realidad le estaban dando una muy buena solución y las acciones de las que debió desprenderse pasarían a estar a nombre de su hijo ¿Fue así? ¿No entiendo el problema?

Era una buena pregunta. Manuel agradeció que la hiciera, pues justamente era una de las dudas que él mismo tenía; deseaba comprender por qué a su padre lo contrariaba que fueran tuyas.

Mi suegro siempre hablaba de Manuel como si fuera una extensión suya. Era lo único que le importaba de la familia. Manuel era su heredero y tenía su futuro completamente programado.

La voz de su padre sonó seca, cortante y Manuel la asoció automáticamente con la de la última discusión que habían mantenido. Cómo le pesaba ese recuerdo. Cómo lo condicionaba.

Cada vez que ese viejo de mierda hablaba de Manuel, con relación a sus hoteles, me hacía sentir que era más suyo que mío. Manuel tenía 12 años cuando Mondini murió y nunca me había equivocado tanto como cuando pensé que nos liberaríamos de él a su muerte. No fue así. En el testamento dejó establecido que Manuel era su heredero. Dejó todo minuciosamente detallado. Una cláusula definía que, si no se respetaba su voluntad, la totalidad del imperio pasaba a cotizar en bolsa y todas sus acciones se pondrían a la venta. Todos perdíamos todo si Manuel no heredaba.

Se hizo un silencio en la grabación que tensó a Manuel. Aragonés ordenaba sus papeles —podía imaginarlo—. Retomó al cabo de unos segundos y, sin que le temblara la voz, mencionó que debía hacerle una pregunta, más que nada para saber la verdad.

—Puede negarse a responder. O puede responderme y negarse a que su respuesta sea publicada. Usted decide, pero me serviría para comprender muchas cosas.

Antonio debió haber asentido, porque de su parte no se oyó respuesta. De igual forma, Aragonés continuó con la misma firmeza con que había dicho todo lo demás: *Un informante me ha dicho que hay rumores... ¿Rumores?* —había preguntado Antonio con cautela—. *Sí, rumores de que quizás no sea suyo. De Manuel hablo.*

Manuel quedó petrificado. «¿De qué demonios estaba hablando?» se preguntó descolocado mientras las palabras de ese hombre parecían roer los cimientos de su existencia y una realidad impensada explotaba frente a sus ojos.

Descreo completamente de esos rumores. Usted debería hacer lo mismo, siendo periodista. La voz de Antonio sonó brutalmente cortante, interrumpiendo de un modo tajante a Aragonés. Se generó un silencio tenso que podía hasta palpase en la grabación. *De eso no vamos a hablar,* sentenció con firmeza. Son puras difamaciones.

A estas alturas, Manuel vislumbraba el fondo de la cuestión y no daba crédito. Tragó mientras luchaba por asimilar que el rumor podría tener mucho de cierto si Antonio reaccionaba de ese modo. Su mente procuró contener a su corazón que desconcertado parecía dejarse vencer y sufría el impacto para el que nada lo había preparado. Todavía no se había recuperado cuando la voz de su padre quebró una vez más el silencio.

Asumí el compromiso el día que me casé con Sonia. Así que de mis hijos no se va a hablar en este libro. ¿Fui claro? Ni de mis hijos, ni de mi matrimonio con Sonia. Es un libro sobre la familia Rauch. A ella solo se la mencionará como lo que es: mi esposa. Puede poner que no fue un buen matrimonio, que fue desastroso si quiere, pero nada más. Y a Manuel y a Gimena se los mencionará como lo que son, mis hijos, el futuro de esta familia.

Manuel le costaba creer lo que escuchaba. Encendió un nuevo cigarrillo, estaba fumando demasiado últimamente cuando él era un hombre que siempre lo había controlado; pero empezaba a creer que ya no tenía control sobre absolutamente nada. Lo que acababa de escuchar era más de lo que podía racionalizar y parecía estar poniendo en tela de juicio su vida entera.

Antes de escuchar el cuarto cassette, fue hasta la cocina de la segunda planta en busca de una nueva botella de vino. Necesitaba ayuda para digerir lo que estaba descubriendo. Ahora eran sus orígenes los que estaban en duda. Mentalmente retrocedió en el tiempo, y le costó creer que toda aquella locura había comenzado por la sospecha de que su abuelo había cometido fraude para montar su empresa; Pensar que ahora enfrentaba la posibilidad de que el accidente de su padre podía ser un crimen y quizás también se vería obligado a digerir algo mucho más grande y complejo.

Ingresó a la cocina del segundo piso por la escalera de servicio. El silencio era intenso, la oscuridad apenas alterada por las luces de emergencia ubicadas bajo cada abertura. No necesitó encender la luz para dar con la botella que buscaba. Conocía de memoria el contenido de cada estante. La tomó y mecánicamente la descorchó, pero su mente estaba a kilómetros de distancia en el tiempo. *Descorchar una botella de buen vino es una ceremonia, Manuel*, le había dicho su padre la tarde en que le enseñó el proceso para hacerlo con eficacia. Estaban en el campo, habían ido los dos solos a pasar un fin de semana; “cosas de hombres” le había dicho. Siempre había disfrutado compartir esas actividades con él.

De la nada, a su mente llegaron gran cantidad de recuerdos de los distintos momentos vividos con Antonio; algunos estaban contaminados con reparo, frialdad y hasta algo de resentimiento. Pero en otros también detectó camaradería y hasta algo de orgullo. «¡Qué lejos quedaba todo aquello!» pensó y la amargura asomó sus garras resquebrajando su armadura. «18 años del accidente. Más de cuatro de su muerte».

Sin más demora regresó a su habitación. Había olvidado su celular sobre la cama. Más por costumbre que por otra cosa, lo chequeó. Maldijo su distracción al encontrar una llamada perdida de

Ana. Estaba a punto de llamarla cuando vio que ella le había enviado un mensaje diciéndole que estaba rendida y se iba a dormir. Hablarían al día siguiente. Esa noche lo agradeció.

Bebió un poco de vino y sus ojos cayeron en el grabador y en los cassettes que aún permanecían en el sobre. A esas alturas no sabía qué era mejor, si seguir escuchando o abandonarse a los recuerdos. La duda le duró sólo unos segundos. Presionó el botón que volvió a liberar la voz de Antonio que en ese momento hablaba de Gimena; confesaba que no se atrevía a pensar que ella no fuera realmente suya.

No soportó más el tema. Adelantó la grabación. Antonio hablaba nuevamente de la Cementera y de los vaivenes económicos que debió afrontar. En muchos casos hacía referencia a distintas problemáticas; eran aspectos recurrentes con los que el mismo Manuel debió lidiar gracias a la mala administración de su padre.

Pasó las siguientes tres horas sumergido en el pasado. A través de esas grabaciones fue descubriendo muchos de los sentimientos y pensamientos de su padre. Sin embargo, fue la última respuesta de Antonio al finalizar el cassette número 6 lo que borró de su mente toda somnolencia causada por el alcohol y el cansancio. *Ya le dije que no voy a hablar de mi matrimonio, pero si lo que usted quiere saber es si mi mujer me engaña, puedo asegurarle que es así desde el principio.*

Aragónés pasó a preguntar entonces si Antonio conocía al amante de Sonia. *Claro que lo conozco, supe que era amante de Sonia al poco tiempo de que nos casamos. Creo que existía en su vida antes de mi aparición, no lo sé. ¿Qué si siento que soy un estorbo en sus vidas?* Fue como si estuviera repreguntando. Carcajeó divertido por el planteo. *Por supuesto,* respondió entre risas. *Estoy seguro de que nada los haría más felices que mi desaparición, aclaró disfrutándolo. Lo tengo muy claro, pero como ya le dije, no pienso separarme de esa fortuna. No puedo hacerlo. Tendrán que aguantarse.*

CAPÍTULO 33

Estaba despuntando el alba cuando finalmente cayó dormido, pero fue poco lo que pudo descansar. Con la mente atiborrada de interrogantes y el corazón desorientado, cayó en recurrentes sueños que lo ubicaban en situaciones tan angustiantes como desconcertantes.

Lo despertó el estrepitoso sonar de su celular. Era Florencia quien intentaba ubicarlo. Cuando finalmente reaccionó y tomó el aparato se encontró con varias llamadas perdidas que él mágicamente no había escuchado. Rechazó esta última, no podía hablar con su secretaria sin antes cerciorarse de que sería capaz de esconder todo lo que estaba sintiendo en ese momento. Le dolía la cabeza; había tomado y fumado demasiado la noche anterior y eso no era propio de él. Se sentó en su cama y se frotó el rostro con ambas manos.

El celular sonó varias veces más durante la hora que se tomó para estar en condiciones de afrontar el día. Pero no lo atendió. La semilla de la duda que su padre había plantado en su alma sobre su origen, lo desestabilizaba, mucho más que el haber escuchado de boca de su padre que fehacientemente se sentía un estorbo para Sonia y su amante.

Se terminó de ajustar la corbata resolviendo los pasos a seguir. Necesitaba respuestas y no creía que todas estuvieran en las grabaciones de Aragonés. Era imperioso que se involucrase para llegar al final de toda esa locura. Teo estaba en lo cierto. Tenía que enfrentar a su madre.

Era cerca de mediodía cuando cruzó la arcada que separaba el sector privado de su despacho con el resto de la empresa. Florencia se puso de pie y sin mediar palabra lo contempló pasar por delante suyo como un autómatas, rígido y ausente que apenas balbuceó

unos buenos días para encerrarse, tras un portazo, en su despacho. La chica quedó petrificada.

Dejó pasar un par de minutos y reuniendo coraje tomó su anotador para encarar la puerta.

—Permiso —dijo al deslizarse en el interior del despacho.

Manuel ni siquiera apartó la vista de los papeles que estaba leyendo.

—Tengo varios llamados que comunicarle —empezó diciendo con toda la firmeza que logró reunir en ese momento. Manuel alzó la vista, ofuscada y fiera, hacia Florencia que se había detenido frente a él—. El más urgente es desde Estambul...

La interrumpió elevando una de sus manos. No tenía ánimo, ni cabeza para nada de eso.

—Florencia, no estoy para nadie —ordenó con sequedad—. Tengo que viajar a Miami en el primer vuelo que consigas.

—Pero ¿y la video conferencia? —deslizó con cautela.

—Cancelala —ordenó tajante—. En realidad, da de baja todo lo agendado —replicó cortante—. Urgente lo del pasaje.

—¿La señora Rauch está bien?

Lo primero que pensó Manuel al escuchar a su secretaria fue que seguramente a su madre le daría un síncope si escuchaba como se refería a ella.

—Entiendo que ella está bien —fue su respuesta monocorde y bajó la vista dando por terminada la conversación.

Muy por arriba, volvió a contemplar los documentos que Florencia había desplegado sobre su escritorio; no tenía paciencia para eso en ese momento.

Levantó el teléfono y pulsó un botón. Del otro lado de la línea la señora Alameda lo atendió. Le indicó que le llevara una jarra de café bien cargado y una tira de aspirinas. Mientras lo esperaba extrajo del bolsillo de su saco el pequeño grabador y se enfrentó a la última parte del cassette que venía escuchando.

Aragonés tenía la palabra y como en las otras grabaciones que había escuchado, el hombre hacía una especie de cierre, sumando sus conclusiones.

Rauch no lo sabe, pero he hecho mis averiguaciones respecto de todo lo que ha contado hasta aquí. Hasta donde sé, Sonia Mondini hace años mantiene una relación con otro hombre, la cual se intensificó una vez que su padre murió.

Pero el viejo Mondini fue claro al expresar su voluntad. Un hombre de su entera confianza sería el encargado de custodiar su fortuna; Qué ironía, algo así había sucedido justamente con la Constructora Landívar, según mi suegro me ha relatado, pero, aquí, el patriarca supo hacer las cosas bien. El imperio Mondini ya tiene el heredero que el viejo pretendía y se cercioró de protegerlo de los buitres. Definitivamente, es al chico a quien hay que cuidar. En Manuel está el futuro. Todos lo saben. Todos dependen de él. Todos deben cuidar de él.

Cuánto más escuchaba, más se convencía de que la situación empeoraba. Lo que comenzó con una presunción, se estaba tornando alarmantemente real. La sensación que le provocó saber que se acercaba a un desenlace fue un tanto desoladora. Aragonés hacía mención del viaje de negocios que Antonio y su hijo realizaron a la ciudad de Mendoza. En ese viaje Rauch tenía toda la intención de presentar a Manuel como su sucesor para adelantarse a los Mondini; qué iluso. Sentía especial orgullo por el muchacho, pero se cuidaba de decirlo; Manuel tenía tendencia a la arrogancia y a su entender ese no era un rasgo noble.

Para sorpresa de Manuel, Aragonés le dedicó unas pocas palabras a Gimena e hizo referencia a ella como una suerte de debilidad para Antonio. *Al hablar de esa chica se le ilumina el rostro, parece mentira. Gimena lo conmueve. Dice que es lo único que logró cuidar y mantener ajeno a tanta podredumbre. Gimena no estaba contaminada de tanta ambición y recelo. Ella era pura.* Fueron las últimas palabras de Aragonés.

Pensó entonces en su hermana y, una vez más, resolvió dejarla al margen de todo. A su entender, no cambiaba nada que Gimena supiera de la miseria que rodeaba a su familia. Ella era feliz con el hombre que había elegido y parecía haber alcanzado algo de paz y equilibrio; cuidaría que eso fuera lo más perdurable posible.

Alguien golpeó a la puerta y, antes de autorizar el ingreso, Manuel apagó el grabador y respiró hondo buscando controlar sus emociones.

—Adelante —indicó.

La señora Alameda ingresó con la misma cautela con la que Florencia lo había hecho minutos atrás. Todas conocían su temperamento. En silencio se acercó y en un extremo del escritorio colocó una bandeja con una jarra térmica con café y una jarra más pequeña de agua. De un aparador ubicado contra una de las paredes tomó una taza y un vaso, depositó todo en el extremo derecho del escritorio. Luego se retiró.

—Luisa —la llamó Manuel antes de que la mujer dejara el despacho—. ¿Mirko está en el edificio?

—Sí —respondió dubitativa, disfrazando su sorpresa—. Lo vi en el segundo piso preparándose para una sesión de fotografía.

—Está bien. Gracias.

La puerta todavía no se había cerrado cuando presionando un botón llamó a su secretaria.

—Florencia —dijo con voz arbitraria—. Necesito que Mirko venga a verme.

Se hizo un silencio del otro lado de la línea que exasperó a Manuel y por poco levanta en peso a su secretaria que esa mañana parecía un poco lenta.

—¿Mirko? —preguntó la secretaria desconcertada.

—Sí, Florencia, Mirko. ¿Sabes de quién hablo? —preguntó sarcástico, aunque podía apostar que el plantel femenino de todo el edificio sabía quién era Mirko.

—Sí, claro. Lo ubico —repuso la chica incómoda.

—Que venga cuanto antes —ordenó y antes de cortar agregó—: ¿Alguna novedad del pasaje?

—Tengo confirmada una plaza para esta noche en el vuelo de LAN con escala en San Pablo —informó con cautela—. El directo de Aerolíneas figura cerrado, pero hablé con la presidencia de la aerolínea. Me están averiguando.

—Está bien, si conseguís el directo mejor —indicó aunque la aclaración sobraba.

Se puso de pie y deambuló por su despacho procurando serenarse. Se sentía inmerso en una pesadilla en la que todo su mundo parecía desmoronarse a su alrededor.

El sonido del teléfono quebró sus pensamientos. Atendió con el sistema manos libres. Florencia le informaba que Mirko se encontraba allí. Le indicó que lo hiciera pasar.

Regresó a su escritorio dándole la espalda a Mirko que en ese momento ingresaba. Se sentó y lo miró con algo de arrogancia.

Mirko, por su parte, también lo observaba con cierto reparo. No tenía idea de qué estaba haciendo allí y no le agradaba el modo en que lo había mandado llamar. Nunca había confiado demasiado en los de su clase y, como todavía no había podido clasificar a su acartonado cuñado, prefería mantenerse alerta.

—Querías verme —dijo Mirko renuente y no fue una pregunta, aunque lo pareció.

—Sí, necesito hablar con vos —respondió Manuel acomodando los papeles de su escritorio—. Sentate por favor.

—¿De qué se trata? —preguntó Mirko sin vueltas mientras se ubicaba en uno de los sillones frente a Manuel—. Porque no creo que me hayas mandado llamar para que me haga cargo de alguno de tus hoteles.

—Eso no se me ocurriría nunca, despreocúpate —dijo carcajeando—. ¿Un café?

Mirko rechazó el ofrecimiento, ceñudo. Mantenía una actitud cerrada y defensiva. Detestaba ese talante soberbio y arrogante de Manuel. No obstante, tal como le había sucedido días atrás en la zona de la piscina, algo en su actitud lo llevó a considerar que algo serio estaba sucediendo.

—Para que me llames a mí, por encima de todo el séquito de gente que vive revoloteando a tu alrededor y me ofrezcas un café, debe tratarse de Gimena y debe ser serio —aventuró Mirko dejando claramente entrever que lo estaba estudiando—. ¿Qué sucede? Es por lo que no podías dormir el otro día, ¿verdad?

—Digamos que la situación la involucra —respondió mirándolo de frente y agradeciendo en silencio su suspicacia—. Y digamos

que voy a aceptar tu ofrecimiento de ayuda y sí, tiene que ver con lo del otro día.

Mirko frunció el ceño y todas sus alarmas se encendieron.

—Una vez dije que si volvías a hacerla llorar te trompeaba —dijo Mirko sosteniéndole la mirada—. Algo me dice que lo que vas a hacer la va a hacer llorar.

Manuel respiró hondo y revoleó los ojos. Todo en el mismo momento, no tenía tiempo para esas cosas.

—Dejate de pelotudeces, ¿quierés? No tengo tiempo —protestó Manuel harto de simular empatía con él—. Y lo que dijiste fue que estarías observándome, en ningún momento hablaste de trompadas... tengo buena memoria.

Hizo una pausa y se obligó a organizar en su mente todo lo que deseaba decir.

—Antes de pasar a lo importante, te voy a pedir que dejes de romperme las pelotas con esa actitud de desconfianza con la que generalmente me mirás —empezó diciendo sólo para dejar las cosas claras—. Tengo demasiados asuntos en la cabeza como para perder tiempo elucubrando planes para fastidiarte.

Mirko asintió procurando no se notara la sonrisa de diversión que de la nada luchaba por asomar en sus labios. En líneas generales lo divertía molestar al rígido de su cuñado; pero en esta ocasión la situación no parecía estar para bromas. Manuel lo había mandado a llamar para hablar de un tema del que evidentemente deseaba preservar a Gimena. Era serio, eso era seguro.

—Gime no está al tanto del asunto del que vamos a hablar, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —respondió Manuel con sequedad—. No sabe nada y voy a pedirte que siga así por su propio bien —deslizó con cierta solemnidad—. De eso se trata Mirko. No quiero angustiarla.

Fue la seriedad de su tono lo que terminó de inquietar a Mirko.

—No me gusta ocultarle cosas a Gimena —dijo con voz tensa y firme—. Ni siquiera este tipo de situaciones ¿De qué se trata?

—Lo comprendo, pero es necesario —le aseguró Manuel. Se acomodó en su asiento y lo miró—. Tiempo atrás, Gimena mencionó

que entendías lo que había hecho por mi padre y que en algún punto la ayudaste a aceptar mis razones a la hora de tomar una decisión como la que tomé —comenzó diciendo Manuel sin preámbulos. Mirko lo dejó hablar, sorprendido por el rumbo de la conversación—. Gracias por eso —agregó. Mirko asintió—. Bueno, ha llegado información a mis manos respecto del accidente de mi padre; información que dice que tal vez no haya sido accidente.

—Vaya —dijo Mirko impactado. Se dejó caer contra el respaldo del sillón y miró a Manuel preocupado—. ¿Estás seguro?

—No, pero reconozco que no es descabellado. Hay indicios que apuntan a que podría haber sido premeditado —comentó y para su sorpresa lo alivió compartir esas preocupaciones con él. Se relajó, solo un poco, y prosiguió—. Escúchame, viajaré a Miami a ver a mi madre. Ella puede tener la información que necesito, pero no quiero que Gimena lo sepa. No antes de que yo regrese.

—¿Qué necesitas de mí, entonces? No entiendo.

—Necesito que contengas a mi hermana, que cuides que a sus oídos no llegue nada de todo esto —aclaró ahora con mayor cordialidad—. Como te decía, antes de hablar con ella quiero saber qué ha sucedido en realidad. No quiero angustiarse con información que puede no ser cierta.

—Está bien —accedió Mirko pensativo—. Pero me gustaría hacerte una pregunta —se atrevió a decir—. Solo para tratar de comprender. ¿Por qué Gimena nunca habla de su madre?

—Siempre tuvieron una relación difícil —confesó Manuel sin oponer resistencia—. Mi madre es un tanto peculiar y Gimena demasiado idílica —Hizo una pausa y resolvió continuar al ver que Mirko no se inmutaba—. Sucede que la relación de mis padres no era tan idealista, ni tan normal como a mi hermana le gusta creer. —Omitió la parte en que se sentía el culpable de un casamiento forzado—. Nunca se amaron en realidad. Casi diría que lo de ellos fue una sumatoria de intereses. Gimena siempre creyó que mi madre abandonó a papá o, lo que puede ser peor, que lo traicionó. Pero no fue así... en algún punto cada uno hizo su camino desde el primer día.

—¿Por qué siguieron juntos? —quiso saber Mirko para entender la situación general—. Era más sencillo divorciarse. Tenían el dinero para pagar lo que fuera necesario.

—No estoy seguro de por qué no lo hicieron —respondió Manuel sincerándose—. Supongo que la ambición de ambos pudo más... Tal vez la idea de mantener dos imperios se convirtió en sus vidas...

—Como la de alguien que yo sé —balbuceó Mirko, ganándose una mueca de parte de su cuñado—. Podés irte tranquilo que cuidaré de Gimena como si fuera mi esposa —accedió Mirko sarcástico poniéndose de pie.

Se midieron un instante y el croata no pudo evitar esbozar una sonrisa arrogante.

—Pero dejame decirte algo, Manuel —se atrevió a agregar—. No podés protegerla de todo, siempre. Ella tiene derecho a saber la verdad; tiene derecho a llorar, a enojarse y a decidir los pasos a seguir, aunque duela. No podés evitarle el dolor que la verdad pueda ocasionarle, tampoco podés protegerla de mí o de las dificultades que podamos tener. Ya no tiene diez años, Manuel. Es una mujer. Mi mujer. Deja de tratarla como si fuera tu responsabilidad.

La conversación fue interrumpida por Florencia que llamaba a Manuel para avisarle que Aerolíneas acababa de confirmarle su pasaje. Saldría esa misma noche.

—Gracias, Florencia. Decile a la señora Alameda que se ocupe de mi equipaje —indicó—. Ropa para un par de días.

Cortó la comunicación y alzó la vista. Mirko seguía allí parado aguardando un acuse de recibo de su parte.

—Mensaje recibido —accedió contrariado—. Haré lo posible por liberarte la zona.

—No tenés nada que liberar —presionó Mirko sin pestañar—. No es tu zona. ¿Estamos de acuerdo? —Manuel asintió—. Perfecto —sentenció Mirko sintiéndose victorioso—. Buen viaje, cuñado.

CAPÍTULO 34

Era cerca de las siete de la tarde cuando Aldo se presentó en el departamento de Ester. La situación de la chica lo tenía movilizado y aunque tenía claro que era Manuel quien pagaba sus servicios, procuraría no dejarla del todo desamparada.

—¿Usted otra vez? —exclamó Ester al verlo.

—Tengo algo para decirte —anunció Aldo ni bien Ester abrió la puerta—. ¿Puedo pasar?

La chica dio un paso al costado dejándolo ingresar. No tenía fuerzas para rehusarse. Empezaba a sentirse cansada y hasta algo acosada por ese detective que parecía atravesarla con la mirada.

—¿Qué necesita? —dijo de la nada. El hombre le resultaba inquietante.

—Tengo una propuesta de parte del ingeniero Rauch —dijo simplemente y contempló a Ester que lo miraba con algo de renuencia.

—¿De qué se trata ahora?

—Te ofrece cinco millones de dólares a cambio de todo —dijo sabiendo que sus palabras impactarían en ella.

La chica alzó lentamente el rostro y lo contempló azorada.

—¿Es broma?

—No. No lo es —le aseguró sin que le temblara un músculo del rostro y con ganas de terminar con todo aquello cuanto antes.

—¿Dónde está la trampa?

—No veas cosas donde no las hay —le aseguró—. Manuel solo quiere dar por zanjado el asunto. No hay nada en las libretas o en los libros contables y mercantiles que mandaste a analizar que pueda incriminar a los Rauch o que pueda servir para ser presentado ante un tribunal. El ingeniero te ofrece comprar todo lo que tenés sobre su familia y así dejamos el tema cerrado.

Ester no dijo nada y tratando de asimilar las palabras de Aldo se dirigió a la mesa donde estaba todo el material junto al termo y el mate. Se sirvió uno.

—Sigo sin comprender qué buscabas enfrentándote a Manuel— se atrevió a decir Aldo, al acercarse a ella y contemplar los documentos desplegados sobre la mesa—. Jamás le hubieras ganado y lo sabes.

La chica se encogió de hombros y se volvió a mirarlo.

—Ya le dije —respondió finalmente—. Quería demostrarle que su familia podía ser muy desagradable; que no tenía nada de que vanagloriarse. Qué se yo... cuando leí los diarios de mi abuelo me indigné

Ester suspiró y se acomodó en una de las sillas. Frente a ella tenía las cajas con las anotaciones; las libretas de su padre; los periódicos de décadas pasadas, los recortes de revistas y las fotografías. Por momentos, todo aquello le resultaba ajeno. Le costaba reconocer a sus seres queridos entre esos papeles cargados de palabras desdeñosas o en los comentarios siniestros y mal intencionados. No llegaría más lejos que hasta adonde había llegado, eso lo comprendía, y cinco millones era una buena manera de comenzar una nueva vida lejos de todo aquello.

Alzó la vista y su mirada se encontró con la de Aldo que la observaba como estudiándola.

—Está bien, —accedió pensativa—. También quiero terminar con todo esto —confesó agotada con la mirada clavada en las libretas—. Hasta hace no mucho sentía que todo esto me devolvería una parte de mi familia, de mi abuelo. Al leer lo sentía conmigo. Lo extrañaba menos.

—Pero...

—Pero ya al final, se convirtió en alguien que no tenía que ver con el recuerdo que tengo de él. A medida que avanzaba en la lectura, su voz se fue distorsionando, entre líneas ya no percibía ni el dolor ni la amargura que tanto me había afectado al principio. De pronto, solo había odio entre sus palabras y una necesidad de venganza tan grande, que me asustó —siguió diciendo. Respiró hondo y procuró reponerse de los recuerdos agrios—. No quiero

quedarme con eso. No quiero quedarme con el recuerdo de un hombre envenenado por el odio. Ese no era mi abuelo. No era así quien me crió y me cuidó tras la muerte de mis padres.

Un nuevo silencio se instaló entre ellos. Ester dejó el mate y estiró su mano para tomar una carpeta negra de tapas de plástico; la abrió. La imagen de Manuel Rauch saliendo de uno de sus hoteles apareció. Lo contempló con detenimiento. Se lo veía tan apuesto, tan arrogante y altivo. La imagen debía tener unos quince años.

—Voy a aceptar la propuesta —repitió de la nada—. Con ese dinero podre averiguar qué pasó en realidad con mi padre. —Hizo una pausa y giro su cabeza para mirar a Aldo que la escuchaba con atención—. No era mi idea que el asunto terminase así... en realidad no sabía cómo...

—Creo que sería bueno ir reuniendo el material, ¿no te parece? —sugirió Aldo encauzando la conversación. No quería perder más tiempo.

Ester asintió y sin decir más se ocupó de apilar las libretas de Cristo, la carpeta con el manuscrito y los folios con fotografías y recortes periodísticos.

Por su parte Aldo se acercó al viejo arcón que había quedado arrumbado en un rincón de la sala. Se arrodilló frente a él y abrió la tapa dejándola apoyada contra la pared lateral. Husmeó en el interior donde encontró varias carpetas transparentes con más recortes periodísticos. Los estudió sorprendido de descubrir que la mayoría de los artículos eran sobre Manuel y abarcaban casi veinte años de vida.

Siguiendo con su cometido, vació el arcón y, con detenimiento, estudió su interior. En uno de los laterales de la tapa detectó un sutil desnivel. Intrigado, lo palpó con atención y advirtió que era una especie de falso fondo. Por sobre su hombro miró a Ester. La chica estaba concentrada en otra cosa. Intentó abrirlo, parecía trabado. «Tal vez por el paso del tiempo», pensó y luego de varios intentos, logró abrirla sin que Ester lo notara.

En sus manos cayó un sobre color papel madera, sucio y ajado por el tiempo. Con algo de reparo y mucha curiosidad lo tomó, tenía

algo de volumen. Lo más llamativo fue leer el nombre de Manuel en uno de los vértices. Aldo contuvo la respiración ante la convicción de que acababa de hallar algo de suma relevancia. Aunque se moría por descubrir su contenido, prefirió no hacerlo; no era a él a quien le correspondía. Con disimulo, lo ocultó entre sus ropas y se paró.

Al girar para enfrentar a Ester, la encontró organizando todo lo que evidentemente pensaba entregar a Manuel.

—¿Tenés todo?

—Sí —respondió con firmeza.

Aldo asintió y le sugirió hacer un listado detallando todo lo que pensaba entregar. Ester estuvo de acuerdo. Ambos se apuraron a hacerlo, querían terminar cuanto antes.

CAPÍTULO 35

Llevaba toda la tarde tratando de dar con Ana, pero cada vez que la llamaba, indefectiblemente daba con esa voz mecánica que le comunicaba que el celular estaba apagado o fuera del área de servicio. No podía tener tanta mala suerte.

Ya estaba todo listo para partir. La señora Alameda había preparado su maleta y se había ocupado de entregársela a Marcelo para que este la ubicara en el baúl de su auto. Estaba terminando de acomodar unos papeles cuando consideró que tal vez en esta ocasión nadie estaría esperándolo en el aeropuerto para asistirlo, teniendo en cuenta que Ester había renunciado a su puesto.

Dejó de pensar en Ester y su mente volvió a caer en la necesidad de hablar con Ana. Consultó su reloj. Eran cerca de las siete de la tarde y, si no estaba confundido, el vuelo de Mendoza debía estar aterrizando en unos cuarenta minutos en el Aeroparque Metropolitano. Calculó mentalmente el tiempo que le llevaría ir por ella. Aunque estaba justo de tiempo, era la única opción.

Dejó el edificio y le indicó a Marcelo que debían pasar por el Aeroparque antes de dirigirse al Aeropuerto Internacional de Ezeiza. El chofer, al escucharlo, lo miró por el espejo retrovisor con desconcierto. No le sobraba el tiempo.

—Levantamos a Ana y la llevamos al hotel —comentó Manuel antes que Marcelo hiciera alguna pregunta—. Como tarde tengo que estar a las nueve en el Aeropuerto de Ezeiza.

—Como usted diga, ingeniero.

En el asiento trasero, ajeno a las silenciosas protestas de su chofer, Manuel se ocupó de hacer dos últimas llamadas. Primero se comunicó con su secretaria Andrea para indicarle que esa noche iba a utilizar la habitación del hotel destinada para su uso personal. La

chica se quedó callada al oírlo, tenía entendido que viajaba esa noche.

—Ana usará la habitación —dijo directamente—. Ocúpate de que todo sea a su gusto.

Cortó la comunicación antes que Andrea pudiera hacer algún comentario incómodo. Luego buscó el número de su excuñado a quien encontró saliendo de la Clínica que él presidía. Tras los saludos de cortesía y la sorpresa generada por el llamado, Manuel se ocupó de explicarle que, él mismo, pensaba pasar por Ana por el Aeropuerto para llevarla al hotel donde esperaba convencerla de pasar la noche. El silencio de Rodolfo Lammens no hizo más que asegurar a Manuel que estaba al tanto de que habían vuelto a verse. Lo agradeció.

—Rodo, estoy volando a Miami esta noche, así que no te preocupes que va a cenar a tu casa —agregó Manuel, sabiendo que sus palabras aumentarían su sorpresa.

—Me alegra escuchar eso porque Silvia se hubiese enojado muchísimo si así no fuera —comentó conteniendo su alegría—. Me alegra saber de vos, Manuel. Supongo que mi hermana responderá todas mis preguntas. Que tengas un buen viaje.

Marcelo había detenido su auto cerca de la puerta de arribos. Dentro, Manuel aguardó a que el vuelo aterrizara para acercarse, no tenían ningún interés de permanecer parado en medio del hall.

Durante la espera conectó unos auriculares al grabador y continuó escuchando la grabación de Aragonés. Su voz sonaba tensa, angustiada. Hablaba casi con desesperación de cómo en la Cementera se habían desentendido de él. Nadie creía que fuera cierto lo que él decía. *Por Aurora, tengo que encontrar la manera de conseguir ese dinero*, fueron sus últimas palabras.

Siete y cuarenta y dos, Manuel descendió del Audi e ingresó al edificio con paso firme. Se detuvo frente a las pantallas de informes, donde constató que el vuelo procedente de la ciudad de Mendoza había aterrizado hacía cinco minutos. Se acercó a la puerta de arribos.

A la distancia, entre la gran cantidad de pasajeros de distintos vuelos que se habían juntado, la divisó. Caminaba con paso rápido,

arrastrando la maleta. La observó cautivado, admirando ese don de elegancia que Ana siempre había lucido. Sus miradas se encontraron a la distancia y ella no pudo más que sonreír y apurar el paso hacia Manuel.

En medio del hall, rodeados de gente que iba y venía, Manuel la recibió con los brazos abiertos para envolverla en ellos. Ana se dejó abrazar y al alzar la vista, depositó sus labios sobre los de él.

—¡Cuántos puntos que venimos ganando! —exclamó con una amplia sonrisa en los labios—. Gracias por tomarte la molestia de venir —dijo ella tomando el rostro de Manuel en sus manos para besarlo—. Me encanta que me sorprendas así.

—Pues me encanta hacerlo y mucho más si este será mi premio —respondió considerando que tenía una sorpresa aún mayor para darle y no creía que fuera a gustarle tanto—. Vamos yendo que te llevo al hotel.

—Pero ¿y Rodo?

—Lo llamé para decirle que yo me encargaba de venir a buscarte —explicó tomando a la maleta que sostenía con su mano para dirigirse al auto—. No puso objeciones. Igual te esperan para cenar.

Ana entornó los ojos y lo estudió un momento. La abordó la conocida sensación de que se estaba enfrentando a un cambio de planes; reconoció su actitud. Ingresaron al vehículo y Marcelo puso inmediatamente en movimiento el Audi. Manuel se encargó de guiar la conversación; preguntó por Mendoza y las actividades de Ana y hasta por el director de Armendaris y su esposa.

La conversación fue tornándose más natural y, aun así, Ana no pudo relajarse. Miró hacia el exterior, el auto tomaba la Autopista Illia hacia el centro de la ciudad.

—Lamento no haberte atendido anoche —dijo Manuel buscando atraer su atención.

—No te preocupes —respondió al pasar—. Lo único que quería era dormir.

Brevemente lo puso al corriente de los avances en las negociaciones, y los últimos ajustes tras la licitación. Se interrumpió cuando el vehículo dejó la autopista para sumergirse en avenida del Libertador. Estaban a pocas cuadras del Hotel Emperador Mondini.

—¿Por qué tengo la sensación de que estoy frente a un cambio de planes? —preguntó con ceño fruncido al notar que el chofer guiaba el vehículo hacia la senda de ingreso del imponente hotel. Ana enfrentó a Manuel que la observaba con expresión cerrada—. ¿Qué está sucediendo, Manuel?

—Marcelo, ¿podes dejarnos solos un momento? —indicó sin apartar la mirada del rostro de Ana que ahora lo contemplaba con ojos entornados cargados de reparo. Había cierta tensión en sus rasgos, cierta dureza en su mirada.

Manuel desvió la vista un instante, incómodo, detestaba sentir que volvía a defraudarla. En verdad le dolía, pero no podía evitarlo, aunque quisiese.

—Escúchame, en unas horas estoy volando a Miami —comenzó diciendo—. Debo hacer ciertas averiguaciones sobre un asunto verdaderamente delicado.

Ana asintió y frunció el ceño advirtiendo la envergadura de su preocupación. Desconocía esa faceta en él; jamás en todo el tiempo que llevaba de conocerlo lo había visto realmente preocupado por algo. Bueno, salvo cuando ella lo dejó, pero prefería no pensar en eso. Conmovida estiró su mano y le acarició el rostro con suavidad.

—Voy a perdonarte este nuevo plantón porque la preocupación que veo en tus ojos es algo que nunca había visto ahí —dijo ella sin dejar de analizarlo—. Pero detesto que me dejes afuera de tus problemas. Esa es una de tus malditas costumbres, y por lo que veo algunas cosas no van a cambiar ¿verdad? —sentenció y la desilusión se filtró entre sus palabras.

—No es así, Ana —replicó Manuel apremiado por desbaratar cualquier falsa opinión que se esté gestando en su mente—. Por ahora todo es una gran confusión, tengo que estar seguro de algunas cosas para poder contarte. Te aseguro que serás la primera en saber. Te doy mi palabra de que así será.

Sin saber qué otra cosa decir, Ana asintió. No porque le creyese, sino porque se sentía triste por ambos. Siempre parecía haber algo más importante que los postergaba y eso le dolía. Se había hecho tantas ilusiones para ese día que la frustraba saber que esa noche volvería a dormir sola.

—Está bien —accedió resignada—. Pero, no voy a dormir aquí, Manuel.

—Ana... ya mandé traer todas tus pertenencias del Hilton.

—¿Por qué hiciste algo así? No tenías ningún derecho —protestó. Él revoleó los ojos no tenía tiempo para esos detalles—. Aunque aún fuera tu esposa, que no lo soy, no puedes disponer de mí sin consultar. ¿Cuándo lo vas a entender?

Manuel alzó ambas manos en señal de rendición. En el exterior vio que Marcelo caminaba en torno al Audi. Era su forma de darle a entender que estaban con poco tiempo.

—Llamala a Andrea y decile lo que querés hacer —dijo Manuel resignado—. María está en el departamento por si tu intención es pasar la noche ahí. Es tu decisión. Ahora me tengo que marchar o perderé el vuelo.

Antes de descender se lo quedó mirando sin saber qué más esperar y qué más decir. En su interior burbujeaba la tristeza que le provocaba sentir que nunca lograban estabilidad.

—No tengo nada que hablar con Andrea, Manuel —dijo claramente fastidiada—. Que tengas buen viaje.

Intentó descender, pero Manuel la detuvo, tomándola de una de sus manos. Giró para enfrentarlo y por un breve instante se contemplaron. La mirada de Manuel se mostraba convulsionada, un poco triste, un poco contrariada pero definitivamente cansada; pero no la conmovió.

Buscando dar por terminada la charla se estiró para besarla suavemente en los labios. Manuel aprovechó para abrazarla con fuerza y retenerla unos segundos.

—Te amo, Ana —susurró a su oído, luego de notar su mirada ensombrecida por el temor de que los recuerdos de otras épocas regresasen—. No te alejes de mí. Aunque no puedo culparte si lo haces, necesito saber que estás. Voy a necesitarte cuando todo esto termine.

Ana no supo qué responder a ese pedido. Lo abrazó con más fuerza sufriendo por él, aunque no entendía bien por qué. Cuando se separaron, ella le dedicó una sonrisa suave.

—Supongo que debo decir que hasta que decidas regresar, estaré pensando en nosotros —dijo con cautela. Le acarició el rostro—. Pero no tardes mucho...

—Trataré —reconoció Manuel.

—Esperaré el llamado.

Sin decir más descendió del auto. Con lágrimas en los ojos, Ana contempló el vehículo alejarse de la entrada del hotel para zambullirse en el concurrido tráfico de la avenida del Libertador. En su pecho crecía la angustia de saber que algo terrible le estaba sucediendo y no alcanzaba a imaginar qué podría haberlo dejado en ese estado. Un empleado del hotel se acercó a ella para indicarle que la conduciría a la habitación según el ingeniero Rauch había dejado indicado. Ana lo miró con aire ausente. Luego sacudió su cabeza negativamente.

—Devuélvame mi maleta por favor —le indicó con firmeza y algo de enojo—. No pienso quedarme aquí.

CAPÍTULO 36

Miami generaba gran cantidad de emociones en Manuel. Tras el accidente de su padre necesitó poner distancia con Buenos Aires y la mejor opción fue instalarse allí, poniéndose al frente de un Mondini. Era una ciudad que siempre le había agradado, por su clima templado, por sus cielos celestes, sus playas blancas y ese mar que tanto disfrutaba.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte le había tomado aprensión, pues justamente en esa ciudad se había instalado Ana luego de abandonarlo y, como si eso no fuera suficiente, también allí se refugió su madre tras la muerte de Antonio.

Ni bien ingresó al vehículo que lo aguardaba, se recostó contra el asiento con cansancio. Si generalmente dormía poco en los vuelos, en este último prácticamente no había pegado un ojo. La tarde anterior, al dejar a Ana en la puerta de su hotel, no había tenido el coraje de mirarla. El modo en que sus ojos lo habían contemplado, lo había afectado sobremanera. Perduraba en él la sensación de haberla defraudado, una vez más, y aunque la situación que atravesaba podría justificar su proceder, él se culpaba. Se moría por llamarla, por escuchar su voz e intentar convencerla de que esta vez era realmente importante, pero se sintió ridículo de solo pensarlo. De todas las ocasiones en que había pronunciado esas palabras, nunca las sintió más ciertas y, al mismo tiempo, era la primera vez que no se atrevía a pronunciarlas.

Emplazado a pocos metros de la blanca playa de la zona de South Beach, se alzaba orgulloso el primer hotel que él había regentado; el primero que Teo Olazábal había puesto en sus manos para que aprendiera el negocio, el oficio del servicio y todo aquello que conllevaba ser el rostro y el responsable de un establecimiento de esa categoría y envergadura.

En cuanto puso un pie dentro del hotel, Manuel contempló subyugado el amplio y lujoso lobby donde la simplicidad del buen gusto armonizaba con el majestuoso marco natural que se apreciaba a través de los amplios ventanales. Era imponente. Todavía recordaba el día en que ingresó por primera vez y quedó impactado por lo que veía.

El conserje, que en ese momento se ocupaba de cotejar el movimiento de un contingente que acababa de arribar, al verlo dejó todo en manos de un subalterno y se apresuró a acercarse.

—Mr. Rauch —lo llamó al encontrarse a pocos pasos de distancia—. ¡Qué agradable sorpresa fue enterarnos que nos visitaría!

—Buenos días, Mr. Lewis —dijo con voz neutra al estirar su mano para estrechar la del hombre y leer su nombre en el distintivo del hotel abrojado al chaleco de su uniforme—. Fue una decisión de último momento —deslizó evasivo—. ¿Está disponible mi habitación?

—Por supuesto, su secretaria nos informó hace unas horas que usted arribaría —respondió el hombre automáticamente. Chasqueó dos dedos y un empleado se apersonó a su lado—. Lleva a Mr. Rauch a la suite del piso superior.

El hombre asintió. En su mano ya se encontraba el escueto equipaje con el que Manuel había viajado. Luego de una leve inclinación de cabeza hacia su jefe supremo, le indicó que lo siguiera.

—Por favor, que Morris se ponga en contacto conmigo en dos horas —indicó antes de que las puertas del ascensor empezaran a cerrarse—. Una última cosa, almorzaré con mi madre en la terraza —agregó sosteniendo la puerta del elevador—. Que alguien se encargue de gestionarlo.

Una vez en la habitación, Manuel se dirigió directamente al cuarto de baño, luego de una ducha reparadora se acostó. Necesitaba recuperar un poco de energía. No tardó mucho en caer en un sueño profundo, pero para nada sereno.

Un sueño tormentoso, casi una pesadilla, lo envolvió como una nube espesa, enfrentándolo a una situación angustiante que cobró

forma de ríspido acantilado que lo invitaba a saltar al abismo, mientras que un viento penetrante e intenso le impedía avanzar. Atrapado entre dos fuerzas yuxtapuestas, Manuel se debatía entre qué decisión tomar para salvarse.

Despertó sobresaltado, sintiendo la mente embotada y el cuerpo entumecido y pesado por el vuelo y la tensión. Consciente de que no podría relajarse hasta que hablase con su madre, se incorporó resignado. Quizás fue la necesidad de protegerse o fortalecerse que sus pensamientos volaron a Ana. Sin embargo, los resabios de la última conversación mantenida lo debilitaron una vez más. Se juró que la próxima vez que la tuviera frente a él, le hablaría con el corazón en la mano. Empezaba a darse cuenta de que era eso lo que debió haber hecho desde un principio.

Alguien golpeó la puerta interrumpiendo sus pensamientos. Dejó la cama y se colocó una bata antes de dirigirse a abrir. En medio del corredor encontró a un muchacho de aspecto latino, de unos treinta años, de más o menos su altura que llevaba uniforme del hotel.

—Buenos días, Mr. Rauch —dijo el muchacho con prestancia—. Vengo de parte del Sr. Morris, para informarle que ya se encuentra en su despacho aguardando que usted disponga dónde desea reunirse con él —informó con celeridad.

Manuel asintió había olvidado la característica obsecuencia del gerente general del Hotel de Miami, pero era un buen hombre y mucho mejor administrador. Eso era lo que en el fondo importaba.

—Muchas gracias, por favor dígame que lo espero en quince minutos —empezó diciendo, pero se interrumpió al ver a su madre salir de uno de los elevadores con cara de pocos amigos. Manuel se volvió hacia el muchacho y leyó su nombre en el gafete que llevaba abrochado sobre su chaleco—. Kevin, mejor dígame a Morris que me reuniré con él tras el almuerzo.

—Perfecto, señor —dijo el muchacho y se apuró a retirarse.

—Madre, no te esperaba hasta dentro de una hora —dijo Manuel luego de saludarla con dos besos en las mejillas—. Pensaba reunirme con Morris antes de almorzar con vos.

—Bueno, supongo que tendrás que alterar tus planes —replicó cortante y arbitraria contemplándolo con suficiencia—. La verdad es

que me resultó un tanto irritante, enterarme que habías llegado a la ciudad sin avisarme que lo harías. Ni qué decir que me convocaras a un almuerzo mediante una secretaria —deslizó sin disimular su malestar—. ¿Era mucho pedir que tuvieras la delicadeza de llamarme en lugar de citarme como si fuera una empleada?

Manuel no le llevó el apunte y siguió su camino hacia la terraza donde se detuvo junto a la baranda. De reojo observó a su madre acercarse y encender un cigarrillo ni bien puso un pie en el exterior. Tenía casi setenta años, pero parecía veinte años más joven gracias a su fisonomía delgada, pero no escuálida, a su cabello rubio y lacio y, por supuesto, a la excelente mano de los cirujanos que desde hacía años se ocupaban de su rostro.

—Hablamos hace un par de semanas y jamás mencionaste la necesidad de venir por aquí —dijo Sonia persistente y contrariada—. Este es un destino que últimamente tratas de evitar. Algo tiene que haber sucedido para que vinieras.

Manuel asintió e hizo un gran esfuerzo para que sus pensamientos no se precipitaran. Eran tantos los puntos que debía abordar con su madre que no podía darse el lujo de perder la calma. Pero su cuerpo era un hervidero de emociones, tenía que calmarse.

—En realidad, fue una decisión de último momento —dijo con la intención de focalizar su mente. Con un gesto le indicó a Sonia que tomara asiento—. Necesitaba hablar con vos sobre un asunto bastante delicado.

Sonia frunció el ceño al escucharlo y lo estudió con detenimiento.

—Bueno pues, aquí estoy —dijo vehemente poniéndose de pie y encaminándose hacia el bar—. ¿Qué te preparo?

—Nada —respondió Manuel—. Es un poco temprano para mí. Voy a cambiarme.

Sonia se encogió de hombros restándole importancia y se sirvió un gin tonic liviano con dos grandes rodajas de limón. Regresó a la terraza recordando que también ella tenía algo importante que contarle a su hijo y no encontraría mejor momento para hacerlo.

Manuel regresó unos minutos después, luciendo un pantalón tostado y una camisa azul oscuro. Sonia lo admiró en silencio, se lo veía impecable. Como siempre le sucedía cuando transcurrían

varios meses sin verse, lo veía hermoso. Se había convertido en un hombre atractivo, de porte soberbio y poderoso; exactamente como ella había soñado que sería. Manuel era su orgullo. Viéndolo interactuar en su rol de dueño de la Cadena Mondini, Sonia sentía que había hecho todo bien; que cada decisión y cada sacrificio no había sido en vano. Para ella Manuel era un príncipe; su príncipe perfecto y soñado que se había convertido en rey ante sus ojos.

—No recuerdo si te comenté que hubo cambios en mí vida —comenzó diciendo Sonia una vez que Manuel se acomodó en uno de los sillones que la enfrentaba. Aguardó un momento y al ver que Manuel la escuchaba con atención, continuó—: Me separé de Alfonso —dijo con suma liviandad.

Lo sorprendió enterarse de algo así, pero no dijo nada. Apreciaba a Alfonso y era alguien que, a su entender, le daba cierto equilibrio a la vida de su madre.

—Fue hace un par de meses —siguió diciendo con cierta arrogancia—. No veníamos bien. Se puso un poco insistente con que lo acompañara a sus conferencias y otras cuestiones. Para colmo lo contrataron de una Universidad Británica, no recuerdo cuál, y debía instalarse en Londres por un tiempo.

Allí estaba el problema evidentemente. Nada había cambiado en la vida de su madre. Ella no acompañaba a nadie, ni seguía a nadie; Sonia Mondini era el centro de su propio universo. No entendía la vida de otra manera. Era a ella a quien debían seguir, no al revés.

—Pobre Alfonso —comentó Manuel cuando su madre dejó de hablar de lo descabellado del pedido de su expareja—. Nunca entendió que vos jamás dejarías el sol de Miami.

—Eso es justamente lo que yo le dije —replicó entendiendo solo lo que deseaba entender del comentario—. En esa ciudad gris no aguanto más de cuatro días. Me marcharía.

Sonia asintió convencida de que ese argumento era suficientemente válido para terminar con una relación de años. Bebió un poco de su trago y observó a Manuel dispuesta a cambiar de tema.

—¿Cómo está Gimena? —preguntó entonces y aunque intentó matizar sus emociones no lo logró y en su voz se filtró cierto pesar.

Durante los últimos años, Manuel se había encargado de mantener a su madre informada sobre la vida de su hermana. Era una relación difícil, compleja, la de ambas, pero a Sonia le agradaba estar al tanto de la vida de su hija. Ella no necesitaba ni transmitir amor, ni sentir que lo recibía, era su modo de vivir la vida, Sonia podía ser indiferente, poco cariñosa y distante; pero la preocupaba el bienestar de Gimena.

—Está muy bien —respondió sintiéndose culpable—. Se la ve muy feliz.

—Entonces, ¿la quiere? —insistió Sonia.

—Eso parece y reconozco que nada indica lo contrario —aseguró—. Por ahora Mirko, con sus cosas, viene demostrando ser un buen tipo —agregó sintiéndose en la obligación de defenderlo frente a la desconfianza de su madre—. Tiene mucho trabajo y es un fotógrafo bastante reconocido hasta donde sé. Se está portando bien, pero no pienso sacarle la vista de encima.

—No lo hagas, tu hermana es dueña del 50 % de todo —le recordó Sonia con firmeza—. Es importante evaluar las manos en que caerá esa fortuna llegado el momento. Tenemos que considerar que firmen un acuerdo, ¿no te parece?

Bajó la vista incómodo, evitando recordar que era justamente eso lo que él había pensado al conocer la existencia de Mirko. En aquel entonces, su mayor temor había estado más centrado en que Mirko no pusiera sus manos en la fortuna familiar, que en el daño que podría causarle a su hermana. Todavía le preocupaba, aunque en menor medida.

Por unos segundos cayeron en un pozo de silencio. En el extremo opuesto de la terraza dos empleadas del hotel se ocupaban de acondicionar la mesa para el almuerzo.

Esa interrupción lo ayudó a encauzar sus pensamientos. Necesitaba comenzar a abordar el tema que lo había llevado a Miami.

—Pero no era de eso de lo que quería hablarte —dijo Manuel quebrando el silencio y enfrentando a su madre con seriedad.

—Menos mal, pensé que finalmente ese hombre la había estafado, rompiéndole el corazón a Gime —comentó con liviandad

—. ¿Qué sucede entonces?

—Hace un par de meses comencé a recibir anónimos —dijo con tal seriedad que su madre se tensó.

—¿Anónimos? —preguntó Sonia alarmada—. ¿Te están amenazando?

—No, todo comenzó con meras insinuaciones acerca de los orígenes de la Cementera en un blog que no llegó a mayores; pero que logró cierta notoriedad —comentó y lo incordió un poco notar la satisfacción que ese comentario provocaba en su madre—. Pero lo cierto es que cuando comencé a indagar para comprender de qué se trataba, me fui encontrando con información por demás interesante y me llevé una gran sorpresa.

Sonia asintió y luego de beber el último trago de gin tonic miró a Manuel entre aburrída y desorientada. Detestaba la gente que daba rodeos a la hora de hablar. Su hijo nunca había sido de esos, pero lo estaba siendo en ese momento y ese era un nuevo detalle que considerar.

—La verdad, querido mío, es que no tengo la menor idea de lo que intentas decir —confesó—. ¿Podés ir al grano, Manuel?

Manuel alzó la vista y la miró conteniendo su temperamento.

—Está bien, iré al grano —sentenció de un modo tan firme y autoritario que Sonia frunció el ceño con atención.

Recién entonces apreció una sutil alteración en Manuel. Lo que estaba sucediendo debía ser serio, lo notaba en su mirada inquieta, en la tensión de los músculos de su rostro y en lo irascible que parecía estar aun cuando no lo manifestaba. Tenía un mal palpito.

—La persona que intentó publicar y difundir información no muy agradable sobre nosotros, con la única intención de hacer daño a nuestra familia, me terminó asegurando que hay indicios para sospechar que el accidente de papá fue premeditado.

Nada había preparado a Sonia para lo que acababa de escuchar de la boca de su propio hijo. El accidente de Antonio había tenido lugar casi veinte años atrás y había sido uno de los episodios más impresionantes que Sonia había vivido. No obstante, para ella era un tema del pasado; un asunto que ya había enterrado en los

confines de su memoria. No quería hablar de eso. Hablar de ese desagradable asunto abría viejas heridas.

Manuel analizó minuciosamente las reacciones de su madre. Tanto su silencio como el modo en que frunció el ceño y se le oscureció la mirada no hizo más que demostrarle que por lo menos Sonia había considerado la posibilidad o sabía que así había sucedido. Le resultó tremendo descubrirlo y por sobre la amargura y el pesar que esa revelación le provocó, Manuel continuó.

—Pero esa fue la punta del ovillo —agregó sin que le temblara la voz—. Casi sin buscarlo me encontré con información que hablaba de la vida conyugal de mis padres —continuó y entre sus palabras la ironía parecía contaminar sus verdaderas intenciones—. Te aclaro que no fue ninguna novedad leer que tenían sendos amantes. Aunque, según tengo entendido con tu amante tenías una relación un poco más seria ¿verdad?

Sonia se puso de pie y se acercó al bar donde rellenó su vaso con otra medida de gin y tónica. Regresó a la terraza y su mirada se topó con la de su hijo, acobardándola. Por primera vez en su vida, los ojos de Manuel, los ojos de ese príncipe perfecto que era toda su debilidad, se mostraban acusadores.

—No sale nada bueno de revolver el pasado, Manuel —exclamó Sonia incómoda—. Todo eso terminó hace mucho tiempo.

—Desde ya te digo que no me horrorizan sus infidelidades. El matrimonio de mis padres fue la cosa más ficticia que he presenciado en mi vida, pero allá ustedes —prosiguió Manuel con firmeza y en su voz comenzaba a notarse cierta aspereza producto de la furia contenida.

El pasado, tan lejano, tan cruel e injusto, volvió a Sonia. Asintió inconscientemente al recordar la tarde en que Enrique Rauch y su propio padre acordaron la unión para limpiar el buen nombre de ambas familias. «Qué ironía hablar de buen nombre», pensó con amargura. Ese matrimonio había sido un infierno y, en cuanto Manuel nació, Sonia hizo todo cuanto estuvo en sus manos para desembarazarse de su esposo e intentar recuperar el amor del hombre que verdadera amaba.

Sonia se puso de pie alejándose de Manuel. Encendió un nuevo cigarrillo dándole la espalda a su hijo y se frotó la frente con nerviosismo. Necesitaba contener los recuerdos. Cuando lo logró y giró para enfrentar a Manuel, la desmoralizó ver que su hijo la contemplaba con fría determinación. Podía ser un témpano de hielo si la situación lo requería; ella lo había instruido.

—Lo conocí en una convención que se organizó en Bariloche. Mi padre me había pedido que lo acompañe. Nos cruzamos en la recepción inaugural —terminó confesando con mirada perdida—. Fue vernos y todo cambió. Él era casado, pero no nos importó, creo que desde que nos vimos sentimos que éramos el uno para otro. Por ese entonces mi relación con Antonio estaba recién comenzando, no era seria, podría decirse que solo tonteábamos; nada importante, no sentí estar traicionándolo.

Manuel escuchaba atento, receloso. Por primera vez en el rostro de su madre reconoció cierta emoción y ese hecho era gracias a que evocaba el recuerdo de ese hombre. Pero no lo conmovió su discurso anhelante y nostálgico. Sonia podía ser manipuladora si necesitaba serlo. En ese momento estaba usando todo su armamento; la conocía. La enfrentó con determinación.

—¿Pudo ese hombre haber intentado matar a papá para que ustedes pudieran tener su final feliz? —preguntó directamente, superada la inestabilidad que le provocaba saber que ese amante misterioso podría ser su padre biológico. —Quiero la verdad, mamá —insistió.

Había en esa pregunta tanto desprecio, como rencor y sarcasmo. Sonia lo miró sin acobardarse y en su corazón supo que esa era la pregunta que hacía casi veinte años temía hacerse. Escucharla de boca de Manuel era un aditamento insoportable que la hacía sentir culpable.

—No lo sé — respondió Sonia con voz temblorosa—. Meses antes del accidente, se puso insistente. Ya se había divorciado, era un hombre libre. Solo quedaba Antonio, al que me unía la cláusula del testamento. Pero no era el dinero lo que importaba...

—¿Cláusula de testamento? —preguntó Manuel convencido de que ahí estaba la explicación a muchos de lo sucedido—. ¿De qué

se trataba?

—Mi amoroso padre dejó establecido en una cláusula que, si me separaba de Antonio, perdería todo mi derecho a la herencia —explicó con sequedad. Hizo una pausa procurando ordenar los recuerdos—. Ya no importaba demasiado esa cláusula. Él tenía dinero suficiente para ambos y ya se habían iniciado los trámites para que te hicieras cargo de la herencia. Ya estabas en condiciones de asumir el control, eras mayor de edad y yo podía ser libre.

Sonia se perdió brevemente en sus pensamientos. Se acercó a la mesa y bebió un poco de su trago sin molestarse en mirar a Manuel que seguía con atención cada uno de sus movimientos.

—Cuando el accidente tuvo lugar pensé que te había perdido también —dijo Sonia con ojos llenos de lágrimas. Miró a su hijo que se mantenía impasible—. El alma me volvió al cuerpo cuando me confirmaron que Antonio volaba solo.

La voz se le quebró y miró a Manuel con angustia. Una lágrima silenciosa y débil cruzó la mejilla de Sonia. Dio un paso hacia Manuel y le acarició el rostro.

—Al principio pensé que había sido un milagro divino, pero entonces me enteré de que esa chica te había retenido en Mendoza —sentenció—. Mi padre siempre me había dicho que era un hombre peligroso, ambicioso capaz de todo para conseguir adueñarse de una gran fortuna como la nuestra. Lo detestaba y de pronto sus palabras se tornaron reales —agregó—. Dudé de su inocencia y, aunque lo amaba con locura, me aterró la idea de que te hiciera algo —repuso al borde del llanto—. Fue doloroso, la decisión más dolorosa que he tomado en mi vida. Pero vos estabas por encima de todo lo demás.

—Pensaste que pudo haber tenido que ver con el accidente de papá y lo dejaste ir —exclamó Manuel sin dar crédito a lo que escuchaba—. ¿Quién es mamá?

—Ya no importa, Manuel —aseguró con renovada seguridad—. Todo eso sucedió hace mucho tiempo.

—¡Cómo no va a importar si ese hombre puede haber sido el culpable del accidente de papá! —gritó ya fuera de sí—. ¡Cómo no

va a ser importante si...!

—Dije basta, Manuel —sentenció Sonia creyendo que tenía nuevamente el control de la conversación—. No tiene ningún sentido revolver el pasado. Es parte de mi vida privada, no tenés ningún derecho...

—Querida madre, voy a disentir —la interrumpió Manuel seco y cortante. La miró con fiereza—. Tengo todo el derecho del mundo a inmiscuirme cuando ese hombre pudo haber intentado matar a Antonio y al mismo tiempo puede tener que ver conmigo.

El silencio fue tan rotundo que parecía que el tiempo se había detenido y ambos habían quedado suspendidos en el espacio. Sonia lo miró asustada, aterrada por el interrogante que veía reflejado en los ojos de Manuel.

—Me han informado —continuó Manuel y en su voz no se apreció ningún tipo de emoción—, que existen grandes posibilidades de que no sea Rauch después de todo.

—Eso es una ridiculez —estalló Sonia sin poder creer lo que escuchaba—. Sea quien sea tu investigador, te está robando.

—Esa información me llegó de boca de papá —le aseguró Manuel sin perder la calma.

—¿Perdón?

—Sucede que Antonio se sometió a una serie de entrevistas, parece que iban a escribir sus memorias. ¿Lo podés creer? Todo contó, pero quedate tranquila que nada de eso iba a salir publicado. Esa fue su condición, pero no tuvo reparo al mencionar sus sospechas. Estaba convencido de que era un estorbo para ustedes y tenía grandes dudas sobre su paternidad.

Sonia empalideció. Tambaleante se acercó a una de las sillas y se sentó. Alzó la vista y lo contempló con la misma admiración de siempre; pero a diferencia de otras veces, sintió temor por lo que Manuel pudiera pensar al enterarse de la verdad.

Manuel no se conmovió al verla. Sin embargo, el cambio que comenzó a manifestarse en el rostro de Sonia lo alcanzó. De pronto su mirada se había cargado de vergüenza y eso sí que era algo nuevo en ella.

—¿Quién es, mamá?

—Basta Manuel —dijo casi en un susurro.

—Basta y una mierda —estalló y toda la furia que venía conteniendo centelló en sus ojos y se materializó en su voz. Dio un paso hacia ella, forzándola con la mirada, acorralándola con sus palabras—. ¿De quién soy hijo realmente, mamá?

—Vos sos mi hijo y eso es lo único que siempre contó para mí —confesó con voz tensa. Miró a Manuel con fiereza—. Vos sos Mondini.

—Estás hablando como una desquiciada —la increpó haciéndole frente.

—Hubiese dado cualquier cosa para que no llegaras nunca a hacerte esa pregunta. No debería importar —respondió claramente afectada—. Muchas veces pensé que tal vez sospecharías...

—¿Sospecharía? —la interrumpió forzándose en organizar sus pensamientos ante esa posibilidad—. ¿Acaso lo conozco?

—Él siempre trató de mantenerse cerca y aunque intenté alejarlo, no siempre pude —explicó Sonia que de pronto parecía perdida en los recuerdos. Hablaba como si estuviese pensando en voz alta, como si el pasado la estuviese succionando para arrastrarla a otra época—. Detestaba ver cómo te preparabas para asumir el control de la Cementera; él siempre decía que lo tuyo eran los hoteles; que lo llevabas en la sangre que perdías tu tiempo en ese mercado tan poco glamoroso, que habías nacido para triunfar y brillar.

Esas últimas oraciones sacudieron a Manuel. Reconoció las palabras que Sonia evocaba, él mismo las había escuchado gran cantidad de veces. Alzó la vista y miró a su madre que en ese momento mencionaba que su padre, cuando sospechó lo que sucedía entre ellos, hizo hasta lo imposible por mantenerlos apartados; Gian Mondini siempre sostuvo que ese hombre buscaba su herencia para adosar los Mondini a sus hoteles.

—¿Marshall? —balbuceó Manuel sin dar crédito.

La pregunta quedó flotando entre ambos, generando un inquietante silencio. Por varios segundos se abandonaron a sus propios pensamientos, dudas y conjeturas. Manuel parecía ser el más afectado; a su mente llegaron los recuerdos de sus últimos encuentros. Durante los meses pasados habían compartido una

cena en Las Vegas, habían almorzado en Ámsterdam y habían hablado por teléfono gran cantidad de veces. Wheeler siempre lo había tratado como a un hijo; siempre lo había aconsejado y lo había protegido. Nunca ocultó su cariño por él; ni su orgullo. El conflicto que se adueñó de su alma fue descomunal; apreciaba sinceramente a Marshall. Pero, una de sus principales características era que siempre prevalecía el deber a sus deseos. Esta ocasión no fue la excepción. Tenía que llegar al final del asunto. Pero su determinación comenzó a flaquear.

—Cuando su sobrina impidió que regresaras de Mendoza con Antonio, me pareció todo muy claro —continuó diciendo Sonia, que parecía haber envejecido diez años—. De pronto, lo creí muy capaz de articular todo para quitar a Antonio del medio y así convertirse en tu gran protector. Me consta que te tiene muchísimo afecto y siempre quiso cuidarte, guiarte, ser tu consejero.

Manuel no fue capaz de articular palabra, inmerso en un silencio denso, asfixiante, analizaba fríamente a su madre.

—Me alejé de él —dijo de pronto Sonia, perdida en sus recuerdos—. Me aterró lo que de pronto creí que era capaz de hacer.

—Si creías que lo había hecho ¿por qué no lo denunciaste, mamá? —reclamó con la respiración agitada.

—Porque lo amaba, Manuel, aunque me convencí de que él podía ser culpable —reconoció con amargura—. En aquel entonces, lo único que me importó fue protegerte. Me alejé de él para que desapareciera de mi vida; de tu vida. Pero bueno, no fue posible.

Manuel no se dejó amedrentar con el discurso melancólico y triste de su madre.

—¿Quién es mi padre, mamá? —preguntó directo una vez más—. ¿Marshall o Antonio?

Hacía mucho tiempo que se preguntaba cuando llegaría el día en que Manuel se le plantara de ese modo para exigir respuestas. Siempre supo que ese día llegaría, sólo que había decidido mirar para otro lado y rogar porque solo se tratase de un temor latente.

—No lo sé, Manuel —confesó con voz cargada de vergüenza y angustia—. Sinceramente no sé cuál de los dos es tu padre.

Las palabras de su madre lo golpearon en la boca del estómago, pero asimiló el golpe como venía asimilando todo lo demás; estoicamente. Sin agregar comentario se puso de pie y cruzó la terraza dirigiéndose hacia el interior.

—¿A dónde vas? —gritó Sonia cuando Manuel ya alcanzaba la puerta de salida.

—A buscar más respuestas —respondió sin molestarse en mirarla—. Se me fueron las ganas de almorzar.

Sin decir más salió de la habitación dejando a Sonia prácticamente sin reacción.

CAPÍTULO 37

Descendió del taxi frente al hotel Angus, propiedad de Marshall Wheeler. Estaba ubicado en el extremo opuesto de la península de cara a los cayos, ofreciendo una de las más maravillosas vistas que esa ciudad podía ofrecer. Había estado allí gran cantidad de veces, pero esta ocasión no se parecía en nada a las demás.

A diferencia de los Mondini, la cadena Wheeler era de corte netamente americano. Sus ambientes eran lineales, predominaban las paredes blancas, con un alto grado de toques minimalistas. Cruzó el lobby con paso seguro sin que nadie se interpusiera en su camino y encaró el último de los elevadores que era el único que lo llevaría al piso donde se encontraban las oficinas privadas de Wheeler.

La secretaria de Marshall alzó la vista cuando escuchó el ascensor detenerse frente a ella y al ver a Manuel aparecer tras las puertas, sonrió.

—Mr. Rauch, que sorpresa, no sabíamos que estaba en la ciudad —dijo la mujer de mediana edad y rostro serio.

—Buenos días, señora Leen —repuso Manuel con educado aplomo—. Me gustaría cruzar unas palabras con Marshall, ¿estaría disponible?

—Deme un segundo, por favor —dijo antes de girar sobre sus talones y enfrentar la puerta que comunicaba con el despacho de su jefe.

Manuel asintió y permaneció parado en medio del recibidor aguardando. Sentimientos encontrados se mezclaban en su pecho. Su cabeza era un atolladero, su corazón latía desaforado. A su mente le costaba demasiado ser analítica en ese momento. Lo desestabilizaba la creciente incertidumbre respecto de su herencia más importante. Desde que tenía uso de memoria que Marshall

Wheeler había estado cerca; siempre dejando caer algún comentario por aquí o algún consejo por allá.

—Mr. Rauch —lo llamó la secretaria de Wheeler al asomarse desde el despacho de Marshall—. Adelante por favor.

Ingresó preguntándose cuantas veces había estado allí; miles, miles de miles. Era una estancia amplia, luminosa, que ocupaba casi todo el ancho del edificio. Desde el escritorio se apreciaba una bellísima vista de la bahía.

—¡Qué agradable sorpresa, muchacho! —dijo Marshall con su característica sonrisa. Se saludaron con afecto—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Cómo estás, Marshall? Estoy de pasada —respondió Manuel al ubicarse en uno de los asientos que enfrentaba el escritorio de Wheeler—. Tengo que atender algunos asuntos personales y pensé visitarte.

El celular sonó. Lo venía haciendo desde hacía rato. Bajó la vista hacia el móvil y en esta ocasión comprobó que era Florencia quien intentaba ponerse en contacto. Rechazó la llamada. También tenía acumuladas tres llamadas perdidas de su madre y otras dos de su oficina de Buenos Aires. Apagó el celular, no deseaba hablar con nadie.

—¿Sucede algo? —preguntó Wheeler al ver el modo en que Manuel actuaba.

Manuel alzó la vista hacia Wheeler, obligándose a mostrarse más seguro y entero. Una empleada del hotel ingresó al despacho llevando café para ambos y Manuel se encargó de conducir la conversación hacia temas triviales en tanto recuperaba compostura. Conversaron vagamente sobre el proyecto que Manuel tenía entre manos hasta acabar mencionando que había estado con su madre a quien hacía rato no veía.

—¿Cómo está, Sonia? —preguntó Wheeler con entusiasmo.

—Muy bien, aunque acaba de separarse de Alfonso —deslizó analizando las reacciones de Marshall.

—Ese hombre no era para ella —balbuceó Wheeler y terminó su café.

—Ya lo sabías, ¿verdad? —aventuró Manuel mirándolo con algo de aspereza—. Ahora que recuerdo en Las Vegas mencionaste que se habían visto.

—Vivimos en la misma ciudad —respondió sosteniéndole la mirada—. Difícil no cruzarse cuando interactuamos en los mismos círculos.

—Claro —fue la lacónica respuesta de Manuel.

Antes de decir algo, Wheeler se dejó caer contra el respaldo de su asiento y observó a Manuel con detenimiento. Había notado en la voz del muchacho cierta tensión. Además, le sostenía la mirada de un modo tan cerrado y turbulento que Marshall no tuvo dudas de que algo sucedía. Tenía una idea de por dónde podría venir el asunto. Lo tomó con calma.

—Algo me dice que vamos a tener una conversación seria —deslizó Wheeler a quien le desapareció la sonrisa del rostro—. ¿Por dónde quieres comenzar?

Manuel desvió la vista sintiéndose descubierto. Se esforzó a aclarar su mente que era un embrollo de temas sueltos que no lograba conectar; ni siquiera estaba seguro de qué estaba haciendo allí.

—Ya que te cuesta resolverlo, te voy a ayudar —dijo Wheeler quebrando el tenso silencio que se había adueñado del despacho—. Sí, tuvimos una relación tu madre y yo. Una relación intensa y genuina, si me permitís aclarar —sentenció Wheeler poniendo las primeras cartas sobre la mesa—. Supongo que es de eso de lo que necesitás hablar.

Manuel se irguió tenso y adoptó una actitud firme, cerrada y rígida para enfrentar lo que fuera que Wheeler tuviera que decir.

—Tu madre fue el amor de mi vida, Manuel —reconoció el hombre con voz aplomada y hasta con algo de añoranza—. Podría decir que lo sigue siendo aun habiendo transcurrido más de cuarenta años y una infinidad de obstáculos entre nosotros. Pero bueno, quizás si Antonio no se hubiese interpuesto, otra hubiese sido la historia.

Manuel frunció el ceño sintiendo cómo en su interior se le estrujaban las entrañas ante la cruenta batalla que libraban

emociones y voluntades. De pronto, se sintió estúpido, como un chico asustado y desorientado superado por la situación. Le estaba resultando demasiado doloroso enfrentar a Marshall, pero tenía que reaccionar y decir algo.

—¿Antonio se interpuso? —deslizó con un dejo de sarcasmo ganándose la atención de Wheeler y para su propia sorpresa su voz sonó contundente, áspera y punzante—. Hasta donde sé estabas casado.

—Sí, un mero detalle cuando frente a ti tienes a la única persona que puede hacerte feliz —reconoció y por un breve instante se perdió en los recuerdos. Se tomó unos segundos para ordenar sus propias emociones, pero al notar la frialdad con que Manuel lo miraba, se repuso—. Sonia me dijo que su relación con Antonio era de paso. Lo nuestro fue amor a primera vista. Estiré mi estadía en Argentina todo lo que pude, pero tenía que regresar a Nueva York. Al separarnos acordamos que encontraríamos la manera de estar juntos. Tu abuelo nunca nos lo puso fácil. —Una nueva pausa y en esta ocasión el pesar de lo vivido se traslució en su semblante—. Dos meses más tarde, loco de extrañarla, viajé a Argentina para rogarle que me esperara. Divorciarme no iba a ser de un día para el otro.

—Ya estaba con Antonio —dijo Manuel sólo por decir algo.

—Cómo lo odié —reconoció luego de asentir—. Cómo los maldije a ambos cuando supe de los planes de boda. —Hizo una pausa y miró a Manuel—. Dejé Buenos Aires al enterarme de que Sonia estaba embarazada y pensaba casarse con Rauch. No lo podía creer.

Cayeron en un pozo de silencio por demás aplastante, asfixiante. Se miraron, tratando de dar con las respuestas más allá de sus miradas. Entre ambos flotaba la incertidumbre y, así como el corazón de Manuel palpitaba ansioso, Wheeler sufría la agonía de saber que después de esa conversación ya no tendrían la relación que siempre tuvieron. La tensión era tan palpable como complejo el tema que estaban a punto de abordar. Manuel se recuperó primero y decidió avanzar.

—Me ha llegado información relacionada con el accidente de papá —dijo ya en completo dominio de sus emociones. Hizo una pausa y observó a Wheeler fruncir el ceño con algo de desconcierto—. Hay quien cree que pudo haber sido provocado.

La reacción de Wheeler fue la de un hombre seguro de sus decisiones y su pasado. En ningún momento Manuel notó en él ni incomodidad ni apremio por lo que estaba escuchando.

—Veo que también de ese asunto has hablado con tu madre —se anticipó Wheeler ahora con contrariedad—. Sinceramente jamás pensé que me vería obligado a hablar nuevamente de todo aquel desagradable asunto —protestó con fastidio—. No sé si sabrás que nos distanciamos porque ella eligió creer que yo tenía algo que ver con ese accidente.

—Lo supe hace poco, ella misma me lo dijo —respondió Manuel sin que se alterasen sus facciones—. ¿Entonces? Hasta donde puedo entender, él era un estorbo para ustedes —lo apuró Manuel secamente—. Ambos deseaban que él desapareciera.

—Te voy a reconocer que pude haber pecado de exceso de deseo porque no había hombre al que le deseara la muerte más que a Antonio —afirmó con más enojo que antes—. Lo odiaba con el alma por haberme arrebatado a Sonia y el muy hijo de puta lo disfrutaba. Si me acusás de desear su muerte, soy culpable, porque hasta he llegado a soñar que le estrujaba el cuello. Pero no tuve absolutamente nada que ver con el accidente de esa avioneta.

—Mandaste a Laura para que no regresara de Mendoza con mi padre —prosiguió Manuel furioso—. No lo niegues. Querías evitar que subiera a la avioneta de papá.

—Por Dios, Manuel, estás tan desesperado por encontrar una explicación que estás fabulando —sentenció categórico—. La realidad es que me habían llegado rumores sobre una posible relación que estabas teniendo con una chica que a mi entender no estaba a tu altura —reconoció.

—Esa chica que a tu entender no estaba a mi altura, terminó convirtiéndose en mi esposa —estalló Manuel de pronto furioso—. ¡Qué ironía! Al final, sin querer, pretendías hacer lo mismo que Gian hizo con vos.

—Supongo —reconoció—. Pero considerando que tu matrimonio tampoco duró, quizás te hubiera ahorrado el mal momento —dijo Wheeler como si lo que acababa de decir fuera lo más natural del mundo—. Confieso que durante muchos años soñé con que continuaras mi legado y en un primer momento mi sobrina me pareció una buena opción para unir ambas fortunas. Pero llegué a la conclusión de que podría generar más daño que beneficios. Por eso no insistí.

Pero Manuel ya no lo escuchaba, la referencia a Ana lo había llenado de una renovada indignación, mucho más fría y corrosiva. Alzó la vista hasta alcanzar la de Wheeler que lo estudiaba procurando adivinar el siguiente movimiento.

—¿Conocés a Pedro Aragonés?

Wheeler sacudió la cabeza. La pregunta lo sacó de contexto, hasta que lentamente el recuerdo de un hombre del pasado llegó a él. Miró a Manuel con convicción mientras una sonrisa irónica bailó en sus labios.

—¿Hablas del periodista que buscaba dinero a cambio de chantaje? —deslizó Marshall descolocado por la pregunta de Manuel.

—El mismo —respondió—. ¿Qué recordás de él?

—Basura —respondió Wheeler algo indignado—. Al poco tiempo del accidente de Antonio, comenzó a acosarme con difundir la historia que teníamos con tu madre y la posibilidad de que fueras hijo mío. Al igual que vos, él quería denunciar que yo había matado a Antonio.

—¿Lo mandaste matar? —preguntó esforzándose porque no se notara el impacto que las palabras de Wheeler le causaron.

—¿A Aragonés? —preguntó descolocado—. Por Dios, Manuel, ¿por quién me estás tomando? —agregó sarcástico liberando una risa hueca que fue muriendo rápidamente hasta materializarse en una máscara de furia—. Ese hijo de puta sólo quería dinero.

—Puede ser, hasta donde me han informado, su mujer estaba muriendo de cáncer y necesitaba pagar el tratamiento —dijo con acritud ganándose una alta cuota de reparo de parte de Marshall—.

Pero a quién puede importarle, ¿verdad? Creo que la mujer finalmente murió en el 99 o en el 2000.

—No por culpa mía o ¿también de eso me vas a culpar?

Había subido el tono de voz. Estaba enojado, dolido y no se molestó en disimularlo. Se puso de pie claramente contrariado y se alejó de Manuel procurando serenarse.

—Decía que tenía pruebas que demostraban que entre tu madre y yo nos habíamos ocupado de matar a Antonio —continuó con desprecio—. Me reí, era una locura. Que publicara lo que quisiera pero que se asegurara de decir la verdad porque lo demandaría. Le corté la comunicación y no volví a saber de él. —Se volvió hacia Manuel y clavó su mirada en la de él que imitándolo se había puesto de pie—. Ya había sido demasiado que la mujer que más amaba en el mundo me dejara porque me creía capaz de algo así, como para encima tener que soportar a ese periodista de cuarta —disparó furioso, pero había bastante dolor en el matiz de su voz—. Aunque lo detestaba no tuve nada que ver con su accidente. No soy un homicida.

Por primera vez se miraron con sus intenciones a flor de piel, con las dudas y los rencores centellando en sus ojos. El rostro de Manuel era una máscara de indignación. La de Wheeler era un conjunto de emociones dispares, había tristeza y alivio, había rabia y hasta algo de desconsuelo.

— Me estás haciendo revivir cosas que pasaron hace mil años — balbuceó Wheeler con algo de cansancio—. La verdad es que luego de ese episodio dejé Buenos Aires y por un largo tiempo no quise saber más de tu madre ni de nada que guardase relación con todos ustedes.

—Bueno, te informo que Aragonés murió en un accidente automovilístico de dudosas características —explicó Manuel buscando reencaminar la conversación—. Su hija fue quien me contactó —agregó con frialdad—. Ella asegura que a su padre lo mataron por investigar el intento de asesinato del mío.

—¿Vos te estás escuchando, Manuel? —exclamó con hastío y la pregunta quedó flotando entre ambos—. ¿Sos consciente de que no tienen ningún sentido lo que me estas planteando? —sentenció

ofuscado—. No tengo idea de qué fue de la vida de ese hombre. Tampoco me interesa. —Hizo una pausa buscando controlar mejor sus emociones. Manuel se mantenía tan rígido y tan en control que terminó exasperándolo—. ¿Qué es lo que viniste a buscar, Manuel? —preguntó desafiante—. ¿Respuestas? Pues bueno, aquí tenés las respuestas. Si amé a tu madre. Si me encuentro con ella de vez en cuando; compartimos algunos momentos, pero al cabo de dos días debemos distanciarnos —continuó diciendo con aspereza y enojo—. Viejos rencores salen a la superficie. Es demasiado lo que aún hoy no puedo perdonarle. —Una nueva pausa y en esta ocasión Wheeler decidió no apiadarse de Manuel. Si el muchacho había ido a buscar verdades, eso es lo que le daría—. Definitivamente no tuve que ver con el accidente de Antonio, mucho menos con su muerte. Después de todo, querido muchacho, no fui yo quien se ocupó de autorizar que lo desenchufaran para quitarle la poca vida que le quedaba.

Ante esa aseveración, no se movió ni un solo músculo del rostro de Manuel, que sin apartar ni un ápice su mirada de la de Wheeler, la sostuvo inmutable; pero en su interior la puñalada atravesaba tejidos, desgarrando todo cuanto cruzaba a su paso hasta llegar al centro mismo de su alma donde le provocó una herida tan profunda como difícil de curar.

—Espero haber evacuado todas tus dudas, Manuel —terminó diciendo Marshall ahora cortante—. Si no tenemos nada más que hablar te agradecería que me dejaras continuar trabajando.

CAPÍTULO 38

Hacía más de cuatro días que nadie tenía noticias de Manuel. Lo último que se sabía era que, después de haberse reunido con su madre, se había marchado en un taxi. Nadie lo había vuelto a ver.

La noticia de su desaparición había llegado al día siguiente de su partida, cuando Sonia se comunicó con la oficina de Manuel y ante la falta de información por parte de la secretaria de su hijo su preocupación se incrementó considerablemente. Lo mismo ocurrió con Raúl y con Gimena, quienes ante el llamado de Sonia se alarmaron y en vano intentaron comunicarse con Manuel. Cuando la desesperación de todos en Buenos Aires alcanzó niveles preocupantes, Raúl resolvió llamar a Ana.

Desde que había recibido ese llamado, Ana prácticamente no había podido dormir, mucho menos concentrarse en otros temas. Esconderse, desaparecer por decisión propia no era una forma de actuar característica de Manuel; lo que fuera que estuviera sucediéndole era más grave de lo que ella había creído. *Cuando todo esto termine te voy a necesitar*, una vez más recordó con amargura las palabras de Manuel. Esas palabras la acosaban y la desesperaba no saber dónde buscarlo.

Sin poder dejar de pensar en él, apagó su computadora y comenzó a ordenar su escritorio para marcharse. Alguien golpeó a la puerta interrumpiendo sus pensamientos. Era Sue Willow su futura reemplazante que se asomaba dedicándole una amplia sonrisa.

La misma tarde del día de su llegada de Buenos Aires Ana había presentado su renuncia. La decisión era indeclinable y así se lo aseguró a Patrick Carson al presentar su dimisión acompañada de una buena explicación de por qué había decidido dar un paso al costado. El hombre había intentado convencerla de desistir, hasta le

había ofrecido duplicarle el sueldo, pero ante su inamovible negativa, comprendió que lo que la motivaba no tenía absolutamente nada que ver con el dinero.

En esa misma conversación, Ana había sugerido que la mejor para reemplazarla era Sue Willow, con quien había trabajado en gran cantidad de proyectos durante el último año. Sue era unos ocho años menor que ella. Una atractiva mujer, de apariencia armónica, elegante y refinada; su rostro transmitía determinación y agudeza. Era ambiciosa y hasta donde Ana sabía no estaba en pareja.

—¿En qué puedo ayudarte, Sue? —le dijo una vez que la chica ingresó.

—¿Tenés un segundo? —preguntó con simpatía—. Me gustaría tener una charla de mujer a mujer.

—Por supuesto —accedió.

La conversación comenzó sobre los proyectos que Armendaris debía afrontar durante los próximos meses, también hablaron sobre las distintas áreas con las que Sue se vería obligada a interactuar. Por último, Ana le ofreció un amplio abanico de sugerencias y consejos que la chica escuchó y atesoró con atención.

—Vas a hacer un estupendo trabajo, Sue —le aseguró dispensándole una sonrisa tranquilizadora—. Este será tu momento. No tengo dudas de que vas a dejarlos a todos boquiabiertos.

—Se te va a extrañar, Ana —confesó Sue.

—Nadie me va a extrañar —aseveró—. Harás un estupendo trabajo.

La conversación fue interrumpida por el celular de Ana que zumbó ante la entrada de un mensaje. Era de Raúl que le informaba que seguían sin novedades. Estaba entrando a una reunión. La llamaría más tarde.

—Necesito hacerte una pregunta —disparó Sue una vez que tuvo la atención de Ana—. ¿Por qué dejas el puesto realmente? Hay muchos rumores, pero prefiero escuchar la respuesta de tus labios. Me consta que amas el trabajo.

La sorprendió más descubrir que había rumores que la pregunta en sí. Miró a Sue con curiosidad y antes de responder quiso saber

qué se decía por los pasillos.

—Bueno hay un poco de todo —deslizó la reemplazante con cautela. Eludió la mirada de Ana, pero fue consciente de que no tenía sentido no responder, después de todo ella había generado el tema—. Algunos dicen que te vas porque terminó lo que tenías con Patrick.

—Nunca tuve nada con Patrick —exclamó azorada—. ¿Hay gente que piensa que tengo algo con Patrick? —preguntó sin poder dar crédito. Automáticamente pensó en Manuel y en sus comentarios al respecto; él también lo había pensado—. Bueno, ya podés ir imaginando los beneficios del puesto que estas por ocupar.

—A la gente le gusta hablar —accedió encogiéndose de hombros, restándole importancia—. Dicen que estas yendo para Argentina porque Armendaris va a abrir allí una sucursal y quieren que vayas de avanzada. Otros sostienen que la esposa de Carson te quiso fuera de la empresa.

—Vaya imaginación —respondió Ana sin salir de su asombro. Miró a Sue que, expectante, aguardaba una respuesta convincente—. La verdad es mucho menos complicada. Vuelvo a Buenos Aires porque con mi exesposo decidimos darnos una oportunidad —confesó.

La gratificó enormemente comunicar esas palabras. Sonrió al pensar en lo mucho que le hubiese gustado a Manuel escucharla.

—Pero...

—Pero nada, Sue, no me necesitan en Armendaris —afirmo con una sonrisa—. Ya tengo pasaje de regreso a Argentina —anunció.

Prefirió no ser específica con los días, aunque una cosa fue segura, ella ya no pertenecía a ese lugar. Se puso de pie dispuesta a marcharse. Su cabeza estaba en Buenos Aires, su preocupación centrada en Manuel.

—En pocos días esta oficina será tuya —anunció—. Debo marcharme.

La autopista estaba cargada de vehículos, trabajadores que, como Ana, regresaban a sus hogares luego de la jornada laboral. El lento andar que el tráfico imponía no hacía más que impacientarla. Para mantener su mente ocupada y alejada de las preocupaciones,

se concentró en los temas pendientes. En cinco días estaría volando a Buenos Aires y era mucho lo que debía organizar.

Dejó la Autopista pensando en que podría comenzar a empacar; esa actividad mantendría su mente ocupada hasta que Manuel apareciera. Se dirigía al centro de la *Venice*, cuando el sonido de su celular interrumpió sus pensamientos; atendió mecánicamente.

—Hola, Ana —dijo Raúl con premura—. ¿Cómo andás?

—Hola, Ra. ¿Alguna novedad?

—No. Te llamaba para preguntarte lo mismo —respondió Raúl con cansancio—. Acabo de cortar con Marshall Wheller. Después de discutir con Sonia, Manu fue a ver a Marshall.

—¿A Wheeler?

—Sí. Dijo que mantuvieron una conversación de lo más desagradable —informó Raúl—. No tiene idea de dónde puede estar Manuel y me pidió que lo mantuviera al tanto. Estaba preocupado. Lo notó muy alterado.

—Estoy preocupada, Raúl —confesó Ana angustiada—. ¿Qué le está pasando? Nunca se había peleado con Wheeler. Me consta que le tiene afecto.

—Lo sé, pienso igual.

Ana estacionó y apagó el motor, pero no descendió. Se recostó contra el asiento, sintiendo la angustia que la incertidumbre del paradero de Manuel le generaba.

—¿Hasta cuándo vas a esperar para hacer la denuncia? —preguntó Ana angustiada—. Son muchos días sin tener noticias tuyas. Algo tiene que haberle sucedido, no es una actitud propia de Manuel.

—Yo la hubiera hecho ayer —respondió Raúl fastidiado—, pero entre el directorio de la cementera y el directorio del holding Mondini resolvieron esperar —confesó molesto—. Dicen que sería pésima publicidad. Además, no han pedido rescate, así que descartan el secuestro.

—Por favor, Raúl, puede estar lastimado en algún lugar —exclamó exasperada y la voz se le quebró—. ¿Qué dice Gimena?

—Por momentos quiere llamar a Interpol, por momentos rompe en llanto. Mirko la contiene y le aconseja esperar un poco antes de

contactar a las autoridades —comentó—. Según él, Manuel puede estar necesitando algo de espacio.

—¿De dónde salió eso?

—No tengo idea y la verdad que Mirko haga un comentario como ese me resulta, como mínimo, llamativo —comentó—. Pero bueno. Si para mañana no tenemos novedades, yo mismo hago la denuncia sin importar lo que digan ambos directorios.

—Estoy de acuerdo. Tengo que irme, Ra —dijo Ana al cabo de unos segundos—. Hablamos más tarde.

—Por supuesto. Nadine te manda saludos.

—Retribuíselos y decíle que la llamo mañana.

Ana cerró su celular y descendió del auto. Desde donde estaba podía ver a Kate ocupándose de su jardín. Era una fresca tarde de otoño y Miles se entretenía ladrándole a los pájaros que bebían agua del bebedero que Kate había colocado para ellos en un extremo.

—Hola —la saludó Kate al verla— ¿Cómo te ha ido?

—Supongo que bien —respondió Ana ingresando por una puerta lateral—. Falta poco. Tengo que empezar a organizar la mudanza. Con esto de la desaparición de Manuel, no tengo cabeza para nada.

—Contratá una empresa, Ana —sugirió—. Ellos se encargan de todo. Sacate ese problema de la cabeza.

—Creo que lo haré —accedió Ana y se volvió hacia su amigo—. Vamos Miles que te toca tu paseo.

Ingresó a su casa por la parte trasera. Solo debía cambiar su ropa de oficina por un pantalón más liviano y un abrigo apropiado para caminar por la playa. Encaró la escalera que conducía a su habitación considerando lo bien que le vendría dar un paseo con Miles.

Estaba a punto de subir cuando vio algo en el suelo, junto a la puerta de entrada. Era un papel blanco, con algo escrito. Se agachó y al levantarlo notó que se trataba de una tarjeta personal. Al dorso estaba escrita en castellano: *Estoy en la playa*, decía simplemente. El corazón casi se le detiene cuando al girarla descubrió que era de Manuel. Comenzó a temblar y lo primero que hizo fue buscar su celular. Intentó llamarlo, pero como venía sucediendo desde hacía

días, ingresó directo al contestador automático. Entonces, llamó a Raúl.

—Está acá, Ra —casi gritó Ana con voz temblorosa en cuanto Raúl atendió la llamada—. Encontré una de sus tarjetas en mi casa, la deslizó por debajo de la puerta —siguió diciendo casi al borde de las lágrimas—. En la tarjeta decía que está en la playa —continuó—. Estoy yendo para ahí...

Salió de la casa casi corriendo y encaró la calle que conducía a la playa. No tuvo registro de haber cruzado calles o de haber corrido más de cuatrocientos metros con zapatos de taco. Su mente solo podía ver el rostro de Manuel tal como lo había visto al dejar Buenos Aires. Estaba aterrada.

A su lado Miles corría y ladraba entusiasmado con la diversión, ajeno a la desesperación de su dueña.

CAPÍTULO 39

La playa estaba plagada de corredores, patinadores y parejas que caminaban por la senda que conectaba el muelle de Venice con el de Santa Mónica. Ana se apuró a cruzar entre la gente, rastrillando la amplitud de la costa con la mirada. Contuvo la respiración cuando lo vio. Estaba sentado sobre la arena, a pocos metros de la casilla del guardavidia. Se lo veía de una pieza y ese detalle comenzó a tranquilizarla un poco.

El boyero ladró ansioso y, tal como era su costumbre, corrió hacia la orilla. Recién entonces Ana lo recordó. Sin apartar la mirada de la espalda de Manuel, comenzó a caminar hacia él.

Manuel tenía la vista perdida en el océano. Llevaba horas en la misma posición sin saber bien qué era lo que estaba esperando, pero sin voluntad de moverse. Su mente saltaba entre un tema y otro sin coherencia, desorientada, abrumada de tanto buscar la solución a sus problemas.

El ladrido de un perro lo trajo al presente. Alzó la vista y su mirada se centró en el bello boyero de Berna que eufórico atravesaba la playa. Frunció el ceño al creer reconocerlo. Estaba por mirar por sobre su hombro para ver si Ana estaba cerca, cuando ella se le adelantó arrodillándose justo frente a él.

—Hola —dijo.

—Hola —respondió simplemente Manuel.

Ana frunció el ceño en el momento en que sus miradas se encontraron y sintió en él un vacío que nunca había detectado. Lo estudió con algo de preocupación y la aterró el modo en que él se ponía en sus manos dejándose analizar. Se le llenaron los ojos de lágrimas que aumentaban a medida que el miedo mermaba.

Si bien tenía millones de cosas para decirle, lo único que atinó a hacer en ese momento, fue colgarse del cuello de Manuel. No había

sido consciente del miedo que había experimentado hasta que logró liberarlo. Cerró los ojos en el momento en que sintió sus brazos envolviendo su cuerpo y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿A dónde te metiste? —preguntó casi en un susurro imperceptible apretándose con fuerza contra su cuerpo.

Miles apareció en ese momento junto a Ana y con el hocico le empujó el brazo. Luego ladró reclamando la atención de su dueña. Se separaron sin apartar la mirada el uno del otro.

—Supongo que es el famoso Miles —dijo Manuel volviéndose a contemplar al hermoso animal.

—El mismo —respondió Ana con ojos húmedos al verlo acariciar la cabeza del boyero—. ¿Manuel?

Él volvió su atención a ella y la miró con ternura. Con delicadeza tomó el rostro de Ana entre sus manos y la besó con suavidad atrayéndola contra él.

—Estaba asustada —confesó con angustia—. ¿Qué pasó?

—Lo siento, nunca fue mi intención angustiarte —repuso Manuel, secando sus lágrimas con ambas palmas—. Tengo tanto que contarte, pero no ahora. Déjame disfrutar un poco más de este momento. Hace demasiado tiempo que no estamos así, en una playa mirando un atardecer. Solo nosotros dos.

Ana asintió, había un dejo de súplica en su voz, un cansancio que lo debilitaba y que logró conmovérsela. Accedió, después de todo él estaba allí con ella y eso era lo único importante. Ya llegaría el tiempo de hablar de lo que fuera que estuviera sucediéndole.

En el horizonte un sol redondo y naranja comenzaba a esconderse. Manuel sostenía a Ana entre su cuerpo y sus brazos, reconfortado de tenerla allí, entre sus piernas con su cabeza apoyada contra su pecho. De tanto en tanto posaba sus labios sobre la coronilla de Ana. Se sentía tan bien estar recuperando parte de su mundo; parte de su seguridad. Los últimos días habían sido de tal locura que había perdido el eje.

—Te amo, —dijo Manuel de la nada, con gravedad como si un pensamiento hubiese escapado de su mente.

Ana se acomodó entre sus brazos y giró para enfrentarlo. Alzó la vista hasta alcanzar sus ojos. Por primera vez después de mucho

tiempo, algo en la voz de Manuel le indicó que a su lado estaba el hombre de quien se había enamorado tanto tiempo atrás.

—También yo —agregó ella con una sonrisa. Sus palabras la emocionaron hasta las lágrimas—. Estoy hecha una llorona —agregó escondiendo su rostro contra el pecho de Manuel.

—Eso veo —comentó Manuel completamente cautivado.

El sol prácticamente había desaparecido cuando se pusieron de pie. Todavía abrazados, con Miles dando vueltas entre ellos emprendieron el regreso.

Ingresaron a la casa por la parte trasera para que Ana pudiera limpiar a Miles antes de que este desparramara arena por doquier. Mientras lo hacía le comentaba a Manuel cómo había llegado a vivir en *Venice*, lo mucho que esa ciudad le gustaba y lo práctico que le resultaba estar a media hora de los Ángeles.

Manuel observaba todo con algo de admiración. Frente a él se presentaba la muestra más acabada de que Ana había logrado probarse a sí misma y había salido adelante. Era ciertamente interesante asimilar que no lo había necesitado para salir a flote. Era mucho más difícil de digerir que él había sido el obstáculo que le había impedido crecer durante el tiempo que estuvieron juntos. Todo cuanto los rodeaba era una clara evidencia de que Ana había logrado plantar bandera lejos de él y desde ese nuevo punto de partida había avanzado poniendo distancia de todo lo que él había representado para ella: eso en algún punto le dolió.

A él no le había resultado sencillo avanzar sin ella. De hecho, desde que Ana lo había dejado, había estado viviendo un poco en cada lado. Como un nómada que había perdido el rumbo y no encuentra donde echar raíces.

Ajena a todo lo que Manuel pensaba, Ana continuó hablando de cómo había conseguido la casa y lo divertido que le había resultado decorarla y amueblarla basándose principalmente en ventas de garaje organizadas por algunos de sus nuevos vecinos. Pero Manuel apenas la escuchaba, pues estaba maravillado con el cálido hogar que Ana había creado y deseaba profundamente ser parte de ese nuevo mundo. Definitivamente, él necesitaba ser parte del mundo de Ana y no al revés.

Se detuvieron junto a una ancha barra de madera rústica que dividía la cocina de la sala principal, donde una mesa redonda convivía con un juego de sillones de líneas irregulares. En todo el ambiente predominaba el color verde agua, mezclado con el blanco, el azul y una extraña variedad de turquesa.

La clara mezcla de estilos conformaba uno propio que transmitía confort e identidad. Entre las paredes blancas se respiraba armonía, estabilidad y equilibrio. Tres estados que Manuel desconocía últimamente.

—Ahí abajo hay varias botellas de vino que traje de Mendoza —comentó mientras extraía una fuente del freezer y la llevaba al microondas para descongelar el contenido—. En el primer cajón esta él destapador. Las copas en la alacena superior.

En silencio, Manuel fue acatando cada una de las indicaciones. El apacible clima que allí se respiraba fue relajándolo poco a poco, podía sentirlo. Rellenó las copas y colocó una cerca de Ana que en ese momento extraía una segunda fuente del freezer. Luego se sentó en una de las altas banquetas junto a la mesada, dispuesto a disfrutar de la escena.

—¿Brindamos?

—Por supuesto —respondió Ana, volviéndose hacia él con una sonrisa cálida. Tomó la copa y la alzó hacia la de él—. Porque apareciste sano y salvo —propuso.

—Por nosotros —fue la propuesta de Manuel.

Chocaron sus copas y bebieron mirándose a los ojos. Ana fue la primera en reaccionar y sintiendo la angustia de los últimos días acumulada en su garganta, giró para que él no la viera tan afectada.

A su espalda podía sentir a Manuel removiéndose en la banqueta. Era tan extraño verlo en ese estado de introspección, aun cuando nunca fue un hombre comunicativo. Ana comprendía que debía darle espacio, permitirle que fuera bajando las barreras para poder compartir con ella lo que estaba sucediéndole.

Un pitido interrumpió sus pensamientos y se acercó al microondas de donde extrajo una gran fuente que llevó al horno eléctrico. Pulsó tres botones y se volvió hacia Manuel con una sonrisa suave en los labios.

—Tenemos una hora hasta que la cena esté lista —dijo sentándose frente a él.

Tomó la copa y bebió un poco de vino estudiando sus movimientos y dándole el margen para hablar.

Manuel la miró algo desorientado; no sabía por dónde empezar. La sensación que lo abordaba era tan intensa como desestabilizadora y en su mente los recuerdos se mezclaban distorsionando las emociones. El rostro de Antonio llegó a él como si buscara mostrarle el camino a seguir. Lo aceptó.

—Nunca te conté como fue la muerte de mi padre —comenzó diciendo Manuel con voz apesadumbrada y la mirada clavada en la base de la copa de vino—. No hablo del accidente, hablo de cómo murió. Fue una de las peores decisiones que tuve que tomar en mi vida.

Alzó la vista y la miró con tristeza. De la nada se encontró hablando de toda aquella situación sin guardarse nada. Nunca había logrado hablar a calzón quitado de toda aquella experiencia, ni siquiera con Teo había alcanzado las profundidades que estaba alcanzando en ese momento, y lo sorprendió la necesidad que tenía de hacerlo.

—Fue la primera vez que sentí en carne propia que todos esperaban que yo resolviera ese tipo de situaciones. Nadie preguntó qué sentí al firmar o si me afectó o no hacerlo. A mi madre le importaba poco y nada lo que pasara con Antonio —agregó luego de beber un poco de vino—. Mi hermana se había instalado en Madrid y fue desconectándose del problema. De pronto me encontré solo tomando una decisión que acarrearía toda mi vida.

—Hiciste lo que tenías que hacer, —dijo Ana. Estiró su mano hasta posarla sobre la de él y buscó la mirada de Manuel con la suya.

Manuel asintió ante la afirmación y le acarició la mano hasta que sus dedos se entrelazaron.

—Eso es lo que todo el mundo repite —afirmó con voz hueca.

—No tenía sentido alargarle la vida —agregó Ana contagiada por su pesar.

—Te necesité mucho en aquel momento —confesó con amargura—. Me hiciste mucha falta. Aunque ya me había acostumbrado a tu ausencia, ese día comprendí que nada sería lo mismo sin vos a mi lado.

—Manu...

—No te estoy reclamando nada, Ani, —le aseguró mirándola a los ojos y acompañando sus palabras con una sonrisa triste—. Solo puntualizo algo que no quiero que vuelva a suceder.

Ana contuvo la respiración. Notó tanta amargura en su voz y en su semblante, que no supo qué decir. En cambio, dejó la banqueta en la que estaba sentada y se acercó a él.

—Hace una semana te dije que tenías todo el tiempo del mundo para pensar en nuestro futuro —dijo a modo de respuesta—. Sé que dije que esperarías hasta que estuvieras lista —continuó sabiendo que tenía toda su atención—. Pero no voy a poder cumplir con mi palabra. No puedo, necesito que resolvamos esta situación cuanto antes.

—Hace una semana me dijiste que ibas a necesitarme —lo presionó ella de pronto preocupada—. ¿Tiene que ver con eso?

—Tiene que ver con muchas cosas, pero déjame terminar, Ana —afirmó y aunque seguramente no deseó que así fuera, su voz sonó arbitraria—. Necesito ser parte de tu mundo tiempo completo —agregó. Le acarició el cabello hasta que su mano se detuvo en su mejilla—. Ahora, si vos no estás lista y estás cómoda con este tipo de encuentros, voy a optar por no vernos más. Me duele demasiado saber que no estamos juntos.

Esta vez fue el turno de Ana de impedirle hablar. Colocó una mano sobre la boca de Manuel para que no continuara. Lo miró a los ojos dispensándole una sonrisa cargada de cariño. Luego lo abrazó con fuerza.

—Acá estoy, Manu, —le aseguró con un susurro—. No pienso ir a ningún lado. —Se separó de él y le sonrió antes de besarlo—. Renuncié a Armendaris —anunció como si eso lo explicara todo—. Hablé con Patrick ni bien regresé de Buenos Aires. Ya tengo pasaje para volver definitivamente a Argentina.

El rostro de Manuel se iluminó en el acto. Asintió satisfecho con la respuesta y en un arrebató de felicidad, pasó una de sus manos por la nuca de Ana y la contempló embelesado. Tenía en mente un millón de cosas para decirle, un montón de inquietudes que deseaba dejar bien claras entre ellos, pero para todo eso había solo un comienzo. Entonces la besó. Pero no la besó como la había besado en la playa, ni siquiera la besó como la había besado en Mendoza o en el departamento de la calle Quintana. La besó con la misma voracidad con que la había besado en Las Vegas en aquel inesperado encuentro. La besó liberando la urgencia contenida durante los cinco años de distanciamiento.

Ana no pudo contener su propia necesidad y un gemido escapó de su garganta a medida que sus fuerzas sucumbían ante la pasión que Manuel reavivaba en ella.

—Una hora suena a poco —alcanzó decir con voz entrecortada cuando Manuel pasó a adueñarse de su cuello.

Ana suspiró y arremetió contra la boca de Manuel como un sediento se sumerge en un manantial de agua fresca, entregándose a la oleada de calor que la recorría. Sin tapujos, sus manos volaron a los botones de su camisa, mientras su boca recorría la de él con hambre.

Manuel siguiendo la propuesta de Ana, se ocupó de despojarla de su ropa. No había ni tranquilidad ni paciencia en sus movimientos, la desesperación les había ganado la partida. Se desvistieron entre besos y caricias, y entre palabras de amor y suspiros del corazón sus almas se reencontraron. Se amaron con la libertad y la seguridad que les generaba saberse dueño del otro.

En ningún momento fueron conscientes de todo lo que a su paso chocaron; ni siquiera pudieron explicar cómo llegaron hasta el sofá del living donde el estridente sonido del horno los trajo a la realidad.

—Te juro que tenía otra cosa en mente —balbuceó Manuel. Despejó del rostro de Ana el cabello que lo cubría en su totalidad—. Había soñado con amarte toda la noche... despacio, disfrutándonos... en la comodidad de una cama.

Ana lo miró con una sonrisa cómplice. Ella no tenía objeciones ni reclamos; todo lo contrario. Apoyó sus manos sobre su pecho y lo

miró divertida.

—¿Estás grande para estos revolcones? —lo azuzó y liberó una sonora carcajada ante la mueca que él le dispensó—. ¡Quién lo hubiera dicho!

—Vamos a cenar, —propuso Manuel entre las carcajadas de ella.

Lentamente fueron levantándose y ante la insistencia de Manuel, Ana accedió a colocarse solamente su camisa, mientras que él, se colocó su ropa interior y un fino sweater abierto.

Se sentía muy bien moverse en la intimidad que volvía a instalarse entre ellos. Manuel se ocupó de colocar platos y cubiertos, mientras Ana extraía una gran fuente del horno eléctrico y llevaba todo a la mesada donde se ocupó de servir.

Comieron en silencio durante unos segundos. Miles dormía en un costado de la sala. Ana observaba a Manuel con detenimiento. Notó que el semblante volvía a tornarse sombrío; las sonrisas y la alegría que habían compartido se habían evaporado.

—Tenemos mucho de qué hablar, Ana —dijo de la nada mientras rellenaba las copas pensativo.

—Es la segunda vez que decís eso —comentó ella, que volvía a preocuparse por el tono que él le ponía a esa afirmación. Advertía que Manuel no estaba pudiendo hablar de aquello que lo perturbaba y decidió guiarlo—. ¿De qué te parece que tenemos que hablar? Porque a mí se me ocurren preguntas como, ¿dónde te metiste estos cuatro días? o ¿qué te está sucediendo realmente?

Manuel la miró y estiró su mano para tomar la de ella. Se miraron con cariño.

—Muy buenas preguntas —dijo evaluando en qué orden debía responder. Bebió un poco de vino para luego agregar—: A mí se me ocurren otras como ¿cuándo volvés a Buenos Aires conmigo? o ¿cuándo tenés cita con ese doctor?

Ana lo miró con cierta incompreensión, creía que era él quien debía dar explicaciones pero, para obtener sus respuestas, estaba dispuesta a aportar las suyas.

—Está bien empiezo yo, pero no te vas a escapar —dijo dándole a entender que comprendía lo que estaba sucediendo—. Como te dije hace un rato presenté mi renuncia, pero Patrick me pidió que

me quedara unos días para preparar a mi reemplazante —respondió Ana con suficiencia—. No me pareció descabellado. Imagínate si tuvieras que reemplazar a tu Brenda de un día para el otro.

—Por Dios, Ana, que no es mi Brenda —se defendió Manuel mostrando hartazgo—. Deja de llamarla así.

—Es que es tu Brenda, aunque ya veremos si sigue siéndolo —insistió. Clavó su mirada en él, y prosiguió—: Porque si la llevo a pescar hablándote al oído como en la última reunión que mantuvimos. Tendremos problemas.

Los ojos de Manuel sonrieron, pero su rostro se mantuvo impasible. Disfrutaba enormemente de ese intercambio de reproches que iba poniendo una a una todas las cartas sobre la mesa.

—Entendido.

—Mejor así, —continuó Ana radiante—. Para que lo tengas claro tengo pasaje para dentro de cinco días; antes imposible —respondió y el modo en que el rostro de Manuel se relajó le dio a entender que estaba a gusto con la respuesta—. Con respecto al Dr. Reeve, cancelé la consulta —fue la rápida respuesta de ella—. No seguiré con eso.

—Excelente —exclamó encantado.

—Mi turno, —disparó Ana sin amedrentarse—. Te toca responder mis preguntas. La primera: ¿dónde estuviste durante estos cuatro días?

Manuel bajó la vista buscando la mejor manera para comenzar. Para darle espacio, Ana comenzó a levantar la vajilla utilizada. Luego enfundó la fuente con las sobras con papel metalizado para llevar todo nuevamente a la heladera. De allí extrajo media torta con base de brownies, dulce de leche y merengue triturado. La colocó entre ambos y de un cajón tomó dos tenedores.

—Mi torta preferida —fue lo único que se le ocurrió decir a Manuel.

—Lo sé. La hice la noche que llegué de Buenos Aires —explicó tomando uno de los tenedores para hacerse de un pedazo de torta—. Todas las noches de los últimos cuatro días, al volver del paseo

con Miles, me sentaba aquí con esta torta y el celular a la espera de tu llamada.

Manuel se la quedó mirando, aceptando la estocada. Tomó un tenedor y meditando sus próximas palabras lo hincó en la torta.

—Está riquísima —dijo al tiempo que disfrutaba de un buen bocado. Le dispensó una sonrisa compradora que no le dio ningún rédito—. Afloja un poco, Ana.

—¿Afloja un poco? Estuviste desaparecido cuatro días y seguís sin contestar mi pregunta —le recriminó Ana sin dejarse ablandar por su sonrisa—. ¿Dónde estuviste? Podrías haberme llamado... por favor Manuel... decí algo...

—Es cierto tendría que haberte llamado y lo hubiera hecho si no me hubiera desecho del celular —comentó. La miró cuando presintió el modo en que Ana lo contemplaba—. Demasiada gente buscándome.

—¿Por qué nunca soy tu primera opción? —preguntó con algo de amargura.

—Siempre sos mi primera opción —le aclaró con una sonrisa condescendiente—. Pero en esta ocasión no estaba seguro de que tuvieras ganas de compartir la carga —confesó con sinceridad—. Nunca, desde que volvimos a vernos en Las Vegas, me sentí completamente seguro de que volverías conmigo. Siempre parece haber alguna culpa, algún reproche, algún detalle que no te convence. Y si a eso le sumo el modo con que me miraste en Buenos Aires... no sé...no me daba mucha seguridad...

—Pero, Manu, jamás te hubiera dado la espalda —exclamó Ana palpando su necesidad—Nunca.

—Ya me diste la espalda una vez —le recordó con algo de dolor.

A Ana le dolió y la avergonzó que él pensara de esa forma. Con algo de aprensión lo vio tomar un nuevo trozo de torta y llevárselo a la boca para luego retomar el discurso. Confesó haber viajado a Boston. Le habló, de cómo había recorrido los lugares que una vez compartieron. También había visitado el distinguido restaurante donde había almorzado varias veces con Wheeler. Antonio nunca había estado en Boston.

Un nuevo silencio los envolvió. Manuel se puso de pie y caminó por la cocina. Estiró sus brazos buscando desentumecerse y ladeó su cuello a ambos lados. Luego giró hacia Ana que seguía todos sus movimientos.

—Estuve dos días allí —reconoció—. Pero había demasiados recuerdos que hicieron que te extrañara demasiado e incrementara la necesidad de venir a buscarte. Así que me vine para Los Ángeles. Tardé en encontrarte. No tenía mi celular para llamarte tampoco. Me negaba a llamar a Buenos Aires para pedir información.

Ana asintió y se puso de pie. Se acercó a él y lo miró a los ojos. Algo en su semblante le dio a entender que no sacaría mucho más de él esa noche.

—Te noto cansado, —dijo dejándose envolver por sus brazos—. Así como acepto que tenemos mucho para hablar, no creo que sea necesario que abordemos todos los temas en una noche, ¿no?

—Gracias —dijo Manuel—. Estoy agotado.

—Levantemos esto rápido así nos podemos ir a acostar.

El piso superior estaba compuesto por un gran ambiente y un baño. La habitación de Ana ocupaba prácticamente toda la planta. Una gran cama flanqueada por dos mesas de noche apareció frente a ellos. Tenía un llamativo cabezal de hierro, antiguo y lineal, que contrastaba contra la blanca pared de una de las medianeras.

Se detuvieron a los pies de la cama, junto a una banqueta ancha colmada de libros. Manuel la miró con ternura, le encantaba mirarla y descubrir en ella esa belleza pura que desde el primer día lo había cautivado.

—Mi turno —dijo Manuel colocando sus manos en los botones de la camisa que cubrían a Ana.

Ella alzó una ceja intrigada por lo que podría llegar a decir, pero dejó que se ocupase de desvestirla; le agradaba que hiciera eso.

—Es mi turno, —le recordó ella—. ¿Cómo siguen nuestras vidas después de esto?

Manuel la besó antes de responder. Ajustó los brazos para atraerla más contra su cuerpo y le sonrió.

—Vamos a volver a Buenos Aires. Vamos a elegir donde vivir y me gustaría que tengamos un hijo —dijo directamente ya sin vuelta

al tiempo que acercaba su boca a la de ella—. Porque de ahora en adelante buscaremos de todas las maneras posibles que alcances ese sueño que tanto parece desvelarte —continuó. Su voz se había tornado suave, sin por eso perder ni la determinación ni la firmeza—. Si por los medios ortodoxos no funciona, pasaremos a la segunda opción. Pero juntos, ¿me entendiste?

Ana asintió y sonrió encantada de escucharlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, era demasiado devastadora la felicidad que las palabras de Manuel le inyectaban.

—Nada me haría más feliz que formar una familia con vos, —respondió con voz temblorosa—. También me gustaría que volviéramos juntos a Buenos Aires. ¿Podés esperarme un par de días?

—Dalo por hecho, —respondió acompañando sus palabras con una gran sonrisa.

La abrazó con fuerza para luego buscar su boca y besarla con anhelo y emoción. La pasión no tardó en adueñarse de todas sus sensaciones y ya no hubo tiempo para hablar.

CAPÍTULO 40

Parpadeó varias veces hasta que la claridad del día lo encandiló. Cuando la visión se despejó de los resabios del sueño, Manuel se acomodó en la cómoda cama buscando orientarse. Miró a su alrededor y tardó unos segundos en comprender dónde se encontraba. Sonrió, pero la sonrisa se desvaneció al mirar a su lado y no encontrar a Ana.

Respiró hondo con algo de resignación, mientras repasaba el ambiente con curiosidad. Era más pequeño de lo que le había parecido, pero no por ello menos acogedor, cálido. Quería un ambiente así para ellos.

El zumbido de un celular quebró sus pensamientos. Ubicó el móvil de Ana sobre la mesa de noche y no pudiendo con su genio lo tomó. Era su amigo Raúl quien llamaba y le pareció que era buen momento para dar señales de vida.

—Hola, Raúl —dijo casi maliciosamente.

El silencio que se adueñó de la línea fue abrupto, pero duró apenas unos segundos pues fue quebrado por la estampida de indignación y enojo que destiló Raúl obligando a Manuel a separar el aparato de su oído por sus gritos. *Te juro que cuando te vea te trompeo*, despotricaba Raúl cuando Manuel regresó el celular a su oído.

—Podrías haber avisado —le reclamó ofuscado—. Podrías haberle dicho a alguien que pensabas tomarte unos días libres. ¿Te parece que eso era mucho pedir?

—Lo siento, lo siento. Deja de retarme —demandó Manuel cuando el discurso de su amigo le pareció excesivo—. Estoy bien, no me pasó nada. Solo necesitaba ocuparme de ciertos asuntos.

Raúl contuvo su enojo y resopló procurando controlarse al advertir que Manuel estaba sinceramente arrepentido.

—¿Qué es lo que está sucediendo, Manuel?

—Demasiadas cosas, Ra —respondió con cansancio—, y prefiero contarte todo personalmente.

—¿Cuándo volvés? —preguntó Raúl respetando los tiempos de Manuel.

En ese momento Ana apareció por la escalera. Traía en sus manos una gran bandeja con el desayuno. Manuel le sonrió al verla. Se sentó mejor en la cama para darle espacio y estiró sus manos para ayudarla con la bandeja.

—Todavía no lo resolvemos —respondió con soltura—. Tenemos que conseguir pasajes.

—Le digo a Florencia que se ocupe.

—No le digas nada a nadie —exigió—. Nunca hablaste conmigo.

—Está bien —aceptó Raúl complacido—. Me alegra muchísimo que estén juntos nuevamente. Los queremos mucho a los dos.

—Gracias, Ra —dijo apurado para cortar con el sentimentalismo de su amigo—. Te paso con Ana, después de todo es a ella a quien llamaste.

—No hace falta. Decile que la ecografía salió muy bien, —respondió con emoción—. Seremos padres de una hermosa niña —comentó orgulloso—. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso por ustedes —respondió feliz por su amigo—. Todavía me cuesta creer que vayas a ser papá.

—Te confieso que a mí me tiene algo asustado el asunto —agregó entre risas. Hizo una breve pausa para cambiar de tema—. ¿Qué digo acá?

—Nada —sentenció rotundamente—. Detesto sentir que tengo que darles explicaciones. Te llamo cuando vuelvo y arreglamos para vernos.

—Voy a decir que apareciste y estas bien. Están todos muy preocupados, no seas desconsiderado, Manuel. Gimena se la pasa llorando —lo amonestó—. Estoy en Santiago esta semana, pensaba volver a Buenos Aires la semana que viene —informó—. Le voy a decir a Florencia que me avise cuando llegues.

—Perfecto. Nos vemos en unos días, Ra.

Dejó el celular sobre la mesa de noche y volvió su atención Ana que se había sentado a su lado. Estiró su cuello hasta alcanzar sus labios. En esta ocasión, para su deleite, fue Ana quien se adueñó del beso provocándole un gran estremecimiento.

Al separarse, Ana suspiró y lo contempló emocionada. Ni en sus sueños más perfectos había imaginado que algo así podría suceder. Las veces que había soñado con Manuel, los había imaginado en alguna playa desierta o en el departamento que habían compartido o hasta en alguna fiesta. Pero jamás lo soñó en su casa de Venice, mucho menos en su cama, bastante más pequeña de la que habían compartido siempre.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Manuel impaciente al notar todos los sentimientos que atravesaron su rostro.

Ana respiró hondo y se tomó unos segundos antes de responder. Quería elegir bien las siguientes palabras.

—Manuel ¿Por cuánto tiempo más pretenderemos que no ha pasado nada? —preguntó con firmeza—. Cuando me dejaste en el hotel, cinco días atrás, me dijiste que tenías algo importante que hacer y que necesitabas saber que yo estaría a tu regreso —continuó sin disimular la contrariedad que sentía—. Pues acá estoy y seguís sin decir una sola palabra al respecto. ¿Qué te está sucediendo?

Manuel desvió la vista, incómodo, al recordar el modo en que Ana lo había mirado en aquella ocasión. Pero ella lo tomó por el mentón obligándolo a mirarla.

—Desapareciste cuatro días y no me vengas con que estuviste dando vueltas por Boston —presionó exigiendo ciertas respuestas—. ¿Tenés idea de todo lo que pasó por mi cabeza durante estos días? —dijo demandando una explicación—. ¿Tenés idea de lo preocupados que están en Buenos Aires? Raúl quería hacer una denuncia, Gimena quería llamar a Interpol —continuó diciendo Ana ahora transmitiéndole toda su preocupación—. ¿Quiero saber qué demonios pudo pasar para que actúes de un modo tan extraño?

Manuel asintió algo avergonzado y clavó la mirada en el ventanal que ofrecía una magnífica vista del canal. Pensó en Cristo y en los anónimos que habían dado origen a toda esa locura; pensó en el

blog y las libretas que hablaban de su abuelo. Pero a la distancia, ese asunto, por desagradable que había sido, había perdido fuerza frente a todo lo demás. Regresó la vista a Ana que con paciencia aguardaba sus respuestas.

—Son muchas cosas —dijo de la nada todavía cavilando.

—Pues de todo eso, ¿qué es lo que más te afecta? —preguntó Ana presionándolo para que hablase de una buena vez.

—Digamos que de todo lo que me está sucediendo —respondió con cansancio—, lo que más me afecta es saber que no estás conmigo. Es saber que tengo que robarte momentos como este para tener un poco de tu atención.

Ana se lo quedó mirando subyugada por el tono de su voz. Entonces hizo lo único que valía hacer en ese momento; lo besó.

—Creo que ese punto quedó aclarado anoche, ¿no te parece? —puntualizó con ternura una vez que el beso concluyó.

—Es cierto, pero ahora es a mí a quien le cuesta creer que sea cierto —dijo Manuel con crudeza. Apoyó su frente contra la de ella—. Hace cuatro días que me pregunto si mi vida no fue un castillo en el aire y está a punto de desmoronarse. La verdad es que estoy cansado Ana.

—¿De qué estás hablando, Manu? —exclamó Ana tempestivamente. Se separó de él para poder observarlo mejor—. No te reconozco. —agregó de pronto preocupada—. Por favor, ¿qué pasó?

—Está bien —resolvió—. Voy a hacerte corto el cuento.

Uno a uno fue enumerando los puntos que debió sortear durante este último tiempo. Le habló de Cristo y de los orígenes de la cementera; mencionó el matrimonio forzado de sus padres y del amante a quien su madre amaba. Finalmente le habló del accidente de Antonio y del factible intento de homicidio.

Cayeron en un silencio prolongado en el que ninguno se movió. Manuel pareció perderse entre sus pensamientos, sus palabras y las emociones que estos generaban. Luego la miró con algo de tristeza.

—Aquí viene lo mejor. Mi propia madre me confesó que no está segura de cuál de los dos hombres es realmente mi padre biológico. Así que bien puedo ser hijo de Antonio o de ese amante. —Manuel

calló abruptamente, y los envolvió un silencio espeso—. La frutilla del postre es que ese hombre es Marshall Wheeler.

Ana lo escuchaba con atención sintiendo el peso de cada una de sus afirmaciones. Jamás hubiese imaginado que Manuel podría estar atravesando una situación tan compleja, tan angustiante, tan contrapuesta a su modo de conducir su vida. Parecía como si todo se hubiese vuelto en su contra y tal como era su estilo, les hacía frente a los avatares sin amedrentarse, poniendo el pecho mientras la mente buscaba la mejor solución. Pero ella empezaba a ver las fisuras que esa búsqueda estaba generando en él; por imperceptible que pareciera ser, Ana notaba el modo en que toda esa situación lo estaba destrozando.

—Dicho de ese modo es bastante claro —agregó ensimismado.

A Ana no le pasó inadvertido el filoso sarcasmo que, en todo momento, envolvió a su discurso. Le resultó evidente que era su manera de aislarse, de poner distancia con las emociones que todo ese asunto le provocaba. Estaba sufriendo. Era la primera vez que veía en su semblante un atisbo de abatimiento y no pudo evitar preguntarse si habría sido así cuando ella se marchó. No quiso pensar en eso.

—Dicho de ese modo suena tremendo —afirmó Ana apesadumbrada.

Manuel se encogió de hombros primero y luego, ladeando la cabeza, la miró dispensándole una mirada cansina.

—Supongo que suena tremendo. Pero si tomo distancia de los hechos —continuó—, no puedo decir que me resulte extraño. Lo que si me cuesta entender es cómo Antonio pudo seguir con ella dudando que fuera su hijo —confesó mirando a Ana perturbado—. No podría soportar algo así, Ana.

Ana asintió percibiendo el doble sentido del mensaje y le acarició el rostro con ternura.

—Te quería, Manu —dijo Ana con suavidad procurando no mezclar los temas—. El cariño que Antonio les tenía a vos y a Gime no tiene nada que ver con la relación que podía tener con Sonia. Más allá de las sospechas, él eligió creer que eran sus hijos.

Manuel asintió recordando que en una de las grabaciones Antonio había afirmado justamente eso. Miles asomó la cabeza desde la escalera y miró con curiosidad a Manuel. Se acercó a ellos y buscando entablar amistad apoyó su cara sobre la cama cerca de la mano de Manuel. Lo miró con ternura agradeciendo la acaricia que Manuel le dio.

—Es cierto —reconoció cuando Miles se alejó de él—. Pero al mismo tiempo pienso en Wheeler y se me hace un nudo en el estómago —continuó—. Si hago memoria, podría asegurar que siempre estuvo cerca de mí en los momentos importantes. Si hasta apareció en MIT cuando terminé mis estudios. Fue la única persona presente, podés creerlo. —Hizo una pausa y brevemente se perdió en sus pensamientos—. Recuerdo que fuimos a almorzar. Estaba feliz.

—Como un padre —agregó Ana.

—Supongo que sí —accedió—. La verdad es que lo estimo. Y sinceramente me avergüenza mi comportamiento cuando me presenté en su oficina, pero estaba tan enojado, me sentía defraudado y traicionado; todavía me siento así —confesó apesadumbrado. Hizo una pausa y frunció el ceño repasando los acontecimientos—. Me presenté en su despacho. Lo acusé de haber matado a Antonio, de haber armado toda la operación para que yo no subiera a esa avioneta.

Cayó en un nuevo pozo de silencio lidiando con emociones, pensamientos y rencores que se entrelazaban confundándolo todo. Era una locura por donde se lo mirase.

—Si tenés dudas sobre tu origen y querés liberarte de ellas, sólo tenés que hacerte un análisis de compatibilidad de ADN —sugirió Ana con aplomo consciente de que era mucho más sencillo decirlo que enfrentarlo—. Ahora el tema del accidente es bien diferente.

Manuel la miró con ojos secos, pero colmados de amargura. Por primera vez ella lo vio desorientado y algo abatido.

—Voy a estar a tu lado todo el tiempo, Manu —agregó sabiendo que para él sería importante saberlo—. No tengas dudas de eso.

—Cásate conmigo entonces, —disparó y una sonrisa nerviosa acompañó sus palabras—. Prometo que tendrás que soportarme en

la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y no tengas dudas de que voy a amarte todos los días de mi vida. Te juro que aprendí la lección.

Ana estalló en una carcajada y rodeó el cuello de Manuel con sus brazos. Lo besó liberando las lágrimas que la emoción le produjo.

—Ya estoy llorando de nuevo —balbuceó sin soltarlo—. Nada me haría más feliz que formar una familia con vos. Ya te lo había dicho, ¿no?

—¿Eso vendría a ser un sí?

Lentamente se separó de él y asintió sonriente. Manuel también asintió emocionado. La recostó sobre la cama y se abalanzó sobre ella que entre risas lo recibió feliz.

CAPÍTULO 41

Durante el vuelo de regreso a Argentina, repasó lo vivido los últimos días. Ana volvía a ser ese bálsamo que tanto necesitaba su alma. Era su fortaleza, su solaz y su seguridad residía en saberse y sentirse amado por ella. Descubrirlo había sido como ganar la madre de todas las batallas y el alivio que experimentaba era tan grande que volvía a sentirse poderoso. Había aprendido la lección, no cometería los mismos errores.

Lamentablemente, por más intentos que hicieron, resultó imposible cambiar ambos pasajes para regresar juntos a Buenos Aires. Debieron conformarse con estar separados por veinticuatro horas, lo cual le daba margen para ocuparse de los asuntos pendientes; Manuel se abocaría a lo relacionado con Ester y el accidente de su padre. Ana por su parte, se concentraría en la mudanza.

Aunque estaba seguro de que ni su madre ni Wheeler estaban involucrados en el accidente de Antonio, no podía dejar de pensar que algo turbio había en torno al hecho. Ya no podía considerar una casualidad que tanto su padre como Aragonés sufrieran accidentes tan cercanos estando ambos investigando el pasado de los Rauch. Era demasiado significativo. Tenía que hablar con Aldo al respecto; tal vez debían redireccionar la investigación.

Manuel fue el primero en dejar la aeronave. A la distancia divisó a la asistente de la sala de pasajeros frecuentes que le sonreía aguardando su llegada. Claramente lo estaba esperando para escoltarlo a la sala mientras ella se ocupaba de los trámites de rigor.

—¿Qué tal el vuelo, ingeniero? —le preguntó con su característica cordialidad.

—Buen día, Zulma, magnífico como siempre —mintió Manuel con naturalidad—. ¿Cómo está el clima estos días?

—Caluroso. Muy caluroso, como suele ser a esta altura del año.

Allí se terminó toda la charla, Zulma tomó el pasaporte de Manuel y se dirigió a ocuparse de los trámites.

—Su chofer lo aguarda donde siempre —le informó eficientemente Zulma unos minutos más tarde al devolverle el pasaporte—. Que tenga un buen día, ingeniero. Felices Fiestas si no lo veo antes.

Se dirigió a la puerta de salida preguntándose cómo demonios Marcelo había sabido que él estaría en ese vuelo. Seguramente desde la sala de pasajeros frecuentes habían llamado a la empresa.

Marcelo lo contemplaba a la distancia y se acercó a él en cuanto lo divisó.

—Buen día, ingeniero, permítame —le dijo luego de estrechar su mano para tomar el portatraje que Manuel cargaba—. ¿Qué tal el vuelo?

—Bien, gracias —respondió molesto por la sensación de *deja vú*.

Sentía haber vivido la misma escena tantas veces que lo confundió. En algún punto, todo era muy natural, como si él nunca hubiese viajado a Miami para enfrentarse a su madre y a Wheeler, como si tampoco hubiera desaparecido por cuatro días ni mucho menos hubiese despertado, esa mañana, abrazado a su esposa. Era por lo menos inquietante.

Ingresó al vehículo y se refugió en su teléfono mientras Marcelo guardaba el portatraje en la parte trasera del vehículo. Ana lo había obligado a comprar un nuevo celular y como había tenido el buen tino de guardar el chip antes de arrojar el anterior al mar, solo era cuestión de conectarlo. Lo sorprendió la catarata de mensajes de WhatsApp y llamadas perdidas que tenía. A las de su madre que había visto antes de desconectar el teléfono, se le sumaban más de 30 llamadas de su hermana, muchas de su secretaria y otras tantas de Raúl. También, aunque en menor medida, había llamadas de Aldo.

Llamó a Ana, tal como le había prometido que haría.

—Buen día, aterricé hace una media hora aproximadamente —empezó diciendo consciente de que ella debía estar durmiendo —.

Ya voy camino a la residencia. Hablamos cuando te despiertes. Besos.

Con algo de añoranza bajó el celular. Ya la extrañaba, pero si había aguantado más de cinco años, bien podía soportar veinticuatro horas. Luego de eso, pensaba abocarse de lleno a organizar su nueva vida con ella. Buscando alguna excusa para dejar de pensar en Ana, miró su reloj. Aunque todavía no eran ni las ocho de la mañana, resolvió llamar a Aldo.

—Buen día, Aldo —dijo en cuanto el detective lo atendió.

—Por fin, Manuel —repuso el detective Algo adormilado. Claramente el llamado lo había despertado—. Ya empezaba a preocuparme. A juzgar por el horario debo deducir que estas saliendo de Ezeiza. ¿Me equivoco?

—No te equivocás —replicó con sequedad—. ¿Novedades?

—Ester aceptó tu propuesta —respondió contundente—. Aunque se mostró un tanto renuente; dice que le huele a trampa; pero terminó aceptando.

«Una estúpida si no aceptaba cinco millones de dólares» pensó Manuel con arrogancia. Frunció el ceño prestando mayor atención a Aldo que le comentaba que al reunir el material que Ester le vendería había encontrado en el arcón donde estaban guardados los documentos, un doble fondo con un sobre escondido.

—Está a tu nombre. No lo abrí, —agregó—. ¿Pudiste averiguar algo más?

—No mucho —reconoció con pesar—. No creo que Wheeler o mi madre hayan tenido que ver con el accidente. Los argumentos y las reacciones de ambos me convencieron. Pero, así y todo, cuanto más lo pienso, más seguro estoy de que no fue un accidente Aldo. Llámalo corazonada si querés, pero siento que así fue.

Hizo una pausa y se perdió brevemente en el recuerdo de la discusión con Marshall Wheeler.

—Las corazonadas no nos llevan a ningún lado —se atrevió a decir Aldo.

—Es verdad, —reconoció Manuel pensativo—. Por lo pronto los espero a las 10 en la residencia, para firmar el acuerdo y entregarle

el cheque —concluyó sin que le temblara la voz—. Quiero sacarme de encima a esa pendeja. ¿Sabes algo de Bilbao?

—Nada —comentó Aldo—. En los medios no ha aparecido nada.

—Bien. Los espero a las 10.

Abandonaron General Paz para ingresar en la Ciudad de Buenos Aires, cuando se encontró repasando lo que sabía del accidente de Aragonés. Hasta donde recordaba, el hombre se dirigía a una reunión con un supuesto informante. En realidad, era en base a las denuncias de Aragonés que la idea de un intento de homicidio se había plantado en la mente de Manuel. ¿Por qué el hombre había estado tan seguro? ¿Registró sus sospechas?

Estaban a pocas cuadras de la residencia Rauch, cuando Manuel advirtió que Marcelo lo contemplaba a través del espejo retrovisor.

—¿Algo que deba saber? —preguntó con aspereza.

—Todos están un poco tensos —aclaró Marcelo con franqueza—. Florencia estuvo a punto de renunciar. El licenciado Olazábal la convenció de esperar.

—¿Pero se volvió loca? —exclamó sorprendido por lo que escuchaba—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Creo que la escuché decir algo relativo a la falta de confianza de parte de su jefe —se atrevió a responder en el momento en que atravesaba los portones de la residencia—. Salvo eso, creo que todo normal.

—Gracias por la información, Marcelo —dijo Manuel antes de abrir la puerta y descender del vehículo.

Si alguno de los empleados que cruzó a su camino se sorprendió de verlo, no lo manifestó. Manuel se dirigió al sector privado del primer piso de la residencia, concentrado en el día que debía enfrentar. Le pediría a su secretaria que convocara a Cordero para empaparse de todo. Se detuvo un instante a pensar en su secretaria. Que Florencia hubiese querido renunciar le parecía un despropósito, no pensaba convertirse en su rehén. «Lo único que me falta es que me venga con reclamos», pensó al pararse bajo la ducha. Ya ajustaría varios puntos con ella.

—¿Apareciste? —exclamó una voz que creyó reconocer pero que sintió distorsionada por el sonido de la ducha—. ¿Manuel?

Sorprendido por la interrupción, pero más porque una mujer se hubiese metido en su baño privado, se asomó tras la mampara.

—Pero te volviste loca —exclamó sorprendido—. Podes salir de mi baño, Gimena, me estoy duchando.

—Tenía que ver con mis propios ojos que fuera cierto que habías aparecido —chilló Gimena indignada—. ¿Cómo pudiste hacerme algo así?

—No seas desubicada y salí de mi baño —ordenó molesto. Se forzó a suavizar un poco el tono de su voz—. Decile a la señora Alameda que nos prepare el desayuno y espérame en el balcón. Así charlamos.

Gimena no se molestó en responder y dejó el cuarto de baño claramente ofuscada. Estaba molesta, sumamente dolida; no entraba en sus cabales que su hermano la hubiera hecho pasar por una situación tan angustiante. Lo peor había sido que, gracias a su proceder, se había visto obligada a conversar con su madre a diario para mantenerla informada sobre el paradero de Manuel.

No encontró a Gimena aguardándolo al salir del vestidor correctamente ataviado en uno de sus costosos trajes. No había pensado en su hermana y en lo difícil que sería ponerla al tanto de todo lo concerniente al accidente de su padre. Permaneció en el balcón un largo rato meditando, tratando de dar con la mejor manera para ponerla al corriente de todo. Ya encontraría la manera de hacerlo; siempre lo hacía. Pero esta vez sería diferente, detestaba saber que sus palabras romperían con muchos recuerdos que ella cuidaba con celo.

«¡Qué remedio!», se dijo resuelto a comenzar el día. Dejó la habitación pensando en que no podía evitarle a Gimena el mal momento; ella tenía que saber. Un pensamiento llevó a otro y de la nada se encontró disfrutando de antemano de los despertares que pensaba compartir con Ana. Pensando en ella una idea comenzó a formarse en su mente y para cuando llegó a la antesala de su despacho ya había resuelto que hablaría con Lara Galantes. Necesitaba encargarle un evento.

Florencia se puso de pie al verlo y luego del intercambio de los buenos días, la chica siguió a su jefe al interior del despacho.

—Se puede saber ¿qué fue esa estupidez de querer renunciar?
—demandó sin ningún tipo de anestesia en cuanto se ubicó tras su escritorio—. Sinceramente no lo entiendo.

La chica desvió la vista brevemente, venía ensayando una respuesta desde que Olazábal le había informado que Rauch había aparecido, pero en ese momento no se le ocurrió qué decir. Se volvió hacia su jefe que la contemplaba con su acostumbrada severidad.

—Supongo que, a mi entender, si usted eligió no contarme qué pensaba hacer, era porque no me tiene la confianza necesaria para el puesto. Si me hubiera dicho, hubiera sabido guardar silencio, yo no ando por ahí contando lo que usted hace —terminó diciendo claramente desilusionada—. No se imagina lo que fue esta oficina durante los últimos días —agregó algo alterada—. Todo el mundo me trataba como si yo fuese una irresponsable que no había tomado debida cuenta de sus indicaciones. Me trataron como si no conociera mi trabajo. Sinceramente, no creo merecerlo.

Manuel revoleó sus ojos con cierto hastío y se dirigió al aparador donde se hallaba la cafetera *Nespresso*. Se preparó uno liviano mientras escuchaba a Florencia que angustiada daba sus explicaciones del caso.

—A ver, Florencia —dijo Manuel interrumpiéndola cuando el monólogo le resultó demasiado extenso y redundante—. Si no te dije nada es porque no lo creí necesario o mejor dicho no quería que te enteraras; no quería que nadie se enterara. Sinceramente, están todos un tanto histéricos. Simplemente me aparté por cuatro días.

—Siete días —balbuceó Florencia no pudiendo con su genio y ganándose una dura mirada de parte de su jefe.

La conversación fue interrumpida por el celular de Manuel que estridentemente comenzó a sonar. Lo atendió, pero antes de hablar, miró a Florencia.

—Te llamo cuando necesite que vuelvas a entrar —le dijo—. Tengo varias reuniones para encargarte.

La chica asintió y sin agregar palabras se retiró.

—Hola, mi amor —saludó Manuel al atender. Su voz se había suavizado varios grados y hasta sonó algo aterciopelada—. ¿Cómo

dormiste? Es muy temprano ahí...

—Todavía no amaneció, pero me siento rara sin vos en la cama —respondió risueña—. Además, tengo mucho para entretenerme —agregó—. En una hora llegan los de la mudanza para retirar los últimos muebles.

Manuel se acomodó en su sillón escuchándola hablar de cómo sería su día. No muy complicado, a decir verdad. Distinta fue la respuesta de él cuando Ana le hizo la misma pregunta.

—Todos están un tanto intensos —dijo y suspiró resignado—. Te juro que cuando me dijiste que estaban preocupados jamás imaginé estos niveles.

—Tenés que entenderlos, Manu, se asustaron —le explicó con paciencia.

—Sí, claro que lo entiendo, pero esto es excesivo —dijo sin dar crédito—. Imaginate que me encontré con que Florencia quería renunciar.

—Pobrecita —dijo Ana comprendiendo la angustia de la chica. Buscó cambiar de tema—. ¿Cómo siguió lo de la chica del blog? ¿Y lo del periodista?

—A Ester la cité a las diez para cerrar el tema —comentó—. En unos minutos deberían llegar —respondió ahora con seriedad—. Aceptó la propuesta, así que será rápido el asunto. No quiero que haya información sobre mi familia dando vueltas por ahí. Quiero cerrar este asunto cuanto antes.

—Sensato —reconoció Ana—. Que te firme un contrato, Manuel.

—Sí, eso haré —respondió—. Del periodista no tengo novedad. Aunque no he podido chequear ese asunto. Pero nadie ha mencionado un desastre mediático.

Conversaron un poco más sobre ese punto y solo por estirar la conversación le contó que lo tenía mortificado haber hecho enojar tanto a Gimena. A grandes rasgos le habló del intercambio de esa mañana. Era muy consciente de que tenía mucho que contarle a Gimena, pero no sabía cómo hacerlo.

—No te quedes con esa angustia, Manu —le aconsejó—. Sabes que el enojo de Gimena tiene que ver con el susto que le diste. Ella

sabe que le estas ocultando algo. Es hora de sentarte con tu hermana y hablar a calzón quitado, Manuel. No lo postergues más...

—Sí, puede ser—dijo no muy convencido—. Por lo pronto, tengo varios asuntos que atender, —agregó divertido—. Voy a estar entretenido hasta que llegues.

—Mejor así el tiempo pasa más rápido —deslizó ella y en su voz se notaba la sonrisa—. Mi madre te manda saludos. Están felices.

—No más que yo —replicó—. Si están en Buenos Aires podríamos organizar una cena —propuso Manuel.

—Les va a gustar mucho —comentó. Miró su reloj—. Bueno, me voy a duchar sino no voy a llegar a estar lista —anunció—. Hablamos luego. Te quiero, Manu.

—También yo.

Cerró su celular y lo dejó caer sobre la mesa. Sus ojos se quedaron aferrados a la hoja que Florencia había dejado en el centro del escritorio. Era su renuncia. Parece que la chica había hablado en serio y se había sentido más que ofendida.

Con el papel en su mano, pulsó un botón para llamarla. Florencia no tardó en apersonarse y acercarse al escritorio de su jefe con gesto solemne. Traía en sus manos una pila de sobres y dos carpetas con informes. Se detuvo frente al escritorio y esperó.

—Además de esta estupidez —dijo Manuel alzando la hoja con su renuncia para luego romperla—. ¿Qué otra cosa ha sucedido?

La chica suspiró y bajó la vista hacia su anotador. No era mucho lo que tenía para comentarle. Esa mañana había reunión de directorio. Matías Cordero la había convocado a instancia de Raúl Olazábal para acordar qué pasos debían seguir si Manuel seguía sin aparecer.

—Todos estuvimos muy preocupados —agregó la chica—. Aunque a usted no le importe o no lo quiera entender. Estábamos convencidos de que algo malo le había sucedido.

—Está bien, comprendí el mensaje —balbuceó sintiéndose como un niño. Se puso de pie—. Averiguá si Gimena está en la residencia y consígueme una reunión con Lara Galantes. Preferiblemente para esta semana —indicó—. Tiene que venir Aldo. Avisame en cuanto llegue. ¿Se puso en contacto un tal Bilbao? Es periodista.

—No, que yo sepa, tal vez Brenda esté al tanto —respondió Florencia ya más tranquila—. Lo chequeo con ella.

—Perfecto. Gracias.

Sin decir más tomó la pila de documentos que la secretaria le había entregado y comenzó a leer los informes semanales previos a la reunión de directorio.

CAPÍTULO 42

Media hora más tarde, Florencia ingresaba al despacho de Manuel. En silencio se acercó al escritorio.

—Me dijo Mirko que Gimena no está y llegará tarde —anunció la secretaria con firmeza—. Tuvo que viajar a Mar del Plata. —Hizo una pausa para cerciorarse de que su jefe la estuviera escuchando—. Por otra parte, acabo de hablar con la secretaria de Lara Galantes —continuó cuando Manuel la miró—. Aunque tiene la agenda completa para este mes, va a tratar de hacerse un hueco para poder reunirse con usted. Necesita que le enviemos un correo adelantándole el tema.

—Gracias, Florencia. Yo me encargo de enviar ese correo —aclaró—. Si Raúl está en la ciudad, decile que quiero verlo.

—Está en Santiago, —informó la chica—. Antes de marcharse me dijo que le avise en cuanto usted apareciera. Acabo de hablar con su secretaria.

Asintió sin agregar comentarios y comenzó a ordenar los papeles sobre los que había estado trabajando.

—¿Brenda?

—No puedo comunicarme con ella. En la oficina no está y su celular me aparece como apagado o fuera de área. Pero lo sigo intentando —informó lacónica—. Acaban de llegar el señor Fragoso, vino con Ester —agregó—. Quiere hablar con usted en privado.

Manuel asintió y con un gesto le indicó que lo hiciera pasar. Antes que Aldo ingresara, acomodó el escritorio y de un cajón extrajo la carpeta con el documento que pensaba hacer firmar a Ester. La directora legal de la compañía le había redactado un contrato según sus especificaciones. Quería cubrirse. Alzó la vista y contempló al detective que se acercaba.

Estrecharon sus manos a modo de saludo, luego de lo cual Manuel lo invitó a sentarse.

—Bueno, aquí tenés lo que encontré escondido en el arcón de Ester —dijo Aldo al extraer del bolsillo interno de su chaqueta un sobre de plástico dentro del cual se encontraba otro sobre. Se lo extendió a Manuel.

—Me da cierta impresión, lo reconozco —confesó al leer su nombre en el sobre. Alzó la vista hacia Aldo con desconfianza—. ¿Este hombre pensaba contactarme en 1998? ¿Por qué?

—Supongo que lo descubrirás al ver el contenido. Por lo pronto está a tu nombre o contiene información sobre vos —comentó Aldo con seriedad.

Manuel asintió y extrajo el sobre de la bolsa de plástico. Lo rasgó con premura y el contenido cayó sobre su escritorio. Se trataba de un *diskette*, de los que usaban tiempo atrás, en los años 90; los recordaba. También había un *cassette* de sesenta minutos y una nota manuscrita. *Aquí está todo*, decía.

—¿Qué se supone que es esto? —preguntó Manuel desconcertado, pero la pregunta no iba dirigida a Aldo, fue más una expresión. Levantó el teléfono y pulsó un botón. Apenas aguardó unos segundos—. Florencia, necesito hablar con Tomás Bonnet. —Dejó el auricular para mirar a su amigo—. Ya veremos de qué se trata. Ahora me urge más saber del accidente.

—Encontré al hombre que estuvo a cargo de la investigación, —comenzó diciendo—. El hombre jura y perjura que el caso se cerró porque no había nada que indicase que había habido un crimen. Me pareció sincero al afirmar que para él fue un accidente.

—No lo creo, —reafirmó con firmeza.

—El hombre está retirado y prometió buscar la libreta donde tenía registrado todo lo referente al caso —continuó Aldo con seriedad—. Más que eso no puedo decir.

—Está bien —accedió Manuel contrariado—. Por ahora vamos a hacer pasar a Ester, así terminamos con todo esto. Luego veremos qué tiene este *diskette*.

Se ubicó en el sillón de su escritorio mientras Aldo se ocupaba de hacer pasar a la chica. Ester se acercó con cautela. Estaba a medio

camino cuando alzó la vista y lo miró.

Manuel no se puso de pie, mucho menos le dio la bienvenida. En cada segundo que pasaba le hizo sentir el peso de su osadía.

—Hasta donde tengo entendido, Aldo te acercó mi propuesta —dijo Manuel sin molestarse en invitarla a sentarse.

—Si lo hizo —dijo la chica al elevar el mentón y lo enfrentó—. Estoy dispuesta a venderle lo relacionado con la Cementera, sinceramente no me interesa.

—Lo de la cementera y mi familia —remarcó Manuel y miró a Aldo para corroborar que fuera cierto.

Con un gesto el detective le aseguró que todo estaba chequeado y le extendió un detalle de lo que Ester había accedido a entregar.

Luego, estirando su brazo tomó la carpeta ubicada a su derecha. La abrió y la giró para que la chica pudiera leer su contenido. Con una lapicera, que usó a modo de puntero, le fue indicando cada punto, para que ella no tuviera dudas de lo que estaba por firmar. Una vez concluida la lectura y antes de entregarle la carpeta para que la firmase, Manuel tomó un segundo folio, el cual leyó para que Ester comprendiera que también él se comprometía a no iniciar una demanda judicial tras la transacción.

—De este modo ambos nos cubrimos, ¿no te parece? —terminó diciendo antes de deslizar la carpeta hacia ella—. Aquí queda establecido que ni vos podés nombrar a los Rauch Mondini, ni yo voy a elevar ninguna denuncia por tus acciones.

Una vez que ambos hicieron lo propio, Manuel extrajo del cajón central de su escritorio un sobre, se lo extendió a Ester.

—Aquí tienes el número de cuenta donde el dinero será transferido libre de impuestos en menos de diez minutos —informó mirando su reloj—. Me tomé el atrevimiento de abrir una cuenta a tu nombre en el banco con el que opero. Era mucho más sencillo.

—¿Le parece de mucho atrevimiento pedirle si el depósito se hace en el exterior? —deslizó la chica con voz temblorosa—. Es mucho más sencillo para todos.

Manuel la miró extrañado, pero terminó asintiendo. La realidad era que a él le daba lo mismo.

—¿Mismo banco en Londres? —preguntó él sin animosidad. La chica asintió con timidez—. Hecho. Pero será en un par de horas.

Ester simplemente asintió. Por momentos parecía que no alcanzaba a comprender que estaba a punto de ser dueña de cinco millones de dólares; en definitiva, eso era lo que la situación le había dejado. Pero no parecía feliz.

—¿Dónde está el material, Aldo?

—Afuera. Son dos cajas; dos cajas bastante grandes.

—Bien —dijo Manuel volviendo su atención a Ester que guardaba en el morral que le cruzaba el cuerpo el documento que habían firmado—. Me gustaría hacerte una pregunta antes de que te marches.

Ester lo contempló con desconfianza; quería salir de esa residencia cuanto antes.

—¿Qué sabes de ese tal Bilbao?

—¿El periodista? —preguntó desconcertada. Lo miró con algo de suspicacia—. Lo conozco de nombre, creo que en algún momento tuvo algo que ver con Brenda —comentó—. Es un periodista bastante conectado. Pero no sé más.

—¿Se contactó con vos por lo del blog? —quiso saber. La chica sacudió su cabeza negativamente.

De pronto, Ester frunció el ceño y miró a Manuel como si hubiese conectados dos puntos aislados.

—No para nada. Nunca tuve contacto con él —respondió con soltura—. Si me permite, ingeniero, —agregó al cabo de unos segundos—. Tenga cuidado con Brenda. No crea todo lo que ella le dice. Ella también está haciendo su juego.

Ester se despidió con una leve inclinación de cabeza y en silencio se dirigió a la puerta dejando a Manuel sumido en sus pensamientos.

El intercomunicador sonó quebrando el tenso silencio que en ese ambiente se respiraba. Manuel giró hacia el aparato mecánicamente.

—Si —atendió en el momento en que Ester dejaba el despacho acompañada de Aldo.

—Llamó Tomás Bonnet —informó Florencia—. Dice que tiene lo que le pidió, lo traerá en unos minutos.

—Perfecto —indicó—. Necesito ver a Brenda.

—Sigo sin poder dar con ella. Lo último que sé es que pidió parte médico ayer —informó solícita. Hizo una pausa y lo observó aguardando alguna indicación. Como esta no llegó, prosiguió—. Me acaba de avisar la secretaria de Matías, que están todos reunidos en la sala de junta.

—Voy para allá —dijo poniéndose de pie—. Que alguien entre todas esas cajas a mi despacho —agregó al pasar junto a ella—. Voy a almorzar algo liviano.

Almorzó enfrentando su computadora portátil mientras conversaba con Ana sobre todo lo sucedido durante esa mañana. Hablar con ella lo ayudaba a alivianar la carga que sentía sobre sus hombros. Cuando el tema de su familia derivó la conversación hacia su futura boda. No estaba seguro de si ella conocía a Lara Galantes y deseaba interiorizarla de sus planes para no perder tiempo a su regreso. Le gustó la idea y eso fue lo mejor de todo.

—De todas formas, me gustaría ocuparme de eso si no te molesta, — fueron las palabras de Ana al escucharlo—. Puedo hablar con Lara cuando llego.

—Me parece perfecto —accedió Manuel—. Pero voy a llamarla para que nos bloquee alguna fecha. No tenemos mucho tiempo y sé que sus diciembres están cargados de compromisos.

—Está bien. Te llamo desde el Aeropuerto. Ahí llegó mi taxi.

Cerró la comunicación y se puso de pie. Pensando en Lara Galantes, se preparó un Nespresso y se dirigió a su escritorio. No postergaría más la conversación que tenía pendiente con ella. Lara podría tener muchos compromisos, pero nadie le decía no a él; mucho menos cuando lo que estaba en juego era su boda. No señor, Lara tenía que atenderlo. De su escritorio tomó su celular y buscó su contacto.

—Lara, querida ¿cómo estás? —le dijo ni bien atendió el teléfono—. Quiero invitarte a cenar. A vos y a tu esposo por supuesto. Los espero...

—Alto ahí, Manuel —dijo Lara con firmeza—. Sinceramente estoy tapada de trabajo; no tengo tiempo de nada. Si tan solo tu secretaria le envía a la mía un detalle de lo que pretendés, podría...

—Quiero que te encargues de mi boda —disparó sin preámbulos, interrumpiéndola. Se hizo un silencio profundo en la línea y Manuel supo que la había impactado—. No quiero que nadie más se ocupe.

—Perdón, pero...

—Pero nada —la interrumpió Manuel—. Tranquila que no estamos pensando en un mega evento. Algo sencillo, casi familiar... entre 50 y 100 personas. Por supuesto ustedes están invitados.

Lara parecía tan sorprendida que le costaba reaccionar.

—¿Puedo preguntar con quién pensás casarte?

—Con mi esposa, ¿con quién más? —respondió sin dudarlo y la sonrisa se filtró entre sus palabras—. Ana llega al país mañana y quiere ponerse en contacto con vos. Te pido discreción que mi querida hermana no tiene idea de mis planes y quiero que siga sin saber nada por unos días más.

Un nuevo silencio se adueñó de la línea. Manuel empezaba a impacientarse, pero si quería que Lara se ocupase tenía que darle el espacio que a ella le gustaba manejar.

—¿Ana? —exclamó y en sus palabras se filtró la luminosidad de la sonrisa—. Vaya, eso sí que es flor de sorpresa. Me alegra muchísimo, Manu. Será un verdadero placer organizar tu boda. Felicitaciones. Espero el llamado de Ana, arreglaré todo con ella.

Dejó el celular sobre el escritorio sin que la sonrisa abandonara su rostro. Ya estaba hecho.

En un costado del escritorio divisó el lector de diskettes que su asesor informático le había hecho llegar. Lo conectó a su computadora dispuesto a descubrir qué había en ese diskette. Le había pedido a Florencia que no lo interrumpiera.

Lo conectó e inmediatamente comprobó que solo existían dos archivos. Abrió el primero y para su sorpresa se encontró con el documento que Aragonés había escrito sobre la familia Rauch; era el archivo original, el que había confeccionado basándose en las entrevistas a Antonio. El archivo llevaba el mismo título que el documento y tenía fecha del 30 de abril de 1998; tenía cerca de

trecientas páginas. El segundo archivo lo impactó más todavía. Era la portada del supuesto libro; la foto de la avioneta destrozada.

Volvió al primer archivo y corrió las páginas hasta llegar al último capítulo; un final injusto era el título. Manuel respiró hondo y leyó, con detenimiento y algo de aprensión, la narración de cómo había sido el accidente de su padre. Lo sorprendió que el epílogo terminaba mencionando que Antonio se encontraba recluido en una clínica poniendo en suspenso la continuidad del linaje. *Habrá que ver de qué pasta está hecho el heredero. Es en Manuel Rauch en quien recae el imperio y las deudas que este acarrea. Pero esa será otra historia*, eran las últimas palabras.

Una vez más lo tensó que el documento terminara hablando de él. Sin embargo, lo impactó mucho más que Pedro Aragonés no hablara de traición, ni crimen, mucho menos de castigo. Buscando comparar la información, dejó el escritorio y se dirigió a las cajas que Aldo había llevado esa mañana. De una de ellas extrajo el documento usado por Ester para subir la información al blog. Lo llevó al escritorio y con algo de desesperación comparó ambos documentos.

—Hijo de puta —exclamó Manuel al comprobar las diferencias entre ambos documentos.

El documento elaborado por Cristo era distinto. Landívar lo había dividido tres partes: traición, que hablaba sobre Enrique Rauch; crimen, sobre Antonio. Contuvo la respiración entendiendo que a él le tocaba el castigo. Tan conmocionado había estado con el asunto del accidente de su padre y todo lo que venía descubriendo en las libretas y los cassettes, que jamás se le ocurrió leer su parte de la historia. Eran unas cien páginas que hablaban de su vida, de su familia y sus empresas.

Antes de abocarse de lleno a la lectura, resolvió terminar de analizar la información que Aldo le había entregado. Del cajón central de su escritorio tomó el cassette y el equipo con el cual escucharlo. Una vez que tuvo todo conectado pulsó el botón para dar comienzo a la cinta.

El audio comenzaba, una vez más con la voz de Pedro Aragonés diciendo que corría el año 1998.

24 de abril de 1998. *Hace ya ocho meses del accidente de Antonio Rauch y las autoridades cerraron el caso sin demasiadas investigaciones. No puedo creer que desde su propia familia no quieran descubrir qué fue lo que sucedió realmente. Intentaron matar al hombre, en realidad casi lo consiguen; se encuentra en estado vegetativo y a nadie parece importarle.*

A mí me apena, sinceramente, aprendí a apreciarlo y el tipo podía ser muchas cosas, pero no se merecía este final; no se merecía ser olvidado en una clínica por más costosa que fuera. Que poca suerte ha tenido en la vida. Si hasta cuando debió haber muerto, siguió encadenado a esa existencia de incertidumbres; siempre en la tiniebla, siempre sintiendo que sobraba. Siempre ocupando el lugar de otra persona. Por más miserable que se haya sentido, Antonio no merecía esta indiferencia.

La grabación se interrumpía abruptamente y al cabo de unos segundos volvía a comenzar.

15 de mayo de 1998.

Esto es terrible. Lo que acabo de descubrir es desconcertante. No sé cómo manejar la información que acabo de encontrarme. Esto es impensado. Esta revelación lo cambia todo. Desde el primer día, quiso que contara esta historia desde su propia óptica; era su verdad la única que importaba. Por lo que puedo comprender, ahora que todas las piezas parecen juntarse, el día en que Enrique Rauch murió su plan cambió radicalmente. El odio, producto de la frustración que su muerte le provocó, ha envenenado su alma a tal punto que no midió consecuencias; nada más que su venganza parece importar en su vida.

La puerta de la oficina se abrió suavemente, pero Manuel no lo notó. Seguía inmerso en las palabras de Aragonés que ahora hablaba de que su suegro lo evitaba.

Cómo no me di cuenta antes. Siempre nos manipuló, a todos nos manipuló. En su vida solo parece importar destruir a los Rauch. Lo único que me reconforta es saber que Manuel Rauch no se encuentra en el país, hubiese temido por su vida. Estoy seguro de que ahora es a él a quien Cristo intentará eliminar. Tengo que encontrar la manera de alertarlo.

Un nuevo corte, y una nueva entrada.

24 de mayo de 1998

Parece mentira, pero nadie quiere escucharme; no les interesa saber que el chico está en peligro. En fin, tengo la conciencia tranquila; intenté advertirlo. Esta misma tarde entregaré el manuscrito a la Editorial Escarabajo Rojo que se comprometió a publicar la historia sin censura. De ahora en más está todo en manos del destino.

Lamentablemente no tengo pruebas de que Cristo haya sido quien orquestó el accidente, pero sé que así ha sucedido. El hombre se puso furioso al enterarse de mi acuerdo con Rauch y el libro que escribí al respecto. Cuando me increpó me aterró el odio que brotaba de sus ojos; me amenazó con haber traicionado a su familia. Ni siquiera la salud de su propia hija apaciguó su desquicio. Él solo desea ver aniquilados a todos los Rauch que hay en esta tierra.

Solo espero que Manuel Rauch nunca vuelva al país; Cristo es un hombre paciente, mientras él viva su vida estará en peligro.

—Manuel —lo llamó Raúl trayéndolo al tiempo presente.

Sobresaltado Manuel lo miró. No lo había escuchado entrar, no tenía idea de cuánto tiempo llevaba allí parado a escasos metros de la puerta. En los ojos de Raúl había tanta preocupación que se sintió vulnerable. Desvió la vista y presionó el botón del pasacasete para detenerlo.

—No te escuché llegar —dijo de pronto—. ¿No estabas en Santiago?

—Decidí adelantar mi viaje, —respondió.

Manuel se frotó el rostro con una mano y se puso de pie. Caminó hacia el aparador donde estaba ubicado un pequeño refrigerador, buscó hielos y extrajo la botella de whisky. Regresó a los sillones donde se dejó caer con cansancio. Alzó la vista cuando sintió que Raúl se sentaba frente a él. Manuel lo miró sin resolverse.

—¿Podés contarme de una buena vez qué mierda está pasando? —dijo cada vez más preocupado—. ¿De qué se tratan esas grabaciones?

—No lo vas a poder creer, Ra.

—Soy todo oídos.

CAPÍTULO 43

Amanecía. A través de los cristales lo alcanzó el maravilloso milagro del nuevo día que no hizo más que despertar recuerdos que seguían hundiéndolo en un mar de turbulencia. Recostado en una de las reposeras ubicadas en torno a la piscina de la residencia, Manuel permanecía con la vista clavada en el ventanal, apreciando la claridad del nuevo día, sintiendo el fantasma de su padre sobrevolar sus pensamientos.

En ese lugar percibía su presencia, tal vez porque allí se sentía cerca del cielo, quizás porque allí habían tenido más de un enfrentamiento en el que Antonio se había esforzado por dejar en su hijo alguna huella, algún indicio de los valores que a su entender debían ser importantes.

Raúl se había marchado cerca de las dos, luego de que le asegurara que estaba bien, que iría a descansar un poco; algo que no había hecho.

Casi arrastrado por la desesperación había hojeado las casi quinientas páginas que conformaban la biografía no autorizada de los Rauch escrita por Pedro Aragonés a fines de los noventa. La portada era abrumadora. Lo perturbaba. Desde que había visto la imagen de la avioneta destrozada, Manuel no había podido erradicarla de su mente. Comparó el ejemplar escrito por Aragonés con el retocado por Cristo; guardaban ciertas similitudes y algunas discrepancias. En ambos se mencionaba el accidente aéreo y también destacaba la inoperancia policial y el interés de Sonia Mondini en cerrar el caso cuanto antes.

Las discrepancias estaban principalmente en el final. Cristo había agregado una última sección que tituló castigo y se refería a él. Lo leyó con la mandíbula tensa y el corazón en un puño. Cada línea destacaba el peso que desde el día de su nacimiento había caído

sobre sus hombros. También dejaba sentado su infelicidad, su carencia afectiva y el alto costo que debió pagar para asumir el rol que le habían asignado en esta vida. A su infructuoso matrimonio le dedicó dos carillas, remarcando su falta de compromiso con los lazos afectivos y la forma en que su esposa lo había dejado. Cerraba la sección describiendo el momento en el que Manuel firmaba, autorizando desconectar a su padre para liberarlo del calvario. En sus conclusiones, Cristo manifestaba que, a su entender, el joven Rauch cargaría con esa muerte y con su decisión había liberado a la familia de la traición y el crimen. Pero era su castigo dar muerte a su padre y sacar a la luz la mugre sobre la que estaba parado.

Paradójicamente, más allá del odio que Cristo transmitía en sus palabras y que bien podría haber sido el artífice del accidente de su padre, mucho de lo que el hombre decía era cierto. Por lo menos, Manuel se sintió representado en casi todo lo que decía sobre su persona y eso no hizo más que amargarlo.

No advirtió que alguien se acercaba hasta que vio a Gimena parada a los pies de la reposera. Contuvo la respiración y miró a su hermana con algo de incomodidad.

—Mirko dijo que estabas acá —aclaró ella sentándose a los pies de Manuel—. Quiso venir a nadar, pero seguro que se detuvo al verte...

—Entonces sabés de sus pesadillas —comentó Manuel como si de eso se tratara la charla—. Él quería que fuera un secreto.

—Claro que lo sé. Duermo con él, Manuel—replicó Gimena con cierta aspereza—. Sé todo lo que le sucede y entiendo que necesite su espacio. Por eso lo dejo venir a nadar a las dos, tres o cuatro de la mañana. Cuando regresa a la cama, duerme de corrido varias horas. Le hace bien.

—Sabía decisión la de no interferir —se atrevió a decir Manuel.

Desvió la vista sin saber cómo manejar la charla. La súbita necesidad de salir de allí lo abordó y se sintió un cobarde por el solo hecho de estar pensando en huir de su hermana.

—Sigo esperando que me cuentes qué sucedió para que desaparecieras por casi una semana y mamá se ponga tan nerviosa

como para llamarme a diario y organizar un viaje relámpago a Buenos Aires —presionó Gimena con inusitada frialdad—. Porque no hay que ser un erudito para deducir que algo verdaderamente serio está sucediendo para que mi querido y esquemático hermano genere todo este revuelo.

Gimena desvió la vista hacia la pila de hojas que descansaba junto a la reposera de su hermano.

Al notar que la mirada de su hermana se detenía en la imagen de la avioneta, se apuró a dar vuelta la página.

—No me trates de idiota —exclamó con enojo—. ¿Qué es eso?

Manuel suspiró y se acomodó mejor en el asiento. Era la hora de la verdad.

—Este es el borrador de una biografía que un periodista escribió sobre nuestra familia hace muchos años —respondió evasivo—. Tendría que haber sido publicado, pero no lo fue.

—¿Esa es la avioneta en la que viajaba papá?

Manuel percibió la tensión en la voz de su hermana y no pudo ser indiferente al dolor que estaba por causarle. Por unos segundos los envolvió un silencio extraño. Gimena tenía la mirada clavada en él, que se debatía en cuándo y cómo comenzar a hablar. Estaba por presionarlo, cuando Manuel tomó la palabra.

—El de papá no fue un accidente, Gimena —informó finalmente. Miró a su hermana esperando su reacción, pero esta nunca llegó.

A diferencia de todas las demás veces, Gimena mostraba aplomo y una actitud tan serena que la desconoció.

—A ver, para que vayas comprendiendo. Parece ser que la cementera no fue fundada sobre bases muy limpias, —continuó y se apuró a ofrecerle un resumen de la situación. Le habló de Cristo Landívar y de la relación que lo unía al abuelo Enrique. No dio demasiados detalles, estaba cansado.

—¿Lo creés? —preguntó con gravedad.

—Lo creo —le aseguró con determinación. Gimena asintió aceptando sus palabras—. Cuando el abuelo Enrique murió, ese hombre centró su odio en papá. Supongo que su intención era deshacerse de ambos Rauch, dado que también yo debía haber volado con él.

Gimena asintió, pero no se movió ni sumó comentarios. Estoica asimilo todo lo que Manuel decía. Mientras lo escuchaba, se estiró a tomar un puñado de hojas que habían quedado apartadas; se trataba de los últimos capítulos. Los leyó rápidamente, provocando que Manuel guardara silencio.

—Aquí dice que la investigación se cerró al poco tiempo —dijo, clavando su mirada firme en la de su hermano—. ¿Por qué?

—Falta de pruebas —dijo directamente.

Hizo una pausa solo para recordarse que era hora de la verdad; no más mentiras ni ocultamientos, costase lo que costase y doliese lo que doliese.

—Pero hay otra teoría, —agregó con algo de pesar—. Por aquel entonces mamá tenía un amante, y ella creyó que ese hombre podría haber sido capaz de intentar matar a papá —terminó diciendo. No se atrevió a mencionar a Wheeler; ese era un tema suyo.

Eso si la afectó, pues de la nada los ojos de Gimena se anegaron y el cuello se llenó de tensión.

—¿Estás diciendo que tenía sospechas y no hizo nada? —demandó furiosa.

Gimena se puso de pie y despotricando sobre su madre caminó alrededor de la piscina. Manuel la miraba recuperando parte de su compostura y ante las reacciones de su hermana sus propias emociones fueron volviendo a su cauce normal.

—¿Mandarías a Mirko a la cárcel si te enteras de que hizo algo malo? —la presionó Manuel—. Porque creo que eso fue lo que hizo mamá...

—Siempre defendiéndola, —protestó Gimena con frialdad—. ¿Quién era ese hombre?

—Marshall Wheeler —respondió sin vacilación.

—¿Marshall? —exclamó abriendo grande los ojos.

—Sí, pero no creo que haya tenido que ver —se apuró a decir Manuel—. Lo confronté y le creí cuando me dijo que no estaba involucrado. También les creí cuando mencionaron que era seria y real la relación que los unía.

Algo en la voz de su hermano alertó a Gimena. Lo de haber enfrentado a Wheeler lo había afectado; eso fue claro para ella, aunque no lo comprendió, prefirió no preguntar.

Manuel se puso de pie y permaneció con la mirada perdida en algún punto de la piscina. Su mente parecía haberse anclado en un recuerdo que por lo menos le despertaba sentimientos conflictivos.

Para desembarazarlos del momento, pasó a hablarle de Cristo y de cómo éste había contado la historia. Se acercó a las reposeras y buscó las hojas que hablaban de él, de su castigo y de cómo había tenido que pagar las deudas de la familia. Mientras Manuel hablaba, Gimena bajó la vista a las hojas que su hermano le había entregado.

—No sé si llamarlo castigo, —continuó Manuel—. Pero sí creo que fue el precio que debí pagar al hacerme cargo de la muerte de papá. —Hizo una pausa ordenando un poco sus pensamientos y emociones—. Tal como Cristo lo deja establecido en esas hojas, Marshall me recordó que papá no había muerto en ese accidente —dijo de la nada y movió su mirada hacia Gimena—. La realidad es que Antonio murió cuando yo firmé para que lo desconectaran. Y me pregunto si esa no habrá sido la gran victoria de Cristo después de todo.

La afirmación fue tan contundente y profunda que Gimena sintió que se le helaba la sangre. Miró a su hermano que parecía rígido, abatido y cansado.

—Manuel...

La miró de pronto con frialdad. Al final de toda esa locura, eso era lo único real. Él, para bien o para mal, había terminado con la vida de Antonio; con su tormento y su existencia. A esa altura, ya había resuelto que no compartiría con su hermana las sospechas sobre sus orígenes. Ese era un tema suyo, pero reconocía que debía estar al tanto de todo lo demás.

—Vos también lo dijiste, Gimena —le recordó con crudeza—. Por años sostuviste que había sido una decisión unilateral. Lo recuerdo muy bien; todo lo recuerdo muy bien. Ese es mi castigo.

Sin decir más giró y lentamente se dirigió al elevador. El sol ya había salido y la magia del amanecer se había disipado. No quería

seguir allí donde hasta los fantasmas se habían marchado.

—Manu...

Ingresó al elevador y antes de cerrar las puertas miró a su hermana.

— Vos querías ser parte de lo que sucede, me parece muy bien —dijo ahora con voz tirante.—. Pues bien, te recomiendo leer ese documento. Es muy ilustrativo y vas a descubrir mucho sobre nuestra familia; sobre nuestras miserias y secretos. No es agradable. Hay poco de qué sentirse orgulloso. Luego podremos hablar.

CAPÍTULO 44

Apenas un par de horas de descanso le bastaron para reunir fuerza para enfrentar el día colmado de situaciones difíciles. Por lo pronto en cincuenta minutos deseaba estar en el Aeropuerto para sorprender a Ana. Lamentablemente no podría pasar el resto del día con ella, tenía que terminar de resolver un par de cuestiones que habían quedado pendientes antes de dirigirse a Martindale donde pensaba instalarse con Ana durante todo el verano.

—Florencia, buen día —la saludó con voz neutra al cruzar frente a su escritorio y sin detenerse dirigirse directamente a su despacho.

La secretaria lo siguió a la distancia consciente de que estaba en esos días en los que convenía hablarle lo menos posible.

—¿Qué sabés de Brenda? —preguntó punzante.

—La verdad es que no sé nada, —respondió la chica—. No me ha devuelto los mensajes. Estoy desde ayer llamándola.

—Insistí. Quiero verla hoy mismo y no me importa si está volando de fiebre —ordenó.

—Perfecto.

—Una última cosa, pienso instalarme unos días en Martindale —comentó de la nada—. Preferiría que nadie más esté al tanto. Si alguien te pregunta, simplemente decís que no estas autorizada a hablar.

La chica asintió y bajó la vista para esconder la sonrisa de satisfacción que ese comentario le produjo.

—Entendido —comentó—. ¿Le pido un café?

—Sí, Gracias. Pero que sea rápido —indicó—. También decile a Marcelo que esté listo. Tenemos que salir.

—¿Puedo preguntar a dónde va? No tengo nada registrado.

—Mi esposa está llegando en una hora, —respondió con naturalidad—. Iré a buscarla.

Florencia se tragó la sorpresa. Se retiró del despacho sabiendo que no recibiría más información que esa y que a su jefe lo exasperaría cualquier comentario al respecto.

Mientras esperaba el café cotejó distintos correos provenientes de varios hoteles. Desde Ámsterdam le informaban que todo lo que había indicado se había resuelto; en pocos meses estarían en condiciones de anunciar la fecha de apertura. Esa noticia le robó una sonrisa. Entre todos los correos detectó uno de Patrick Carson. Frunció el ceño intrigado y lo abrió. Era un correo breve. En realidad, solo contaba con dos palabras. Felicidades y suerte. Lo reconfortó recibir esas líneas viniendo de un hombre como Carson. Miró su reloj pulsera; solo una hora lo separaba de ella.

Ana estaba nerviosa. No podía evitar sentir que estaba dando un gran paso hacia su felicidad pero, así y todo, tener que darlo sola le provocaba una gran incertidumbre. Estaba sentada en el segundo asiento de la clase primera contando los minutos que faltaban para aterrizar. Ya había pasado por el baño, se había refrescado y acicalado. La escala en Santiago de Chile había alargado la espera. Tenía el estómago revuelto de los nervios y una sensación de ansiedad tan alta que la volvía temblorosa.

Buscando distraerse, miró por la ventanilla. El capitán acababa de anunciar que habían comenzado el descenso y en breve estarían arribando al Aeropuerto Internacional de Ezeiza. Una vez más sintió la emoción arremolinarse en su estómago. Su mente se trasladó a Manuel, a todo lo que habían compartido en Venice. Verlo a él feliz la reconfortaba, pero a ella le costaba dejarse llevar por lo que sentía. Tenía tanto miedo de que no pudiera funcionar que no lograba liberar su propia felicidad.

Antes de embarcar había hablado con Manuel, lo había notado tenso, preocupado, cansado. Esas eran las situaciones que no soportaba atravesar a la distancia. Era tan claro que él no estaba bien, que la necesitaba. Faltaba poco, solo un par de horas para abrazarlo. Le hubiera gustado que compartiese con ella su pesar, pero había sido claro: *No quiero hablar más del asunto. Menos por teléfono*, le había dicho.

Esas palabras solo habían reafirmado el difícil momento que estaba atravesando. Moría por abrazarlo, contenerlo, mirarlo a los ojos para asegurarle que todo estaría bien.

El avión tocó suelo argentino. Cerró los ojos y resopló liberándose de la carga emotiva. Solo un par de minutos para que estos cinco años se conviertan en historia.

Fue una de las primeras en dejar la aeronave. Ansiosa y algo nerviosa cruzó la manga seguida por los demás pasajeros de primera clase.

—Ana Lammens —dijo una mujer con voz alta y contundente—. Pasajera Ana Lammens.

Estaba a mitad de camino cuando escuchó su nombre repetidas veces. Lo primero que pensó fue en Miles. Saberlo en la bodega del avión por tantas horas, la tenía angustiada. Si algo llegara a sucederle...

Apuró el paso y, preocupada, se acercó a la mujer.

—Soy Ana Lammens —informó sin siquiera saludar—. ¿Sucedió algo con mi mascota?

La mujer se sorprendió por la pregunta, pero a los pocos segundos le sonrió asegurándole que nada tenía que ver. Ella misma chequearía que todo estuviese en orden.

—Gracias a Dios —dijo Ana aflojando el gesto—. Me asusté.

—Acompáñeme que la guiaré a la sala de pasajeros frecuentes —comentó con soltura al tiempo que le indicaba a Ana por donde avanzar—. Mi nombre es Zulma y me ocuparé de sus trámites.

Si Ana tenía intención de hacer alguna pregunta, Zulma no le permitió hacerlo. Rápidamente la condujo a la sala donde la invitó a ingresar. Una vez allí, lo vio y todo fue claro.

Manuel esperaba hojeando impaciente un diario matutino. Al sentir la puerta que se abría alzó la vista y sonrió al verla.

—Bienvenida mi amor —dijo poniéndose de pie. Se acercó a ella y la besó cariñosamente en los labios—. ¿Qué tal el vuelo?

—Esto es una gran sorpresa —exclamó Ana enroscando sus brazos al cuello de Manuel—. No lo esperaba. Estaba a punto de llamarte.

—Supongo que en cuanto Zulma venga con tu pasaporte y el equipaje podremos irnos.

—Sí, supongo —respondió Ana—. ¿Tuviste en cuenta que vengo con Miles?

Le demandó un tremendo esfuerzo que su sorpresa no se reflejara en su rostro. En ningún momento había considerado al perro y dudaba de que el boyero entrase en el Audi.

—Por supuesto —dijo con una sonrisa.

No fue nada sencillo acomodar a Miles en el auto. El boyero estaba entre asustado, nervioso y algo mareado; estrés post vuelo según le habían informado a Ana. Para facilitar el traslado, Manuel debió sentarse en el asiento delantero, algo a lo que accedió a regañadientes, pero parecía ser la única manera en la que el perro podía viajar cómodo y tranquilo, con su cabeza sobre el regazo de Ana para que ella lo acariciase.

—Visto y considerando, lo mejor será trasladarnos a Martindale directamente —comentó Manuel una vez que dejaron el Aeropuerto—. Va a ser mejor instalarnos directamente ahí para el verano. ¿Te parece bien?

—Sí, perfecto. Creo que, además, va a ser mejor para Miles —respondió ella sin dejar de acariciar la cabeza del bollerero.

«Por su puesto», pensó Manuel fastidiado por el protagonismo del perro. Guardó silencio y bajó la vista hacia su teléfono que acababa de zumbar. Florencia le informaba que Gimena se había acercado para verlo. También mencionaba que Andrea le había avisado que su madre ya se encontraba en el hotel y había preguntado por él.

—Ana, necesito pasar por la residencia para cerrar algunos temas, —dijo Manuel contrariado. La miró por sobre su hombro—. Te parece ir yendo a Martindale y te alcanzo más tarde.

Ana frunció el ceño y lo estudió un momento. Asintió tratando de descubrir qué podía estar sucediendo. Lo notó tenso.

—¿Tiene que ver con lo sucedido en Miami? —preguntó seria. Manuel asintió—. Está bien. Pero tranquilo, Acordate de todo lo que hablamos.

—Claro, —le aseguró con una sonrisa tranquilizadora.

Ana quiso decir algo más, pero algo en la actitud de Manuel la detuvo. Miró brevemente al chofer y volvió su atención a él, no deseaba hablar frente a terceros. Ana estiró su mano y alcanzó su rostro para acariciarlo.

—Cuando puedas, pásame el contacto de Lara —deslizó sabiendo que ese comentario suavizaría su malestar—. Cuanto antes hable con ella será mejor para todos; hasta para ella.

Manuel asintió y sonrió. Bajó la vista hacia Miles que gruñó cuando Ana dejó de acariciarlo. «Vas a ser todo un tema», pensó Manuel contemplando al animal. Giró hacia Marcelo para indicarle que se dirigiera a la residencia, luego llevaría a Ana a la casona de Martindale.

No volvieron a tocar el tema. Mientras Ana le hablaba a Miles para tranquilizarlo, Manuel chequeó varios correos desde su teléfono. En silencio llegaron a la puerta de la residencia.

—No hace falta que ingreses, Marcelo —comentó—. Me bajo en la puerta.

Una vez que el vehículo se detuvo descendió y giró en torno al auto hacia la puerta donde estaba sentada Ana. La abrió y se inclinó dentro para despedirla con un beso cariñoso, prometiendo reunirse con ella una vez terminada la conversación pendiente con su madre y su hermana.

Desde la entrada observó el vehículo alejarse sintiéndose bendecido por esta nueva oportunidad. Sin embargo, saber que su madre debía encontrarse en el hotel, aguardándolo para continuar la conversación que dejaron inconclusa en Miami ensombrecía su entusiasmo.

Pero, así como en Miami se había acercado a enfrentar a su madre con la sola idea de exigir explicaciones e información, ahora él ya no avanzaba a ciegas y no había forma de que Sonia intentara distorsionar la realidad o buscara justificarla. «Una última vez, Manuel» pensó resuelto. Una última conversación para dejar los puntos lo más aclarados posibles. Dispuesto a poner punto final a toda aquella situación, ingresó a la residencia.

—Hola, Florencia —saludó al acercarse al escritorio de su secretaria—. ¿Sucedió algo?

—Sí, su madre se encuentra en su despacho —informó con voz tirante y rostro contraído—. Dice que almorzará con usted. ¿Qué hago? Luisa está aguardando mi indicación para preparar todo.

—Está muy bien —accedió tenso—. Decile que por las dudas calcule que seremos tres o cuatro. Almuerzo familiar. —Hizo una pausa y antes de ingresar a su despacho la miró por sobre su hombro—. ¿Lograste ubicar a Brenda? —preguntó con sequedad.

—No —respondió contrariada, detestaba no cumplir con sus mandatos—. No contesta el celular; probé a la casa, pero tampoco. Sigo insistiendo.

Simplemente asintió y enfrentó las puertas de su despacho.

—Madre —dijo al abrir la puerta y verla sentada en uno de los sillones con un café en sus manos.

Sonia Mondini se volteó a mirarlo con brusquedad y rostro sombrío. Había llegado con un propósito a Buenos Aires y nada la detendría. Verlo entero, la tranquilizó. Aunque Gimena le había asegurado que Manuel había regresado sano y salvo a Buenos Aires, no fue hasta que entró en ese despacho que su corazón logró tranquilizarse. Respiró hondo y mantuvo la barbilla alzada cuando Manuel depositó un beso en su mejilla.

Sin decir más Manuel se ubicó en el asiento que la enfrentaba. Frunció el ceño al ver que Sonia intentaba encender un cigarrillo.

—Aquí no se fuma —la amonestó con sequedad al quitarle el cigarrillo de la boca—. Querés fumar, te vas afuera —ordenó señalado la puerta ventana que comunicaba con la pequeña terraza—. Mi despacho, mis reglas.

Sonia lo miró contrariada y le sostuvo la mirada por unos segundos.

—Has hecho un estupendo trabajo con esta residencia —comentó con algo de admiración.

Paseó la vista por el gran ambiente. La gratificó la sobriedad, la elegancia y el buen gusto de todo el ambiente. Cada pulgada de ese lugar tenía el sello y la arrogancia de su hijo. Eso le gustó, había sabido ensamblar lo bueno y lo malo de ambas familias. No obstante, los últimos acontecimientos lo habían afectado. Volvió su atención a Manuel

—Tiene vida, identidad —sentenció—. Tu abuelo hubiese estado orgulloso.

—Tendrías que ver cómo dejó Gimena el segundo piso —agregó Manuel aceptando la tregua—. Deberías visitarlo. En realidad, deberías visitar a tu hija, ¿no te parece?

—Tengo intenciones de hacerlo una vez terminemos con nuestra charla —accedió Sonia de buena gana. Respiró hondo y dejó el cigarrillo sobre una mesa de café ubicada junto a uno de los sillones. Miró a Manuel con interés—. Primero necesitaba saber cómo estás vos —confesó y la preocupación asomó en su voz—. Lo último que supe fue que visitaste a Marshall. Más allá del disgusto que le provocaste, se preocupó al enterarse que estabas desaparecido.

—No estuve desaparecido —la corrigió—. Digamos que necesitaba desintoxicarme de tanta mierda.

—No respondiste mi pregunta —insistió Sonia pasando por alto el último comentario—. Me gustaría que hablemos de lo que realmente sucedió en Miami.

—Estoy bien —respondió Manuel—. Y sinceramente no tengo intenciones de volver a abordar el tema de lo sucedido en Miami.

—Manuel, no hacía falta que volvieras a involucrar a Marshall en el accidente de tu padre —insisto Sonia ensimismada—. Eso fue excesivo de tu parte. Fue un accidente...

—¿Excesivo? —exclamó Manuel interrumpiéndola sin dar crédito—. Discúlpame, pero no estoy de acuerdo. Creo que con Marshall nos debíamos esa conversación.

Gimena entró en el despacho de Manuel con la determinación de conseguir respuestas dibujadas en su rostro. Primero miró a su hermano, pero lentamente su mirada se volcó hacia su madre que sentada en uno de los sillones la contemplaba.

—Mamá, veo que te tenemos con nosotros —dijo lacónica.

—¿Cómo estás Gime? —la saludó Sonia—. ¡Pero mira qué linda que estás! —exclamó luego de analizar a su hija de arriba abajo—. Yo sabía que tarde o temprano dejarías de vestirte como una zaparrastrosa para hacer honor a tu apellido.

Gimena revoleó los ojos con hartazgo, pero no se molestó en responder. Miró a Manuel y caminó hacia él como si su madre nunca hubiese hablado.

—¿Qué es toda esta basura? —demandó saber, agitando parte de las hojas que conformaban el manuscrito—. Esto es todo mentira...

—Lamento desilusionarte, querida hermana, —respondió Manuel con aplomo—. A mi entender es todo muy cierto.

—No puedo creer que hayas cubierto a Marshall porque era tu amante, —protestó Gimena enfrentando a su madre—. Ese hombre mató a papá...

—No fue así, Gimena, —la amonestó Manuel con dureza

Le hizo una seña invitándola a sentarse y se dirigió a su propio sillón tras el escritorio. De uno de los cajones extrajo el sobre que contenía el documento que Ester le había dejado y lo colocó junto al que Gimena traía con ella. El que había sido elaborado por Pedro Aragonés era un tanto más corto. Con una mano sobre cada pila de papeles comenzó a hablar de cómo había dado con toda esa información y sobre las diferencias entre ambos documentos.

Sonia tomó el sobre y extrajo el documento de Cristo con cierta aprensión. Lo hojeó rápidamente pero como le interesaba poco y nada lo relativo a su esposo y su suegro, buscó la última parte; era su hijo quien le preocupaba.

—¿Castigo? —preguntó al leer la última carátula—. ¿Qué significa esto?

—Como les contaba antes, esta primera pila la escribió un periodista que tenía un acuerdo con papá, —repitió ahora con más calma—. Cuando papá tuvo el accidente, Aragonés se quedó sin la posibilidad de conseguir dinero para pagar el tratamiento de su esposa que estaba muriendo de cáncer —informó—. Descubrió que el accidente de papá fue intencional e intentó probarlo... —Se recostó contra el respaldo del sillón y miró a su madre y a su hermana tratando de detectar sus reacciones. Ambas lo miraban con atención. Prosiguió—. Contraté un detective que está trabajando en ello. Estoy seguro de que Marshall no tuvo nada que ver...

Gimena se puso de pie y se alejó de ellos angustiada. Sonia la miró con algo de pesar, consciente de que su hija nunca lo había superado del todo. Pero no era eso lo importante en ese momento. Volvió a mirar a Manuel.

—No pienso leer todo esto —despotricó Sonia muy a su estilo—. ¿De qué se trata esto del Castigo?

—Según Cristo Landívar, a mí me toca pagar por lo que mis antecesoros han hecho —respondió con voz aplomada—. Pero bueno, el hombre murió y le compré todo lo relacionado con la familia a su nieta que era quien intentaba sacar la historia a la luz.

—Entonces, se terminó —sentenció Gimena—. Esto quedará entre nosotros tres. Nadie más tiene porqué saberlo.

El teléfono sonó sobre el escritorio de Manuel. Era Florencia quien llamaba, le pareció extraño, su secretaria sabía que no tenía que interrumpirlo.

—Sí, Florencia —dijo una vez que levantó el auricular—. ¿Qué sucede?

—Disculpe, ingeniero, pero acaba de llegar un sobre que tiene un sello de Urgente —dijo la chica con voz tensa—. Lo dejó un motoquero hace dos minutos.

—¿Quién lo envía? —preguntó extrañado.

—No lo dice, —respondió la chica solícita.

—Tráemelo.

Florencia ingresó al despacho y le entregó a Manuel el sobre. Luego se volvió hacia Gimena y su madre y les informó que estaba todo dispuesto para almorzar en la galería del segundo piso.

En ese preciso momento sonó el celular de Manuel. Sabiendo que podía tratarse de Ana, dejó caer el sobre en el escritorio y se apartó unos pasos para atender. Ella le comentaba que habían llegado a Martindale, que Miles estaba reaccionando bien y que pensaba darse un buen baño de inmersión para luego descansar un poco.

—Está muy bien. Calculo que estaré por allí a última hora de la tarde, —comentó Manuel—. Mi madre está aquí y almorzaremos con Gimena.

—Me parece muy bien. Si querés podés comentarles nuestros planes —dijo entusiasmada—. Ya tengo todo arreglado con Lara Galantes.

—No perdiste el tiempo —exclamó sorprendido—. Creo que nos guardaremos este pequeño secreto por unos días —comentó encantado—. Nos vemos en un rato. Hoy tenemos noche de festejos.

Sintiéndose más relajado regresó junto al escritorio. Gimena y Sonia discutían sobre cómo la madre debió haber manejado el asunto del accidente de Antonio. Manuel no se inmiscuyó en la discusión, era algo que lo tenía cansado y que, aunque quisiera, no podía detener.

Mientras escuchaba a su madre y a Gimena argumentar, bajó la vista hacia el extraño sobre blanco. Lo tomó y lo abrió con algo de curiosidad. Para su sorpresa se encontró con varias fotografías suyas junto a Ana. Eran de la mañana en la que habían desayunado en el hotel Hyatt de la ciudad de Mendoza. Miró una a una las fotografías y la última lo horrorizó. En la imagen se los veía a él y a Ana abrazados, besándose en la cima de la escalinata del ingreso al hotel. Con un marcador rojo, en claras letras imprenta, había un mensaje. *Esta será la portada del nuevo número de la revista Hola. No merecía enterarme de esta forma. Estaba dispuesta a darte todo, pero me usaste. Cristo tenía razón, merecés ser castigado por tu arrogancia y tu crueldad. Yo creía que eras distinto.*

La mano le tembló levemente. Dejó caer las fotografías sobre el escritorio tratando de decodificar el mensaje. «¿Brenda?», se preguntó desconcertado, no muy seguro de estar razonando con claridad. Sus pensamientos fueron interrumpidos por su celular. Con algo de temor bajó la vista a ver quién lo llamaba. Era Marcelo.

—Decime, Marcelo —demandó con un mal palpito agitándose en su pecho.

—Ingeniero, acaban de traer un paquete para la señora Ana— informó con voz ronca—. Me pareció raro y creí conveniente avisarle antes de entregárselo.

La mente de Manuel trabajaba a gran velocidad, pero demasiado tarde arribó a la conclusión. El estruendo lo sacudió y la mirada

aterrada bajó a las imágenes que se habían desparramado por el escritorio.

—Marcelo —gritó de pronto desesperado—. Marcelo —insistió aun cuando la línea estaba muerta.

Cortó la comunicación y marcó un nuevo número.

—Atendeme, Ana. Por Dios, atendeme—balbuceaba como un poseído.

Gimena y Sonia interrumpieron la conversación al escucharlo llamar al chofer a los gritos. Manuel parecía desencajado, caminaba por el despacho sin poder dejar de temblar, como enajenado.

—¿Qué sucede, Manu? —preguntó Gimena asustada.

Pero Manuel no contestaba, seguía tratando de dar con Ana que no atendía el teléfono. De un grito llamó a Florencia, quien se presentó de inmediato. Asustada miró primero a su jefe.

—Algo sucedió en Martindale —anunció como si eso lo dijera todo—. Me voy para allá. Tratá de ubicar a Aldo y decile que me encuentre con él en el *country*. Que me llame. Es urgente.

Sonia se acercó a su hijo y tomándolo por los brazos lo obligó a mirarla demandando una explicación.

—Ana está en Martindale —disparó sin anestesia—. Hubo una explosión.

Sin decir más salió del despacho como alma que la lleva el diablo.

CAPÍTULO 45

En tiempo récord recorrió los cincuenta kilómetros que separaban el barrio de Belgrano del country club de Pilar. Sin medir consecuencias, Manuel exigió al motor del Alfa Romeo al máximo poniendo en riesgo tanto su vida como la de otros conductores. En ningún momento fue consciente de lo que hacía. El estruendo de la explosión perduraba en sus oídos, no podía pensar en nada más que en Ana y en lo que podría estar sucediendo en la casa de Martindale.

Para cuando arribó a la entrada del Club, los hombres apostados en la entrada elevaron la barrera para darle ingreso. Lo estaban aguardando y se apuraron a informarle que los bomberos estaban trabajando en la propiedad desde hacía más de treinta minutos.

Con el corazón en un puño y el pecho contraído fue conduciendo el auto hacia la ancha columna de humo que auguraba lo peor. Las calles del lugar, siempre despojadas de transeúntes, estaban inundadas de vecinos que, amontonándose de un lado y otro de las veredas, observaban azorados el dantesco espectáculo.

El camión de los bomberos ocupaba casi toda la calle frente a la casa. Manuel divisó tres ambulancias un poco más adelante, sobre la entrada de la residencia. Donde pudo dejó el Alfa Romeo y sin reparar en nada ni en nadie corrió hacia la casa. Una cinta amarilla delimitaba el perímetro del siniestro impidiéndole a los curiosos avanzar, pero eso no lo detuvo. Lo traspasó y quedó paralizado ante la imagen que tenía frente a él.

—Señor, no puede estar aquí, —ordenó un policía que se acercó para detenerlo.

Manuel lo miró sin dar crédito, estaba a punto de protestar, cuando a lo lejos creyó oír un perro que ladraba agónico. «¿Miles?», pensó. Pero no pudo precisarlo con seguridad; todo era confuso.

—Le voy a pedir que se retire, no puede estar aquí —insistió el hombre impidiéndole avanzar.

—Soy Manuel Rauch, esta es mi casa, —agregó con determinación—. Mi esposa se encontraba allí dentro junto a varios de mis empleados.

—Por supuesto, señor Rauch, —dijo el oficial relajándose un poco—. Lo estábamos esperando. Acompáñeme.

—¿Dónde está mi esposa? —demandó entre autoritario y aterrado.

—Ella está bien —le aseguró el hombre con calma—. La están atendiendo.

En silencio, Manuel siguió al policía que lo guió hacia la entrada de servicio. Ingresaron a la cocina. Esa parte de la casa no parecía haber sufrido daños, pero estaba repleta de gente. Entre las voces de los bomberos que llegaban de la sala y los comentarios que varios policías hacían entre sí, logró detectar llantos y exclamaciones de dolor. Divisó a Rosa y a José, los caseros, sentados a la mesa, eran atendidos por dos paramédicos. Se apuró a llegar a ellos para saber cómo se encontraban. Estaban bien, algo aturdidos y en estado de shock, pero sin heridas. Cruzaron un par de palabras, luego Manuel se volvió hacia el oficial que aguardaba a su lado.

—Quiero ver a mi esposa —demandó cada vez más asustado.

El hombre le señaló el ambiente contiguo sin emitir palabra. Al llegar a la sala el caos era total. Contuvo el aliento conmocionado por la escena. En el centro, entre los sofás destrozados y el hogar hecho añicos, yacía un cuerpo cubierto por una manta de la policía. De pie a pocos metros, Aldo conversaba con un hombre vestido de traje claro.; dedujo que era policía.

Un ladrido proveniente de la galería lo obligó a voltear y divisó a Miles, con una pata vendada custodiado por su dueña.

—Ana —exclamó al verla. Apuró el paso hacia ella—. ¿Estás bien? —preguntó asustado al tiempo que la abrazaba contra su cuerpo. Se separó y la miró de arriba abajo. Tomó su rostro entre sus manos contemplándola—. Por Dios mi amor...

—Estoy bien —respondió angustiada, pero, aunque comprendía que debía tranquilizarlo, el miedo afloró lento y despiadado—. ¿Quién haría algo así? —preguntó entonces entre sollozos.

—No lo sé —confesó Manuel controlando sus propias emociones, aunque empezaba a tener una idea. Volvió a abrazarla—. Lo importante es que estás bien.

—Yo estaba en el baño, lejos de la sala que es donde fue la explosión —agregó angustiada—. Pero Marcelo...

Ambos miraron al otro lado del roto ventanal donde yacía el cuerpo sin vida del chofer. Superada por la situación, Ana sollozó y Manuel la abrazó con más fuerza conteniéndola.

Su mirada se topó con el boyero que todavía asustado lloriqueaba y movía su cola mostrando su aflicción. Ambos se volvieron a mirarlo.

—¿Cómo está Miles? —preguntó para sacarla del trance. La obligó a girar hacia el jardín y así alejarla de la imagen del cuerpo de Marcelo.

—Pobrecito, —balbuceó Ana al acercarse a él—. El ventanal le estalló cerca y tiene muchos cortes —explicó entre lágrimas—. Tal vez algo más serio en los oídos por el estruendo. Quiero que lo vea un veterinario

—Gimena tiene un amigo veterinario lo llamaré —comentó Manuel, sintiendo como entre sus brazos Ana comenzaba a tranquilizarse—. Andá con Miles que quiero hablar con la policía —sugirió. Le besó la frente—. Luego volveremos al departamento de Quintana.

Ana asintió y se acercó al boyero que lloriqueó al verla. A la distancia, Manuel la observó sentarse en el piso junto al animal para abrazarlo y acariciarlo con ternura. Buscó el celular en su bolsillo y llamó a su hermana. Estaba apurado, de modo que no la dejó hablar, solo le pidió que tratara de dar con su amigo veterinario, lo necesitaba en Martindale; urgente de ser posible.

—¿Qué sucedió, Manu?

—Un explosivo, —respondió secamente—. Pero todavía no hablé con la Policía. Confírmame si tu amigo puede venir cuanto antes.

Sin decir más cerró la comunicación. Miró hacia la sala donde Aldo continuaba conversando con un hombre que dedujo debía ser policía. Se acercó a ellos.

—Hola, Manuel —lo saludó el detective con voz tensa—. Te presento al comisario Jorge Salvatierra. Está a cargo del operativo.

—¿Saben qué fue lo que pasó? —preguntó directamente tras las presentaciones.

Era un hombre joven, de aspecto prolijo y serio que si se amedrentó ante la presencia de Manuel lo disimuló muy bien. Bajó la vista hacia sus anotaciones.

—Por lo que pudimos averiguar, un hombre motorizado dejó el paquete, tipo encomienda, en la entrada del barrio —comentó el policía con prestancia y bajó la vista a sus anotaciones—. El señor Marcelo Rodríguez fue a buscarlo. Lo confirmó uno de los guardias de seguridad. El paquete era para su esposa...

Salvatierra cotejó una vez más su libreta y volvió a mirar a Manuel.

—El motoquero es de una empresa de servicio de mensajería —aclaró. Desvió la vista hacia el cuerpo que permanecía en el centro de la sala—. Vamos a cotejar los datos.

Manuel asintió y respiró hondo. Escuchar una vez más que la bomba era para Ana le revolvió el estómago. Todavía le duraba el miedo que había sentido al creer que la había perdido para siempre. Mientras escuchaba los detalles que el policía le ofrecía, su mente recordó las fotografías que había recibido esa misma mañana; pero no lo mencionó. En cambio, habló de la llamada de su chofer.

—Me llamó para avisarme del paquete —comentó con la vista clavada en el cuerpo de Marcelo—. Le resultó extraño y quería saber que debía hacer.

—¿Por qué le pareció extraño? —preguntó el oficial.

— Porque Ana llegó esta misma mañana de Los Ángeles y por un cambio de último momento vino para esta casa —explicó sin poder despegar la vista clavada en el cuerpo—. Mi esposa se iba a instalar en el departamento del centro, pero nos pareció que aquí íbamos a estar más cómodos, principalmente por el perro. Nadie sabía que Ana estaba aquí...

Salvatierra asintió y tomó nota de ello. Dos camilleros de la policía ingresaron a la sala para ocuparse del cuerpo. Los tres se alejaron unos pasos de allí.

—¿Qué función cumplía el señor Rodríguez?

—Era mi chofer —respondió Manuel pasándose una mano por la frente—. Hace años que trabaja para mí. Por Dios...no puedo creer que ...

Salvatierra volvió a asentir y registró también esa respuesta.

—¿Recuerda algo más de esa llamada? —preguntó el policía.

—No, como le decía recién, le resultó extraño que enviaran un presente a mi esposa y me lo estaba comentando, —respondió Manuel. Hizo una pausa y el rostro se le ensombreció al recordar la llamada—. No hubo tiempo para mucho más, el explosivo estalló cuando conversábamos.

Cayeron en un pozo de silencio cuando retiraban el cuerpo de Marcelo Rodríguez. Por unos segundos ninguno dijo nada y Manuel debió desviar la vista, consternado. Recorrió el lugar con la mirada, sorprendido por los destrozos que la explosión había dejado y los bomberos causaron para sofocar el incendio.

—¿Tan fuerte era la bomba?

—Los de científica seguramente lo confirmarán, pero a primera impresión, teniendo en cuenta lo que comentó la señora Rosa, no debió serlo —explicó Salvatierra con aplomo y gesto pensativo—. Por lo que ella nos contó estaba aquí limpiando la sala cuando Marcelo entró con el paquete. Sobre la mesa baja había gran cantidad de productos de limpieza que podrían haber aportado combustión, por eso los destrozos y el incendio.

—Una sumatoria de hechos, —balbuceó Aldo, visualizando la situación.

—Sí, podría decirse que eso fue lo que sucedió —asintió el policía.

Siguieron un par de preguntas más que tenían que ver con la posibilidad de que alguien tuviera intención de lastimarlo a él. Manuel se encogió de hombros y con rostro circunspecto mencionó que nunca se sintió amenazado. Luego se disculpó, deseaba ir a la

cocina donde Rosa y José conversaban entre ellos, ya más tranquilos.

Al cabo de una hora la casa poco a poco fue vaciándose. Para cuando el último de los oficiales se retiró, solo quedaron los caseros, Aldo, Ana y Manuel. Los cinco se reunieron en torno a la gran mesa. Rosa preparó café para todos. Conversaron sobre banalidades por unos minutos, hasta que Manuel le sugirió a Ana que juntara sus pertenencias, regresarían a la ciudad.

—¿Podría ayudarla Rosa? —deslizó Manuel.

—Por supuesto, ingeniero.

Acompañada por Rosa, Ana regresó a la habitación para preparar nuevamente sus maletas. Cuando los tres hombres quedaron solos, Manuel retomó la conversación. Primero miró a José.

—¿Sucedió algo antes de que la bomba explotara? —quiso saber—. Piense, José. Alguien que haya pasado por aquí, algún llamado. ¿Cómo demonios sabían que Ana estaba en esta casa?

El hombre de mediana edad y contextura física menuda sacudió su cabeza negativamente.

—Cuéntenos todo lo que recuerde, José —sugirió Aldo procurando no presionarlo demasiado.

Todavía algo tembloroso, el casero hizo un repaso mental de todo lo que esa mañana había sucedido desde el momento en que Ana entró a la casa. Uno a uno fue enumerando los hechos, hasta que de pronto se detuvo en un recuerdo. Alzó la vista y miró a Manuel.

—Un rato antes de que llamaran de la guardia de ingreso, —dijo el hombre con cautela, haciendo un esfuerzo por recordar—. Puede que no sea nada....

—¿Qué sucedió? —presionó Aldo.

—Alguien llamó a Marcelo, —comentó—. Él estaba en la cocina con nosotros, tomando un café. No sé quién lo llamó, pero él mencionó que usted —dijo mirando a Manuel—, había cambiado de planes y lo había enviado con la señora para acá.

Aldo y Manuel intercambiaron miradas. La conversación fue brevemente interrumpida por el celular de Manuel. Era Gimena, que

le informaba que su amigo Miguel recién podría trasladarse a Martindale a última hora.

—Comentale que estamos yendo para el departamento de Quintana en unos minutos —le informó—, si no es molestia preferiría que se reúna con nosotros ahí. Decile que se trata de un perro, un boyero de Berna, que sufrió una gran conmoción por la explosión, tiene varios cortes en las patas.

Cerró la conversación antes de escuchar la primera pregunta de Gimena. No tenía tiempo para eso. Miró a Aldo y se puso de pie y, con la taza de café en su mano, le pidió que lo siguiera al jardín.

Tal como el mismo Aldo le enseñara caminó hasta el centro del parque. Desde allí contempló la casa parcialmente destruida; parecía mentira que algo así hubiese sucedido. Mejor no pensar en eso y concentrarse en lo verdaderamente importante.

—Creo que sé quién está detrás de todo esto —comentó con voz tensa una vez que el detective se detuvo a su lado. Bebió un poco de café y lo miró—. Brenda Green.

—¿Esa no trabajaba para vos?

Manuel asintió y pasó a detallarle tanto la efímera relación que había tenido con su empleada como sus constantes insinuaciones; le recordó también el comentario que Ester había hecho como al pasar el día anterior y mencionó las fotos que esa misma mañana había recibido con el significativo mensaje.

—Recibí el sobre con las fotos y la llamada de Marcelo con una diferencia de minutos —concluyó con seriedad—. Parecía sincronizado como si la persona que me mandó ese sobre quisiera que comprendiera el mensaje que me estaba enviando.

Aldo asintió y extrajo el atado de cigarrillos del interior de su chaqueta. Ofreció una a Manuel que aceptó.

—Quiero ver esas fotos —dijo, luego de darle la primera calada al cigarrillo. Liberó el humo volviéndose a contemplar la casa—. Voy a hacer algunas averiguaciones.

—Está bien. Estaré en el departamento del centro esta noche —informó.

Se detuvo al ver a Ana aparecer junto a Rosa que acomodaba las maletas cerca de la entrada. Miles comenzó a llorar al ver a su

dueña acercarse.

—Te espero ahí. Sea la hora que sea —indicó y sin decir más se dirigió a donde Ana se encontraba.

CAPÍTULO 46

Para contrariedad de Manuel, el departamento de la calle Quintana se llenó de gente en cuestión de minutos. Miguel Torino, el veterinario amigo de Gimena, había sido el primero en llegar y el primero en irse luego de chequear que Miles estuviera en buenas condiciones. Pero sus suegros, su hermana con Mirko y también su madre no habían tardado en aparecer y estaban cómodamente instalados en la sala.

No podía negarles que se acercaran a ver cómo se encontraba Ana, pero él no estaba para reuniones familiares. Apartándose del grupo de visitas, Manuel cotejaba su celular en el balcón. Florencia se había ocupado de organizar el sepelio de Marcelo Rodríguez. El cuerpo de su exchofer sería entregado a la familia al día siguiente. Un breve velatorio tendría lugar para luego conducirlo al cementerio privado, donde su esposa había resuelto darle cristiana sepultura. Manuel ya había informado que asistiría a ambos lugares, también había dado indicaciones para que se gestione una suculenta indemnización a favor de la viuda.

Con ese tema resuelto, concentró toda su atención en el asunto que verdaderamente lo preocupaba. La imagen de la casa de Martindale parcialmente destruida y el sonido del estruendo de la bomba al estallar no lo abandonaba. La posibilidad de que Brenda estuviese conectada con Cristo, lo tenía perturbado. No le resultaba menor que con las fotos que le enviara le hablase de castigo.

Había pasado una hora desde el último mensaje que le había enviado a Aldo. Su amigo solo le había indicado que estaba esperando que le confirmaran una información; luego iría a verlo. Tenía mucho que contarle.

—Ahí adentro están diciendo que te casás en quince días.

La voz pesada y grave de su cuñado Rodolfo lo trajo al presente, al departamento que volvían a compartir con Ana y a la sala llena de familiares que estaban enterándose de sus planes. Sonrió, no tenía forma de eludir la gran alegría que esa certeza le provocaba.

—¿Cómo estás, Rodo? —lo saludó—. No sabía que habías llegado.

—Yo muy bien, ¿vos cómo estás? —quiso saber Rodolfo.

—Bien, pero preocupado —confesó bajando la vista hacia el celular—. Alguien mandó esa bomba y era para Ana. Hasta que no sepa de qué pudo tratarse no estaré tranquilo.

Rodolfo asintió comprendiendo la magnitud del asunto, le daba escalofríos de solo pensar que su querida hermana podría haber muerto esa mañana. En la sala todos lo sabían y conversaban sobre banalidades para intentar disipar la tensión de esa certeza. Pero Rodolfo comprendía que no era momento para dejar fluir sus miedos y, consciente de que Manuel se sentía culpable por ello, colocó una mano sobre el hombro de su cuñado. La presionó con cariño brindándole su apoyo.

Hizo una pausa al ver que Mirko salía al balcón a fumar. Lo miró dándole a entender que deseaba que escuchara.

—Por toda otra situación, que bien puede estar conectada a lo que sucedió esta mañana, —comentó Manuel—, hace varios meses contraté un detective privado. Estoy esperando que llegue, —continuó—. Hace un rato me confirmó que tiene información para darme.

—¿Sospechás de alguien? —preguntó Mirko con cautela.

—Sí, —respondió mirándolo.

Mirko asintió advirtiendo que era alguien que él conocía. La conversación se interrumpió ante la entrada de una llamada en el celular de Manuel. Atendió.

—El detective está subiendo —informó. Miró a ambos cuñados—. Les voy a pedir que me entretengan a todos. No quiero que Ana se inmiscuya.

Ingresó a la sala seguido por Rodolfo y Mirko. Sentados en los sofás, todos conversaban como si nada hubiese sucedido. Aunque parecía una locura lo agradeció. Sonia dialogaba animadamente con

Estela y Julián, sus consuegros, llevaban un tiempo sin verse. Gimena le contaba a Ana sobre la hermosa residencia que con Mirko habían visitado en la zona del Delta.

Al pasar junto Ana, Manuel le dio un tierno beso en la mejilla y le mencionó que Aldo estaba subiendo. Estarían en el estudio. Al escucharlo, el rostro de Ana se le oscureció levemente, pero asintió.

—Manteneme al tanto —demandó ella buscando sus ojos.

—Por supuesto —respondió él evitando su mirada.

Recibió a Aldo en el vestíbulo y se apuró a conducirlo a la primera puerta a la derecha que era donde se encontraba el estudio que nunca en su vida había utilizado. De hecho, no había entrado en esa habitación en años, pero no lo sorprendió encontrarlo aireado, limpio y bien provisto de bebidas.

—Brenda Green —presionó Manuel—. ¿Qué averiguaste sobre ella?

—Brenda Green —repitió Aldo al abrir una carpeta con toda la información que había recabado sobre ella—. Hija de Susana Castillo y Martin Green. Nació en Buenos Aires el 24 de septiembre de 1980. En 1991 la familia se trasladó a Londres, donde...

—Por favor, Aldo —protestó Manuel impaciente—. Podes hablarme de algo relacionado con lo que pasó hoy.

—Está bien —accedió el detective—. Primero y principal, déjame decirte que Brenda dejó el país este mediodía. Por lo que me han informado tomó un vuelo hacia Madrid —comentó con eficiencia.

Manuel lo miró con seriedad.

—¿Eso qué quiere decir?

—Básicamente que es difícil conectarla con lo sucedido esta mañana. En realidad, no tengo nada que la vincule con el paquete que le enviaron a Ana ni con el sobre que llegó a tu oficina— respondió lacónico—. En el sobre que recibiste encontramos solo las huellas de Florencia y las tuyas. —Hizo una pausa y de la carpeta tomó el sobre del que había estado hablando. Se lo ofreció a Manuel—. El paquete que enviaron a Martindale fue entregado por una persona que no pertenecía a la mensajería que decía pertenecer. No hay registros de quien puede ser ese hombre o cómo

llegó a tener la caja con la bomba. Las cámaras de seguridad no lograron detectar su rostro.

—Pero entonces, ¿no tenés nada?

—Nada —reconoció Aldo—. Pero escúchame bien, porque esto si es interesante. Como algo en toda la situación me hacía ruido, decidí ampliar la búsqueda. Hice un par de llamadas —continuó y de la carpeta extrajo una hoja. Era de la clínica privada donde había estado internado Cristóbal Landívar—. Parece ser que Brenda y Cristo sí se conocían. Desde que el hombre fue internado, ella lo visitaba cada quince días o una vez por mes —explicó señalando con su dedo el registro de las visitas—. Los encuentros comenzaron hace año y medio y por lo que los registros de visitas arrojan, jamás se cruzó con Ester.

Manuel escuchaba tratando de atar cabos. Lo superaba sentir haber estado rodeado de peligro desde hacía años.

—No entiendo, —dijo de pronto Manuel y miró a Aldo desconcertado—. ¿También ella buscaba vengarse? Pero ¿de qué? ¿Qué ganaba después de todo?

— A mi entender —explicó el detective—. Ella no es más que una mujer despechada a quien Cristo supo manipular. La convenció de que era merecedora del gran premio y seguramente de que él la ayudaría a conseguirlo —agregó dedicándole una sonrisa cínica—. Cuando descubrió que no lo ganaría se tornó peligrosa.

—Nunca le prometí nada —protestó Manuel intentando justificarse—. Además, estás inventado. No tenés forma de saber si eso fue como lo estás relatando.

—En eso estamos de acuerdo —reconoció Aldo. Bajó la vista a la carpeta una vez más y de ella extrajo una hoja con el detalle de los mensajes que Manuel había recibido en su celular—. Ester estaba convencida de que Brenda se ocupó de enviar estos mensajes para presionarte, según ella mencionó en algún momento, Brenda hablaba como si fueras de su propiedad —continuó—. También Ester reconoció que Brenda bien pudo, desde el anonimato, haber agitado a los periodistas para que siguieran la historia de tu familia en su blog. De ese modo ella se volvía imprescindible para vos. Pensalo, ¿Quién te acercaba la información de lo que estaba

sucediendo en blog? ¿Quién te decía que dejaras todo en sus manos? ¿Quién trajo a Bilbao para que vos pensaras que realmente todo se iba a la mierda? ¿Quién mencionó a Cristo por primera vez? Ella sabía, Manuel...

Manuel asintió con aire ausente asimilando lo que escuchaba. Todo era muy factible; todo cuanto escuchaba le sonaba lógico.

—Cuando lo descubrí decidí visitar a Ester para hacerle unas preguntas al respecto —continuó Aldo con mayor tranquilidad—. El encargado me dijo que se había marchado con un par de valijas.

—¿Le creíste?

—Cómo no hacerlo, tiene cinco millones de dólares esperándola en Londres —agregó con algo de resignación.

Manuel volvió a asentir. Seguía lidiando con lo que Aldo le había informado. En su pecho la indignación y la rabia comenzaba a burbujear y esa efervescencia despertó su costado vengativo. Miró a Aldo; quería denunciarla por intento de asesinato.

—Me encantaría poder decirte que podemos hacerlo —concluyó Aldo—. Pero la realidad es que lo veo difícil. Las pruebas son circunstanciales. No tenemos forma de conectarla con nada de lo que sucedió esta mañana.

—Pero, Aldo, acabas de decirme que Brenda se reunía con Cristo —exclamó ofuscado.

—Sí, pero eso no quiere decir mucho, —rebatía Aldo a regañadientes—. No hay forma de probar un complot.

—No me jodas —exclamó Manuel y terminó su whisky de un trago—. ¿Me estás diciendo que no hay nada que podamos hacer? —exclamó de un grito—. ¿Y la policía?

—Están varios pasos detrás —respondió. Cerrando la carpeta—. De momento no tenemos nada real, nada concreto que la conecte con la bomba y las fotos. Mucho menos que vincule ambos hechos. Lo siento, Manuel, pero si fue ella fue muy minuciosa.

—No lo puedo creer, —gritó fuera de sí. En un arrebato arrojó el vaso contra una pared. Desencajado se volvió hacia Aldo que lo observaba rígido—. No puedo creer que esa perra se salga con la suya... mató a un hombre.

—Lo sé. Pero más allá de nuestras sospechas, no hay nada que la vincule a los hechos —comentó con voz calma—. Lo siento. Si te parece hablaré con el detective Salvatierra para pasarle la información que tengo. No le hablaré de la relación que une a Brenda con Cristo Landívar; tampoco haré hincapié en lo sucedido con Ester. Al detective solo le interesará saber lo que sucedió esta mañana. Sí, en cambio, mencionaré el sobre que recibiste y la relación que te unía a Brenda Green.

—Está bien —accedió Manuel a regañadientes—. Decile que me llame para lo que necesite, soy el principal interesado de encontrar al culpable. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Aldo, otra cosa, quiero un informe sobre el accidente de mi padre y sobre lo que pudo haber sucedido con Pedro Aragonés. Necesito estar seguro de cómo fueron los hechos y cerrar, para bien o para mal, esos dos asuntos.

—Contá con ello. Dame un poco más de tiempo y te presentaré ambos informes —respondió cerrando la carpeta—. Solo un par de semanas.

Aldo se marchó poco después y Manuel permaneció varios minutos solo en el estudio tratando de aventurar lo que podría suceder a continuación. Aunque no le agradaba del todo, decidió dejar el asunto en manos de la policía. Era lo mejor. Respiró hondo y con resignación dejó el estudio para sumarse a las conversaciones que se estaban desarrollando en la sala.

CAPÍTULO 47

Así como en un primer momento la idea era reunir a las familias y amigos para una celebración pequeña en la gran casa de Martindale, luego del atentado, Ana no quiso saber nada con celebrar allí su unión con Manuel. Para ella era un momento demasiado importante para que fuera ensombrecido por los malos recuerdos del atentado.

Finalmente habían resuelto alquilar una gran casa en el exclusivo barrio Santa Bárbara donde además de la celebración pensaban instalarse por un tiempo.

Era un agradable mediodía. Un cielo de un celeste refulgente despejado de nubes era testigo silencioso de una gran celebración. En el centro del imponente jardín con la laguna de fondo, se había erguido un gazebo abierto que congregaría a los presentes durante la recepción, a un costado había una gran carpa donde se llevaría a cabo el almuerzo.

Manuel fue el primero en descender del piso superior. Ana le había pedido unos minutos para terminar de arreglarse. Sonrió todavía le parecía mentira que finalmente el día haya llegado. Estaba nervioso, desde el jardín llegaban las voces de sus amigos y familiares. Se acercó a uno de los ventanales y espió el exterior ocultándose tras un cortinado. Todos los invitados estaban allí aguardándolos. Volvió al pie de la escalera al escuchar que Ana descendía.

Desde el pie de la escalera la contempló con una sonrisa. Ana se veía hermosa. Llevaba un vestido sin mangas blanco con pechera bordada en delicadas piedras y ancha faja coral que daba nacimiento a una amplia falda con bordados al tono. Estaba bellísima.

—¿Lista? —le preguntó cuando llegó a su lado. Ana asintió con una sonrisa radiante de felicidad—. Pues vamos, que ya están todos esperándonos.

Cruzaron el gran living comedor y en la abertura que daba el exterior, encontraron a Lara Galantes que conversaba con Gimena, aguardándolos.

—Por fin llegan —dijo Lara con una sonrisa ancha. Dio un paso hacia ellos—. Está todo dispuesto para comenzar.

—Excelente. Nos dan un segundo, por favor —demandó autoritario.

Ambas asintieron y luego de mencionar que los aguardarían dentro, se marcharon.

—Bueno, llegó el día —dijo Manuel con la garganta cargada de emoción—. Te amo Ana, y te juro que no volveré a darte un solo motivo de queja ...

Ana solo atinó a sonreír de tan conmovida que se sentía. Estiró su cuello hasta alcanzar sus labios.

—Ya hemos aprendido de nuestros errores, Manu —dijo. Enlazó su brazo en el de Manuel y mirándolo de costado, lo instó a avanzar—. Vamos que estamos demorando el almuerzo.

Tomados de la mano cruzaron la galería cubierta por la glicina y sonriendo se mezclaron entre los invitados. Los aplausos los envolvieron y la emoción de todos los contagió. Avanzaron repartiendo sonrisas y asentimientos de agradecimientos a los invitados. Raúl Olazábal y su esposa Nadine fueron de los primeros en acercarse a saludarlos; lo siguió Gimena que se colgó al cuello de su hermano emocionada.

Poco a poco todos fueron rodeándolos. Se trataba principalmente de familia, viejos colegas y algunos amigos. Entre saludos, Manuel divisó a su madre conversando con sus consuegros; un hombre la acompañaba. Tragó y desvió la vista cuando sus miradas se cruzaron.

—¿Alguna otra sorpresa? —preguntó Manuel acercando su boca al oído de Ana.

—Te juro que no sabía nada de eso —confesó Ana al ver a Marshall Wheeler conversando con sus padres. Miró a Manuel a los

ojos, la contrariedad había ganado una vez más su mirada —. Lo digo en serio.

Manuel asintió y sin decir nada hizo un gesto para que les acercaran bebidas. Brindó con varias personas y por un buen rato pretendió convencerse de que Wheeler no se encontraba allí. Evitaba por todos los medios mirar hacia donde se encontraba su madre y en todo momento se mantuvo cerca de Ana.

Media hora más tarde, los presentes fueron invitados a dirigirse a la gran carpa donde el almuerzo sería servido. Lentamente, el gazebo fue vaciándose.

—Voy al baño —susurró Manuel al oído de Ana—. Te encuentro en la mesa.

Salieron por aberturas diferentes. Manuel caminó hacia la casa e ingresó por la puerta lateral. Apuró el paso hacia la escalera con el solo propósito de utilizar el baño privado. Cruzó el gran living saboreando que a partir de ese día él y Ana volvía a estar juntos; volvían a ser la pareja que una vez fueron. Era hora de disfrutar un poco de la vida.

—Me alegra que me hayas hecho caso.

La voz lo alcanzó en el momento en que posaba su mano en la baranda de madera lustrada. Sin soltarla, canalizando allí toda la tensión que sentía, se volvió hacia el hombre.

—Aunque en un principio tenía mis reparos —deslizó Marshall—. Tengo que reconocer que esa mujer te ilumina el rostro. Se te ve feliz.

Manuel bajó la vista maldiciendo por lo bajo. No estaba preparado para esa conversación, tampoco sabía si lo estaría algún día; pero tenerla ese día en particular era demasiado hasta para él. Pero era un hombre que enfrentaba las situaciones, sin importar el clima o lo desafortunado del lugar, así que soltó la baranda y enfrentó a Marshall con más actitud que convicción.

—Le dije a tu madre que esto no era buena idea —continuó diciendo Marshall Wheeler sosteniendo la mirada de Manuel—. Pero, es difícil luchar contra ella cuando algo se le mete en la cabeza.

Manuel pareció aflojarse un poco, pero no sabía ni qué decir ni qué sentir al respecto. Era un momento por demás incómodo. Para su sorpresa Marshall dio un paso hacia él.

—Realmente me asusté cuando desapareciste —dijo Marshall cuando Manuel se detuvo a escasos metros—. Muchacho, no podés irte sin dar señales vida por tanto tiempo. Tus empresas, tu familia, somos muchos los que nos preocupamos por tu bienestar.

Las palabras de Marshall arrancaron una mueca del rostro de Manuel que poco a poco iba sintiendo la camaradería de siempre.

—No desaparecí —protestó Manuel a la defensiva—. Además, fueron solo cuatro días...

—Demasiados para no saber nada de vos, fue una irresponsabilidad, Manuel.

En esta última ocasión su tono fue algo autoritario, amonestador. Guardaron silencio por unos minutos. Era demasiado lo que flotaba entre ambos y costaba mucho encontrar el equilibrio.

—Marshall....

—Con tu madre hemos resuelto darnos una oportunidad. Veremos a donde nos lleva y cuánto tiempo dura, pero bueno, lo intentaremos —comentó Wheeler interrumpiéndolo—. Supongo que eso no será un problema...

—No me meto en la vida de mi madre —replicó Manuel con sequedad.

Respiró hondo buscando ordenar su cabeza. Era consciente de que debía decir algo sobre lo sucedido en Miami, pero no sabía por qué disculparse primero.

—Lamento haberme comportado como me comporté en Miami —dijo finalmente como un chico que fue pescado en falta. Miró a Marshall ya más resuelto—. No debí presentarme en tu oficina como me presenté, mucho menos acusarte de todo lo que te acusé.

—No, no debiste, pero lo hiciste —afirmó Marshall sin perder ni el aplomo ni la compostura—. Aunque debo reconocer que entiendo tus motivos para haberlo hecho, creo no haberlo merecido. —Hizo una pausa y estudió a Manuel que se mostraba imperturbable—. ¿Llegaste a alguna conclusión sobre todo lo que hablamos?

Manuel contuvo brevemente el aliento y elevó el mentón.

—Algunas —confesó y extrañamente se sintió nervioso—. Como por ejemplo que ni mamá ni vos tuvieron que ver con el accidente de papá, aunque sinceramente me cuesta aceptar que haya sido eso, un simple accidente, o una mala maniobra de papá; era un excelente piloto, Marshall —dijo.

Guardó silencio afectado por la certeza de que era la segunda vez que mencionaba a Antonio llamándolo papá, y si bien toda la vida lo había llamado de ese modo, en esta ocasión parecía que tenía más que ver con dejar las cosas claras con Wheeler.

—Hay un punto, que creo no te atreviste a mencionar en nuestro último encuentro —dijo de pronto Wheeler yendo directo al grano—. De eso también hablamos con tu madre. Supongo que fue una maldad de mi parte el haberlo callado, pero, bueno, fue mi manera de hacer sufrir a tu padre.

—No comprendo, —alcanzó a decir Manuel.

—No hay forma de que sea yo tu padre, Manuel —anunció Marshall mirándolo directo a los ojos—. Podría haberlo sido, si claro que podría haberlo sido; pero soy estéril. No puedo tener hijos.

Manuel guardó silencio, no sabía cómo enfrentar esa situación. Un nudo se había formado en la boca de su estómago, y poco a poco se aflojaba. Frunció el ceño no pudiendo decidir qué decir a continuación.

—Tranquilo, muchacho. Me sorprendió mucho advertir esa duda en tus ojos. —disparó Wheeler al notar la tensión en el rostro de Manuel—. Sabés que te apreció, no haría nada que pudiera afectarte. Sinceramente me gustaría intentar volver a la situación que siempre tuvimos.

—También te aprecio, Marshall —agregó con sinceridad y decirlo lo alivió un poco. Pero no dijo nada más.

—Bien —repuso Wheeler. Cariñosamente le palmeó la mejilla y desvió la vista brevemente ocultando su emoción. Luego la volvió hacia Manuel—. Voy a volver con tu madre antes de que piense que me fugué —dijo el americano comprendiendo que la conversación había terminado.

Parado a los pies de la escalera, Manuel observó al hombre alejarse hacia la salida. Estaba a punto de encarar el piso superior

cuando por el rabillo de su ojo vio a Mirko aparecer por el pasillo. Lo perforó con la mirada y aguardó.

—No escuché nada —se apuró a decir Mirko—. Lo digo en serio.

Manuel asintió y estaba por continuar su camino cuando sintió que Mirko pasaba detrás suyo.

—Pero si hubiese escuchado, —agregó el croata con contundencia—. Me sentiría en la obligación de decirte que no rechaces su cariño. Ese hombre te quiere como a un hijo. Te lo dice alguien que no tiene la menor idea de quienes fueron sus padres.

Manuel no se volteó a mirar a Mirko. Solo alzó el mentón acusando el impacto de lo que acababa de escuchar.

Para cuando se presentó en la carpa los presentes se encontraban degustando el primer plato del almuerzo. Se obligó a sonreír y apuró el paso hacia la mesa principal donde Ana lo esperaba junto a su amigo Raúl, su esposa Nadine que conversaban animadamente con Rodolfo Lammens su esposa Silvia, Gimena y Mirko.

Al llegar a la mesa, su mirada se rozó con la de Mirko. Se apuró a desviarla hacia Raúl que se ponía de pie y golpeando la copa con su tenedor llamó la atención de todos.

—Francamente, pensábamos que te habías arrepentido ya que tardabas tanto en aparecer —empezó diciendo Raúl con algo de sarcasmo—. Antes de comenzar el almuerzo quiero pedir un brindis —continuó. Tomó su copa de champagne y la alzó hacia Ana y Manuel—. Queridos amigos, —dijo con una gran sonrisa en los labios—, todos los aquí reunidos compartimos la felicidad de volver a verlos juntos. Por ustedes.

Todos alzaron sus copas y brindaron por la feliz pareja.

EPÍLOGO

Londres, en algún momento del mes de diciembre.

Extrañamente había salido el sol. Un sol tibio, débil pero que brindaba un poco de esperanza, por lo menos eso pensaba Brenda Green mientras aguardaba sentada en un banco frente al Lago Serpiente del *Hyde Park*. Hacía frío, mucho frío. No había considerado el clima cuando sugirió ese lugar, pero lo había hecho pues ese era el banco que siempre ocupaba con su padre y la reconfortó considerar que allí se sentiría acompañada.

Brenda consultó su reloj; todavía faltaban cinco minutos para la hora acordada. Había llegado a Londres hacía ya más de una semana y se había adaptado a la rutina de la ciudad, como si nunca se hubiese marchado. Adoraba Londres, allí se sentía en casa.

El rostro de Manuel llegó a ella y contuvo la respiración. La noche anterior le habían enviado de Argentina imágenes de la boda. No podía creer que hubiera sucedido. Todavía le dolía la traición que había sentido y tal vez por eso no se arrepentía de haber enviado el presente a Ana Lammens; cómo la odiaba. Lamentablemente no había tenido el efecto deseado.

Alzó la vista, consciente de que ya nunca volvería a ver a Manuel; hacerlo sería peligroso pues si bien había cubierto sus huellas él podía llegar a relacionarla y era mejor no tentar al diablo. Por lo pronto, los casi dos millones y medio de dólares que había conseguido le aseguraban un buen futuro. Respiró hondo. No todo estaba perdido.

Tan concentrada estaba en sus propios pensamientos que no escuchó a la mujer que se sentó a su lado. Ambas miraban hacia el lago donde un grupo de patos se adentraban en las oscuras aguas.

El movimiento del parque a esa hora del día era escaso y las dos lo agradecían.

—Llegás tarde —la amonestó Brenda con severidad al notar su presencia—. Sabes que me molesta.

La mujer suspiró buscando reunir paciencia. Nunca la había soportado. Si la había tolerado era porque durante un tiempo fue su jefa y también una suerte de socia que ella no había buscado. Pero eso estaba por cambiar.

—La verdad, Brenda —replicó Ester desafiante—. Me tiene muy sin cuidado lo que te pase.

Se miraron con desagrado, midiéndose. La relación que las unía se basaba solo en la ambición y en el desprecio que sentían por Rauch.

—Me gusta tu cambio le look. El cabello oscuro y corto te sienta —dijo finalmente Brenda, pero no había nada de cumplido en sus palabras, en realidad un atisbo de burla se deslizó en su voz—. Quiero saber algo, —agregó con arrogancia—. ¿Qué decían los cassettes con las entrevistas de Pedro a Rauch?

—No lo sé, no los escuché —respondió Ester con naturalidad—. Solo cumplí con la indicación de mi abuelo de entregárselo a Manuel a su debido tiempo.

—Tendrías que haber hecho copias, Ese hubiera sido un buen salvoconducto —agregó Brenda maliciosa—. En fin, supongo que tenés mi parte.

Ester se acomodó la gorra que ocultaba el oscuro cabello y se ajustó la bufanda en torno a su cuello.

—Lamento decirte que las condiciones han cambiado —dijo Ester con altura recobrando parte de su entereza—. Fue una verdadera estupidez enviarle ese paquete a la señora Rauch —agregó antes que Brenda pudiera interrumpirla—. Ese pequeño desliz te costará tu parte. No cumpliste con lo pautado. El paquete era para Gimena —sentenció Ester con frialdad—. El asunto era contra los Rauch..., alterar el plan fue un riesgo innecesario.

—¿Me tomaste por idiota? —atinó a protestar Brenda con indignación—. Quiero mi parte... ¿quién te pensás que sos?

Brenda atinó a ponerse de pie, pero algo en la mirada de Ester la detuvo. La vio deslizar su mano en uno de los bolsillos de la mochila y extraer un sobre pequeño para extenderse.

—En este pequeño sobre encontrarás un pendrive con gran cantidad de información; información que no te deja muy bien parada —continuó Ester con voz tensa y filosa—. Hay fotos que si llegan a manos de Rauch estarás en graves problemas y ni hablar de los audios ...

El rostro de Brenda comenzó a desfigurarse y se dejó caer contra el respaldo del asiento de pronto vencida. Su semblante fue tornándose pálido a medida que comprendía lo que estaba sucediendo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó aterrada.

—Hablo de que deberías agradecerme seguir en libertad —prosiguió Ester determinante—. A propósito, de eso si hice copia —agregó con sorna señalando el sobre que Brenda sostenía en sus manos. Se puso de pie y desvió la vista hacia Kensington Palace—. Creo que haré una visita al antiguo hogar de Lady Di. Siempre me gustó ella.

Se alejó unos pasos y se detuvo. Por sobre su hombro miró a Brenda que la atravesaba con la mirada helada.

— Esta es la última vez que nos veremos —informó—. Esta ciudad no será mi lugar de residencia. Mañana dejo Londres.

—Me traicionaste —balbuceó Brenda con desprecio.

—A cada uno lo que se merece, pero voy a darte un último consejo y será gratis —deslizó con arrogancia—. Te recomiendo no volver nunca a Argentina. La policía no tiene forma de saber que intentaste matar a Ana Lammens, pero Rauch lo sabe. Te aplastará sin segundas consideraciones. No creo que te sirva el “por lo que fuimos”. Adiós Brenda.

Punta del Este, un mes más tarde.

Se le había hecho costumbre salir a correr al amanecer. La playa desolada, las primeras luces del día, el aroma a arena húmeda y la brisa marina lo ayudaban a mantener su equilibrio. Miles había resultado un excelente compañero que lo seguía a donde fuera. Su rutina terminaba con un chapuzón en el limpio mar que enfrentaba la casa.

Siguiendo los consejos de su esposa, para disfrutar del verano, se instalaron en la chacra de Punta del Este que Manuel había adquirido muchos años atrás a modo de inversión y nunca había visitado. Era una hermosa casona de características rurales, con grandes y cómodos ambientes que priorizaban la vista al exterior. Tenía capacidad para albergar diez personas y un comedor que podía recibir a veinte comensales. Sin embargo, lo más atractivo era el cómodo *deck* ambientado con sillones de madera rústica con almohadones blancos que invitaban a contemplar la magnífica vista de la playa.

Miles ladró al verlo salir de agua y correteó jugueteón a su alrededor. Manuel sonrió y tomó el palo con el que habían estado jugando y lo arrojó lejos. El boyero fue en su búsqueda ante la atenta mirada de Manuel; se había encariñado con él.

—Vamos yendo, Miles —gritó y sin esperar respuesta del animal comenzó a caminar hacia la casa.

Apostados a ambos costados de la vivienda, dos custodios tenían la vista clavada en él. No era algo que le agradaba, pero desde que el paquete con la bomba había llegado a Martindale, Manuel había decidido contratar una empresa de seguridad.

Estaba alcanzando el *deck* cuando uno de sus custodios se acercó a él.

—Ingeniero, acaban de traer este sobre. Ya está chequeado y limpio —informó el hombre con voz grave y compacta—. Lo envía

Florencia. Dijo que le dejó un mensaje a su teléfono.

—Gracias —dijo simplemente.

Tomó el sobre y lo contempló con curiosidad. Cruzó el *deck* y fue hacia la mesa donde una empleada ya había preparado su desayuno. A un costado de su ubicación estaba su teléfono. Lo tomó y buscó el mensaje que le había enviado su secretaria.

En un audio de casi un minuto, Florencia le informaba de las novedades de la empresa. Andrea se comunicaría con él por la tarde para informarle cuestiones relativas al hotel. Por lo pronto, en el sobre le enviaba una carpeta que Aldo Frago le había acercado el día anterior a última hora y un sobre que el Sr. Wheeler, le había pedido que le hiciera llegar de inmediato.

Manuel asintió y en un murmullo agradeció a la empleada que le servía el café. Antes de que la mujer se retirara le preguntó por su esposa.

—Está hablando por teléfono—respondió cordial—. Me dijo que terminaba la conversación y se reunía a desayunar con usted.

—Muchas gracias.

Agradeció contar con unos minutos para poder investigar mejor el contenido de ese sobre. Bebió un poco de café al tiempo que lo contemplaba. Estaba lacrado y firmado por Florencia. Manuel sabía que contenía información delicada. Con un poco de tensión en su estómago y algo de aprensión en su pecho, abrió el sobre y extrajo el contenido. La carpeta con los informes no era muy gruesa, mucho menos lo era el sobre apaisado que la acompañaba. Su mirada se clavó en el que Wheeler había enviado. Todavía le removía ciertas fibras el pensar en Marshall. Lo dejó de costado y centró su atención en el contenido de la carpeta.

La carpeta contenía unas treinta carillas escritas a doble espacio y a doble faz. Manuel respiró hondo y comenzó a leer. El minucioso informe comenzaba con un exhaustivo detalle de cómo se había tratado la zona del accidente -la escena del crimen-, dejando claro que los conocimientos de aquel entonces distaban mucho de los actuales y el lugar no había sido debidamente cuidado.

Manuel continuó leyendo a pesar de la gran cantidad de detalles que no le decían nada y que incrementaban su ansiedad y tedio.

Fue casi finalizando la tercera hoja cuando leyó que, a pesar del incendio que la coalición había provocado, los peritos detectaron cierta irregularidad en el modo en que encontraron, tanto en el tren de nariz como en tren de aterrizaje, que bien pudieron ocasionar el accidente en el momento del aterrizaje. La explicación continuaba con mayor exactitud, pero a Manuel lo aburrían tantos datos. Apuró la lectura, las siguientes páginas daban detalles de la investigación policial y cómo, según las autoridades, ante la falta de pruebas contundentes y la presión de la familia frente al asedio del periodismo el caso fue cerrado. Ya en las conclusiones, Aldo dejaba bien claro que, sumando su propia investigación a la realizada originalmente, estaba seguro de que la aeronave había sido sabotada. A su entender era eso lo que Pedro Aragonés había querido informar antes de perder la vida.

Con respecto a la muerte del periodista también poseía ribetes sospechosos. El accidente que se cobró su vida, según el informe policial, tuvo lugar en la ruta que llevaba a Cañuelas una noche cerrada, sin luna y con algo de niebla. Según la declaración del conductor del camión contra el que el vehículo de Aragonés chocó, el auto parecía sin control y se fue encima suyo sin que pudiera evitarlo. En sus conclusiones, el detective informaba que los registros de la época arrojaban que Pedro Aragonés debió sufrir una suerte de infarto, pues el forense declaró que ya estaba muerto cuando su vehículo colisionó. No obstante, Aldo remarcó que resultó una muerte muy conveniente para Cristóbal Landívar, teniendo en cuenta que, como ahora sabemos, el periodista iba a demostrar que él había tenido que ver con el accidente de Antonio Rauch.

Manuel asintió ante esta última afirmación. Aunque nada lo aseguraba fehacientemente, también él estaba convencido de que Landívar había tenido que ver con ambos accidentes. Respiró hondo, terminó su taza de café y dio vuelta la página.

En hoja aparte encontró el Informe número tres, donde detallaba todo lo relacionado a la bomba enviada a Martindale. Las investigaciones no habían avanzado. La policía había llegado a un punto muerto. Si bien encontraron la moto, que supuestamente la persona que entregó el paquete había utilizado, no pudieron obtener

nada de ella. Había caído en un desarmadero. Aunque el caso seguía abierto no parecía haber ningún indicio de nada. *Te mantendré informado al respecto*, eran las últimas palabras sobre ese asunto.

Aunque no me lo pediste, me tomé el atrevimiento de averiguar un poco más sobre Brenda Green, había escrito Aldo de puño y letra en la última hoja del informe. Manuel frunció el ceño y leyó con atención; eso no lo esperaba. *Brenda Green regresó a Londres, donde vivió gran parte de su vida. Antenoche, mi informante me hizo llegar la imagen de un artículo de hace varios días del Times, te lo adjunto, donde una mujer apareció ahogada en un prestigioso hotel de esa ciudad; según el artículo habría ingerido gran cantidad de barbitúricos y se sumergió en la tina. No se informó el nombre de la fallecida pero trascendió que se trata de una argentina. No me han informado nada más pero todo hace suponer que se trata de ella. Intentaré conseguir confirmación de la identidad, a la distancia es complicado; si querés que viaje a Londres a averiguar, solo tenés que decime y pagar el pasaje. «No será necesario», pensó Manuel, convencido de que se trataba de Brenda. Buscó la copia del artículo y lo releyó con rapidez. No había más información que la que Aldo le suministró.*

Una última cosa, -aclaró-, aunque tal vez no tenga relación quiero mencionarla, pues tampoco sé nada de Ester. Tal como habíamos sospechado, la chica desapareció y hay algo en su desaparición que me tiene inquieto. Pensé que quería saber de la muerte de su padre, pero desde la mañana que dejamos tu empresa que no supe más de ella. Supongo que cobró sus millones y desapareció.

Al terminar de leer, Manuel alzó la vista entre abrumado y aliviado por haber llegado a una suerte de final. No estaba seguro de dónde lo dejaba parado todo lo que Aldo le había informado, pero por lo menos, era un cierre; él creía haber cumplido con su parte.

Ana se acercó despacio. Lo venía observando desde hacía unos segundos, tenía algo importante que decirle y verlo tan tenso y serio la acobardó, aun sabiendo que la noticia lo alegraría. A medida que fue llegando a la mesa, divisó la carpeta y el sobre que Manuel tenía junto a su tasa.

—Buen día —dijo al acercarse. Pasó una de sus manos por sobre el hombro de Manuel y se acercó a besarlo—. ¿Hace mucho regresaste?

—Hace un rato —respondió. Miró por sobre su hombro y buscó a Miles que dormitaba al sol—. Mirá como quedó tu amigo —agregó con una sonrisa divertida en los labios.

Sin embargo, su rostro se ensombreció al volver su atención a Ana, que se había sentado y contemplaba la carpeta con interés.

—¿Es lo que imagino? —preguntó.

—Son los informes que me envía Aldo—comentó Manuel.

Ana estiró su mano hasta alcanzar la de Manuel. Se la acarició primero y la presionó con cariño después.

—¿Ese otro sobre? —preguntó Ana buscando su mirada.

—Lo envía Marshall —confesó con algo de reparo.

Entonces tomó el sobre consciente de que debía abrirlo y descubrir su contenido. Con cierto temor extrajo una hoja escrita a puño.

—¿Qué dice? —preguntó Ana intrigada.

Respiró hondo y leyó intrigado. Los hombros se le aflojaron levemente a medida que comprendía. Finalmente, miró a Ana que lo contemplaba con emoción. Le sonrió y le extendió la hoja para que pudiera leerla también.

—¿Se quiere casar con tu madre y te pide que seas su padrino de bodas? —leyó divertida—. ¿Lo podés creer?

—Parece que se agranda la familia —alcanzó a decir Manuel sorprendido y a la vez divertido por la situación—. ¡Qué familia de locos!

Ana estiró su mano y le acarició el rostro. Sabía que era importante para él que la relación con Wheeler fuera como antes.

—Quiero mostrarte algo —dijo entonces Ana y buscó en el bolsillo de su vestido.

Manuel la miró con curiosidad y tomó el sobre que Ana le extendía. Lo abrió y del interior extrajo un elemento de plástico con forma de barita achatada; en el centro una suerte de visor mostraba dos claras rayas azules.

Manuel sonrió con emoción y hasta con algo de alivio. Se puso de pie y abrazó a Ana que, con lágrimas en los ojos, se recostó contra el pecho de Manuel.

—Como bien decías, —dijo ella con voz cargada de dicha—. Se agranda la familia.

—Me haces el hombre más feliz de la tierra, mi amor —dijo Manuel antes de besarla.

Más allá de la inmensa alegría que saber que un hijo o hija venía en camino, lo reconfortó sentir que el linaje Rauch–Mondini se extendía y una nueva historia podría ser contada. A él le había tocado cancelar la deuda; a sus herederos disfrutar y enaltecer el nombre de la familia.

AGRADECIMIENTOS

Este fue un año por demás complicado. Sucedieron demasiadas cosas, hechos movilizantes y tristes que la vida nos presenta. Muchos han atravesado por situaciones similares, lo sé, pero esta vez me tocó a mí y como bien dice mi mamá, la vida te pone pruebas, hay que enfrentarlas, atravesarlas para seguir.

En este año tan complicado, mis novelas, mis personajes y los proyectos que de ellas se desprenden, han logrado darme el espacio para fortalecer mi espíritu y llenarme de energía positiva. Fue una bendición.

Mi primer GRACIAS gigante es para mi familia siempre presente. Un gracias aún más grande para mi querida amiga María Border, que me escuchó cuanto tuve dudas; que me ayudó a ordenar mi cabeza cuando los personajes de esta novela se enmarañaron de tal forma que parecía que nunca encontrarían el camino correcto; que desde el primer día creyó en esta historia. Gracias, gracias, gracias por tu amistad.

Gracias a Macarena Piñeiro por tan bella portada y por su asesoramiento.

También quiero agradecer a Cecilia Lista por ofrecerme otra mirada y cuestionar algunos de mis argumentos forzándome a pensar más allá de mi propia escritura.

No puedo olvidarme de mis corazonas, Estela Escudero, Gaby Romero, Vale Spinelli, Vale Naya, Kari Almada, Sabrina Mercado, Anita Amado, Laura Kaestner, Morena Barraza, Nati Samburgo, Laura Issac, Erica Vera, Rocío Bescós. Gracias por dejarme ser parte tan lindo proyecto y por darme el espacio para intentar algo nuevo. ¡Las quiero corazonas!!!!

Y un gracias infinito a ustedes lectoras por el aguante, por preguntar por Manuel, por añorarlo, por bancarme a pesar de lo mucho que tardé en concluirla y publicarla. Gracias por creer en mis historias...

Nos encontramos pronto, porque todavía hay mucho por contar. ¿Se imaginan quién sigue?

Beso gigante para vos que estas leyendo esas palabras...